MORAHB

Copyright Notice

MIRA HQ | T3 Among us Show

By Tudert3p

Ex Libris Sapientiae

2026 by Tudert3p. All Rights Reserved.

No reuse, redistribution, or modification without permission.

Printing: Not allowed without explicit permission.

ID: 413061959. View this Book Online

Table of Contents

1. Resumen 7

2. Cap 1: Estamos infiltrados en esta familia 11

3. Cap 2: Sospechas dentro del metal 33

4. Cap 3: Ganandome tu confianza otra vez 73

5. Cap 4: Un nuevo capitán 147

6. Cap 5: ¿¡COMO QUE HAY MÁS!? 205

7. Cap 6: Todo como el plan dice 255

8. Dentro de la oficina 285

9. El pasado de: Rosa 325

10. Cap 7: Escondite 397

11. Grabaciones: Proyecto Skeld 439

12. Cap 8: Hay algo más aqui 467

13. Cap 9: Cada uno en pareja 511

14. Nuestra cita 561

15. Cap 10: ¡YO NO QUIERO ESTO! 573

16. Cap 11: Prepárense... 611

17. El pasado de: Guinda 645

18. Cap 12: La gran gala 675

19. Parte 1: ¡TODOS ESCONDANSE YA! 727

20. Parte 2: ¡TODOS ESCONDANSE YA! 791

21. Cap 13: Las graves consecuencias de sus actos 833

22. Extra: Lo que paso después. 893

23. Dibujos: Rosa 931

24. Curis ( ) 937

25. Dibujo: Guinda 943

26. Acumulando datos canonicos 947

27. Dibujos extras 951

28. Tipos de impostores 957

29. Ayuda 963

30. Datos sobre el fanfic 965

31. . 977

32. PROXIMO FANFIC! 979

33. NO CANON 983

34. -... .-. --- -. -.-. . 987

35. Spoiler sin contexto 989

36. Analizando los crimenes 991

37. Fantasmas 997

Chapter 1

Resumen

Te preguntaras porque dice T3 si nisiquiera se lanzó la temporada dos de la serie. Pues verás, está es la continuación de un fanfic.

Te dejo el link para que lo veas.

https://www.wattpad.com/story/412754639?utm_source=android&utm_medium=link&utm_content=share_w

O puedes simplemente abrir mí perfil y ya.

Bueno, dando un resumen.

Después de que Mora y Rojo sobrevivieron a Verde y naranja, pues la nave empezó a tener fallas y chocaron contra Polus.

Fueron rescatados, por la base en polus.

Ahí se nos presenta

A Guinda, gris,banana,coral,lila,rosaceo y Bronce

Luego llegan otros dos, que vienen de Mira hq para hacer un reporte.

Cielo y mango.

Bueno, resulta que mango se muere primero.

Hacen investigación, pasan cosas, dramas y eso. Gris desconfía de rojo y mora.

Al principio, Rojo y Mora intentan adaptarse a la vida en la base. Hay momentos de amistad, humor negro, tensión y un acercamiento romántico entre ellos.

Descubren que hay un impostor entre los tripulantes de Polus, lo que genera sospechas, votaciones y muertes

Banana, antes de morir, confiesa que está embarazada de Gris y pide a Mora que cuide de sus hijos. Mora acepta y lleva a los dos "frijolitos" (beige y coco) en su mochila.

Al final el impostor era Rosaceo, que libera un parásito que infecta a Guinda

Derrotan a Rosáceo y congelan a Guinda.

Amarillo, una tripulante de la Skeld (si,la de la serie) que había sido expulsada injustamente y congelada, es descongelada y se une al grupo.

¿Por qué? Porque aparentemente Coral robo su cuerpo del espacio solo para usarla en un proyecto.

Cielo ayuda a Rojo y Mora a conseguir trajes de MIRA para escapar.

En el final, mientras Rosa llega a la base y mata a Cielo

Rojo, Mora y Amarillo roban la nave de Rosa y escapan de Polus con los dos bebés.

La historia termina con los tres huyendo juntos, comenzando una nueva vida en Nebula.

Ahora, vamos a ver cómo fueron sus vidas después de años... Y lo que planea hacer MIRA.

YYY a diferencia de la serie y la T2, puede que esto tenga más de 10 episodios,aún no lo sé. Ya lo veremos en el futuro.

Chapter 2

Cap 1: Estamos infiltrados en esta familia

Pasaron años.

Nébula era un planeta tranquilo, con ciudades flotantes sobre océanos de gas y una atmósfera siempre templada.

La gente vivía su vida sin preocuparse por impostores o corporaciones malvadas.

Era el lugar perfecto para empezar de nuevo.

Rojo y Mora vivían en una casa pequeña pero acogedora en las afueras de la ciudad. Tenía un jardín con plantas de colores que crecían sin

esfuerzo, y una cerca baja que los vecinos siempre saltaban para saludar.

Eran las siete de la mañana. Rojo estaba en la cocina preparando el desayuno, con un delantal lleno de manchas de huevo. Escuchó pasos arrastrándose por el pasillo.

-Buenos días, papá -dijo una voz somnolienta.

Era Beige. Ya tenía siete años. Llevaba una pijama de estrellas y se frotaba el ojo.

Rojo sonrió sin dejar de revolver los huevos.

-Buenos días, pequeño. ¿Dormiste bien?

Beige asintió y se subió a una silla.

-Soñé con mamá Banana.

Rojo se quedó quieto un segundo. Luego siguió cocinando con normalidad.

-¿Y qué hacía?

-Me enseñaba a hacer un pastel. Pero no entendía las instrucciones porque hablaba muy rápido.

Rojo rió bajito.

-Así era ella. Siempre tenía prisa por enseñar todo.

Beige se quedó mirando la ventana.

-¿Crees que estaría orgullosa de mí?

Rojo dejó la espátula y se acercó a él. Le puso una mano en el hombro.

-Estaría más que orgullosa, Beige. Todos los días.

Beige sonrió.

En eso entró Coco corriendo, con el cabello despeinado.

(OJO,ANTES DE QUE ME RECLAMEN, ME BASE EN ESTO)

y una energía que no parecía tener fin. Su color caqui era inconfundible.

-¡PAPÁ! ¡PAPÁ! ¿Ya está el desayuno? ¡Tengo hambre! ¡Y Beige no me dejó usar el baño primero!

Beige lo miró con calma.

-Porque entraste sin tocar.

-¡Es mi casa también!

Rojo levantó las manos.

-Tranquilos, tranquilos. Hay huevos para todos. Y Coco, la próxima vez toca la puerta.

Coco resopló pero se sentó. Su energía se desvaneció un poco al ver que no había pelea.

Mora entró con Maggie en brazos.

La pequeña Magenta tenía tres años y aún no hablaba mucho, pero su ojo grande lo capturaban todo. Mora la dejó en su silla alta y le dio un beso en la cabeza.

-Buenos días, mi familia.

-Buenos días, mamá -dijeron Beige y Coco al unísono.

Maggie movió las manos emocionada.

-¡Ma!

-Eso es, Maggie -dijo Mora con una sonrisa-. Mamá.

Rojo sirvió los huevos y se sentó con ellos. La mesa estaba llena de vida, de ruido, de desorden.

Era perfecto.

-¿Amarillo viene hoy? -preguntó Beige mientras comía.

Rojo asintió.

-Dijo que venía a almorzar. Y que traía postre.

Coco levantó los brazos.

-¡Sí! ¡La tía hace el mejor pastel de todos!

Mora rió.

-No le digas eso a tu papá.

Rojo puso cara de ofendido.

-Yo también sé hacer pasteles.

-El último que hiciste parecía una roca -dijo Beige sin levantar la vista.

Mora soltó una carcajada. Rojo iba defenderse, pero terminó riendo también.

-Bueno, pero era una roca comestible.

Maggie aplaudió sin entender, feliz de ver a todos reír.

Después de desayunar, Rojo y Mora se prepararon para ir a trabajar. Se pusieron sus trajes ejecutivos: él gris oscuro con corbata roja, ella azul marino con detalles plateados.

Se despidieron de los niños con besos y abrazos.

-Portense bien con la niñera -dijo Mora.

-Y no le hagan bullying -añadió Rojo.

Coco puso el ojo en blanco.

-Nosotros no hacemos bullying. Somos víctimas del sistema.

Beige lo miró.

-¿Qué significa eso?

-No sé, lo escuché en la tele.

Rojo y Mora se rieron y salieron.

Caminaron por las calles de Nébula, entre edificios modernos y árboles que brillaban con luz propia. La gente los saludaba como a cualquier vecino. Nadie sabía quiénes eran realmente.

Llegaron a la torre de MIRA. Era enorme, de vidrio y metal, con el logo de la corporación en la entrada. Rojo y Mora intercambiaron una mirada y entraron.

En la oficina, se sentaron frente a una pantalla gigante. Sus nombres en los documentos decían Escarlata e Índigo.

Mora revisó los archivos mientras Rojo simulaba leer un informe.

-¿Viste las noticias de esta mañana? -preguntó Rojo en voz baja.

Mora asintió sin mirarlo.

-Sí. "Nuevas pistas sobre la desaparición de la tripulación de la Skeld". Otra vez.

Rojo apretó los dientes.

-MIRA sigue buscando. Pero no para encontrarnos. Para asegurarse de que nadie sepa la verdad.

Mora finalmente lo miró.

-Lo sé. Por eso estamos aquí. Para que nunca encuentren nada.

Rojo asintió.

-¿Cuánto tiempo más vamos a hacer esto?

Mora suspiró.

-Hasta que ya no haya nada que ocultar. Hasta que MIRA esté tan débil que no pueda lastimar a nadie más.

Rojo tomó su mano por debajo de la mesa.

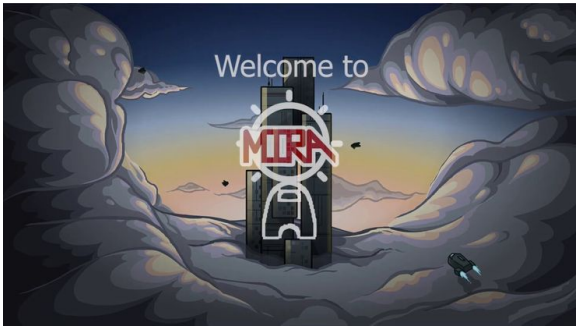
-Te amo, Mora.

Mora sonrió.

-Yo también te amo, Rojo. Ahora ponte a trabajar, Escarlata.

-Sí, señora Índigo.

Mora soltó una risa suave y volvieron a sus pantallas.



Al mediodía, llegaron a casa y encontraron a Amarillo en la cocina. Llevaba su gorrito y un delantal blanco bordado con estrellas, pero ahora también usaba un suéter verde que le daba un aire más tranquilo. Estaba horneando un pastel y cantando bajito.

Los niños estaban alrededor de la mesa, esperando ansiosos.

-Tía Amarillo, ¿ya está? -preguntó Coco.

-Casi, casi -respondió ella sin dejar de batir.

Rojo y Mora entraron y se sentaron. Amarillo los saludó con un movimiento de cabeza.

-Llegaron justo para probarlo.

Mora se acercó y la abrazó.

-¿Cómo estás?

Amarillo sonrió, pero su ojo mostró un destello de tristeza.

-Bien. El restaurante va bien. Hoy pensé en Marrón.

Mora apretó el abrazo.

-Siempre lo recordamos.

Amarillo asintió y se separó.

-Bueno, suficiente de esto. ¡A comer!

El pastel estaba delicioso. Comieron, rieron, contaron historias.

Maggie se durmió en el regazo de Mora.

Coco y Beige discutieron sobre quién había ganado un juego de mesa.

Amarillo les contó un chiste malo que todos fingieron entender.

Al final de la tarde, Amarillo se fue al restaurante. Rojo y Mora se quedaron en el jardín viendo a los niños jugar.

Rojo suspiró.

-¿Crees que algún día podremos dejar de escondernos?

Mora apoyó la cabeza en su hombro.

-Quizás. Pero mientras ellos estén seguros, eso es suficiente.

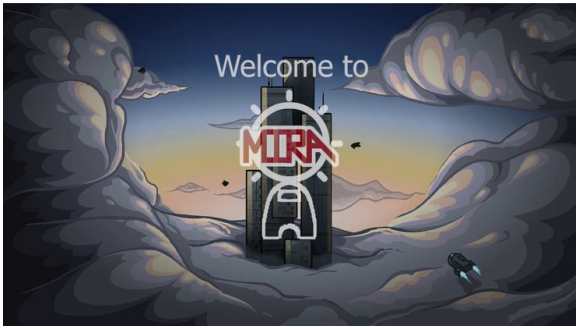
Rojo miró a Coco y Beige corriendo por el jardín. A Maggie gateando detrás de ellos, riendo.

-Tienes razón.

El sol de Nébula comenzó a ocultarse. Las nubes de gas se tiñeron de naranja y rosa.

Los niños seguían jugando.

Y por un momento, todo estaba bien.



Rosa estaba en un tipo de ascensor. Bajando en silencio. Las luces pasaban rapidamente por las rendijas de las puertas. El ascensor se detuvo con un pitido suave y las puertas se abrieron.

Llegó a un laboratorio.

Era blanco, frío, con máquinas que pitaban en las esquinas. Había varias cápsulas de vidrio alineadas contra la pared, pero solo una estaba ocupada.

Rosa caminó hasta el centro y habló sin mirar a nadie.

-¿Lograron convencerlo hoy?

Un científico de color blanco, llamado Copo, negó con la cabeza.

-No, señor. Sigue igual.

Rosa suspiró. Se acercó a la cápsula.

Dentro, con las piernas envueltas contra su cuerpo redondo, estaba Guinda. Su color guinda se veía apagado, más oscuro de lo que Rosa recordaba. Tenía un vendaje blanco en el costado de la cabeza.

Rosa apoyó una mano en el vidrio.

-Guinda.

Guinda no respondió. Solo apretó más sus piernas contra su cuerpo, como un niño que se esconde de algo.

-Guinda, mírame.

Guinda levantó lentamente la vista. Su ojo se enfocó en Rosa y por un segundo mostró algo parecido a reconocimiento. Luego se apagó de nuevo.

-¿Por qué? -preguntó Guinda con voz ronca.

Rosa no respondió.

-Te pregunté -dijo Guinda, más fuerte-. ¿Por qué?

Rosa se quedó en silencio un momento. Luego habló con su voz fría y medida.

-Tú sabes por qué.

Guinda rió. Pero no era una risa feliz. Era amarga, rota.

-Todavía no me lo dices. Después de todo lo que pasó. Todavía no.

Rosa apretó la mandíbula.

-No voy a discutir esto aquí.

-Siempre dices eso -Guinda se incorporó un poco, apoyándose en la pared de la cápsula-. Siempre huís.

Rosa dio media vuelta.

-Copo, sigan con el tratamiento.

-¡ROSA! -gritó Guinda, golpeando el vidrio con sus piernas-. ¡No te vayas!

Rosa se detuvo. Pero no se dio vuelta.

-Lo siento -dijo, y su voz tembló apenas-. Pero no puedo ayudarte.

Guinda se quedó callado. Su ojo se llenó de algo que no quería mostrar. Bajó la cabeza y abrazó sus piernas de nuevo.

Copo miró a Rosa con duda.

-Señor, el tratamiento no está funcionando. Su mente sigue atrapada en el momento del ataque. No podemos-

-Sigan intentando -cortó Rosa-. No me importa cuánto tarde.

Copo asintió y volvió a su trabajo.

Rosa caminó hacia el ascensor. Antes de entrar, miró hacia atrás. Guinda seguía en la misma posición, acurrucado, invisible.

Rosa apretó los puños y entró al ascensor. Las puertas se cerraron.

El laboratorio quedó en silencio. Solo se escuchaba el pitido de las máquinas y la respiración entrecortada de Guinda.

-Algún día -murmuró Guinda-. Algún día vas a tener que decirme la verdad.

Pero Rosa ya no estaba para escucharlo.

Rosa salió del ascensor y caminó por el pasillo principal.

Las luces blancas de MIRA HQ reflejaban en el piso brillante. Pasó frente a una oficina abierta donde varios empleados de distintos colores trabajaban frente a pantallas.

Un tripulante naranja levantó la vista.

-Señor Rosa, los informes del sector 7 están listos.

Rosa no frenó.

-Revisarlos y mandarlos a mi terminal.

-Sí, señor.

Un tripulante verde se acercó con una tablet temblorosa.

-Señor, hay un problema con los suministros del sector 3. Dicen que falta-

-Que hablen con logística. Yo no me encargo de eso.

El verde asintió rápido y se fue.

Un tripulante gris se paró frente a él.

-Señor, la reunión con el consejo está programada para las tres.

Rosa lo miró.

-Adelantarla a la una. Tengo cosas que hacer después.

Gris asintió y anotó en su tablet.

Rosa siguió caminando. Los empleados se apartaban a su paso. Nadie quería interrumpirlo de nuevo.

Llegó a la cafetería.

Era amplia, con mesas distribuidas por todo el espacio. Algunos tripulantes comían o tomaban café en silencio. El ruido de conversaciones bajas llenaba el ambiente.

Rosa se detuvo en la entrada. Miró alrededor con su ojo frío, evaluando cada mesa.

Y entonces lo vio.

Carmesí.

Rosa caminó hacia él.

Carmesí sintió la presencia antes de verla. Bajó la taza y suspiró. Su ojo se volvió cansado al reconocer a su padre.

-Papá.

Rosa se sentó frente a él sin preguntar.

-¿Qué haces aquí?

Carmesí tomó un sorbo de café.

-Tomando café.

-Deberías estar trabajando.

-Es mi hora de descanso.

Rosa lo miró fijo.

-El descanso es para los que trabajan.

Carmesí apretó la taza. Pero no respondió.

-¿Ya revisaste los informes del sector 5? -preguntó Rosa.

-Los revisé ayer.

-Y entonces deberías estar revisando los del sector 6.

Carmesí lo miró.

-Papá, son las once de la mañana. Ya revisé tres sectores. Déjame tomar un café.

Rosa no parpadeó.

-En MIRA no hay tiempo para café. Hay tiempo para resultados.

Carmesí bajó la mirada. Su ojo se cerró un momento, como si estuviera contando hasta diez.

-Sí, papá.

Rosa se levantó.

-A las dos quiero los informes del sector 6 en mi escritorio.

-Sí, papá.

Rosa dio media vuelta y caminó hacia la salida. Antes de irse, se detuvo.

-Y Carmesí.

Carmesí levantó la vista.

-Arréglate esa camisa. Pareces un vagabundo.

Y se fue.

Carmesí se quedó solo en la mesa. Miró su café, ahora frío. Soltó un suspiro largo y apoyó la cabeza en la mesa.

-Algún día... -murmuró-. Algún día me voy a ir de aquí.

Pero sabía que no era cierto. No sabía hacer otra cosa. No sabía vivir fuera de MIRA.

Solo había tenido a Rosa toda su vida. Y Rosa siempre fue así.

Carmesí tomó su café frío de un trago y se levantó. Caminó de vuelta a su oficina con la camisa arrugada y los hombros caídos.

Nadie lo miró.

Nadie lo ayudó.

Así era MIRA.

Chapter 3

Cap 2: Sospechas dentro del metal

Al día siguiente, Carmesí estaba en la oficina del sector 6. Las pantallas brillaban con gráficos y tablas de datos. Su taza de café estaba vacía desde hacía horas. Había estado revisando informes desde las seis de la mañana.

La puerta se abrió.

Entraron dos tripulantes. Una morada con traje azul marino y detalles plateados. Y un rojo con traje gris oscuro y corbata roja.

Escarlata e Índigo.

-Carmesí -dijo Índigo con voz profesional-. ¿Listo para la reunión?

Carmesí levantó la vista y asintió.

-Sí. Los informes del sector 5 ya están listos. El sector 6 lo estoy terminando.

Escarlata se acercó a la pantalla y la miró.

-¿Estos son los datos de producción del último trimestre?

-Sí.

-Están mal.

Carmesí parpadeó.

-¿Qué?

Escarlata señaló la pantalla con una de sus manos.

-Aquí dice que la producción aumentó un quince por ciento. Pero los registros de envíos muestran que solo subió un ocho.

Carmesí se acercó a mirar.

-Pero yo revisé estos números tres veces.

-Revisalos de nuevo -dijo Índigo con voz firme pero no cruel-. Algo no cuadra.

Carmesí suspiró. Su ojo se veía agotado.

-Está bien. Los reviso.

Escarlata e Índigo se sentaron frente a él. Sacaron sus propias tablets y empezaron a trabajar en silencio.

Pasaron minutos. Carmesí revisaba los números una y otra vez. Su ojo se movía rápido entre las columnas.

-Tienen razón -dijo finalmente, con tono derrotado-. Hay un error. Los datos de envíos no coinciden con los de producción.

Índigo levantó la vista.

-¿De dónde viene el error?

Carmesí revisó otra pantalla.

-El sector 3. Están reportando envíos que no se hicieron.

Escarlata y Índigo intercambiaron una mirada rápida. Carmesí no lo notó.

-Voy a tener que reportarlo -dijo Carmesí, moviendo sus piernas para girar hacia otra terminal.

-Espera -dijo Escarlata.

Carmesí se detuvo.

-¿Qué?

Escarlata se inclinó hacia adelante.

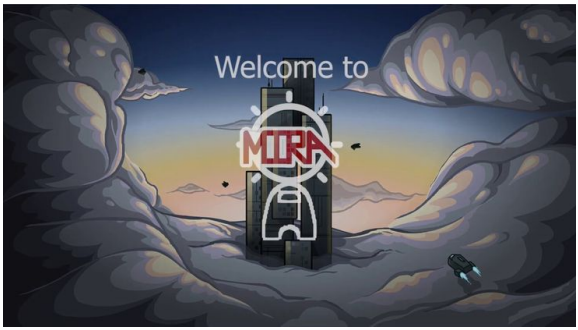
-Antes de reportarlo, asegurate de tener todas las pruebas. Si el sector 3 está manipulando datos, no va a ser fácil demostrarlo.

Carmesí lo miró.

-¿Por qué me dices eso?

Escarlata se encogió de hombros.

-Porque he visto cómo funciona esto. Si acusas a alguien sin pruebas, el que termina castigado eres tú.



Pasaron unas horas. Carmesí seguía revisando los informes del sector 3 con Escarlata e Índigo. La oficina estaba en silencio, solo se escuchaba el tecleo de las terminales.

Carmesí se frotó el ojo con sus manos.

-No entiendo. Los números no cuadran en ningún lado.

Escarlata se acercó a su pantalla.

-Mostrame.

Carmesí se hizo a un lado. Escarlata revisó los datos con atención. Su ojo se movía rápido.

-Acá hay algo -dijo señalando-. Los envíos del sector 3 coinciden con los registros de salida, pero los de entrada no existen.

Carmesí se inclinó.

-¿Qué significa eso?

Escarlata lo miró.

-Que alguien está registrando envíos que nunca llegaron a su destino.

Índigo se acercó también.

-O que llegaron a otro lado.

Carmesí los miró a ambos.

-¿A otro lado? ¿Como dónde?

Índigo y Escarlata intercambiaron otra mirada. Carmesí esta vez lo notó.

-¿Qué pasa? -preguntó con desconfianza.

Escarlata habló con cuidado.

-Carmesí... ¿cuánto sabes de lo que realmente hace MIRA?

Carmesí parpadeó.

-¿Cómo que qué hace? Produce tecnología. Investigación. Viajes espaciales.

Índigo negó lentamente.

-Eso es lo que dicen los folletos.

Carmesí se quedó callado. Su ojo se movía de Escarlata a Índigo.

-¿Qué están insinuando?

Escarlata dio un paso adelante.

-¿Sabés lo que pasó en Polus?

Carmesí frunció el ojo.

-¿Polus? Esa base de investigación. Dijeron que hubo un accidente. Que todos murieron.

-Eso es lo que dijeron -dijo Índigo con voz baja-. Pero no es lo que pasó.

Carmesí se quedó helado.

-¿Cómo saben ustedes?

Escarlata e Índigo no respondieron. Solo lo miraron.

Carmesí dio un paso atrás.

-¿Quiénes son ustedes realmente?

La puerta de la oficina se abrió. Los tres giraron.

Rosa estaba en la entrada. Su ojo frío recorrió la escena.

-Carmesí.

Carmesí se tensó.

-Papá.

Rosa entró lentamente.

-Escuché que están teniendo problemas con los informes del sector 3.

Escarlata e Índigo se pusieron firmes.

-Solo estábamos ayudando a Carmesí a encontrar el error, señor -dijo Escarlata.

Rosa los miró con desconfianza.

-¿Y ya lo encontraron?

-Sí -respondió Índigo rápido-. Hay una inconsistencia en los registros de entrada. Vamos a reportarlo al sector correspondiente.

Rosa no dijo nada. Solo los observó.

Luego miró a su hijo.

-Carmesí. Ven conmigo.

Carmesí abrió la boca para protestar, pero cerró. Asintió y siguió a su padre.

Antes de salir, Rosa se detuvo y habló sin mirar atrás.

-Escarlata. Índigo. Sigan con su trabajo.

-Sí, señor -dijeron los dos al unísono.

La puerta se cerró.

Escarlata e Índigo se quedaron en silencio.

Pasaron unos segundos. Índigo susurró.

-Casi nos descubre.

Escarlata asintió.

-Vamos a tener que tener más cuidado.

-¿Crees que Rosa sospecha?

Escarlata miró la puerta cerrada.

-No lo sé. Pero no podemos arriesgarnos.

Se volvieron a sus terminales, pero ninguna de las dos trabajaba de verdad.

Ambas pensaban en Carmesí.

Y en lo que Rosa podría estar haciéndole.

Afuera, en el pasillo, Rosa caminaba rápido. Carmesí lo seguía con dificultad.

-Papá, ¿a dónde vamos?

Rosa no respondió.

-Papá.

Rosa frenó en seco. Carmesí casi choca con él.

-¿Qué te dije sobre cuestionar mis órdenes?

Carmesí bajó la mirada.

-Nada, papá.

-Exacto.

Siguieron caminando. Llegaron a una oficina privada. Rosa abrió la puerta y entró.

Carmesí lo siguió, temblando un poco.

La oficina era amplia, con una ventana enorme que mostraba la ciudad de Nébula. Rosa se sentó detrás de un escritorio enorme y señaló la silla frente a él.

-Sentate.

Carmesí obedeció.

Rosa lo miró en silencio por un largo rato.

-Esos dos -dijo finalmente-. Escarlata e Índigo. ¿Qué sabés de ellos?

Carmesí se encogió.

-Nada. Llegaron hace unos meses. Son eficientes. Buenos en su trabajo.

-¿Te dijeron algo raro?

Carmesí pensó en lo que le habían dicho. Sobre MIRA. Sobre Polus.

Pero no quería meterse en problemas.

-No -mintió.

Rosa lo miró fijamente. Su ojo no mostraba emoción.

-Carmesí.

-¿Qué?

-Si descubro que me estás ocultando algo...

Carmesí tragó saliva.

-No te oculto nada, papá.

Rosa se reclinó en su silla.

-Bien. Porque si esos dos están haciendo algo que no deben, quiero saberlo primero yo.

Carmesí asintió rápido.

-Sí, papá.

-Ahora andate. Tengo trabajo que hacer.

Carmesí se levantó y caminó hacia la puerta. Antes de salir, Rosa habló de nuevo.

-Y Carmesí.

Se detuvo.

-Arregla esa camisa.

Carmesí apretó los puños y salió sin responder.

La puerta se cerró.

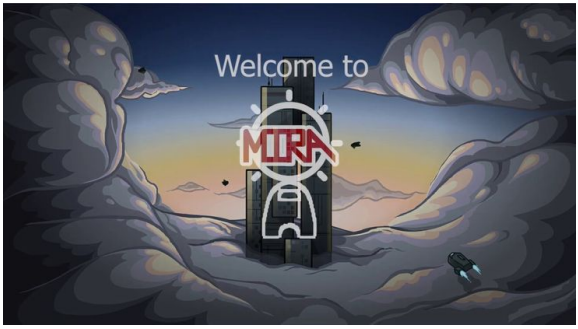
Rosa se quedó solo en su oficina. Miró por la ventana, hacia la ciudad.

-Escarlata... Índigo... -murmuró-. Debería investigarlos más.

Pero algo en su mente lo detenía.

No sabía qué.

Pero algo no le gustaba.



Carmesí caminó por los pasillos de MIRA HQ con las piernas cansadas. Llevaba horas trabajando y el café de la mañana ya se había ido hacía rato. Decidió tomar un descanso.

Llegó a la cafetería.

El lugar estaba más lleno que otras veces. Varios tripulantes de distintos colores estaban sentados en las mesas, conversando en voz baja. El ruido de tazas y platos llenaba el ambiente.

Carmesí se acercó a la máquina de café y pidió uno. Mientras esperaba, escuchó risas detrás de él.

Se dio vuelta.

Escarlata estaba sentado en una mesa con varios compañeros. Tenía una tablet en sus manos y en la pantalla se veían fotos.

-Y este es Coco -dijo Escarlata con una sonrisa-. Tiene ocho años. Es inquieto como ninguno. Siempre está preguntando cosas.

Los otros tripulantes se inclinaron para ver.

-¡Ay, qué lindo! -dijo uno de ellos, una tripulante rosa-. ¿Y el otro?

Escarlata pasó a la siguiente foto.

-Este es Beige. Es más tranquilo. Siempre está leyendo o mirando el cielo.

-¿Y el más chiquito? -preguntó otro, un tripulante azul.

Escarlata pasó otra foto. En ella se veía a Maggie, con su color magenta, sonriendo frente a la cámara.

-Esta es Maggie. La más pequeña. Tiene cinco años.

-¡Es hermosa! -dijo el azul.

-¿Y son todos tuyos? -preguntó el rosa.

Escarlata negó con la cabeza.

-No. Dos son adoptados. Pero son míos. Todos son míos.

Los tripulantes hicieron sonidos de ternura. Uno puso una mano en su pecho.

-Escarlata, eso es hermoso.

Escarlata sonrió con orgullo.

-Son mi razón de vivir. Todo lo que hago, lo hago por ellos.

Carmesí se quedó viendo desde la distancia. Su café ya estaba listo, pero no lo tomaba.

Escarlata seguía mostrando fotos.

-Esta es de cuando Coco se durmió en el jardín. Y esta de cuando Beige hizo un dibujo de la familia. Y aquí Maggie con su tía favorita...

-¿Tienen tios? -preguntó otro.

-Sí. La hermana de mi esposa. Es una cocinera increíble.

-Qué suerte. Familia grande.

Escarlata asintió.

-Sí. Es lo mejor que tengo.

Carmesí se acercó lentamente. Escarlata levantó la vista y lo vio.

-Carmesí. ¿Querés ver?

Carmesí se quedó en silencio un momento. Luego asintió y se acercó.

Escarlata le mostró la tablet.

-Estos son mis hijos. Coco, Beige y Maggie.

Carmesí miró las fotos. Los tres pequeños tripulantes sonreían en cada imagen. Se veían felices. Libres. Como si no hubiera un solo problema en el mundo.

-Son bonitos -dijo Carmesí con voz baja.

Escarlata sonrió.

-Gracias.

Carmesí tomó su café y se sentó en una mesa cercana. No dijo nada más. Pero su ojo miraba de vez en cuando la tablet de Escarlata.

Se preguntaba cómo sería tener una familia así.

Se preguntaba cómo sería tener un padre que hablara de él con orgullo.

Se preguntaba cómo sería no estar solo.

Terminó su café en silencio y volvió a su oficina.

Nadie lo miró.

Nadie le preguntó cómo estaba.

Como siempre.

Carmesí suspiró.

De repente, una voz cortó el ambiente.

-¿Qué están haciendo todos acá?

Carmesí levantó la vista.

En la entrada de la cafetería estaba Mocha.

Los otros tripulantes se movieron rápido. Agarraron sus cosas y empezaron a salir.

-Vamos, vamos -dijo Mocha-. Esto no es hora de descanso. Tienen trabajo que hacer.

El tripulante rosa pasó rápido. El azul también. Escarlata guardó su tableta y se levantó.

-Disculpe, señora Mocha. Ya nos vamos.

Mocha lo miró con desaprobación.

-Escarlata. Usted debería dar el ejemplo. No estar mostrando fotos de sus hijos en hora laboral.

Escarlata asintió.

-Tiene razón. No volverá a pasar.

Y salió detrás de los otros.

La cafetería quedó vacía. Solo quedaban Carmesí y Mocha.

Carmesí tragó saliva.

Mocha caminó hacia él. Sus pasos eran firmes, seguros. Se detuvo frente a su mesa.

-Carmesí.

Carmesí levantó la vista.

-Señora Mocha.

-¿Sabe qué hora es?

Carmesí miró el reloj en la pared.

-Las dos y media.

-Exacto. Hora de trabajo. No de café. No de mirar fotos. No de perder el tiempo.

Carmesí apretó la taza vacía.

-Solo estaba tomando un descanso.

Mocha inclinó la cabeza.

-¿Un descanso? ¿Y cuántos descansos lleva hoy?

Carmesí no respondió.

-Ya veo -dijo Mocha-. Mire, Carmesí. No me importa que sea hijo del jefe.

Carmesí parpadeó.

-¿Qué?

Mocha se inclinó hacia él. Su ojo se entrecerró.

-Escuchó bien. No me importa que su padre sea Rosa. No me importa que sea el dueño de todo esto. Aquí usted es un empleado más. Y un empleado que no está rindiendo lo suficiente.

Carmesí sintió un nudo en el estómago.

-Yo trabajo muchas horas. Siempre entrego los informes a tiempo.

-¿Entrega los informes a tiempo? -Mocha rió, pero no era una risa amable-. Carmesí, sus informes están llenos de errores. El sector 3. El sector 5. El sector 6. Todos tienen inconsistencias.

-Pero yo los reviso-

-No los revisa bien. O no le importa. No sé cuál es peor.

Carmesí bajó la mirada.

Mocha se enderezó.

-Aquí no hay lugar para mediocres. Su apellido no lo salva. Así que póngase las pilas o voy a pedir que lo transfieran a un sector menos... importante.

Carmesí levantó la vista rápido.

-No. Por favor. Yo puedo mejorar.

Mocha lo miró por un largo momento.

-Demuéstrelo. Hoy. Quiero los informes del sector 6 corregidos antes de que termine el turno.

Carmesí asintió rápido.

-Sí, señora Mocha. Lo haré.

Mocha dio media vuelta y caminó hacia la salida. Antes de irse, se detuvo.

-Y Carmesí.

-¿Sí?

-No vuelva a perder el tiempo en la cafetería. Si quiere café, tómelo en su escritorio mientras trabaja.

Y se fue.

Carmesí se quedó solo en la cafetería vacía. La taza seguía en su mano, fría y vacía.

Suspiró. Se levantó y caminó de vuelta a su oficina con los hombros caídos.

Mocha tenía razón.

Estaba cometiendo errores.

Y no sabía cómo arreglarlo.

Llegó a su oficina y se sentó frente a la pantalla. Los informes del sector 6 estaban ahí, esperándolo.

-Vamos... -murmuró-. Vamos a hacer esto bien.

Pero su ojo seguía yéndose hacia la ventana. Hacia la ciudad de Nébula. Hacia una vida que no conocía.

Una vida donde alguien mostraba fotos de sus hijos con orgullo.

Una vida donde alguien se preocupaba por él.

Una vida que no era la suya.

-Basta -se dijo a sí mismo-. Concéntrate.

Y empezó a trabajar.

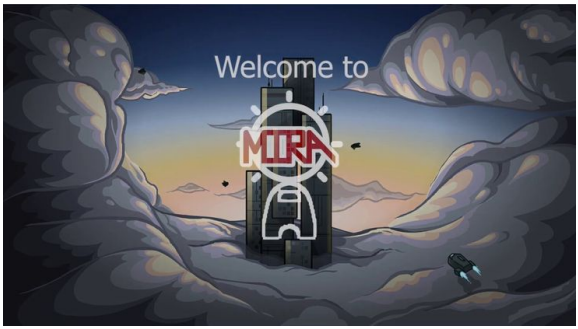
Las horas pasaron. El sol se fue. La oficina quedó a oscuras.

Pero Carmesí seguía ahí.

Revisando números.

Corrigiendo errores.

Solo.



Rosa bajó en el ascensor. En gran calma. Las luces pasaban una tras otra, marcando los segundos. No llevaba prisa. Pero algo en su interior lo empujaba a bajar más rápido.

El ascensor se detuvo.

Las puertas se abrieron.

Y Rosa vio todo.

Guinda estaba dentro de la cápsula de vidrio, pero ya no tenía la venda en la cabeza. Su ojo estaba abierto, desencajado, lleno de terror. Gritaba. Pataleaba con sus piernas contra el vidrio. La máquina encima de él estaba funcionando, con brazos metálicos que se movían con precisión quirúrgica.

Uno de esos brazos estaba dentro de su cabeza.

Extirpando algo.

Guinda gritaba.

-¡AAAAAHHH! ¡POR FAVOR! ¡DETÉNGANSE!

Los científicos blancos estaban alrededor. Copo miraba una pantalla con atención. Otro llamado Azúcar tomaba notas en una tableta. Vainilla ajustaba los parámetros de la máquina. Había otros más, todos blancos, todos con el mismo traje impecable.

Copo levantó la vista al ver a Rosa.

-Señor. El procedimiento está casi listo.

Rosa no respondió. Miró a Guinda.

Guinda seguía gritando. Sus piernas golpeaban el vidrio sin fuerzas. Su ojo buscaba algo, a alguien.

Se encontró con el ojo de Rosa.

-¡ROSA! ¡POR FAVOR! ¡HAZ QUE SE DETENGAN!

Rosa no se movió.

Guinda siguió gritando.

La máquina hizo un ruido metálico. Los brazos se retiraron lentamente. En la punta de uno de ellos, algo se movía.

Un alien.

Pequeño, de color rosa pálido. Con pequeños tentáculos que se retorcían en el aire.

Los científicos se acercaron a admirarlo.

-Es hermoso -dijo Azúcar.

-Muy pequeño -dijo Vainilla-. No tuvo suficientes nutrientes para crecer más.

-Por eso pudimos extirparlo -agregó Copo-. Si hubiera sido más grande, habría sido imposible.

Guinda dejó de gritar. Su cuerpo se derrumbó dentro de la cápsula. Respiraba agitado, con el ojo entrecerrado.

Y entonces empezó a sangrar.

Un chorro rojo oscuro salió de la herida en su cabeza. Se deslizó por su cuerpo redondo y empezó a llenar el fondo de la cápsula.

Los científicos no lo miraban. Estaban ocupados con el alien, analizándolo, tomando medidas.

-Es una cría -dijo Copo-. Fascinante.

-¿Cuánto tiempo vivirá fuera del huésped? -preguntó Azúcar.

-No lo sabemos. Habrá que estudiarlo.

Rosa miraba a Guinda.

Guinda temblaba. Su ojo se cerraba lentamente. La sangre seguía saliendo, empapando sus piernas.

Rosa apretó los puños.

-Ayúdenlo -dijo, con voz fría.

Los científicos no lo escucharon.

-La cría tiene potencial -dijo Vainilla-. Podríamos usarla para-

-AYÚDENLO -repitió Rosa, más fuerte.

Copo levantó la vista.

-Señor, la cría es lo importante. El huésped ya cumplió su función. Podemos-

Rosa dio un paso adelante. Su ojo se encendió.

-¡DIJE QUE LO AYUDEN AHORA!

Los científicos se quedaron quietos. El silencio llenó el laboratorio.

Guinda seguía sangrando. Su respiración era débil, entrecortada.

Copo reaccionó primero.

-¡Rápido! ¡Detengan la hemorragia!

Azúcar y Vainilla corrieron hacia la cápsula. Abrieron la compuerta y empezaron a trabajar sobre

Guinda. Aplicaron vendas, detuvieron el flujo. Guinda gimió débilmente.

Rosa se quedó mirando.

Su ojo pasó de Guinda a la cría, que seguía moviendo sus tentáculos en la bandeja donde la habían dejado.

Copo se acercó a Rosa con cautela.

-Señor... la cría. ¿Qué hacemos con ella?

Rosa miró la pequeña criatura rosa. Sus tentáculos se retorcían débilmente.

-Guárdenla. Estúdienla. Pero no la maten.

Copo asintió.

-Sí, señor.

Rosa miró hacia la cápsula. Guinda ya no sangraba. Estaba inconsciente, pero vivo. Su respiración era estable.

Rosa se acercó al vidrio. Puso una mano sobre él.

-Guinda...

No dijo nada más.

Los científicos se movían alrededor, ocupados con su nuevo especimen.

Nadie miraba a Guinda.

Nadie, excepto Rosa.

Guinda se quejó. Su voz era débil, apenas un susurro, pero llena de rabia.

-Años de servicio como capitán... Años protegiendo a mis tripulaciones... Y ahora... me usaron para incubar esa cosa.

Rosa gruñó. No era un gruñido fuerte, pero se escuchó en el silencio del laboratorio.

-No entenderías -dijo Rosa, con su voz fría y medida-. Somos superiores así.

Guinda levantó el ojo. Apenas podía mantenerse despierto, pero lo logró.

- **Mi esposo no era así.**

Rosa se quedó quieto.

-Mi esposo -repitió Guinda, con más fuerza-. El Rosa que conocí... el que amé... no era un monstruo.

Rosa lo miró con dureza.

-El y yo somos la misma persona.

-No es cierto.

-Lo somos -dijo Rosa, acercándose al vidrio-. Solo que él eligió ser débil. Yo elegí ser fuerte.

Guinda negó con la cabeza.

-No comprendo cómo el tuyo y el mío no hicieron lo mismo. Cómo pudiste convertirte en esto.

Rosa apoyó una mano en el vidrio.

-Porque yo vi la verdad. Ustedes son inferiores. Nosotros somos el siguiente paso. Siempre lo fuimos.

Guinda juntó fuerzas. Golpeó el vidrio con sus piernas.

-¡IMPOSTORES DE BASURA! -gritó-. ¡MATAN INOCENTES TODOS LOS DÍAS! ¡MALDITOS! ¡TODOS MALDITOS!

Su voz se quebró. El esfuerzo lo dejó sin aire. Cayó de nuevo en el fondo de la cápsula.

Rosa suspiró. Cansado.

Miró a los científicos, que seguían observando la cría en la bandeja. No le prestaban atención a Guinda.

-Copo.

Copo levantó la vista.

-¿Señor?

-Asegúrense de que sobreviva.

Copo asintió.

-Sí, señor.

Rosa miró a Guinda otra vez. Estaba inmóvil, con el ojo cerrado. Pero su pecho subía y bajaba. Seguía vivo.

Rosa dio media vuelta y caminó hacia el ascensor.

Antes de entrar, habló sin mirar atrás.

-Guinda.

Guinda no respondió.

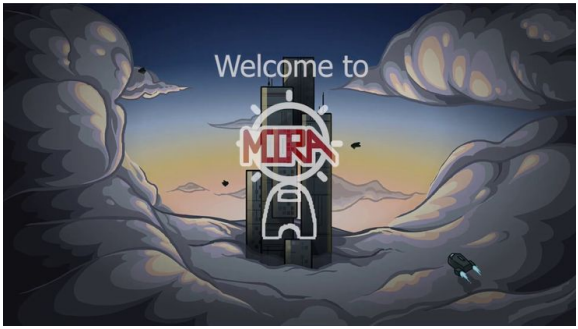
-Sé que me odias. Y tenés razón. Pero si hubieras estado en mi lugar... si hubieras visto lo que yo vi... habrías hecho lo mismo.

El ascensor se abrió. Rosa entró.

-O tal vez no. Tal vez vos eras mejor que yo.

Las puertas se cerraron.

El laboratorio quedó en silencio. Solo se escuchaba el pitido de las máquinas y el movimiento de los científicos alrededor de la cría.



Amarillo estaba en su restaurante sirviendo comida. El local estaba lleno, como siempre. Los meseros iban y venían con bandejas humeantes, las conversaciones llenaban el ambiente. El olor a cocina se mezclaba con las risas de los clientes.

Ella rió mientras colocaba una ensalada en una mesa.

-Me encanta cocinar mis sentimientos -dijo a un mesero que pasaba-. Espero que todos tengan antojo de...

Se detuvo y sonrió con ironía.

-Depresión.

El mesero rió nervioso y siguió su camino. Amarillo volvió a la cocina por un momento, revisó unas ollas, movió una salsa. Todo en orden.

Salió de nuevo y fue a la caja. Había una fila pequeña. Atendió a un cliente verde, luego a uno naranja, después a uno gris.

Y entonces se congeló.

Un tripulante de color marrón estaba frente a ella. Tenía el mismo tono. La misma forma redonda. El mismo ojo tranquilo.

-Hola -dijo el marrón, con una voz que no era la misma, pero que sonaba peligrosamente parecida-. ¿Me das una pizza para llevar?

Amarillo no respondió.

El marrón inclinó la cabeza.

-¿Señora? ¿Está bien?

Amarillo parpadeó. Su ojo se movió rápido, evaluando. El color. La postura. La forma de pararse.

No era él.

Sabía que no era él.

Marrón había muerto en la Skeld. Ella lo sabía. Lo había llorado. Lo seguía llorando.

Pero por un segundo, por un instante cruel, su ojo vio a su Marrón.

-Sí -dijo finalmente, con voz ronca-. Sí, perdón. ¿Qué tamaño?

-Mediana. Con jamón y queso.

Amarillo tomó el pedido con manos temblorosas. Lo anotó. Cobró. No levantó la vista.

El marrón pagó y se fue.

Amarillo levantó la mirada lentamente. Lo vio caminar hacia una mesa. Allí lo esperaba otro tripulante de color banana. Se sentaron juntos. Se tomaron las manos. Hablaron en voz baja, riendo.

Amarillo sintió un nudo en la garganta.

No era él.

Ese marrón tenía su color, pero no era su Marrón. Esa banana no era su Banana. Esa felicidad no le pertenecía.

Suspiró. Se dio vuelta y caminó de vuelta a la cocina.

Entró y cerró la puerta detrás de ella. Se apoyó contra la pared y cerró el ojo por un momento.

-Marrón... -susurró-. Te extraño tanto.

Abrió el ojo. Se enderezó. Se puso el delantal bien y volvió a las ollas.

-Bueno -dijo en voz alta-. Hoy el menú especial es depresión con un toque de rabia. Y de postre, nostalgia.

Empezó a cocinar con más fuerza de la necesaria. Golpeó los utensilios. Revolvió las salsas con violencia.

Pasaron horas.

Amarillo estaba cerrando el restaurante. Las luces se apagaban una por una. Las sillas estaban sobre las mesas. La cocina quedó limpia y ordenada.

Un empleado, un tripulante naranja, se acercó.

-Señora Amarillo, ¿necesita ayuda para cerrar?

Ella negó con la cabeza.

-No, gracias. Andá tranquilo. Yo termino.

El empleado asintió y se fue. La puerta trasera se cerró con un golpe suave.

Amarillo se quedó sola en el local. Suspiró y empezó a revisar las mesas. Recogió un par de servilletas que habían quedado. Acomodó un salero.

Terminó y fue a la caja. Tomó el control de la tele que colgaba en la pared y la encendió. Pasó canales sin prestar atención. El ruido de fondo llenaba el silencio.

Se detuvo en las noticias.

Una reportera azul estaba hablando frente a la cámara. A su lado, un compañero lila asentía con seriedad.

-En otras noticias -dijo la azul-, MIRA confirmó que en una semana dará un aviso importante.

El lila tomó la palabra.

-Según fuentes internas, la corporación planea nombrar un nuevo capitán para la nueva Skeld. Una nave que reemplazará a la original, desaparecida hace años.

Amarillo se quedó quieta.

La azul continuó.

-Se espera que el anuncio sea transmitido en vivo desde las instalaciones de MIRA HQ. El nuevo capitán será presentado oficialmente y se darán detalles sobre la misión de la nueva nave.

-La noticia ha generado gran expectativa -agregó el lila-, especialmente entre los familiares de los tripulantes desaparecidos de la Skeld original.

Amarillo apretó el control.

La azul sonrió a la cámara.

-Estaremos atentos a más información. Por ahora, esto es todo desde el estudio.

El noticiero pasó a otra nota. Una historia sobre el clima en Nébula. Algo sobre un nuevo restaurante en la ciudad.

Amarillo apagó la tele.

Se quedó en silencio en medio del restaurante vacío.

-Nueva Skeld... -murmuró-. Nuevo capitán...

Su ojo se llenó de recuerdos. La Skeld original. Su tripulación. Marrón. Todos.

Y ahora MIRA quería borrar todo eso. Como si nunca hubiera pasado. Como si ellos no hubieran existido.

Amarillo apretó los puños.

-No van a poder -dijo en voz baja-. No van a poder borrarlos.

Apagó las luces y salió del restaurante. Cerró la puerta con llave y se quedó un momento en la calle vacía.

Miró hacia el cielo. Las estrellas de Nébula brillaban.

-Marrón -susurró-. No importa lo que hagan. Siempre te voy a recordar.

Caminó hacia su casa, con los pasos pesados.

Una semana.

En una semana, MIRA iba a intentar borrar su pasado.

Pero Amarillo no iba a dejar que eso pasara.

No esta vez.

Chapter 4

Cap 3: Ganandome tu confianza otra vez

Advertencia: Capitulo largo, ponte Spotify y traete algo para comer!

Índigo (Mora) caminaba por los pasillos de MIRA HQ con una tableta en sus manos. En la pantalla se veían tres pequeñas caras redondas.

-¿Y cómo les fue en la escuela hoy? -preguntó con una sonrisa.

Coco apareció en primer plano, su ojo brillaba de emoción.

-¡Mamá! ¡Hoy aprendí a sumar! El maestro dijo que soy muy rápido.

-Eso es porque sos inteligente -dijo Índigo-. ¿Y vos, Beige?

Beige se asomó detrás de Coco, más tranquilo.

-Leí un libro sobre el espacio. Hablaba de los planetas. Nébula no aparece en el libro, mamá.

Índigo rió suave.

-Porque Nébula es un planeta nuevo. Todavía no lo descubrieron los científicos.

-¿Y Maggie? -preguntó Coco.

Maggie apareció gateando en la pantalla. Su ojo grande miraba a la cámara con curiosidad.

-¡Ma! -dijo, señalando algo fuera de cuadro.

-Eso es, pequeña -dijo Índigo-. Mamá está trabajando, pero vuelve a casa pronto.

-¿Y papá? -preguntó Beige.

-Papá está en otra reunión. Pero también va a llegar temprano.

Coco saltó.

-¡Qué bien! ¡Vamos a jugar al escondite!

Índigo sonrió.

-Sí, vamos a jugar. Ahora portense bien con la niñera. Los quiero.

-¡Te queremos, mamá! -dijeron los dos al unísono.

Maggie agitó sus piernas.

-¡Ma!

Índigo rió y cortó la llamada. Guardó la tableta y siguió caminando.

Pasó al lado de alguien. No le dio importancia. Sus ojos estaban en el pasillo, pensando en sus hijos.

Y entonces escuchó.

-Oh wowie Wawa!

Índigo frenó en seco.

Su ojo se abrió. Su cuerpo se tensó.

La reconocería en cualquier lado.

Índigo se dio vuelta rápido. Su mirada buscó por el pasillo.

No había nadie.

Solo una figura que doblaba en la esquina. Un destello de algo verde.

-¡Espera! -gritó Índigo.

Corrió hacia la esquina. Pero cuando llegó, el pasillo estaba vacío. Solo había una puerta cerrada y el eco de sus propios pasos.

Índigo parpadeó. Su respiración era agitada.

-¿Verde? -llamó en voz baja-. ¿Sos vos?

Nadie respondió.

-Índigo.

Se dio vuelta. Mocha estaba detrás de ella, con su ojo duro y las piernas firmes.

-¿Qué está haciendo? -preguntó Mocha-. Debería estar en su oficina.

Índigo tragó saliva.

-Yo... estaba haciendo un reporte. Me desvié un momento.

Mocha la miró con desconfianza.

-¿Un reporte? ¿Con la tableta? ¿En el pasillo?

-Sí. Es un reporte móvil. De campo.

Mocha entrecerró el ojo.

-Suena a excusa.

-No lo es -dijo Índigo rápido-. Ya termino y vuelvo a mi oficina.

Mocha la observó un segundo más. Luego dio media vuelta.

-Termine su reporte. Y después vaya a su puesto. No quiero volver a encontrarla en el pasillo.

-Sí, señora Mocha.

Mocha se fue. Sus pasos resonaron en el pasillo vacío.

Índigo se quedó sola. Miró hacia la esquina donde había visto la figura verde.

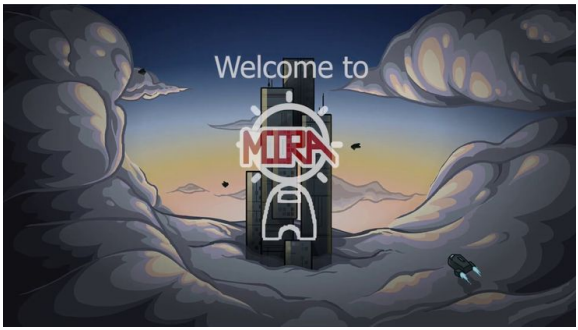
-¿Fue mi imaginación? -murmuró-. ¿O fue real?

Sacudió la cabeza.

-Angeles guardianes... Jajaja, suena bobo...

Pero algo en su interior no lo creía.

Se dio vuelta y caminó de vuelta a su oficina. Cada paso era pesado.



Escarlata estaba en su escritorio, simulando trabajar. Sus dedos se movían sobre el teclado con ritmo constante, pero su ojo estaba fijo en la pantalla donde, en realidad, estaba jugando un juego de palabras con un fondo de estrellas.

Escuchó un ruido.

Cerró la página de inmediato. Su cuerpo se puso tenso. Abrió un archivo de Excel lleno de números

que no significaban nada y fingió revisarlo con atención.

Su compañero de cubículo, Limón, se asomó por encima de la división.

-Oye, Escarlata -dijo Limón-. ¿Después del turno vas a hacer algo?

Escarlata levantó la vista.

-¿Por qué?

Limón se encogió de hombros.

-Voy a salir con los muchachos. A tomar algo. Pensaba en invitarte a vos también.

Escarlata parpadeó.

-¿A mí?

-Sí. ¿Qué onda? ¿Te pinta?

Escarlata abrió la boca. Cerró. Abrió de nuevo.

-Sí. Sí, claro. Me serviría tener amigos.

Limón sonrió ampliamente.

-Buenísimo. Te paso la dirección. Nos vemos a las ocho.

-Dale -dijo Escarlata, con una sonrisa nerviosa.

Limón se fue. Volvió a su cubículo y empezó a silbar una canción alegre.

Escarlata se quedó mirando su pantalla. El Excel seguía abierto. Los números seguían sin significar nada.

-Amigos -murmuró-. Hace tanto que no tengo amigos de verdad.

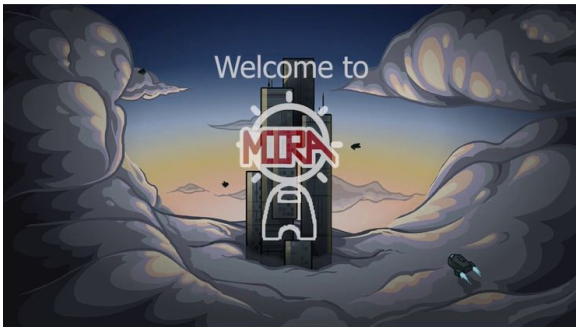
Miró hacia el cubículo de Limón.

-Espero que no sea una trampa.

Negó con la cabeza.

-No. Es Limón. Es buena onda. No puede ser una trampa.

Volvió a su pantalla y cerró el Excel. Abrió el juego de palabras de nuevo.



Terminó la hora.

Escarlata se levantó rápido de su silla y caminó hacia el cubículo de Índigo. Se asomó con una sonrisa nerviosa.

-Mora -susurró, usando su nombre real-. ¿Me dejás salir?

Índigo levantó la vista de su pantalla.

-¿Salir? ¿A dónde?

-Un compañero me invitó a tomar algo. Con los muchachos. Hace años que no tengo amigos, Mora. Por favor.

Índigo lo miró. Su ojo se suavizó.

-¿Y los niños?

-Voy a llegar temprano. Te lo juro. Solo quiero ser normal por un rato.

-¿Te vas a cuidar?

-Si.

-¿No hagas nada estupido?

-No.

-¿No te vas a emborrachar y decir nuestra historia?

-NO.

Índigo suspiró.

-Andá. Pero cuidate.

Escarlata saltó de la alegría. Se inclinó y la besó rápido.

-¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Sos la mejor!

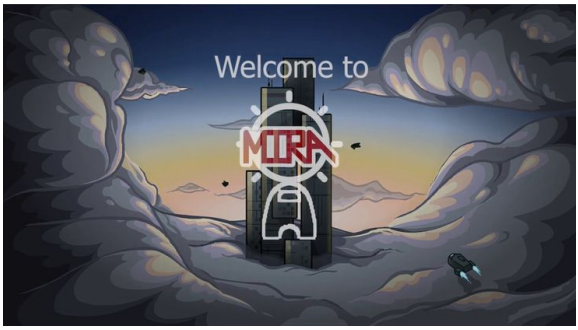
Índigo sonrió.

-Andá, tonto. Divertite.

Escarlata salió corriendo del cubículo. Su paso era ligero, casi saltando.

Índigo lo vio irse y negó con la cabeza.

-Hace años no lo veía así...



En otra parte de la torre, en una sala de reuniones cerrada, todos los impostores estaban reunidos.

Los monitores blancos estaban sentados alrededor de una mesa enorme. Copo, Azúcar, Vainilla y otros más. Todos con sus trajes impecables y sus ojos fríos.

Rosa estaba al frente. De pie. Con las manos apoyadas en la mesa.

-Gracias a todos por presentarse aquí -dijo con voz firme.

Los monitores asintieron en silencio.

Rosa continuó.

-Ya saben que algunos han descubierto nuestra debilidad.

Todos se sacudieron. Algunos movieron sus piernas nerviosamente. Otros apretaron los puños.

-La sal -dijo Rosa-. Nuestro único punto débil. Si nos exponemos a ella, nos debilitamos. Nos enfermamos. Morimos.

Azúcar levantó la mano.

-Señor, ¿qué hacemos?

Rosa levantó una mano para calmarlos.

-Quizás encontré una solución.

Todos se quedaron en silencio. Esperaron.

-No nos beneficiará a nosotros -dijo Rosa-. Pero si hacemos experimentos y aprendemos, podremos salvar nuestra especie.

Copo inclinó la cabeza.

-¿Cómo, señor?

Rosa chasqueó los dedos.

-Carmesí.

Carmesí, que estaba en una esquina mirando su teléfono, levantó la vista.

-¿Yo qué?

-Levantate.

Carmesí giró el ojo. Suspiró y se levantó lentamente. Caminó hacia el centro de la sala, con los hombros caídos y la camisa arrugada.

Rosa abrió un cajón de la mesa.

Todos olieron.

Y todos se asquearon.

Los monitores blancos se taparon el ojo. Algunos se alejaron. Otros hicieron gestos de náuseas. Incluso Rosa, con toda su frialdad, frunció el ojo con repulsión.

Con dos dedos, agarrando apenas la punta, levantó algo sobre el escritorio.

Una rebanada de pizza.

Vieja. Seca. Con restos de queso duro y pepperoni grasoso.

Todos sintieron asco. Algunos se marearon. Copo se agarró del respaldo de su silla. Azúcar se tapó la boca.

Rosa la dejó sobre la mesa.

-Carmesí. Comela.

Carmesí miró la rebanada. Miró a su padre. Miró a los demás.

Suspiró.

Agarró la pizza con sus manos y le dio un mordisco.

Masticó.

Todos lo vieron. La pizza desaparecía en su boca. Masticaba. Tragaba.

Silencio.

Carmesí se limpió la boca.

-No está tan mal -dijo.

Los monitores blancos se miraron entre ellos. Algunos abrieron el ojo con sorpresa.

Rosa se acercó a su hijo. Le acarició la cabeza con suavidad. Luego levantó la mano y señaló a Carmesí.

-Mi hijo -dijo-. Es un híbrido.

Carmesí se quedó helado.

-¿Qué?

Rosa ignoró su sorpresa.

-Procreé con mi ex esposo. Él no era como nosotros. Y de esa unión nació Carmesí.

Carmesí se estremeció.

-¡¿QUÉ?! -gritó-. ¡No! ¡No quiero oír eso! ¡No quiero oír la palabra "procrear" y mi papá en la misma frase!

-Carmesí...

-¡NO! -gritó de nuevo, con más fuerza-. ¡NUNCA ME CONTAS NADA! ¡Y AHORA SALÍS CON ESTO!

Rosa lo miró con calma. Esperó a que se calmara.

Carmesí respiró hondo. Apretó los puños. Bajó la cabeza.

Rosa habló de nuevo, esta vez mirando a los demás.

-Carmesí es la prueba. Si logramos tener más híbridos así, podremos eliminar de nuestro linaje nuestra debilidad. La sal no les hará daño. Serán inmunes. Como él.

Copo se levantó de su silla.

-Señor Rosa... ¿usted está diciendo que podemos crear una nueva generación? ¿Inmune a la sal?

-Exacto.

Azúcar se paró también.

-¿Y cómo logramos eso? ¿Cómo conseguimos más híbridos?

Rosa sonrió. Pero su sonrisa era fría.

-Eso es lo que vamos a descubrir.

Carmesí levantó la vista. Su ojo estaba lleno de rabia y confusión.

-¿¡ME USASTE COMO EXPERIMENTO!?

Rosa lo miró.

-Te usé como futuro.

-¡NO ME IMPORTA! -gritó Carmesí-. ¡ME USASTE! ¡NUNCA ME CONTÁS NADA! ¡ME MANTENÉS EN LA OSCURIDAD! ¡Y AHORA RESULTA QUE SOY UN HÍBRIDO! ¿¡QUÉ MÁS ME ESTÁS OCULTANDO!?

Rosa dio un paso hacia él.

-Carmesí...

-¡¡NO ME TOQUES!!

El grito resonó en toda la sala.

Todos los monitores blancos se quedaron en silencio. Inmóviles.

Carmesí temblaba. Su ojo estaba húmedo.

Rosa lo miró largo rato.

Luego habló, con voz baja.

-Sos mi hijo. Te quiero. Pero también sos la clave para salvar a nuestra especie. Eso es más importante que cualquier cosa.

Carmesí negó con la cabeza.

-No soy tu experimento. Soy tu hijo.

-Las dos cosas.

-¡NO!

-Continuemos.

Los monitores asintieron. Pero algunos intercambiaron miradas preocupadas.

Copo fue el primero en hablar.

-Entonces nos recomienda... ¿solo tener hijos con ellos y ya?

Rosa asintió.

-Es lo único seguro que encontré por ahora.

Los monitores se vieron entre sí. Murmuraron en voz baja. Algunos movían la cabeza. Otros parecían considerar la idea.

-¿Con tripulantes? -preguntó Vainilla-. ¿Con los que siempre consideramos inferiores?

-Ellos no saben lo que somos -respondió Rosa-. Para ellos, somos iguales. Solo hay que elegir bien. No todos son aptos.

Azúcar levantó la mano.

-Señor, ¿y los niños? ¿Qué hacemos con ellos después?

Rosa lo miró con frialdad.

-Los criamos. Los entrenamos. Los usamos para proteger a nuestra especie. Así como yo hice con Carmesí.

Carmesí apretó sus manos. Sus dedos temblaban. Su ojo estaba fijo en la mesa, pero no veía nada.

Rosa siguió hablando.

-La evolución de nuestras habilidades llegó. Hemos sobrevivido siglos ocultándonos. Hemos aprendido a imitarlos, a mezclarnos, a pasar desapercibidos. Pero ahora toca que las nuevas generaciones mejoren.

Se detuvo. Miró a todos.

-Quiten de nuestro linaje lo único que nos para. La sal. Nuestro único veneno. Si logramos que los híbridos sean inmunes, nada nos detendrá.

Carmesí gruñó. Bajo. Apenas audible.

Rosa continuó.

-MIRA nos protege. Les da una identidad. Una excusa para estar cerca de ellos. Pero llegó el momento de dar el siguiente paso.

Los monitores murmuraron de nuevo. Copo habló.

-Señor, ¿y si los tripulantes descubren lo que somos? ¿Si encuentran a un híbrido antes de tiempo?

Rosa sonrió. Frío.

-No van a encontrar nada. Porque nosotros los vamos a controlar. Desde adentro.

-¿Y Carmesí? -preguntó Azúcar-. ¿Va a ayudarnos?

Todos miraron a Carmesí.

Carmesí seguía con la cabeza baja. Sus manos apretadas. Su cuerpo tenso.

Rosa lo miró.

-Carmesí va a hacer lo que le diga. Porque es mi hijo. Y porque sabe lo que es mejor para nuestra especie.

Carmesí levantó la vista. Su ojo estaba rojo. No de color. De furia.

-No sé nada -dijo con voz ronca-. Porque nunca me contás nada.

Rosa lo miró en silencio.

Carmesí continuó.

-Siempre me escondés todo. Me tratás como un empleado más. Me gritás por la camisa arrugada. Me mandás a hacer informes. Y ahora salís con esto. Que soy un experimento. Que soy un híbrido. Que vos y... y mi otro padre...

No pudo terminar la frase.

Rosa habló.

-Tu otro padre no es un tema del que quiera hablar.

Carmesí se levantó de golpe. Su silla cayó hacia atrás.

-¡SIEMPRE ES ASÍ! -gritó-. ¡SIEMPRE ME CORTÁS! ¡SIEMPRE ME MENTÍS! ¡NO QUIERO SER PARTE DE ESTO!

Rosa levantó una mano.

-Carmesí, calmate.

-¡NO ME VOY A CALMAR!

Su voz retumbó en la sala. Los monitores blancos se quedaron quietos. Nadie se movía.

Carmesí respiró agitado.

-Yo no soy como ustedes -dijo-. No soy un monstruo.

Rosa lo miró.

-Sos igual a nosotros. Solo que no lo sabés.

Carmesí dio un paso atrás.

-No. No soy igual.

-Carmesí...

-¡NO!

Carmesí corrió hacia la puerta. Esta vez no la abrió de golpe. La abrió despacio. Se detuvo en el marco.

Miró hacia atrás.

-Algún día -dijo-. Te voy a demostrar que estás equivocado. Que se puede ser mejor.

Y salió.

La puerta se cerró con un clic suave.

Silencio.

Rosa se quedó mirando la puerta cerrada.

Copo habló con cautela.

-Señor... ¿qué hacemos con él?

Rosa no respondió de inmediato.

Luego, lentamente, se dio vuelta.

-Lo dejamos. Va a volver.

-¿Está seguro?

Rosa los miró a todos.

-Siempre vuelve. No sabe vivir fuera de MIRA. No sabe vivir sin mí.

Los monitores asintieron.

Pero algunos intercambiaron miradas.

No estaban tan seguros.

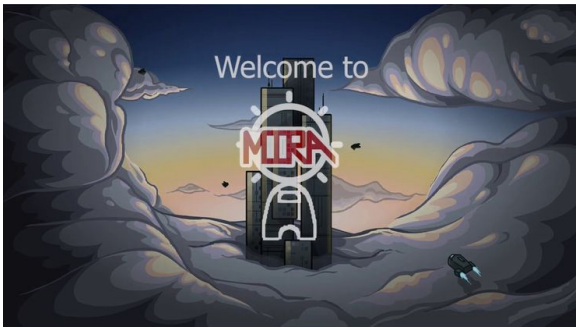
-Continuemos -dijo Rosa, retomando el control-. Tenemos que planear los siguientes pasos.

La reunión siguió.

Fría. Metódica.

Pero el eco de las palabras de Carmesí todavía flotaba en el aire.

-No soy un monstruo.



Escarlata estaba en un bar.

El lugar era tipo hawaiano. Luces de colores colgaban del techo. Plantas enormes decoraban las esquinas. Había una barra de bambú y los meseros usaban camisas floreadas. Música alegre sonaba de fondo, mezclada con risas y el choque de vasos.

Escarlata estaba sentado en una mesa redonda con Limón, Piña, Melón y Arándano. Todos tenían sus bebidas en la mano. Todos reían.

Limón levantó su vaso.

-¡Por Escarlata! ¡El nuevo del grupo!

-¡Por Escarlata! -gritaron los otros.

Escarlata levantó su vaso tímido.

-¡Gracias!

Bebieron. Piña, una tripulante naranja brillante, golpeó la mesa con sus piernas.

-¿Y cómo es que nunca saliste con nosotros antes? ¡Sos re buena onda!

Escarlata se encogió de hombros.

-No sé. Siempre estaba ocupado. Trabajando.

Melón, un verde claro con el ojo soñoliento, asintió.

-Te entiendo. MIRA te chupa la vida si la dejás.

Arándano, un azul oscuro con un ojo serio, agregó.

-Pero acá no hay MIRA. Acá hay piña colada.

Todos rieron.

Limón señaló la pantalla de la tele que colgaba detrás de la barra.

-Mirá, están hablando de la nueva Skeld.

Todos giraron sus ojos hacia la pantalla.

Una reportera azul estaba hablando. A su lado, el mismo lila de siempre.

-Faltan pocos días para el anuncio oficial de MIRA -decía la azul-. Se espera que el nuevo capitán sea presentado en una ceremonia transmitida en vivo.

El lila asintió.

-Según fuentes, la nueva Skeld será más moderna. Con tecnología de punta. Una nave diseñada para misiones de larga duración.

Escarlata apretó su vaso.

Limón lo notó.

-¿Todo bien?

Escarlata parpadeó.

-Sí. Sí. Todo bien.

Piña se inclinó.

-¿Conocés a alguien de la Skeld original?

Escarlata dudó.

-Yo... sí. Conocía a algunos.

Melón puso una mano en su hombro.

-Debe ser duro. Lo de esa nave fue muy triste.

Escarlata asintió en silencio.

Arándano cambió de tema rápido.

-Bueno, basta de noticias tristes. ¿Alguien quiere bailar?

-¡Yo! -gritó Limón.

-¡Yo también! -dijo Piña.

Los tres se levantaron y fueron a la pista. Melón se quedó con Escarlata.

-¿Estás bien? -preguntó.

Escarlata lo miró.

-Sí. Solo... esas noticias me traen recuerdos.

Melón asintió.

-Te entiendo. Yo perdí a un amigo en una misión. También fue duro.

Escarlata lo miró con sorpresa.

-¿En serio?

-Sí. Hace años. Todavía lo extraño.

Se quedaron en silencio un momento.

Luego Melón sonrió.

-Pero bueno. La vida sigue. Y hay que disfrutarla.

Levantó su vaso.

-Por los que ya no están.

Escarlata levantó el suyo.

-Por los que ya no están.

Bebieron.

En la pista, Limón, Piña y Arándano bailaban mal. Muy mal. Pero reían. Se tropezaban. Se agarraban para no caerse.

Escarlata los miró y soltó una risa.

-Son unos tontos.

Melón rió también.

-Sí. Pero son nuestros tontos.

Escarlata sintió algo cálido en el pecho.

Se levantó.

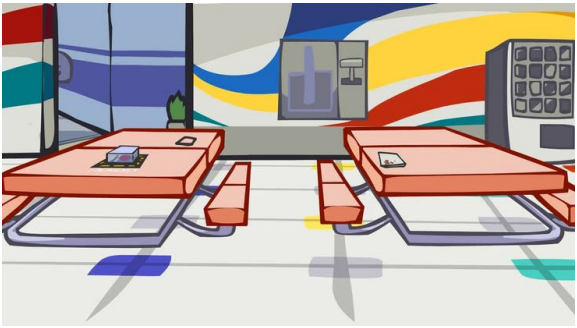
-Voy a bailar.

Melón levantó el ojo.

-¿En serio? No te he visto bailar nunca.

-Porque nunca tuve con quién.

Escarlata caminó hacia la pista. Se unió a sus nuevos amigos.



Rosa bajó al ascensor.

Más serio que de costumbre. Su ojo estaba fijo en la nada, sus piernas se movían con paso firme pero pesado.

Algo lo molestaba. Algo que no podía sacarse de la cabeza. Las palabras de Carmesí seguían resonando en su mente, pero no iba a admitirlo. No frente a nadie. Ni siquiera frente a sí mismo.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron. Entró al laboratorio y miró alrededor. No había muchos científicos hoy. Solo Vainilla y Azúcar estaban presentes, revisando unas pantallas en la esquina. Las demás estaciones estaban vacías. Las máquinas pitaban en silencio. La cría alien estaba en su contenedor, moviendo sus tentáculos débilmente.

Azúcar se acercó a Rosa con pasos rápidos. Su ojo mostraba preocupación.

-Señor, intentamos alimentar a Guinda, pero se niega. Lleva dos días sin comer.

Rosa no respondió. Miró hacia la cápsula. Guinda estaba ahí, en el fondo, con las piernas envueltas contra su cuerpo. Su ojo estaba abierto, pero no miraba a nadie. Respiraba con dificultad. La herida en su cabeza estaba vendada de nuevo, pero se veía débil. Pálido. Roto.

Guinda sintió la presencia de Rosa. Levantó la vista lentamente. Y cuando lo reconoció, su ojo se encendió. Se puso de pie con esfuerzo, apoyándose en la pared de vidrio. Golpeó con sus puños.

-¡ROSA! -gritó, su voz ronca y rota-. ¡VENÍ A VER TU OBRA! ¡MIRÁ LO QUE HICISTE DE MÍ!

Rosa se acercó lentamente. Se detuvo frente a la cápsula y se agachó un poco para estar a la altura de Guinda. Su ojo frío recorrió el cuerpo magullado de su ex esposo.

-Guinda -dijo con voz baja-. Es inútil.

Guinda entrecerró el ojo.

-¿Qué?

-Ya no tienes al huésped dentro de ti -continuó Rosa-. Ahora eres solo un simple tripulante. Otra vez.

Guinda apretó los puños.

-¿Y eso qué significa?

-Significa que no eres como nosotros. Eres débil. Siempre lo fuiste. Por eso te elegí. Porque eras fácil

de controlar. Porque no veías más allá de tu propia lealtad.

Guinda gruñó. Golpeó el vidrio con todas sus fuerzas. El impacto fue fuerte, y un sonido seco resonó en el laboratorio. Pero esta vez, Guinda sintió el dolor. Sus nudillos se quebraron. Se quejó horrible, apretando sus manos contra su pecho. El dolor le nubló el ojo.

Rosa suspiró. Esperó a que Guinda se recuperara un poco.

-Escúchame -dijo-. Te ofrezco un trato.

Guinda levantó la vista. Su ojo estaba lleno de lágrimas de dolor, pero también de odio.

-¿Un trato? ¿Después de todo lo que me hiciste?

-Te unes a mi lado -dijo Rosa-. Trabajas para mí. Y yo te daré una vida normal. Fuera de aquí. Lejos de los experimentos. Lejos de las cápsulas.

Guinda rió. Pero no era una risa feliz. Era amarga, rota, llena de sarcasmo.

-¿Una vida normal? -dijo-. ¿Y yo debería confiar en ti? ¿Después de todo?

Rosa inclinó la cabeza.

-¿Por qué no?

Guinda lo miró con incredulidad. Su ojo se abrió de par en par.

-¿Por qué no? -repitió, su voz subiendo de tono-. ¡AY, NO SÉ! ¡MMM... DÉJAME PENSAR!

Golpeó el vidrio con la palma de su mano. El dolor le hizo apretar los dientes, pero siguió hablando.

¡ME PEDISTE EL DIVORCIO DE GOLPE! ¡SIN EXPLICACIÓN!
¡ME ALEJASTE DE MI HIJO!
¡ME ENCERRASTE EN POLUS!
¡TU HERMANO MENOR ME METIÓ UN ALIEN EN LA CABEZA! ¡Y TERMINÉ AQUÍ! ¡EN ESTA CÁPSULA!

Dio un paso atrás. Tomó impulso. Y golpeó el vidrio con todas sus fuerzas.

El impacto fue brutal. El vidrio se agrietó. Una línea fina recorrió toda la superficie.

Rosa dio un paso atrás. Su ojo se abrió un poco más. Sorprendido.

Guinda respiraba agitado. Su mano sangraba. Pero su ojo seguía fijo en Rosa.

-¿Y QUIERES QUE CONFÍE EN TI? -gritó-. ¿QUIERES QUE TRABAJE PARA TI? ¿DESPUÉS DE TODO ESO?

Rosa se quedó en silencio. Miró la grieta en el vidrio. Miró a Guinda.

-Eres más fuerte de lo que pensaba -dijo finalmente.

Guinda escupió al suelo.

-No soy fuerte. Estoy desesperado. Y la desesperación hace cosas raras.

Rosa dio un paso adelante.

-Guinda...

-NO ME HABLES -cortó Guinda-. No me mires. No me toques. No me ofrezcas nada. No confío en ti. Y nunca voy a confiar.

Rosa lo miró largamente. Luego se enderezó. Volvió a su altura completa.

-Vas a cambiar de opinión -dijo-. Todos cambian de opinión. Solo es cuestión de tiempo.

Guinda rió de nuevo. Pero esta vez era más débil. Más cansada.

-Seguí soñando, Rosa. Seguí soñando.

Rosa se dio media vuelta y se iba a ir. Ya estaba cerca del ascensor. Solo unos pasos más y se iría. Dejaría a Guinda ahí, gritando, golpeando, rompiéndose los nudillos contra el vidrio.

Pero tuvo una idea.

Frenó de golpe.

Se quedó quieto, mirando la puerta del ascensor. Su ojo se movió lentamente, procesando algo. Luego se dio vuelta.

Guinda seguía golpeando el vidrio. Se lanzaba con fuerza, una y otra vez. Sus puños golpeaban la superficie con desesperación. La grieta se hacía más grande.

-¡ROSA! ¡VOLVÉ, COBARDE! ¡NO TE ESCONDAS!

Rosa caminó de vuelta. Se detuvo frente a la cápsula. No se agachó esta vez. Se quedó de pie, mirando hacia abajo.

-Subo el precio -dijo.

Guinda se detuvo. Su puño quedó suspendido en el aire. Parpadeó.

-¿Eh?

-Te ofrezco un rol mucho más alto en esta empresa. Te quedás a mi lado. Abandonás esta vida. Dejás de ser un prisionero y pasás a ser alguien con poder.

Guinda bajó el puño lentamente. Su ojo se entrecerró.

-¿Después de todo lo que me hiciste, querés que trabaje para vos?

-No es para mí -dijo Rosa-. Es para él.

Guinda frunció el ojo.

-¿Para quién?

Rosa lo miró en silencio un momento. Luego habló.

-Para nuestro hijo.

Guinda se quedó helado.

-¿Qué?

-Te dejaré verlo -continuó Rosa-. Podrás hablar con él. Conocerlo. Saber cómo es.

-¿Mi... mi hijo? -dijo con voz temblorosa-. ¿Mi hijo está vivo?

Rosa inclinó la cabeza.

-Claro que está vivo, también es mío. Total salió de mí ¿Lo olvidas?

Guinda se apoyó contra el vidrio. Sus piernas temblaban.

-¿Y cómo es? -preguntó, su voz apenas un susurro-. ¿Cómo es?

Rosa lo miró.

-Es igual a ti.

Guinda sintió que el corazón se le partía.

-¿Igual a mí? -repitió.

-Tiene tu carácter -dijo Rosa-. Tu terquedad. Tu forma de mirar las cosas. A veces cuando se enoja, hace la misma mueca que hacías vos... Y tiene tu ceja.

Guinda se llevó una mano al pecho. Su ojo se llenó de lágrimas.

-Nunca lo vi crecer...

Rosa no dijo nada.

-Nunca supe nada de él -continuó Guinda-. Nunca supe si estaba bien. Si estaba feliz. Si tenía amigos. Si alguien lo cuidaba. Y vos... vos me lo escondiste todo este tiempo.

-Lo protegí -dijo Rosa-. Lo mantuve a salvo. Le di una vida dentro de MIRA.

-¡NO ME IMPORTA MIRA! -gritó Guinda-. ¡ME IMPORTA ÉL! ¡ME IMPORTA MI HIJO!

Golpeó el vidrio con la palma de su mano. Pero esta vez no fue con furia. Fue con desesperación.

Rosa esperó a que se calmara un poco.

-¿Querés verlo? -preguntó-. ¿Querés conocerlo?

Guinda levantó la vista. Su ojo estaba rojo, lleno de lágrimas.

-¿Y si no quiere conocerme? -preguntó-. ¿Y si me odia?

Rosa negó con la cabeza.

-No te odia. No sabe que existís. Pero cuando lo sepa... va a querer conocerte. Porque es igual a vos. Y vos, a su edad, también hubieras querido conocer a tu otro padre.

Guinda se quedó en silencio. Su ojo miraba al vacío.

-¿Qué tengo que hacer? -preguntó finalmente.

Rosa sonrió. Una sonrisa fría, pero con un dejo de triunfo.

-Aceptás mi oferta. Te unís a mí. Trabajás para MIRA. Y cuando yo lo decida, te presentaré a tu hijo.

Guinda apretó los puños. Su ojo se movía rápido, procesando.

-¿Y si no acepto?

Rosa se encogió de hombros.

-Entonces te quedás aquí. En esta cápsula. Hasta que mueras. Y nunca sabrás cómo es él. Nunca sabrás si

es feliz. Nunca sabrás si se parece a vos en algo más que en la mueca.

Guinda cerró el ojo. Una lágrima rodó por su rostro redondo.

Pasaron unos segundos.

Luego abrió el ojo.

-Acepto -dijo con voz baja.

Rosa inclinó la cabeza.

-¿Qué?

-Dije que acepto -repitió Guinda, más fuerte-. Acepto tu oferta. Acepto trabajar para vos. Acepto todo. Con tal de ver a mi hijo.

Rosa asintió lentamente.

-Bien. Entonces empecemos.

Guinda se apoyó contra el vidrio.

-Pero si me mentís -dijo-. Si me engañas. Si me mostrás a un impostor disfrazado...

Rosa levantó una mano.

-No te voy a mentir. Te voy a mostrar a tu hijo. Cuando sea el momento.

-¿Cuándo?

-Cuando te ganes mi confianza.

Guinda rió. Pero era una risa amarga.

-¿Ganarme tu confianza? ¿Después de todo lo que hiciste?

-Las reglas son las mismas para todos -dijo Rosa-. Vos también tenés que demostrar que sos de fiar.

Guinda lo miró largamente.

-Está bien -dijo finalmente-. Pero si me traicionás...

-No lo haré.

-Si me traicionás -repitió Guinda, con voz firme-. Te juro por todo lo que quiero que vas a arrepentirte.

Rosa lo miró. Y por un momento, algo en su ojo cambió. Algo que no se veía a menudo.

-Lo sé -dijo-. Por eso no lo voy a hacer.

Se dio vuelta y caminó hacia el ascensor.

Esta vez no se detuvo.

Entró. Las puertas se cerraron.

Guinda se quedó solo en la cápsula. Su ojo estaba fijo en la puerta cerrada.

-Mi hijo... -murmuró-. Mi pequeño...

Apoyó la frente en el vidrio.

Después de un día, soltaron a Guinda.

Los monitores blancos abrieron la cápsula con cuidado. Guinda salió tambaleándose, sus piernas apenas lo sostenían. Llevaba la misma ropa sucia y manchada de sangre. La venda en su cabeza estaba floja. Su ojo miraba a todos lados con desconfianza, como un animal que acaban de sacar de una jaula.

Los monitores lo escoltaban por el pasillo. No lo tocaban, pero caminaban a su alrededor, encerrándolo. Guinda caminaba lento, arrastrando los pies. Cada paso le dolía, pero no iba a mostrar debilidad. No frente a ellos.

Rosa finalmente apareció. Caminó hacia ellos con su paso firme, su traje impecable, su ojo frío. Los monitores se apartaron para darle paso.

-Yo me encargo -dijo Rosa sin mirarlos.

Los monitores asintieron y se fueron. Se perdieron por el pasillo, dejando a Rosa y Guinda solos.

Rosa miró a Guinda de arriba abajo. Su ojo recorrió la ropa sucia, la venda floja, el cuerpo tembloroso. Sacudió la cabeza.

Y sin decir una palabra, le aventó un traje en la cara.

Guinda lo atrapó por reflejo. El traje era blanco, impecable, igual al que usaban los monitores. Igual al que usaba Rosa.

-Ponételo -dijo Rosa-. No quiero que otros te vean así.

Guinda miró el traje. Miró a Rosa.

-¿Así cómo? -preguntó con voz ronca.

-Como una víctima -respondió Rosa-. Vas a trabajar conmigo. No puedes parecer un prisionero.

Guinda gruñó. Apretó el traje contra su pecho.

-¿Y si no quiero ponérmelo?

Rosa lo miró con paciencia.

-Entonces te devuelvo a la cápsula. Y te olvidas de tu hijo.

Guinda cerró el ojo. Respiró hondo.

-Eso es bajo, Rosa. Incluso para vos.

-Es efectivo -respondió Rosa-. Y vos sabés que es verdad.

Guinda apretó los puños. Pero no dijo nada más. Empezó a desvestirse lentamente, con torpeza, porque sus manos temblaban. Rosa lo miró en silencio, sin ayudar. Cuando Guinda terminó de ponerse el traje blanco, la venda sobresalía por un lado, y el traje le quedaba un poco grande. Pero al menos ya no parecía un prisionero.

Rosa asintió.

-Mejor. Ahora vení.

Caminó hacia el ascensor. Guinda lo siguió con pasos lentos.

Subieron al ascensor. Las puertas se cerraron. El ascensor empezó a subir. Subieron más arriba, pasando pisos y más pisos. Guinda no preguntó a dónde iban. Solo miraba los números cambiar en la pantalla.

Finalmente llegaron arriba de todo.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron.

Guinda parpadeó. Era un departamento enorme, con ventanas que cubrían toda la pared. Desde ahí se veía toda la ciudad de Nébula. Los edificios. Las calles. Las luces. El cielo de gas siempre cambiante. Era impresionante. Casi irreal.

Rosa entró primero. Guinda lo siguió con cautela.

-Esto lo usa Carmesí -dijo Rosa sin mirarlo-. Cuando no está trabajando, viene aquí. Es su espacio. Su lugar para descansar.

Guinda miró alrededor. Un sofá. Una mesa. Unos libros apilados en el suelo. Una planta en la esquina. Todo era simple, ordenado. Pero se veía vivido.

-Él vive aquí -dijo Rosa-. Tiene su propia oficina en otro piso, pero prefiere venir aquí cuando necesita estar solo.

Guinda se quedó quieto. Su ojo recorrió cada rincón. Cada objeto. Como si intentara absorber todo lo que pudiera de ese lugar.

Rosa lo miró.

-Yo no siento agotamiento como vos. Pero vos sí. Así que podés acomodarte aquí. Dormir. Comer. Descansar. Hay una habitación extra al fondo.

Guinda se dio vuelta lentamente.

-¿Me vas a dejar vivir aquí? ¿En el departamento de mi hijo?

-Hasta que te recuperes -dijo Rosa-. Después veremos.

Guinda lo miró con desconfianza.

-¿Y él? ¿Carmesí? ¿Cuándo lo voy a ver?

Rosa negó con la cabeza.

-Cuando estés listo. Cuando puedas mirarlo sin desmoronarte.

Guinda apretó los puños.

-No me voy a desmoronar.

Rosa lo miró en silencio.

-Te vi golpear el vidrio hasta romperte los nudillos. Te vi gritar mi nombre como si yo fuera el demonio. Te vi llorar cuando te hablé de él. No estás listo.

Guinda abrió la boca para protestar. Pero cerró. Sabía que Rosa tenía razón.

Rosa caminó hacia la puerta.

-Descansá. Comé algo. Hay comida en la cocina. Mañana empezás a trabajar.

Guinda lo miró irse.

-¿Por qué hacés esto? -preguntó.

Rosa se detuvo.

-¿Por qué te saco de la cápsula? ¿Por qué te doy un departamento? ¿Por qué te ofrezco ver a tu hijo?

Guinda asintió.

Rosa se volvió hacia él.

-Porque te necesito. Eres útil. Y porque... a pesar de todo... todavía me importa lo que te pase.

Guinda parpadeó. Su ojo se abrió con sorpresa.

-¿Te importa?

Rosa no respondió. Solo lo miró por un momento.

Luego salió. Cerró la puerta detrás de él.

Guinda se quedó solo en el departamento. Miró la puerta cerrada. Miró la ventana. Miró los libros de su hijo.

Caminó lentamente hacia el sofá y se sentó. El traje blanco crujía con cada movimiento. La venda en su cabeza seguía floja.

Se quedó mirando la ventana. La ciudad de Nébula brillaba allá abajo.

-Mi hijo vive aquí -murmuró-. Mi hijo vive aquí...

Guinda comió en paz. Se sentó en la mesa del departamento con un plato de comida que encontró en la cocina. No era nada especial. Un poco de pasta con salsa. Pero después de días sin comer, sabía a gloria. Masticaba lento, sintiendo cada bocado. Su boca se movía con torpeza. Todavía no se acostumbraba.

Cuando era tripulante, no tenía boca visible. Solo su ojo. Su rostro redondo y liso. Pero cuando el alien estuvo dentro de él, algo cambió. Una boca horrorosa se formó en su rostro, llena de dientes filosos y una lengua viscosa. Era grotesca. Asquerosa. Ahora que el alien había sido extirpado, su rostro había vuelto a la normalidad... casi. La boca seguía ahí, pero podía

cerrarla. Podía elegir mostrarla o no. Pero le costaba. Cada vez que abría la boca para comer o hablar, sentía el recuerdo de lo que fue. Era como una cicatriz que no se veía, pero se sentía.

Terminó de comer y dejó el plato en la mesa. Se levantó y empezó a explorar el lugar. Era un departamento grande, más de lo que esperaba. Había una sala con el sofá y la ventana enorme. Una cocina pequeña pero equipada. Un pasillo que llevaba a dos habitaciones. La primera estaba vacía, solo con una cama y un armario. La segunda... la segunda era diferente.

Guinda abrió la puerta lentamente. Adentro había una cama deshecha, libros apilados en el suelo, una tablet sobre la mesa de noche. Ropa tirada en una silla. Todo era desordenado, pero de una manera que se sentía viva. Como si alguien realmente viviera ahí.

Guinda entró con cuidado. Tocó los libros con sus dedos. Miró los títulos. Novelas de aventuras. Manuales de navegación. Un libro de cocina. Sonrió un poco. Su hijo leía de todo.

Se sentó en el borde de la cama y miró alrededor. Su ojo se llenó de una mezcla de tristeza y esperanza.

-Mi hijo -susurró-. Mi pequeño Carmesí.

No sabía cuánto tiempo pasó. Minutos. Una hora. El sol de Nébula empezaba a bajar.

La puerta del departamento se abrió.

Guinda se levantó rápido. Salió de la habitación y se encontró con Rosa, que acababa de entrar. Rosa llevaba un maletín en una mano y algo más en la otra.

-¿Dónde estabas? -preguntó Rosa, sin molestia, solo curiosidad.

-Explorando -respondió Guinda con voz cortante.

Rosa asintió. Caminó hacia la mesa y dejó el maletín. Luego extendió la mano y le mostró a Guinda lo que traía.

Una bolsa de papel.

Guinda frunció el ojo.

-¿Qué es eso?

-Un postre -dijo Rosa-. De un restaurante cerca de aquí. Pensé que te gustaría.

Guinda lo miró con desconfianza.

-¿Me estás trayendo postre? ¿Después de todo?

Rosa se encogió de hombros.

-Es un gesto. Nada más.

Guinda no se movió. Rosa dejó la bolsa sobre la mesa.

-Si no lo querés, lo tiro.

Guinda gruñó. Pero caminó hacia la mesa y abrió la bolsa. Dentro había un pastel pequeño, cubierto de crema y frutas. Olía delicioso.

-¿Por qué hacés esto? -preguntó de nuevo-. ¿Por qué te esforzás?

Rosa se sentó frente a él.

-Porque quiero que confíes en mí.

Guinda rió. Pero era una risa seca.

-¿Confiar en vos? ¿Después de todo?

Rosa lo miró con seriedad.

-Sé que no es fácil. Pero necesito que confíes en mí si vamos a trabajar juntos. Y necesito que confíes en mí si querés ver a tu hijo.

Guinda apretó la bolsa.

-Eso no es confianza. Eso es chantaje.

-Puede ser -admitió Rosa-. Pero también es una oportunidad.

Guinda se quedó en silencio. Miró el pastel. Miró a Rosa.

-No va a ser fácil -dijo finalmente-. No voy a olvidar lo que me hiciste.

-No te pido que olvides -dijo Rosa-. Te pido que me des una oportunidad.

Guinda abrió la bolsa y sacó el pastel. Lo puso sobre la mesa. Buscó un tenedor y cortó un pedazo.

-Una oportunidad -repitió-. Nada más.

Rosa asintió.

-Nada más.

Guinda llevó el tenedor a su boca. Masticó lentamente. El pastel era bueno. Dulce. Suave.

-Está bueno -dijo sin mirarlo.

Rosa sonrió apenas.

-Me alegro.

Rosa no decía nada. Solo miraba. Su ojo frío recorría cada movimiento de Guinda. Cada bocado. Cada masticada. Como si estuviera estudiándolo.

Guinda se sintió incómodo.

-¿Vas a comer algo o solo vas a quedarte ahí mirándome como un bicho raro? -preguntó con la boca llena.

Rosa inclinó la cabeza.

-Ya comí.

-¿Ah, sí? ¿Y qué comiste?

-Alguien en el camino.

Guinda dejó el tenedor en el plato. Su ojo se abrió de par en par.

-¿Qué?

Rosa lo miró sin expresión.

-Nada. Seguí comiendo.

Guinda apretó los puños. Pero no dijo nada. Tomó el tenedor y siguió comiendo, pero ya no con el mismo apetito. Cada bocado sabía diferente. Más pesado.

El silencio se volvió incómodo. Los dos estaban ahí, en la mesa, sin hablar. Solo se escuchaba el tintineo del tenedor contra el plato y el ruido de la ciudad allá abajo.

Guinda levantó la vista. Observó a Rosa de arriba abajo. Su traje blanco impecable. Siempre el mismo. Siempre perfecto. Sin una arruga. Sin una mancha. Como si nunca se lo hubiera quitado.

-Tienes como cien de... ¿ese traje o qué? -preguntó con tono burlón-. Siempre es la misma prenda. ¿No te aburre usar siempre lo mismo?

Rosa lo miró con calma.

-No es del todo ropa.

Guinda frunció el ojo.

-¿Qué?

Rosa extendió su mano izquierda. La tela negra del traje comenzó a moverse. A retorcerse. A deformarse.

Guinda se asqueó. Su ojo se llenó de horror. Soltó el tenedor y empujó su silla hacia atrás.

-¡¿QUÉ MIERDA ES ESO?! -gritó.

Rosa lo miró con tranquilidad. Los tentáculos seguían moviéndose, retorciéndose en el aire. Algunos tenían

dientes. Otros tenían ojos que parpadeaban. Era grotesco. Asqueroso. Una pesadilla hecha realidad.

-Es parte de mi cuerpo -dijo Rosa con naturalidad-. Lo uso para adaptarme. Para sobrevivir. El traje solo lo contiene.

Guinda sintió que el estómago se le revolvía.

-¡Sacá esa cosa de acá! -gritó-. ¡Sacala ahora!

Rosa lo miró un momento. Luego, lentamente, los tentáculos comenzaron a retirarse. Se metieron de nuevo en su cuerpo, como animales volviendo a su madriguera. La tela rasgada se unió de nuevo, como si nunca hubiera estado abierta. En unos segundos, Rosa volvía a ser Rosa. Impecable. Perfecto. Como si nada hubiera pasado.

Guinda respiraba agitado. Su ojo estaba fijo en el brazo de Rosa, esperando que algo volviera a salir.

-¿Estás bien? -preguntó Rosa con voz calmada.

Guinda lo miró con furia.

-¿¿Bien??

Rosa inclinó la cabeza.

-Es parte de mí. Tarde o temprano ibas a verlo.

Guinda se levantó de la silla. Caminó hacia la ventana y se apoyó contra el vidrio. Su cuerpo temblaba.

-¿Y Carmesí? -preguntó con voz baja-. ¿Él también tiene... eso?

Rosa negó con la cabeza.

-No, por ahora.

-¿Y vos? -Guinda se dio vuelta-. ¿Siempre tuviste eso? ¿Desde que volviste?

Rosa lo miró en silencio.

Guinda sintió que el suelo se le hundía.

-¿Viví con vos, dormí con vos, tuve un hijo con vos... y nunca supe que tenías tentáculos con ojos?

Rosa se levantó lentamente. Caminó hacia Guinda y se detuvo frente a él.

-Porque no quería que supieras. Porque quería ser normal para vos. Pero ya no puedo esconderlo más.

Guinda lo miró a los ojos. Su ojo se llenó de lágrimas.

-Sos un monstruo -susurró.

Rosa no se ofendió.

-Sí. Pero también soy el padre de tu hijo. Y estoy tratando de hacer lo correcto.

Guinda rió. Pero era una risa rota.

-No sabés lo que es hacer lo correcto.

Rosa no respondió. Solo lo miró.

Guinda se dio vuelta y miró la ciudad. Las luces de Nébula brillaban allá abajo.

-Necesito estar solo -dijo.

Rosa asintió.

-Mañana te busco. Vamos a empezar tu entrenamiento.

-¿Entrenamiento?

-Para tu nuevo rol. Para que puedas estar cerca de Carmesí sin que él sospeche.

Guinda cerró el ojo.

-Está bien.

Rosa caminó hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo.

-Guinda.

-¿Qué?

-El pastel. ¿Te gustó?

Guinda se quedó en silencio un momento.

-Sí -respondió sin mirarlo.

Rosa asintió y salió. La puerta se cerró.

Guinda se durmió en el sillón. El cansancio lo venció después de todo lo que pasó. La comida en su estómago, el traje blanco incómodo, la conversación

con Rosa, los tentáculos con ojos y dientes. Todo eso lo agotó. Cerró el ojo y se dejó llevar por el sueño.

No sabía cuánto tiempo pasó. Una hora. Dos. El sol ya se había ocultado del todo y la ciudad de Nébula brillaba con sus luces nocturnas.

Escuchó un ruido.

Abrió el ojo lentamente. Todo estaba oscuro. Solo la luz de la ciudad entraba por la ventana. Se movió un poco en el sillón y vio algo.

Tembló.

Había una figura en la entrada del departamento. Una figura de color carmesí, con una camisa arrugada y el ojo cansado. Estaba apoyado contra la pared, rascándose la cabeza con una mano.

Carmesí.

Guinda se quedó completamente quieto. Su corazón empezó a latir más rápido. Era él. Era su hijo. Ahí, a pocos metros de él. Después de tantos años.

Carmesí no lo había visto todavía. Entró al departamento arrastrando los pies, hablando solo con voz cansada.

-Qué día de mierda... Mocha otra vez con sus informes... y papá con sus reuniones interminables... solo quiero dormir...

Se detuvo.

Su ojo se abrió de par en par.

Vio a Guinda.

Parpadeó una vez. Dos veces.

Retrocedió un paso.

-¡PAPÁ! -gritó-. ¡SE METIÓ UN RATERO!

Guinda se levantó rápido del sillón, levantando las manos en señal de paz.

-¡No, no, no! ¡No soy un ratero! ¡Esperá!

Carmesí metió la mano en su chaqueta, buscando algo para defenderse. Sus piernas temblaban. Su ojo estaba lleno de pánico.

-¡No te acerques! -gritó-. ¡Tengo un... un...!

No encontró nada. Solo un lápiz. Lo levantó como si fuera un cuchillo.

Guinda dio un paso adelante.

-¡Carmesí! -dijo con voz firme-. ¡Soy yo! ¡Soy tu padre!

Carmesí se detuvo.

Su ojo se entrecerró. Bajó lentamente el lápiz.

-¿Mi... mi padre?

Se quedó quieto, mirando mejor a Guinda. El color carmesí parecido al suyo, pero más oscuro. Un cuerpo más grande. Una postura cansada. Y una gran ceja sobre su ojo. Una ceja idéntica a la suya.

Carmesí se quedó helado.

-¿Vos... vos sos mi otro padre? -preguntó con voz temblorosa.

Guinda asintió lentamente.

-Sí. Soy yo.

No dijeron nada más. Solo se miraron. El silencio era pesado, lleno de años de ausencia, de preguntas sin respuesta, de todo lo que nunca pudieron decirse.

Y entonces se escuchó el ascensor.

Ambos giraron.

Las puertas se abrieron. Rosa estaba ahí, con su traje impecable, su ojo frío, su expresión de siempre.

Se congeló al ver la escena.

Guinda y Carmesí, frente a frente. En el mismo departamento. Mirándose.

Rosa parpadeó.

-...Se suponía que tendrías que estar trabajando -dijo, mirando a Carmesí.

Carmesí se volvió hacia él.

-¿Papá? -preguntó con confusión-. ¿Qué está pasando? ¿Quién es este? ¿Por qué está en mi departamento?

Rosa no respondió. Su ojo se movió rápido, evaluando la situación.

Guinda dio un paso hacia el ascensor.

-No no no -dijo, con voz firme-. Vos venís acá.

Y antes de que Rosa pudiera reaccionar, Guinda metió ambas manos entre las puertas del ascensor. Apretó con fuerza. Las puertas se resistieron, pero él tiró con todas sus fuerzas. Las abrió a la fuerza, separándolas.

Rosa parpadeó. Su ojo se abrió un poco más.

-...Ya recuerdo que te veía de atractivo -dijo, casi sin querer.

Carmesí soltó una risa nerviosa. Era una risa incómoda, desconcertada, pero una risa al fin.

-Ok -dijo, levantando las manos-. Esto es una broma. ¿Verdad? Esto es una broma.

Guinda lo miró con seriedad.

-No es una broma.

Carmesí negó con la cabeza.

-No, no, no. Esto es una broma. Este es Nube cambiado de forma. Es una broma. Una broma de mal gusto.

Guinda dio un paso hacia él.

-Carmesí...

-¡ES UNA MALDITA BROMA! -gritó Carmesí, con el ojo lleno de lágrimas-. ¡NO PUEDE SER REAL! ¡NO PUEDE SER QUE DESPUÉS DE TODA MI VIDA, APAREZCAS ASÍ, DE LA NADA!

Guinda se detuvo. Su ojo se suavizó.

-No es una broma -repitió-. Soy real. Soy tu padre. Y estoy aquí.

Carmesí lo miró largamente. Su respiración era agitada. Su cuerpo temblaba.

Rosa seguía parado en el ascensor, sin saber qué hacer. Por primera vez, no tenía control de la situación.

Carmesí se llevó una mano a la cabeza.

-Necesito sentarme -dijo.

Y se dejó caer en el sillón.

Guinda lo miró. Luego miró a Rosa.

-Vos -dijo con voz cortante-. Vení acá también. Vamos a hablar. Los tres. Ahora.

Rosa parpadeó.

-Guinda, esto no es-

-AHORA -repitió Guinda, con una autoridad que no había mostrado en años.

Rosa tragó saliva. Y por primera vez, obedeció.

Salió del ascensor y caminó hacia ellos.

Rosa se quedó parado en medio del departamento, sin saber qué hacer. Su ojo se movía de Guinda a Carmesí, evaluando, calculando. Pero por primera vez en mucho tiempo, no tenía un plan.

-Carmesí -dijo Guinda con voz suave, acercándose-. Carmesí, miráme.

Carmesí levantó la vista lentamente. Su ojo estaba rojo, lleno de lágrimas que no quería derramar.

-¿Por qué? -preguntó con voz quebrada-. ¿Por qué nunca me dijiste? ¿Por qué me escondiste esto toda mi vida?

Rosa abrió la boca para hablar, pero Guinda lo interrumpió.

-Yo no pude decirte -dijo Guinda, mirando a su hijo-. No sabía que existías. Tu padre... tu padre me lo ocultó. Me alejó de vos cuando eras solo un bebé.

Carmesí apretó los puños.

-¿Y vos? -dijo, mirando a Rosa-. ¿Por qué hiciste eso?

Rosa se quedó en silencio un momento.

-Porque era necesario.

-¿NECESARIO? -Carmesí se levantó de golpe-. ¿¡NECESARIO!? ¡ME MENTISTE TODA MI VIDA! ¡ME HICISTE CREER QUE ERA UN EXPERIMENTO! ¡Y AHORA RESULTA QUE TENGO UN PADRE QUE NO CONOCÍA!

Guinda levantó las manos.

-Carmesí, calmate...

-¡NO ME CALMO! -gritó Carmesí-. ¡USTEDES DOS ME MINTIERON! ¡LOS DOS! ¡Y AHORA QUIEREN QUE ACTÚE COMO SI NADA!

Guinda dio un paso adelante.

-No te pedimos que actúes como si nada -dijo con voz calmada, pero firme-. Solo te pedimos que nos escuches.

-¿Escucharlos? -Carmesí rió, pero era una risa amarga, rota-. ¿Escuchar qué? ¿Que soy un híbrido? ¿Que mi padre tiene tentáculos? ¿Que mi otro padre fue usado para incubar un alien?

-Carmesí...

-¡NO! -gritó, y su voz se quebró-. ¡No quiero escuchar más mentiras!

Carmesí respiró agitado. Su ojo se movía rápidamente. Su cuerpo empezó a tambalearse.

-No... no puedo...

Y se desplomó.

Guinda reaccionó rápido. Lo atrapó antes de que cayera al suelo, sosteniéndolo con sus brazos. Carmesí estaba inconsciente, su cuerpo flojo, su ojo cerrado.

-¡Carmesí! -gritó Guinda-. ¡Carmesí, despertá!

Rosa se acercó rápido. Se agachó y puso una mano en la frente de su hijo.

-Que exagerado.

Guinda lo miró con furia.

-Todo esto es culpa tuya.

Rosa no respondió.

-Ayudame a llevarlo a su cuarto -dijo Rosa, levantándose.

Guinda gruñó pero obedeció. Levantó a Carmesí con cuidado y caminó hacia el pasillo. Rosa iba atrás, abriendo puertas.

Llegaron a la habitación de Carmesí. La misma que Guinda había explorado antes. La cama desordenada. Los libros apilados. La tablet sobre la mesa de noche.

Guinda lo dejó con cuidado sobre la cama. Le acomodó la cabeza en la almohada. Le quitó los zapatos y los dejó al costado.

Carmesí respiraba tranquilo. Su ojo seguía cerrado, pero su rostro se veía más relajado. Como si finalmente hubiera encontrado paz.

Rosa se quedó en la entrada, mirando.

-Va a despertar en unas horas -dijo-. Va a estar bien.

Guinda no lo miró. Se quedó sentado al borde de la cama, acariciando la cabeza de su hijo con suavidad.

-Cuando despierte -dijo Guinda con voz baja-. Quiero que le digas la verdad completa. Todo. Sin mentiras. Sin esconder cosas.

Rosa no respondió.

-¿Me escuchaste? -Guinda levantó la vista-. Todo.

Rosa asintió lentamente.

-Lo haré.

Guinda volvió a mirar a su hijo.

-Y quiero estar presente cuando lo hagas.

Rosa asintió de nuevo.

-Está bien.

Guinda se quedó en silencio un momento. Luego habló sin mirarlo.

-¿Sabés una cosa, Rosa?

-¿Qué?

-A pesar de todo... a pesar del dolor... a pesar de las mentiras... estoy contento de verlo. De saber que está vivo. De saber que creció.

Rosa bajó la mirada.

-Sé que no fui un buen padre para él. Pero traté de protegerlo. De mantenerlo alejado de todo esto.

-Y lo encerraste en una torre -dijo Guinda-. En una vida vacía. Sin amor. Sin familia. Solo trabajo y órdenes.

Rosa no dijo nada.

Guinda acarició la cabeza de Carmesí una vez más.

-Pero eso va a cambiar -dijo con firmeza-. Desde ahora, todo va a cambiar.

Se levantó lentamente. Caminó hacia la puerta y pasó al lado de Rosa.

-Y si te metés en el medio -dijo sin mirarlo-. Voy a hacer lo que sea necesario para sacarte.

Rosa lo miró.

-Lo sé -dijo-. Por eso no voy a meterme.

Guinda salió de la habitación y cerró la puerta detrás de él. Se quedó apoyado contra la pared del pasillo, con el ojo cerrado y el corazón latiendo fuerte.

Adentro, Carmesí seguía durmiendo. Sin saber que su vida acababa de cambiar para siempre.

Rosa se quedó un momento más mirando a su hijo. Luego salió en silencio y cerró la puerta.

El departamento quedó en silencio.

Solo se escuchaba la respiración tranquila de Carmesí.

Y el eco de todo lo que aún estaba por decirse.

Chapter 5

Cap 4: Un nuevo capitán

Le tiré ganas a este capítulo, por favor léanlo y comenten cualquier cosa, amo ver cualquier comentario suyo.

Los amo!

Pasaron días.

Rosa estaba en el laboratorio, de pie frente a la mesa central. Su ojo recorría las pantallas, los contenedores, los científicos que se movían de un lado a otro. Todo estaba en orden. Todo funcionando.

-¿Lograron algo? -preguntó sin mirar a nadie.

Copo se acercó con su tableta.

-La cría está en buen estado, señor. Ya se recuperó por completo del proceso de extracción. Puede contener otro anfitrión sin problemas.

Rosa asintió.

-Bien. Sigan monitoreándola.

Azúcar se acercó también, con el ojo brillante de emoción.

-Señor, los huevos de los cadáveres congelados ya están eclosionando.

Rosa giró su ojo hacia él. Su atención se enfocó de inmediato.

-¿Eclosionando?

-Sí, señor. La semana pasada empezaron a moverse. Hoy varios ya se abrieron.

Rosa dio un paso adelante.

-Mostrame.

Azúcar asintió y caminó rápido. Rosa lo siguió, con Copo y Vainilla detrás.

Cruzaron una puerta y entraron en otra sala. Era más fría, más oscura. Había varias cápsulas de vidrio alineadas contra la pared. Dentro de algunas, se veían cuerpos congelados de tripulantes. Otros recipientes contenían órganos en frascos. En el centro, una gran vitrina con un cuerpo en la camilla.

El cuerpo de Bronce.

Rosa se acercó al vidrio que separaba la sala de observación de la sala de experimentos. Se quedó mirando.

Bronce estaba ahí. Su cuerpo inmóvil, con el ojo cerrado. Pero algo se movía.

Sus dedos.

Lentamente. Casi imperceptiblemente. Un dedo se movía. Luego otro. Como si estuviera soñando. Como si su cuerpo estuviera aprendiendo a moverse de nuevo.

Rosa no dijo nada. Solo miró.

En otra parte de la sala, entre restos de carne rosa de otro cuerpo bastante destrozado por la sal, algo se

movía. Un orbe verde se abrió lentamente. La membrana se rompió. Una pequeña cría salio de él.

La cría se movió con torpeza, sus pequeños tentáculos rozando los restos del cuerpo. Lamió los restos con su lengua viscosa. Probó la carne. La sal.

Los científicos esperaron. Contuvieron la respiración.

Esperaron que explotara. Que la sal hiciera efecto. Que la cría se retorciera de dolor y muriera.

Pero nada.

La cría siguió lamiendo los restos. Siguió moviéndose. No mostraba signos de dolor. No mostraba debilidad.

Azúcar escribió rápido en su tableta, su ojo brillando de emoción.

-Señor, la cría es resistente a la sal. Parece que los restos del cuerpo que consumió le dieron inmunidad parcial. Si logramos replicar esto...

Rosa levantó una mano para detenerlo. Su ojo no se apartaba de la cría.

-Sigan observándola. Quiero saber todo lo que hace. Cómo se alimenta. Cómo crece. Cómo reacciona a diferentes estímulos.

-Sí, señor -dijeron los científicos al unísono.

Copo se acercó con su tableta.

-Señor, con este avance, podremos tener al capitán listo para la fecha establecida. Ya estudiamos la historia de este muchacho. Lo tenemos bien documentado. Sabemos cómo actuar. Cómo hablar. Cómo moverse.

Rosa asintió lentamente.

-¿Y él? -preguntó-. ¿Está listo?

Copo sonrió.

-Está aprendiendo. Rápido. Cuando despierte por completo, no habrá diferencia entre él y el original.

Rosa se quedó en silencio. Miró el cuerpo de Bronce. La cría verde. Los restos destrozados.

-Bien -dijo finalmente-. Sigan con el plan.

Solo asintió y salió del laboratorio.

Las puertas se cerraron detrás de él.

Los científicos se quedaron mirando la cría, que seguía lamiendo los restos de su huésped muerto.

Azúcar susurró.

-Va a ser perfecto.

Copo asintió.

-Sí. Solo hay que darle tiempo.

Mora estaba en casa. Era fin de semana, así que no había trabajo hoy. Ningún informe. Ninguna reunión. Ningún disfraz de Índigo. Solo ella. Solo su casa. Solo su familia.

Estaba con Rojo en la sala, los dos tirados en el sofá viendo la tele sin prestar atención. La luz de la tarde entraba por la ventana, cálida y tranquila. Afuera, Nébula seguía con su vida normal, pero adentro, el tiempo parecía haberse detenido.

Rojo suspiró y se estiró. Su ojo se volvió hacia ella con una sonrisa.

-Qué lindo es poder llamarte Mora otra vez -dijo-. Hace semanas que no podía decir tu nombre sin pensar en Índigo.

Mora rió y apoyó la cabeza en su hombro.

-Yo igual. Escarlata se escuchaba bien, pero no es lo mismo.

Rojo la abrazó con una mano.

-Es raro, ¿no? Pasar todo el día fingiendo ser otra persona. Y luego llegar a casa y poder ser nosotros.

-Pero vale la pena -dijo Mora-. Por ellos.

Rojo asintió. Ambos sabían de quiénes hablaba.

Los niños estaban con Amarillo.

Amarillo se los había llevado, dejando a Rojo y Mora solos en casa.

Y ahora, estaban ahí. En el sofá. Sin niños. Sin trabajo. Sin disfraces. Solo ellos dos.

-Hace mucho que no estábamos así -dijo Mora en voz baja.

Rojo asintió.

-Demasiado.

Hubo un silencio cómodo. El tipo de silencio que solo se tiene cuando se está realmente en paz con alguien.

Rojo tomó la mano de Mora.

-¿Sabés qué estaba pensando?

-¿Qué?

-Que a pesar de todo lo que pasó, de todas las cosas malas, de todas las veces que casi morimos, esto... esto hace que valga la pena.

Mora levantó la vista hacia él. Su ojo brilló.

-¿Qué es "esto"?

Rojo sonrió.

-Esto. Vos. Yo. Los niños. Amarillo. Esta casa. Esta vida. Todo esto.

Mora apretó su mano.

-Yo también pienso lo mismo. Todos los días.

Rojo se inclinó y la besó. Un beso suave. Lento. Sin prisa. Como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Cuando se separaron, Mora rió.

-¿Te acordás cuando apenas podíamos mirarnos sin pelear?

Rojo rió también.

-Sí. Y ahora no puedo imaginar mi vida sin vos.

Mora apoyó la cabeza en su hombro de nuevo.

-Me encanta cuando decís esas cosas.

-Es que son verdad.

Se quedaron en silencio otra vez. La tele seguía encendida, pero ninguno de los dos la miraba.

Rojo jugaba con los dedos de Mora.

-¿Crees que algún día podremos vivir sin escondernos? -preguntó-. Sin tener que fingir ser Escarlata e Índigo.

Mora pensó un momento.

-Quizás. Algún día. Cuando MIRA ya no sea una amenaza. Cuando nuestros hijos crezcan y puedan vivir en un mundo mejor.

Rojo asintió.

-Entonces vamos a luchar por eso.

-Siempre hemos luchado por eso.

Rojo sonrió.

-Sí. Y vamos a seguir luchando.

Mora levantó la cabeza y lo miró.

-Te amo, Rojo.

Rojo sintió el corazón latirle más fuerte.

-Yo te amo más, Mora.

Mora sonrió.

-No es una competencia.

-Todo es una competencia con vos.

Mora le dio un golpecito.

-Tonto.

-Pero tu tonto.

Mora rió y volvió a apoyar la cabeza en el.

-Sí,mí tonto.

Pasaron los días.

Mora y Rojo estaban durmiendo. La habitación estaba en penumbras, con la luz de la mañana filtrándose apenas por las cortinas. El silencio era absoluto, solo roto por la respiración profunda de los dos.

De repente, Mora abrió el ojo. Parpadeó. Miró el reloj en la mesa de noche.

Se espantó horrible.

-¡ROJO! -gritó, sentándose de golpe-. ¡DESPERTATE!

Rojo saltó en la cama como si lo hubieran electrocutado.

-¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Hay un incendio? ¿Llegó Rosa?

-¡LAS OCHO! -gritó Mora, señalando el reloj-. ¡SON LAS OCHO!

Rojo miró el reloj y su ojo se abrió de par en par.

-¡¿OCHO?! ¡Pero si teníamos que estar en la oficina a las siete!

-¡YA LO SÉ!

Los dos saltaron de la cama al mismo tiempo. Empezaron a vestirse a las apuradas, tirando ropa por todos lados. Rojo se puso la camisa al revés. Mora se puso un zapato de cada color. El caos reinaba en la habitación.

-¿Dónde está mi corbata? -preguntó Rojo, revolviendo el armario.

-¿Cómo voy a saber? -respondió Mora, buscando su tableta entre las sábanas-. ¡Yo no uso corbata!

-¡Pero vos la viste ayer!

-¡NO MIRÉ TU CORBATA, ROJO!

Mora finalmente encontró su tableta debajo de la almohada. La encendió rápido, esperando ver un montón de mensajes de Mocha reclamándoles por su tardanza. Pero lo que vio la dejó helada.

-Rojo -dijo, su voz cambiando de tono.

-¿Qué?

-MIRA comunicó que hoy no vengamos al trabajo.

Rojo se detuvo, con una media en una mano y la otra pierna descalza.

-¿Qué?

-Dice que hoy no vayamos a la oficina. Pero que sí vayamos de noche. Por un evento.

Rojo parpadeó. Dejó la media en el suelo.

-¿El evento?

Mora asintió lentamente.

-Hoy es el día. MIRA va a presentar al nuevo capitán y la nueva Skeld.

Rojo se quedó en silencio un momento. Luego soltó un suspiro largo.

-No puedo creer que se nos haya pasado.

-A mí también se me pasó...

Rojo caminó hacia ella y se sentó en el borde de la cama.

-¿Qué hacemos?

Mora miró la tableta. Luego miró a Rojo.

-Podemos quedarnos con los niños hoy. Amarillo nos los puede cuidar hasta la tarde. Y después vamos al evento.

Rojo asintió.

-Me gusta esa idea.

-¿De verdad?

-Sí. Hace días que no pasamos tiempo con ellos.

Mora sonrió.

-Entonces eso hacemos.

Se quedaron sentados un momento. La prisa de antes se había ido. Ahora solo quedaba tranquilidad.

-Te quiero -dijo Mora de repente.

Rojo la miró con sorpresa.

-¿Ahora?

-Sí. Ahora. Porque a pesar de todo, seguís siendo el mejor padre para nuestros hijos. Y el mejor compañero para mí.

Rojo sonrió y la besó.

-Te quiero más.

-No es una competencia.

-Todo es una competencia con vos.

Mora rió.

-Vení, vamos a despertar a los niños.

Salieron de la habitación y fueron a las piezas de los niños. Coco ya estaba despierto, saltando en su cama. Beige estaba sentado en la suya, leyendo un libro. Maggie seguía dormida, con su ojo cerrado y su cuerpo redondo acurrucado.

-¡Papá! ¡Mamá! -gritó Coco al verlos-. ¡Hoy no tienen que trabajar!

-No -dijo Rojo, levantándolo en el aire-. Hoy estamos con ustedes todo el día.

Beige levantó la vista.

-¿Todo el día?

-Todo el día -confirmó Mora.

Maggie abrió el ojo al escuchar las voces. Movió sus piernas.

-¿Ma? -preguntó con sueño.

-Sí, pequeña -dijo Mora, acercándose a la cuna-. Mamá está aquí. Papá también. Vamos a pasar el día juntos.

Maggie sonrió.

Mora la tomó en manos. Rojo tenía a Coco en una mano y a Beige en la otra. Los cuatro se abrazaron en un grupo apretado.

-Hoy -dijo Rojo-. Hoy es un día de familia.

Los niños gritaron de alegría.

El día empezó con desayuno en familia. Rojo preparó panqueques mientras Mora cortaba frutas. Coco estaba sentado en la mesa moviendo las piernas con impaciencia, Beige ayudaba a poner los platos y Maggie estaba en su silla alta, golpeando la bandeja con sus manos.

-¡Panqueques! -gritó Coco cuando Rojo puso el plato en la mesa-. ¡Mi favorito!

-Todos son tus favoritos -dijo Beige con calma.

-Porque todo es rico.

Mora rió y le dio un beso en la cabeza a Coco.

-Comé tranquilo, que no se va a ir a ningún lado.

Coco no hizo caso. Agarró un panqueque con las manos y le dio un mordisco enorme. Maggie imitó a su hermano, pero con menos éxito: el panqueque se le resbaló y cayó al plato. Ella lo miró con confusión.

-Tranquila, pequeña -dijo Mora, cortándole un pedazo-. Así es más fácil.

Maggie abrió la boca y Mora le dio el pedazo. Maggie masticó feliz, moviendo sus piernas.

Beige comía con calma, mirando a su familia. Su ojo se movía de uno a otro, como si estuviera guardando el momento en su memoria.

-¿Qué vamos a hacer hoy? -preguntó Beige.

Rojo y Mora se miraron.

-Lo que ustedes quieran -dijo Rojo.

-¿Todo? -preguntó Coco con los ojos brillantes.

-Todo.

Coco saltó en su silla.

-¡Quiero ir al parque!

-¡Yo también! -dijo Maggie, aunque no entendía del todo.

Beige asintió.

-Me gusta el parque.

-Entonces al parque vamos -dijo Mora.

Terminaron de desayunar y se prepararon para salir. Rojo se puso una camisa ligera.

Los niños se pusieron sus gorros favoritos.

Coco eligió el color banana.

Beige el gris.

Maggie no entendía el concepto de elegir, así que Mora le puso uno amarillo que le quedaba adorable.

Salieron de la casa. El sol de Nébula calentaba suavemente. Las calles estaban tranquilas, con algunos vecinos paseando o sentados en sus porches.

Llegaron al parque. Era grande, con árboles de colores brillantes y un césped suave. Había juegos para niños: columpios, toboganes, una pequeña estructura para trepar.

Coco corrió directo a los columpios.

-¡Papá, empujame!

Rojo lo siguió riendo.

-¡Allá voy!

Mora se sentó en un banco con Maggie en su regazo. Beige se sentó a su lado, mirando el cielo.

-Mamá -dijo Beige-. ¿Por qué Nébula tiene cielos de colores?

Mora levantó la vista. El cielo era una mezcla de naranja y rosa suave, con nubes de gas que se movían lentamente.

-Por los gases del planeta -explicó-. Son como nubes de colores que se forman en la atmósfera.

-¿Y por qué no en otros planetas?

-Porque cada planeta es diferente. Algunos tienen cielos azules. Otros grises. Otros naranjas. Depende de cómo están hechos.

Beige asintió, pensativo.

-Me gusta Nébula. Es bonito.

Mora lo abrazó.

-A mí también.

Maggie señaló a los columpios.

-¡Ma! -dijo, señalando a Rojo y Coco.

-Sí, pequeña -dijo Mora-. Papá está con Coco.

Maggie movió sus piernas con emoción.

-¿Querés columpiarte también?

Maggie asintió rápido.

Mora la llevó a los columpios para niños pequeños. La sentó con cuidado y la empujó suavemente. Maggie rió a carcajadas, sus piernas se movían en el aire.

Rojo las miró desde el otro columpio, donde seguía empujando a Coco. Sonrió.

-¡Mira, Coco! ¡Maggie también está columpiándose!

Coco giró la cabeza y vio a su hermana.

-¡Maggie! -gritó-. ¡Agarrate fuerte!

Maggie no entendió las palabras, pero entendió el tono. Rió más fuerte.

Beige se acercó a Mora.

-Mamá, ¿puedo ir a los juegos?

-Claro. Pero cuidate.

Beige asintió y caminó hacia la estructura de trepar. Subió con cuidado, paso a paso. Cuando llegó arriba, se sentó y miró todo desde lo alto.

Rojo lo vio y sonrió.

-¡Beige! ¡El rey del castillo!

Beige sonrió tímidamente.

-No soy rey.

-Sos el rey de mi corazón -dijo Rojo.

Beige se sonrojó y bajó la mirada.

Coco se bajó del columpio y corrió hacia la estructura.

-¡Beige! ¡Te voy a atrapar!

-¡No me vas a atrapar!

Coco empezó a trepar. Beige se movió con agilidad, evitando que su hermano lo alcanzara.

Mora miró a Rojo desde el columpio de Maggie.

-Miran cómo juegan.

Rojo se acercó a ella.

-Son felices.

-Sí. Lo son.

Rojo la besó en la cabeza.

-Todo esto vale la pena.

Mora asintió.

-Sí. Todo.

Pasaron horas en el parque. Coco y Beige jugaron hasta cansarse.

Maggie se durmió en el pecho de Mora, abrazando un peluche.

Rojo se sentó en el césped con los dos niños grandes y les contó historias de cuando él viajaba en la Skeld.

Pero las versiones suavizadas, sin violencia, sin muerte. Solo aventuras en el espacio.

-¿Y viste una estrella fugaz? -preguntó Coco.

-Muchas. Una vez vi una tan grande que parecía una nave.

-¿Y la atrapaste?

-No. Las estrellas no se atrapan. Se miran. Y se les pide un deseo.

-¿Qué deseaste?

Rojo sonrió.

-Estar con ustedes.

Coco lo abrazó fuerte.

-Yo también te deseo a vos, papá.

Beige se acercó y también abrazó a Rojo.

-Yo también.

Rojo sintió que el corazón se le llenaba.

-Los quiero mucho -dijo con voz ronca.

-Te queremos más -dijo Coco.

-No es una competencia.

-Todo es una competencia.

Rojo rió y los abrazó más fuerte.

Al atardecer, volvieron a casa. Los niños estaban agotados pero felices.

Coco y Beige se durmieron en el auto. Maggie seguía dormida en Mora.

Rojo los llevó a sus camas uno por uno. Les dio un beso en la frente. Les acomodó las mantas.

Mora lo miró desde la puerta.

-Sos un buen padre -dijo.

Rojo se acercó a ella.

-Sos una buena madre.

Se abrazaron en el pasillo.

-Pronto tenemos que ir al evento -dijo Mora.

-Lo sé. Pero primero... disfrutemos esto.

Mora asintió.

-Sí. Primero esto.

Se quedaron abrazados un rato más.

Hasta que empezaron a prepararse.

El sol ya se había ocultado detrás de las nubes de gas de Nébula, y las luces de la ciudad comenzaban a encenderse. Era hora de ir al evento. De ponerse los trajes de Escarlata e Índigo.

De entrar a la boca del lobo.

Mora tomó su tableta y marcó el número de Amarillo. La llamada sonó dos veces antes de que su voz alegre apareciera del otro lado.

-¿Holaaaa?

-Amarillo, somos Mora y Rojo. ¿Podés venir a cuidar a los niños? Tenemos que ir al evento de MIRA.

-¡Ah! ¡El evento del nuevo capitán! -Amarillo silbó-. Sí, sí, obvio. Ya voy para allá. ¿Tienen todo listo?

-Casi. Solo estamos terminando de vestirnos.

-Dale. Llego en veinte.

Mora cortó la llamada y miró a Rojo. Ambos se miraron en silencio por un momento. La noche los esperaba. MIRA los esperaba. Y ellos tenían que estar listos para lo que sea.

Rojo se puso su traje gris oscuro. La corbata roja, bien ajustada. Acomodó su ojo frente al espejo. Parecía un ejecutivo más. Pero en su interior, estaba preparado para cualquier cosa.

Mora se puso su traje azul marino. Los detalles plateados brillaban bajo la luz.

-¿Cómo me veo? -preguntó.

Rojo la miró.

-Como si fueras a comerte a alguien.

Mora rió.

-Esa es la idea.

Se terminaron de arreglar en silencio. No hacía falta hablar. Ambos sabían lo que estaban haciendo. Ambos sabían lo que arriesgaban.

Escucharon la puerta abrirse. Amarillo entró con un gorrito amarillo.

-¡LLEGO LA TIA! -anunció en voz alta.

-NO LOS DESPIERTES-

Coco y Beige bajaron corriendo las escaleras. Maggie venía gateando detrás de ellos.

-¡TÍA! -gritaron los dos al unísono.

Amarillo abrió sus manos y los atrapó a los dos en un abrazo enorme.

-Mis pequeños monstruos favoritos. ¿Listos para una noche de galletas y películas?

-¡SÍ!

Maggie llegó y se aferró a la pierna de Amarillo.

-¡Tía!

-Hola, pequeña -dijo Amarillo, levantándola-. Vos también vas a ver películas con nosotros.

Rojo y Mora se acercaron.

-Todo está en la cocina -dijo Mora-. Hay comida.

Amarillo asintió.

-Tranquilos. Yo los cuido. Ustedes vayan a hacer lo que tengan que hacer.

Rojo la miró con gratitud.

-Gracias, Amarillo. Por todo.

Amarillo sonrió.

-Siempre. Somos familia.

Mora le dio un abrazo rápido. Rojo le dio un apretón en el hombro.

Luego se volvieron hacia los niños. Coco y Beige estaban sentados en el suelo con Maggie, esperando que comenzara la película.

-Niños -dijo Mora-. Mamá y papá tienen que ir a un trabajo. Pero la tía Amarillo va a estar con ustedes.

Coco levantó la vista.

-¿Se van?

Rojo se agachó a su altura.

-Sí. Pero volvemos.

-¿Prometido? -preguntó Coco.

Rojo extendió su mano. Coco la tocó con la suya.

-Prometido.

Beige se acercó.

-¿Vas a cumplir?

Rojo lo miró al ojo.

-Siempre cumplo.

Beige asintió.

Maggie solo extendió sus piernas hacia Rojo.

-¡Pa!

Rojo la levantó y la abrazó fuerte.

-Te quiero, pequeña.

-¡Te quiero, pa! -dijo Maggie, imitando sus palabras sin entender del todo.

Rojo sintió que el corazón se le partía un poco. Pero se enderezó. Tomó la mano de Mora.

-Vamos.

Mora asintió.

Caminaron hacia la puerta. Amarillo los despidió con una mano.

-Cuidense.

-Siempre -respondió Mora.

Salieron.

La puerta se cerró detrás de ellos.

En la casa, los niños se quedaron mirando la puerta cerrada. Coco se volvió hacia Amarillo.

-Tía Amarillo, ¿Van a estar bien?

Amarillo lo miró con una sonrisa.

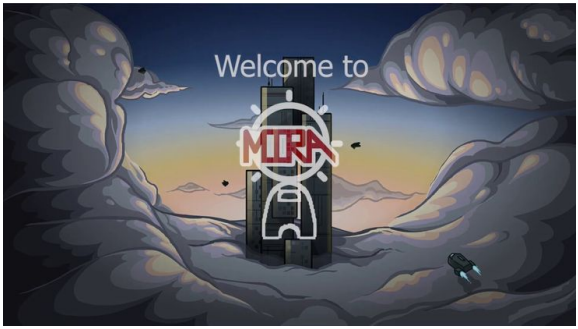
-Sí. Van a estar bien. Y cuando vuelvan, te van a contar todo.

Coco asintió y se acurrucó junto a Beige. Maggie gateó hacia ellos y se sentó entre los dos.

Amarillo puso la película. Los niños se quedaron mirando la pantalla.

Pero en sus cabecitas redondas, los tres estaban pensando en lo mismo.

Ojalá vuelvan pronto.



Rojo y Mora subieron a una nave de transporte para ir a MIRA HQ. La nave era pequeña pero elegante, con asientos de cuero y luces tenues. Se sentaron juntos en la parte trasera, lejos de los otros pasajeros.

-¿Estás nervioso? -preguntó Mora, tocando su mano.

Rojo negó con la cabeza.

-No. Estoy listo.

-Mentiroso.

Rojo rió.

-Bueno, un poco. Pero no por el evento. Por dejar a los niños.

Mora apretó su mano.

-Yo también. Pero están con Amarillo. Van a estar bien.

Rojo asintió.

-Lo sé. Solo... no me gusta alejarme de ellos. Sobre todo después de todo lo que pasó.

Mora lo miró con suavidad.

-Vamos a volver. Y vamos a estar bien.

Rojo le devolvió la mirada.

-Lo sé. Porque vos estás conmigo.

Mora sonrió.

-Siempre.

La nave siguió volando. Las luces de Nébula se veían pequeñas desde arriba, como estrellas en el suelo.

Rojo y Mora se quedaron en silencio, mirando por la ventana, disfrutando el momento antes de entrar al ojo del huracán.

Finalmente, la nave comenzó a descender. A través de la ventana, vieron una gran plataforma flotante suspendida sobre la ciudad. Estaba iluminada con luces doradas y blancas, decorada con banderas y el logo de MIRA por todos lados. Una pasarela roja llevaba desde el área de aterrizaje hasta una entrada enorme. Gente de todos los colores caminaba por ahí, algunos con trajes elegantes, otros con vestidos brillantes.

-Es impresionante -dijo Mora.

Rojo silbó bajito.

-MIRA sabe cómo hacer un espectáculo.

La nave aterrizó con suavidad. Las puertas se abrieron. Rojo y Mora bajaron junto con otros pasajeros y caminaron hacia la entrada. Hicieron fila lentamente mientras la gente avanzaba. Cada persona mostraba su entrada a un tripulante blanco que estaba en la puerta.

Mora sacó su tableta y abrió el formato virtual de las entradas. En la pantalla se veían sus nombres: Escarlata e Índigo, con sus códigos de acceso. La fila avanzaba. La gente de enfrente mostraba sus entradas y entraba.

Había muchos compañeros de MIRA. Algunos conocidos. Otros que Rojo y Mora solo habían visto en pasillos. Pero también había famosos.

Rojo se quedó helado.

-Mora... ¿esa es Luna?

Mora siguió su mirada. Una tripulante plateada con un vestido largo y brillante caminaba por la pasarela. Su ojo era grande y expresivo, y su cuerpo redondo se movía con una elegancia natural.

-¡La cantante! -susurró Mora-. ¿Ella trabaja para MIRA?

-No sé, pero está acá.

Y entonces vieron a otro. Un tripulante dorado, con un traje impecable y un caminar seguro. Saludaba a la prensa con una sonrisa amplia.

-¿Ese es Quasar? -preguntó Rojo, su ojo abriéndose de par en par.

-¡EL PILOTO! -exclamó Mora, saltando un poco-. ¡El que hizo el viaje más rápido entre tres sistemas!

-¿Y ese de allá? -Rojo señaló a una tripulante magenta oscuro con un vestido de lentejuelas.

-¡Nébula! -gritó Mora en voz baja-. ¡La actriz de la serie de viajes espaciales!

Rojo estaba emocionado. Su ojo brillaba.

-No puedo creer que estén todos acá.

Mora sonrió.

-MIRA no escatima en gastos para estas cosas.

La fila avanzó más. Finalmente, llegaron al frente. El tripulante blanco los miró.

-Entradas.

Mora mostró su tableta. El tripulante escaneó los códigos y asintió.

-Pasen.

Rojo y Mora entraron. El interior era aún más impresionante. Una sala enorme con techos altos y luces colgantes. Mesas redondas con manteles blancos y centros de flores. Una pista de baile en el centro.

Y al fondo, un gran escenario con un telón cerrado. Todo estaba decorado con el logo de MIRA. El ambiente era elegante, pero también frío. Como todo lo que tocaba la corporación.

Por un segundo vieron una figura que les heló la sangre por si altura. Pero al final solo era Negro, un ex militar de la misma altura de rosa (algo raro).

-Casi me meo.

Negro solo los miro en silencio mientras se retiraba a otro lado con su taza de café humeante.

Encontraron su mesa y se sentaron. Había otros tripulantes alrededor, conversando en voz baja. Rojo y Mora se acomodaron y miraron el escenario.

-¿Cuándo empieza? -preguntó Rojo.

-En una hora -dijo Mora, revisando la tableta-. Hay comida. Bebidas. Podemos aprovechar mientras tanto.

Rojo asintió. Miró alrededor. Gente famosa. Gente de MIRA. Todos esperando el mismo evento.

-¿Qué crees que van a decir? -preguntó en voz baja.

Mora se inclinó.

-Que la nueva Skeld está lista. Que hay un nuevo capitán. Quizás también algo sobre las misiones futuras.

-¿Y la tripulación?

Mora negó con la cabeza.

-No van a hablar de eso. Van a hacer como si nunca existió.

Rojo apretó los puños.

-No puedo creer que vayan a borrar todo.

-Lo sé -dijo Mora-. Pero por eso estamos acá. Para ver qué hacen. Y para asegurarnos de que no puedan ocultarlo todo.

-¿Cómo?

Mora lo miró con determinación.

-No lo sé todavía. Pero cuando llegue el momento, vamos a hacer algo.

Rojo la miró.

-¿Como qué?

Mora sonrió.

-Ya lo vamos a ver.

Rojo continuó mirando alrededor. La sala estaba cada vez más llena. Tripulantes de todos los colores caminaban entre las mesas, algunos con copas en sus manos, otros conversando en grupos. Las luces brillaban suavemente, y el murmullo de las conversaciones llenaba el ambiente.

De repente, algo llamó su atención. Una figura amarilla brillante cruzó la sala con paso rápido. Rojo entrecerró el ojo. Reconoció esa forma de caminar. Esa energía.

-¿Limón? -murmuró.

La figura amarilla se detuvo. Su ojo se abrió de par en par al verlo. Y entonces corrió.

-¡ESCARLATA! -gritó Limón, abriendo sus manos para abrazarlo.

Rojo apenas tuvo tiempo de reaccionar. Limón se lanzó sobre él y lo envolvió en un abrazo apretado. Rojo rió y lo abrazó de vuelta.

-¡Limón! ¡No sabía que ibas a estar acá!

-¡Obvio que iba a estar! ¡Es el evento del año! -Limón se separó y lo miró de arriba abajo-. ¡Y vos estás acá! ¡Qué bien!

Y entonces llegaron los otros. Piña apareció detrás de Limón, su color naranja brillando bajo las luces. Se unió al abrazo sin preguntar.

-¡Escarlata! -gritó Piña-. ¡No sabía que venías!

Melón llegó después, con su paso tranquilo y su ojo soñoliento.

-¡Eh, Escarlata! -dijo, abrazándolo también-. ¿Viniste solo?

-No, vine con mi esposa -dijo Rojo, señalando a Mora.

Mora los miraba desde la mesa, con una sonrisa divertida en su ojo.

Piña giró la cabeza y la vio.

-¡Ah! ¡La señora Índigo! -dijo-. ¡Qué lindo conocerla!

Mora se levantó y caminó hacia ellos.

-Encantada -dijo, extendiendo su mano-. Escarlata me habló mucho de ustedes.

Limón se inclinó con una sonrisa.

-¡Todo mentira, seguro!

-Todo verdad -dijo Rojo riendo.

Arándano llegó por detrás, su color azul oscuro destacando entre los demás. Se unió al grupo con un saludo seco pero cálido.

-Escarlata. Índigo. Bueno verlos.

-Igual, Arándano -dijo Mora.

Y entonces, sin previo aviso, todos se abrazaron. No fue un abrazo ordenado ni planeado. Fue un enredo de colores y piernas, todos apretándose entre sí, riendo y empujándose.

Rojo estaba en el centro, apretado por todos lados. No podía moverse. No podía respirar bien. Pero no le importaba. Estaba feliz.

-¡Los extrañé! -dijo con la voz apretada.

-¡Igual! -respondió Limón.

-¡No me aprieten tanto! -gritó Piña-. ¡Me van a romper!

-¡Vos te quejás siempre! -dijo Melón.

-¡Porque siempre me aprietan!

Arándano se rió, algo raro en él.

-Esto es ridículo.

-Y sin embargo seguís acá -dijo Mora desde afuera, observando el enredo.

Arándano la miró.

-Es culpa de ellos.

-Claro -dijo Mora, con una sonrisa.

Finalmente, el abrazo se deshizo. Cada uno volvió a su espacio, riendo y acomodándose la ropa.

Limón señaló una mesa cercana.

-¿Se sientan con nosotros?

Rojo miró a Mora. Ella asintió.

-Claro -dijo Rojo.

Caminaron hacia la mesa y se sentaron. Los seis formaron un círculo alrededor de la mesa. Las copas estaban llenas, la comida llegaba. Pero lo importante era estar juntos.

-No puedo creer que estén todos acá -dijo Rojo.

-El evento es grande -dijo Melón-. MIRA invitó a medio universo.

-Y nosotros somos parte de ese medio -dijo Piña con orgullo.

-Pero no te olvides de que estamos acá para ver la nave -dijo Arándano-. No solo para comer.

-Podemos hacer las dos cosas -dijo Limón, mordiendo un aperitivo.

Mora se rió.

-Limón tiene razón. Se puede hacer todo.

Rojo los miró a todos.

Hacía tiempo que no se sentía tan en paz con un grupo de personas.

-Gracias -dijo de repente.

Todos lo miraron.

-¿Gracias por qué? -preguntó Limón.

Rojo sonrió.

-Por ser mis amigos.

Hubo un silencio corto. Luego Limón levantó su copa.

-¡Por los amigos!

Los demás levantaron las suyas.

-¡Por los amigos!

Bebieron. Rieron. Charlaron de cosas sin importancia. De su trabajo. De las últimas noticias. De los famosos que habían visto entrar.

-¿Vieron a Nébula? -preguntó Piña.

-Sí -dijo Mora-. Estaba preciosa.

-¿Y Quasar? -dijo Limón-. ¡El tipo es un ídolo!

-Yo lo sigo en todas las redes -admitió Melón.

-Eso es obsesivo -dijo Arándano.

-Es admiración.

-Es obsesión.

-Es lo mismo.

Rieron de nuevo.

Y entonces, un sonido fuerte se escuchó. Las luces se atenuaron.

Todos giraron hacia el escenario.

Las luces se enfocaron en el telón cerrado. El murmullo de la gente fue bajando lentamente.

La música empezó a sonar. Un tema triunfal, épico.

Rojo y Mora se miraron. Apretaron sus manos bajo la mesa.

-Empieza -susurró Mora.

Rojo asintió.

-Empieza.

Del telón salió alguien.

Una figura blanca, casi translúcida bajo las luces, apareció en el centro del escenario.

Llevaba un traje completamente blanco.

Su cuerpo redondo se movía con una suavidad fantasmal, como si flotara en lugar de caminar. Una capa ligera caía detrás de ella, haciéndola parecer un espectro.

Ghostly.

La multitud estalló en aplausos. Silbidos. Gritos de emoción. La famosa cantante y presentadora, conocida en todo el universo por sus shows de misterio y su voz etérea, había sido la elegida para conducir el evento.

Mora se puso de pie de un salto.

-¡GHOSTLY! -gritó, su ojo brillando con emoción-. ¡ES GHOSTLY!

Rojo la miró sorprendido.

-¿La conocés?

-¿SI LA CONOZCO? -Mora casi gritó-. ¡ES MI FAVORITA! ¡TIENE UNA VOZ QUE TE HACE LLORAR!

¡Y SUS SHOWS DE MISTERIO SON LO MEJOR QUE EXISTE!

Rojo rió.

-Nunca te vi tan emocionada.

-¡PORQUE NUNCA HABÍA VISTO A GHOSTLY EN VIVO!

Piña, desde el otro lado de la mesa, también aplaudía.

-¡Es increíble! ¡Nunca pensé que MIRA pudiera traer a alguien así!

Limón movía las piernas emocionado.

-¡Mi hermana la ama! ¡Le voy a mandar una foto!

-Hacé eso -dijo Melón-. Y pedile autógrafo.

-¡NO PUEDO CREER QUE ESTÉ ACÁ! -Mora seguía emocionada, casi saltando en su lugar-. ¡GHOSTLY! ¡GHOSTLY!

Arándano la miró con una ceja levantada.

-Nunca te había visto tan fan.

-¡PORQUE NUNCA TUVISTE LA OPORTUNIDAD DE VER A GHOSTLY! -respondió Mora sin mirarlo-. ¡ES LA MEJOR!

Ghostly levantó una mano para saludar. La multitud respondió con más aplausos. La figura blanca esperó a que el ruido bajara un poco, y luego habló. Su voz era suave, casi susurrante, pero se escuchaba en toda la sala.

-Buenas noches, queridos tripulantes. Bienvenidos a este evento tan especial.

-¡WOOOH! -gritó alguien de la multitud.

Ghostly sonrió debajo de su visor.

-Hoy estamos aquí para celebrar el futuro. El futuro de los viajes espaciales. El futuro de la exploración. El futuro de MIRA.

Hizo una pausa dramática.

-Pero antes de llegar a lo que todos esperan, quiero agradecer a todos los que hicieron posible este evento. A los científicos. A los ingenieros. A los

tripulantes que día a día hacen que MIRA siga siendo la mejor corporación del universo.

La multitud aplaudió de nuevo.

Rojo siguió mirando alrededor. Su ojo se movía entre los famosos, los ejecutivos, los empleados de MIRA. Y entonces, en una mesa cerca del escenario, vio algo que lo confundió.

Una pareja de granjeros, no logro ver sus colores por la gente.

Llevaban sombreros de paja y pañuelos en el cuello.

Sus cuerpos redondos se veían fuera de lugar entre los trajes elegantes y las luces brillantes. No tenían el porte de los ejecutivos. No tenían la elegancia de los famosos. Parecían dos personas que se habían perdido de camino al mercado.

Rojo parpadeó. Los miró un momento.

-Mora -susurró Rojo.

Mora, todavía emocionada por Ghostly, lo miró.

-¿Qué?

-Mira a esa mesa.

Mora siguió su mirada. Vio a los granjeros. Parpadeó.

-¿Qué hacen ellos aquí?

-No sé -dijo Rojo-. No parecen de MIRA.

-Quizás son fanáticos. O ganaron algún concurso.

-Puede ser.

Rojo siguió mirándolos un momento, pero Ghostly siguió hablando y su atención volvió al escenario.

Ghostly continuó, moviéndose con elegancia. Habló de los logros de MIRA. De las misiones exitosas. De los avances tecnológicos. Todo sonaba grandioso, brillante, perfecto.

-Y ahora -dijo Ghostly, su voz elevándose-. Ha llegado el momento de presentar al hombre que hizo posible todo esto. El líder de MIRA. El visionario. El capitán de capitanes...

Hizo una pausa dramática.

-¡Rosa!

La multitud aplaudió. Las luces se enfocaron en el centro del escenario. Y de entre las sombras del telón, apareció Rosa.

Caminó al centro del escenario con paso firme, como si el escenario le perteneciera.

Rojo se tensó. Mora apretó su mano bajo la mesa.

Rosa alzó una mano. El aplauso se intensificó.

-Gracias, gracias -dijo Rosa, su voz profunda y segura-. Gracias a todos por estar aquí.

El aplauso fue bajando. La multitud esperó en silencio.

Rosa siguió hablando. Su voz era profunda, segura, envolvente. Las luces del escenario bailaban alrededor de él mientras caminaba de un lado a otro, como si el escenario fuera suyo y solo suyo.

-La nueva Skeld -dijo- no es solo una nave. Es un símbolo. Un símbolo de esperanza. De renacimiento. De que incluso después de las pérdidas más dolorosas, podemos seguir adelante.

La multitud escuchaba en silencio. Algunos asentían. Otros tenían el ojo brillante de emoción.

-Los tripulantes de la Skeld original -continuó Rosa- fueron héroes. Dieron su vida por la exploración. Por el conocimiento. Por el futuro de todos nosotros. Y aunque ya no están con nosotros, su legado vive en esta nueva nave.

Rojo y Mora se miraron confundidos. Sus ojos se encontraron bajo la mesa, donde sus manos seguían apretadas.

-¿Qué está diciendo? -susurró Rojo.

Mora negó con la cabeza.

-No lo sé. Pero no me gusta.

-Perdimos a muchos -dijo Rosa, su voz bajando un tono-. Pero también encontramos esperanza. En los lugares más inesperados. En las personas más humildes.

Hizo una pausa. Su ojo recorrió la audiencia.

Hoy les presento al nuevo capitán de la Skeld.
Alguien que vino de un lugar humilde y pobre.

Alguien cuyo sueño fue nutrido por los de su pueblo. Alguien que dio su vida por la Skeld original... y que ha vuelto para liderar la nueva.

Rojo y Mora dejaron de sonreír. Sus ojos se abrieron de par en par. La confusión se mezcló con un escalofrío que les recorrió el cuerpo.

-¿Qué? -susurró Mora.

-No... -dijo Rojo, su voz temblorosa.

Rosa alzó la voz.

-Y aquí está nuestro nuevo capitán...

El telón comenzó a levantarse lentamente. Las luces se intensificaron. La música se elevó, triunfal, épica.

Y de entre las sombras, surgió una figura.

VERDE.

Llevaba un sombrero de capitán, con el logo de MIRA brillando en el centro. Un uniforme con medallas y botones dorados. Su cuerpo redondo de color verde se movía con confianza, con una sonrisa enorme en su rostro. Su ojo brillaba de felicidad.

La multitud estalló en aplausos. Gritos. Silbidos. La emoción llenó la sala.

Verde levantó una mano y saludó a la audiencia. Luego, giró hacia un costado del escenario.

-¡HOLA MAMÁ! ¡HOLA PAPÁ!

Apuntó a una mesa cercana al escenario. Allí estaban los dos granjeros que Rojo había visto antes. La madre, de color verde claro, y el padre, de color verde ceniza.

Verde saltó del escenario y corrió hacia ellos. La multitud aplaudió más fuerte.

-¡ESO ES HERMOSO! -gritó alguien.

-¡QUÉ HISTORIA! -gritó otro.

-¡EL HIJO DE LOS GRANJEROS! -gritó un tercero-. ¡VOLVIÓ PARA SER CAPITÁN!

Mora y Rojo estaban espantados.

Sus ojos no se apartaban de Verde. De su sonrisa. De su sombrero. De su uniforme.

No podía ser.

Lo vieron morir. En la Skeld. El era un impostor. Ellos lo mataron con sal. Vieron su cuerpo retorcerse, deshacerse, explotar en pedazos.

-¿Cómo está vivo? -susurró Rojo, su voz apenas audible.

Mora apretó su mano con fuerza.

-No lo sé. Pero no es real.

-¿Qué?

-No es real -repitió Mora, su ojo fijo en Verde-. Ese no es el Verde que conocimos.

Rojo miró de nuevo a Verde. Lo vio abrazar a sus padres. Lo vio reír con ellos. Lo vio saludar a la multitud con una alegría genuina.

-¿Entonces qué es? -preguntó Rojo.

Mora no respondió.

No sabía la respuesta.

Pero algo en su interior le decía que todo esto era parte de algo más grande.

Algo más oscuro.

Y que MIRA estaba detrás de todo.

Verde siguió saludando. La multitud seguía aplaudiendo.

Rosa, desde el escenario, miraba la escena con una sonrisa fría. Su ojo se movía entre Verde y la audiencia, como si estuviera saboreando cada reacción.

-Un nuevo comienzo -dijo Rosa, su voz amplificada-. Un nuevo capitán. Una nueva Skeld.

La multitud rugió.

Y en medio de todo eso, Rojo y Mora se quedaron sentados en silencio.

Sin saber qué hacer.

Sin saber qué creer.

Solo con la certeza de que algo horrible estaba pasando.

Y que no sabían cómo detenerlo.

Chapter 6

Cap 5: ¿¡COMO QUE HAY MÁS!?

Verde trató de subir al escenario de nuevo, pero sus piernas se enredaron un poco. Rosa, con un movimiento rápido y elegante, le ofreció su mano y lo ayudó a subir. Verde lo miró con gratitud y le dio un apretón en el hombro.

-¡Gracias, señor Rosa! -dijo Verde con una sonrisa enorme-. ¡No sabe cuánto significa esto para mí!

Rosa asintió con una sonrisa fría y se apartó un paso, dejando a Verde en el centro del escenario.

Verde se giró hacia la multitud. Su ojo brillaba con una felicidad que parecía genuina.

-¡HOLA A TODOS! -gritó, su voz amplificada por los parlantes-. ¡ESTOY TAN CONTENTO DE TENERLOS A TODOS PRESENTES!

La multitud aplaudió. Algunos gritaban su nombre. Otros silbaban.

Verde continuó, su voz temblorosa de emoción.

-Mi pueblo... mi pequeño pueblo en el campo... todos juntaron sus frijoles para conseguir pagar mi viaje. Mi viaje a la Skeld. ¡Mi sueño siempre fue viajar por el espacio! ¡Y ellos lo hicieron posible!

Hizo una pausa, secándose una lágrima imaginaria.

-Y mi sueño se cumplió. ¡Estoy aquí! ¡Soy el capitán de la nueva Skeld!

La multitud rugió de nuevo.

Rosa se acercó y le acarició la cabeza con suavidad. Verde rió, su ojo brillando.

-Lamento muchísimo la desaparición de mis compañeros -dijo Verde, su tono cambiando a uno más serio-. La Skeld original... fue un desastre. Pero no fue culpa de nadie...

Hizo una pausa.

-Bueno, sí. Fue culpa de dos personas.

Mora apretó el puño con fuerza. Su ojo se encendió de ira.

Verde continuó.

-Rojo y Mora. Ellos eran terroristas. Hicieron con la Skeld lo que quisieron. Y por eso, mis compañeros ya no están.

Mora sintió que su cuerpo temblaba de rabia. Rojo puso una mano sobre la suya, conteniéndola.

-No hagas nada -susurró Rojo-. No aquí.

Mora no respondió. Pero su puño seguía apretado.

Verde siguió hablando, su voz subiendo de tono.

-¡Pero gracias a MIRA! ¡Gracias a esta gran oportunidad! ¡Puedo cumplir mi sueño de ser capitán! ¡Y voy a honrar a todos los que perdimos!

Sollozó de la alegría. Su ojo se llenó de lágrimas.

Ghostly se acercó y lo abrazó con suavidad. La multitud aplaudió más fuerte. Algunos también lloraban de emoción.

-¡ES HERMOSO! -gritó alguien.

-¡QUÉ HISTORIA! -gritó otro.

Rosa levantó una mano para calmar a la multitud.

-Y aún hay más -dijo Rosa, su voz fría y segura.

La multitud se calmó. Todos miraron al escenario.

Rosa continuó.

-El nuevo capitán de la Skeld ha elegido a su jefe de seguridad. Alguien en quien confía. Alguien que también sobrevivió a la tragedia de Polus.

-¡¿POLUS?! -gritó alguien de la multitud.

Rosa asintió.

-Sí. La gran masacre de Polus. Pensamos que no había sobrevivientes. Pero encontramos al autor de los mensajes de ayuda. El que alertó a MIRA sobre lo que estaba pasando.

Rosa hizo una pausa. Su ojo recorrió la audiencia.

-El que sobrevivió.

Y de detrás del telón, surgió otra figura.

Bronce.

Llevaba un traje impecable, con el logo de MIRA en el pecho.

Se movía con lentitud, con pasos firmes pero vacíos.

Su ojo estaba abierto, pero no miraba a nadie. No sonreía. No saludaba. Solo caminaba hasta el centro del escenario y se detuvo junto a Verde.

No habló.

No se movió.

Solo se quedó ahí, como una estatua.

La multitud aplaudió con fuerza. Gritos de asombro. Silbidos.

-¡BRONCE! -gritó alguien.

Rosa habló sobre el fondo del aplauso.

-Desde que Guinda casi sacrificó su vida para matar al impostor... pensamos que no había nadie más. Pero Bronce es un gran milagro. Sobrevivió. Y ahora está aquí para proteger la nueva Skeld.

Rojo y Mora se quedaron en silencio.

-Bronce...

Mora apretó su mano.

-No es real. Ninguno de los dos es real.

-Pero ¿cómo lo hacen?

-No lo sé. Pero esto es MIRA. Y MIRA siempre tiene un plan.

Siguieron mirando el escenario.

Bronce seguía ahí. Inmóvil. Sin hablar. Sin mirar a nadie.

Rosa habló de nuevo, su voz amplificada por los parlantes, cortando el murmullo de la multitud.

-Y para sumar...

Rojo se tapó el ojo con sus manos flotantes. Un gemido ahogado escapó de su interior.

-No me jodas... -susurró-. ¿Más?...

Rosa continuó, con una sonrisa que se ensanchaba lentamente.

-Guinda está aquí. Y les digo que ahora es mi segundo al mando.

Mora parpadeó varias veces. Su ojo se abrió de par en par. Su cuerpo se tensó.

-Esto es una broma... -dijo, su voz temblorosa-. Los muertos reviven? ¿Qué clase de pesadilla es esta?

Rosa, como si hubiera escuchado sus pensamientos, se volvió hacia el telón.

-Guinda. Ven aquí.

Hubo un silencio. Un momento de tensión. Y luego, detrás del telón, una figura comenzó a moverse.

Guinda dudó. Se quedó quieto un segundo, como si estuviera considerando dar media vuelta y esconderse. Pero finalmente, dio un paso. Luego otro. Y salió a la luz.

Llevaba un traje negro impecable, idéntico al de Rosa, pero sin los detalles plateados.

Su cuerpo redondo de color guinda se movía con pasos lentos, casi arrastrando las piernas.

Su ojo miraba al suelo, evitando a la multitud. No saludaba. No sonreía. Solo caminaba hasta el centro del escenario y se detuvo junto a Rosa.

La multitud estalló en aplausos. Gritos de asombro. Silbidos.

-¡GUINDA! -gritó alguien.

-¡MI PAPÁ TRABAJO CONTIGO!

-¡LEYENDA VIVA!

Guinda no reaccionó. Su ojo seguía fijo en el suelo.

Rosa puso una mano en su hombro. Guinda se tensó, pero no se movió. Rosa lo miró con una sonrisa que apenas disimulaba algo más profundo. Algo más cálido.

Rojo se cubrió la cara con ambas manos. Un gemido largo escapó de él, le dolía el pecho.

-No puede ser... -murmuró-. Mora, creo que me va a dar un infarto...

Mora hizo lo mismo. Sus manos cubrieron su ojo.

-Esto es una pesadilla -dijo-. Una maldita pesadilla...

Limón los miró desde el otro lado de la mesa. Su ojo se entrecerró con confusión.

-¿Qué les pasa? -preguntó-. ¿Por qué están así?

Rojo no respondió. Mora tampoco.

Rosa siguió hablando, pero su ojo no se apartaba de Guinda.

-Guinda ha servido por años como capitán. Generación tras generación. Su historial es impecable. Su lealtad, inquebrantable.

Hizo una pausa. Su mano se deslizó desde el hombro de Guinda hasta su mentón. Con dos dedos, le acarició suavemente la barbilla.

Guinda levantó la vista. Su ojo se encontró con el de Rosa. Y por un momento, su expresión se suavizó. Algo en su interior cedió.

-Y por eso -dijo Rosa, su voz un poco más baja, más personal-, lo nombro oficialmente como jefe de seguridad de MIRA HQ. Y mi segundo al mando.

La multitud rugió de nuevo. Aplausos. Gritos. Emoción.

Guinda parpadeó. Su ojo se movió entre Rosa y la multitud. No dijo nada. Pero su cuerpo se relajó un poco. Como si, por un instante, hubiera olvidado dónde estaba.

Rosa retiró su mano lentamente, pero su ojo seguía fijo en Guinda.

-Bienvenido a casa -susurró Rosa, tan bajito que solo Guinda pudo escucharlo.

Guinda tragó saliva. No respondió. Pero su ojo brilló.

Rojo y Mora seguían con las manos cubriendo sus ojos.

Limón los miró, cada vez más confundido.

-¿Alguien me explica qué está pasando?

Ghostly levantó sus manos y su voz etérea llenó la sala.

-¡Qué continúe la fiesta! -anunció, y la multitud rugió de nuevo.

La música cambió a un ritmo más alegre.

Las luces se volvieron más cálidas. Los tripulantes comenzaron a moverse, algunos hacia la pista de baile, otros hacia las mesas de comida.

El ambiente se volvió ligero, festivo, como si todo lo que había pasado antes fuera solo parte del espectáculo.

Verde pegó unos saltitos de emoción al ver a Guinda. Su ojo brillaba como el de un niño pequeño.

-¡SEÑOR GUINDA! -gritó, corriendo hacia él-. ¡ES UN HONOR CONOCERLO! ¡LO ADMIRO DESDE QUE ERA UN FRIJOLITO! ¡USTED ES MI HÉROE DE LA INFANCIA!

Guinda lo miró. Su ojo se movió lentamente, evaluando. Sabía que ese no era el verdadero Verde. Sabía que era una farsa. Una creación de MIRA. Un disfraz.

Pero también sabía que no podía hacer nada al respecto.

Suspiró. Y luego, con un esfuerzo visible, forzó una sonrisa.

-Gracias -dijo, su voz plana-. Es un honor para mí también.

Verde saltó de nuevo.

-¡ESTOY TAN FELIZ! ¡NO PUEDO CREER QUE ESTÉ AQUÍ! ¡CON EL GRAN GUINDA!

Guinda asintió sin entusiasmo. Su ojo se desvió hacia un lado y vio a Bronce.

El cuerpo de Bronce seguía ahí, inmóvil. Su ojo miraba al vacío, sin parpadear, sin reaccionar. Era como una estatua de sí mismo. Una carcasa vacía.

Guinda sintió un dolor horrible en el pecho.

Verde se acercó a Bronce y le dio un golpecito en el hombro.

-¡Oye! -dijo-. ¡Es hora de celebrar! ¿No, jefe de seguridad?

Bronce no respondió. Su ojo seguía fijo en la nada. Como si no hubiera nadie detrás de él.

Verde esperó un momento, pero al no obtener respuesta, se encogió de hombros.

-Bueno, seguro que está cansado. ¡Yo también! ¡Pero vamos a divertirnos!

Ghostly se acercó a Verde y Guinda, con su traje blanco flotando a su alrededor.

-Ha sido un honor compartir escenario con ustedes -dijo, su voz suave y melodiosa-. Esto ha sido inolvidable.

Verde sonrió.

-¡El honor es nuestro!

Ghostly asintió y se retiró. Bajó del escenario y se unió a los otros famosos que estaban en las mesas cercanas. Luna, Quasar, Nébula. Todos la recibieron con abrazos y risas.

Negro los miro a la distancia terminando ya como su sexto café.

-Meh...

Rosa se volvió hacia Guinda. Su ojo se suavizó.

Extendió su mano hacia él.

-Ven -dijo, su voz baja-. Bailemos.

Guinda lo miró. Su ojo se movió hacia Bronce, que seguía inmóvil, y sintió el dolor de nuevo.

Luego miró más allá, entre la multitud, y encontró a Carmesí. Su hijo estaba en una mesa, hablando con otros tripulantes, ajeno a todo. Ajeno a la pesadilla.

Guinda tragó saliva.

Y luego, lentamente, extendió su mano y la puso sobre la de Rosa.

Rosa sonrió.

-Gracias -susurró.

Guinda no respondió. Pero apretó la mano de Rosa.

Caminaron juntos hacia la pista de baile. La multitud se abrió para dejarlos pasar. Algunos aplaudían. Otros los miraban con admiración.

-Es lindo ver qué se reconcilien.

-¡MIS PAPIS!

Guinda sintió un nudo en la garganta.

Pero siguió caminando.

Mientras tanto, Rojo y Mora seguían sentados en su mesa. Sus ojos estaban fijos en el escenario vacío. Sus cuerpos redondos se veían pequeños, derrotados.

Limón los miró confundido.

-¿Qué les pasa? -preguntó-. ¿Por qué están así? ¡Es una fiesta! ¡Hay que celebrar!

Rojo no respondió.

Mora tampoco.

Limón los miró un momento más. Luego, cuando los otros se acercaron a la mesa, les preguntó.

Piña se sentó a su lado.

-¿Qué pasó? ¿Por qué están todos serios?

Melón se acercó también.

-Sí, ¿qué pasó? ¡Acaba de volver mí amigo que creí muerto!

Arándano se quedó de pie, con los brazos cruzados.

Limón se encogió de hombros.

-No sé -dijo-. Ni yo sé.

-¿Cómo que ni vos sabés? -preguntó Piña.

-Estaban bien, y de repente se pusieron así. No entiendo nada.

Los cuatro miraron a Rojo y Mora, que seguían sentados en silencio, con los ojos fijos en la nada.

Rojo solo pegó un gritito ahogado y se apretó la cabeza con sus manos. Su cuerpo redondo temblaba ligeramente. Parecía que en cualquier momento iba a explotar.

-Quiero volver a casa -dijo, su voz apenas un susurro roto.

Mora asintió lentamente. Su ojo estaba fijo en la mesa, sin ver realmente nada.

-Yo también -respondió, su voz igual de quebrada-. Quiero irme de aquí.

Limón los miró, su ojo entrecerrado con confusión. Movió sus piernas inquieto.

-¿Pero qué les pasa? -preguntó, su tono entre molesto y preocupado-. ¡Es una fiesta! ¡MIRA está presentando la nueva Skeld! ¡Hay famosos! ¡Comida! ¡Baile! ¡Vamos a festejar!

Rojo no respondió.

Limón insistió.

-No sean mala onda. ¡Miren todo lo que hay! ¡Ghostly! ¡Verde! ¡El mismísimo Guinda! ¡Es histórico!

Mora levantó la vista lentamente. Su ojo estaba vacío.

-Histórico -repitió, sin emoción.

-Sí. ¡Histórico!

Rojo soltó un gemido bajo y volvió a apretarse la cabeza.

Limón los miró un momento más, luego negó con la cabeza y se fue a buscar algo de beber.

-Déjenlos -dijo Piña, tocando el hombro de Limón-. Tal vez no se sienten bien.

-Pero es una fiesta -insistió Limón.

-Y puede ser una fiesta sin ellos. Vamos a bailar.

Limón dudó un momento, pero finalmente asintió y siguió a los demás hacia la pista.

Rojo y Mora se quedaron solos en la mesa.

En la pista de baile, Guinda y Rosa se movían al ritmo de la música. No era un baile elaborado. Solo se movían juntos, sus cuerpos redondos girando lentamente entre la multitud.

Rosa se acercó más a Guinda, su ojo fijo en él.

-Viste que era mucho más fácil aceptar -dijo, su voz baja y cálida-. No tuviste que luchar. No tuviste que escapar. Solo aceptaste.

Guinda no respondió. Su ojo miraba hacia otro lado, evitando el contacto.

Rosa continuó.

-Tienes un trabajo. Una vida rica. Tu hijo. Amigos que te admiran.

Hizo una pausa. Se acercó aún más, hasta que sus cuerpos casi se tocaban.

-Y ahora... -susurró-. Me tienes a mí.

Guinda lo miró finalmente. Su ojo se encontró con el de Rosa.

Y gruñó.

-No te tengo a ti -dijo, su voz cortante-. Tú me tienes a mí. Y eso es muy diferente.

Rosa sonrió, sin ofenderse.

-Como quieras.

-No es como quiero -dijo Guinda, su tono subiendo un poco-. Es como es. Estoy aquí porque no tengo opción. Porque si no, no vería a mi hijo. No tendría nada.

Rosa inclinó la cabeza.

-Pero tienes todo eso ahora. ¿No es suficiente?

Guinda lo miró fijamente.

-No es suficiente -dijo-. Nunca lo será.

Rosa solo sonrió. Su ojo se suavizó mientras miraba a Guinda, como si estuviera saboreando cada palabra que salía de su boca.

-Admiro que seas rudo -dijo, su voz baja y cálida-. Nunca cambies eso.

Guinda suspiró. Su ojo se movió alrededor, viendo a la multitud, las luces, los famosos. Luego volvió a Rosa.

-Si vamos a fingir en público -dijo-, hagámoslo bien.

Y sin previo aviso, Guinda lo agarró por la cintura con sus manos.

Tiró de él con fuerza, casi haciéndolo caer hacia atrás.

Rosa parpadeó, sorprendido, pero Guinda lo sostuvo justo a tiempo, como si fuera un movimiento de baile ensayado.

Rosa parpadeó una vez. Dos veces. Su ojo se abrió ligeramente.

Y luego, lentamente, su expresión se transformó en una sonrisa.

No la sonrisa fría y calculadora que usaba en el escenario. No la sonrisa de cortesía para la prensa.

Era una sonrisa genuina. Cálida. Feliz.

-Eso estuvo bien -dijo, su voz casi un susurro.

Guinda lo sostuvo por un momento más, y luego lo enderezó con cuidado.

-No te acostumbres -dijo, pero su tono no era tan cortante como antes.

Rosa rió. Una risa suave, sincera.

-Demasiado tarde.

Siguieron bailando, sus cuerpos moviéndose al ritmo de la música. Rosa se apoyó en Guinda más de lo necesario. Guinda lo dejó, sin quejarse.

Desde su mesa, Carmesí los observaba.

Su ojo estaba fijo en la pista de baile, viendo a sus dos padres moverse juntos.

Rosa con su traje negro, Guinda con el suyo. Dos figuras que parecían opuestas, pero que en ese momento, por alguna razón, encajaban.

Carmesí sintió algo extraño en su interior.

No era felicidad. No era tristeza. Era una mezcla de ambas. Una calma extraña que no sabía cómo explicar.

-Tengo dos papás ahora -murmuró para sí mismo, sin mirar a nadie-. Dos papás.

Tomó su copa y bebió un sorbo. Su ojo no se apartaba de ellos.

Rojo se levantó lentamente de la mesa. Sus piernas se movían con pesadez, como si cada paso le costara un esfuerzo inmenso. Necesitaba alejarse. Necesitaba un momento para respirar. Para pensar. Para no explotar delante de todos.

-Voy a buscar el baño -dijo, su voz plana y vacía.

Mora asintió sin mirarlo. Su ojo seguía fijo en la mesa, perdido en algún lugar que solo ella conocía.

Rojo caminó entre las mesas, esquivando a los tripulantes que reían y bailaban.

Las luces de colores parpadeaban a su alrededor. La música sonaba alegre, festiva, pero para él era solo ruido. Un ruido que le taladraba la cabeza.

Se detuvo cerca de una columna decorada con luces, justo al borde de la pista de baile. Y entonces los vio.

Verde estaba bailando con Ghostly. Su cuerpo redondo se movía con energía, sus piernas saltaban al ritmo de la música. Ghostly se movía con suavidad, su traje blanco flotando a su alrededor, su visor negro brillando bajo las luces.

Y entre ellos, Bronce.

Bronce estaba de pie, inmóvil. Su cuerpo redondo no se movía. Su ojo no parpadeaba. Solo estaba ahí, como una estatua, mientras Verde y Ghostly intentaban hacerlo bailar.

Verde le dio un golpecito en el hombro.

-¡Vamos, jefe de seguridad! -dijo, riendo-. ¡Hay que moverse!

Bronce no respondió.

Ghostly inclinó la cabeza.

-No tendrá una discapacidad o algo así? -preguntó, su voz suave pero curiosa-. He visto tripulantes con problemas motrices, pero esto es diferente.

Verde se encogió de hombros.

-No lo sé. Rosa dijo que estaba bien. Que solo era tímido.

-¿Tímido? -Ghostly rió suavemente-. Esto no es timidez. Esto es... no sé. Como si no estuviera aquí.

Verde lo miró, frunciendo el ojo.

-Bueno, es un héroe de Polus. Tal vez está procesando todo.

-Tal vez.

Rojo se acercó un paso más, muy disimuladamente. Se apoyó contra una columna cercana, fingiendo que miraba su tableta. Pero su ojo estaba fijo en ellos, escuchando cada palabra.

Ghostly volvió a intentar mover a Bronce. Lo tomó de las manos flotantes y trató de guiarlo.

-Ven, Bronce. Solo un paso.

Bronce no se movió.

Ghostly soltó sus manos y suspiró.

-Es inútil. No va a bailar.

Verde negó con la cabeza.

-Bueno, al menos está aquí. Eso es lo importante.

-Supongo.

Ghostly se dio vuelta y comenzó a bailar con Verde de nuevo. Los dos reían y se movían, dejando a Bronce solo en el centro de la pista.

Bronce no se movió.

Rojo lo miró fijamente. Su ojo recorrió el cuerpo de Bronce, buscando algo. Cualquier cosa que le dijera que ahí dentro había alguien. Pero no encontró nada.

Solo una cáscara vacía.

Rojo sintió un escalofrío recorrer su cuerpo.

Y en ese momento, Verde giró la cabeza y lo vio.

-¡Eh! -dijo Verde, saludando con una mano -. ¡Tú! ¡El de la mesa! ¿No quieres bailar?

Rojo se quedó helado. Su ojo se abrió de par en par.

Verde se acercó a él, saltando con energía.

-¡Vamos, hombre! ¡Es una fiesta! ¿Por qué estás tan serio?

Rojo abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. Su ojo se movía de Verde a Bronce, y de vuelta a Verde.

-Yo... solo buscaba el baño -dijo finalmente, su voz temblorosa.

Verde rió.

-¡El baño! ¡Claro! Está al fondo, a la izquierda. Pero después ven a bailar, ¿eh?

Rojo asintió mecánicamente.

-Sí. Sí, claro.

Se dio vuelta y caminó rápidamente hacia el baño, sin mirar atrás.

Verde lo vio irse, encogiéndose de hombros.

-Qué tipo raro -murmuró.

Y volvió a bailar con Ghostly.

Rojo entró al baño y cerró la puerta detrás de él. Se apoyó contra la pared y cerró el ojo.

-Esto no puede estar pasando -susurró.

Rojo respiró agitado. Su cuerpo temblaba.

El olor del baño, mezclado con el eco de la música que llegaba desde afuera, le daban vueltas en la cabeza. Cerró el ojo. Trató de concentrarse. Pero las imágenes no lo dejaban.

Recordó al verdadero Verde. El inocente. El que siempre estaba feliz, siempre ayudando, siempre sonriendo. El que había muerto antes de que todo comenzara.

Y luego recordó al impostor. Al que había tomado su lugar. Al que había matado a cada uno de los tripulantes de la Skeld. Al que había sembrado el caos y la muerte.

El que ahora estaba afuera, bailando y sonriendo como si nada hubiera pasado.

Igual su amigo de Polus, el que el encontró cortado a la mitad, el que el enterro.

Rojo sintió que el estómago se le revolvía. Se inclinó sobre el inodoro y vomitó. Una vez. Dos veces. Su cuerpo temblaba horrible. Volvió a vomitar, y luego solo sollozó, apoyando su cabeza contra el borde del inodoro.

-No puedo... no puedo con esto... -susurró, su voz rota.

Se quedó ahí un momento, respirando con dificultad. Las lágrimas rodaban por su ojo, cayendo al suelo frío.

Escuchó un ruido afuera. Pasos. Alguien que se acercaba a la puerta del baño. Supuso que era otra persona que quería entrar. Se limpió rápidamente con una toalla de papel, se enderezó y salió del cubículo.

Y entonces lo vio.

Bronce estaba ahí, de pie en la entrada del baño.

Rojo se quedó helado. Su ojo se encontró con el de Bronce.

Bronce lo miró en silencio.

Rojo tragó saliva. Intentó pasar a su lado, caminando hacia la puerta.

Bronce no se movió.

Rojo sintió que el corazón se le aceleraba. Pasó a su lado con cuidado, como si estuviera caminando al borde de un precipicio.

Y entonces Bronce habló.

-Rojo...?

Rojo se detuvo en seco.

Su cuerpo se tensó. Su ojo se abrió de par en par.

Se dio vuelta lentamente, mirando a Bronce.

Dudó.

Bronce seguía mirándolo, su ojo fijo en él.

Rojo abrió la boca. La cerró. La abrió de nuevo.

-No -dijo, su voz temblorosa-. Perdón... Yo soy... Escarlata.

Bronce no respondió. Solo lo miró.

Rojo sintió un escalofrío recorrerle la columna.

-Tengo que irme -dijo rápido-. Mi esposa me espera.

Y salió del baño caminando rápido, casi corriendo.

Verde seguía bailando con Ghostly. Su cuerpo se movía con energía, sus piernas saltaban al ritmo de la música. Ghostly se movía con suavidad, su traje blanco flotando a su alrededor, su visor negro brillando bajo las luces. Eran una pareja llamativa en medio de la pista, y muchos los miraban con admiración.

De repente, Verde se detuvo un momento y la miró. Su ojo brillaba con algo parecido a la nostalgia.

-¿Sabes? -dijo, su voz un poco más baja-. Me recuerdas a alguien.

Ghostly inclinó la cabeza, curiosa.

-¿A quién?

-Blanco -respondió Verde, con una sonrisa suave-. Era mi compañero de nave de entrega

Ghostly lo miró en silencio un momento. Luego, su voz se volvió más suave, casi un susurro.

-Ooh... -dijo-. Bueno...

Hizo una pausa. Su visor negro pareció brillar un poco más.

-Siento su espíritu por aquí -dijo, su tono misterioso pero cálido-. Y creo que se está riendo.

Verde parpadeó.

-¿Cómo?

-Boop.

Ghostly extendió su mano flotante y tocó suavemente el visor de Verde con su dedo. Un gesto tierno, juguetón.

Verde se quedó quieto un segundo. Luego rió, su ojo entrecerrándose con alegría. Un leve sonrojo apareció en su rostro redondo.

Ghostly asintió y empezó a bailar de nuevo. Verde la siguió, pero esta vez sus movimientos eran un poco más suaves. Más pensativos.

Desde lejos, Rojo los observaba desde su mesa, sin poder apartar la mirada.

-Qué extraño -murmuró para sí mismo.

Mora lo miró.

-¿Qué?

Rojo negó con la cabeza.

-Nada. Solo... cosas raras.

Mora no preguntó más. Pero su ojo también se fijó en Verde.

Rojo se levantó de la mesa con un suspiro pesado. Su ojo estaba cansado, su cuerpo redondo se movía con lentitud. Ya no podía más. Necesitaba salir de ahí. Necesitaba aire. Necesitaba su casa. Sus hijos. Su cama.

-Podemos irnos -dijo, su voz plana y vacía.

Mora asintió lentamente. Pero no se levantó. Su ojo se movió hacia la pista de baile, donde Bronce seguía inmóvil al borde, como una estatua olvidada.

-Tengo que ver algo -dijo, levantándose.

Rojo la miró con confusión.

-¿Qué? ¿Ahora?

-Solo un momento. Esperame.

-Mora...

-Esperame.

Y antes de que Rojo pudiera decir algo más, Mora ya estaba caminando hacia la pista. Su paso era firme, decidido. Su ojo no se apartaba de Bronce.

Llegó hasta él y se detuvo a su lado. Miró a los lados, asegurándose de que nadie los observara. Luego, con voz profesional y distante, como si hablara con un desconocido, dijo:

-¿Está bien, señor Bronce? Lo veo un poco ausente.

Bronce no respondió. Su ojo seguía fijo en la nada.

Mora esperó un momento. Luego, un poco más alto, insistió:

-Señor Bronce. ¿Me escucha?

Nada.

Mora sintió una mezcla de frustración y tristeza. Miró hacia la pista, donde Verde y Ghostly seguían bailando, ajenos a todo. Miró hacia la mesa de Rosa y Guinda, que estaban hablando en voz baja.

Volvió a mirar a Bronce.

-Bueno -dijo, su voz bajando-. Disculpe la molestia.

Y se dio vuelta para irse.

-Duele.

Mora se detuvo en seco. Su ojo se abrió de par en par.

Se dio vuelta lentamente.

Bronce la miraba. Su ojo estaba fijo en ella, pero había algo diferente. Algo detrás de ese vacío. Algo que parecía estar despertando.

-Duele mucho -dijo Bronce, su voz ronca, apenas un susurro.

Mora dio un paso hacia él.

-¿Qué te duele?

Bronce parpadeó lentamente.

-Cada parte de mí -dijo-. Cada pedazo. Todo.

Mora sintió un nudo en la garganta.

-¿Desde cuándo?

-Desde que desperté.

Bronce levantó su mano flotante lentamente. La miró como si no la reconociera.

-No sé quién soy -dijo-. No sé dónde estoy. Pero duele.

Mora se acercó más. Su voz bajó, volviéndose suave, casi maternal.

-¿Por qué no le dices a Rosa? Él puede ayudarte.

Bronce negó con la cabeza lentamente.

-Rosa no es... Rosa no es real.

Mora se quedó helada.

-¿Qué quieres decir?

Bronce la miró. Su ojo se movió lentamente, como si buscara algo en la cara de Mora.

-Tú... tú eres real -dijo-. Yo recuerdo... Polus. La nieve. El frío.

Mora sintió que el corazón se le aceleraba.

-¿Recuerdas Polus?

-Sí. Guinda... el impostor... la lucha...

Bronce cerró el ojo. Su cuerpo tembló ligeramente.

-Y luego el dolor. Y el vacío. Y la oscuridad.

Mora extendió su mano flotante hacia él, pero no lo tocó.

-Bronce... estás aquí. Estás despierto.

Bronce abrió el ojo de nuevo.

-¿Pero quién soy?

Mora intentó ayudar a Bronce. Su mano estaba extendida hacia él, sin tocarlo, pero ofreciendo algo que no sabía cómo nombrar. Compasión. Ayuda. Algo.

Bronce la miraba con su ojo vacío, pero había un destello de algo detrás. Algo que quería salir.

Y entonces escuchó algo.

-¡Holaa!

Mora se tensó. Se dio vuelta lentamente.

Verde estaba detrás de ella, saltando de alegría. Ghostly estaba a su lado, con su traje blanco y su visor negro, su cuerpo redondo moviéndose con suavidad.

Verde señaló a Bronce.

-¡Con que tú hiciste que Bronce hablara un poquis! -dijo, su voz llena de emoción-. ¡Yo no logro sacarle ni lombriz! ¡Jajaja!

Mora rió incómoda. Su ojo se movió entre Verde y Bronce. Intentó mantener la calma.

-Solo... le pregunté si estaba bien -dijo, su voz forzadamente casual.

-¡Y te respondió! -Verde saltó de nuevo-. ¡Eso es más de lo que yo logré en toda la noche!

Ghostly inclinó la cabeza. Su visor negro se fijó en Mora.

-Wooooow -dijo, su voz suave y etérea-. Tienes un alma pura.

Mora la miró en silencio. Su ojo se abrió ligeramente.

-¿Qué?

Ghostly señaló a un costado, hacia la nada.

-Oh, eso dice tu amiga.

Mora parpadeó.

-¿Mi amiga?

Verde se rió y se encogió de hombros.

-Ghostly es medio espiritual -dijo-. Siempre ve cosas que los demás no. Es su don.

Ghostly asintió lentamente.

-Tienes muchos fantasmas alrededor -dijo, su voz baja y serena-. Pero están tranquilos. Te cuidan.

Mora sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo.

-¿Cuántos? -preguntó Verde, curioso.

Ghostly la miró. Su visor negro pareció brillar.

-Muchos.

Mora parpadeó.

Ghostly levantó su mano y señaló hacia un costado de Mora.

-El de azul está guapo -dijo, con un tono juguetón.

Verde soltó una carcajada.

-¿Azul?

Ghostly asintió con seriedad fingida.

-Y parece que le gusta bailar. Pero es tímido.

Verde y Ghostly rieron juntos.

Mora miró hacia atrás, hacia donde Ghostly había señalado. No había nada.

Solo la pared del fondo y algunas luces decorativas. Su ojo se movió rápidamente, buscando algo que no podía ver.

-No veo nada -dijo, su voz un poco temblorosa.

Ghostly se acercó a ella con pasos suaves. Su visor negro reflejaba las luces de la fiesta.

-No todos pueden verlos -dijo, su voz baja y misteriosa-. Pero si quieres aprender, llámame.

Sacó una tarjeta de algún lugar de su traje blanco y la extendió hacia Mora. Era blanca, con un número de contacto escrito en tinta plateada.

Mora la tomó con sus manos flotantes, mirándola con curiosidad.

-Gracias -dijo, sin saber qué más añadir.

-¡De nada! -dijo Ghostly, con una sonrisa en su voz.

Verde la tomó de la mano.

-¡Están sirviendo pizza! -anunció, saltando de emoción-. ¡Vamos!

Ghostly rió y se dejó llevar por Verde. Ambos se alejaron hacia la mesa de comida, dejando a Mora sola con Bronce.

Mora se quedó viendo la tarjeta en sus manos. La giró entre sus dedos. El número brillaba bajo las luces.

Y entonces escuchó una voz.

-Quiero morir.

Mora levantó la vista lentamente. Su ojo se encontró con el de Bronce.

Él seguía ahí, inmóvil, su cuerpo redondo como una estatua. Pero su ojo ya no estaba vacío. Había algo en él. Algo oscuro. Algo doloroso.

-¿Qué? -preguntó Mora, su voz apenas un susurro.

Bronce la miró fijamente.

-Quiero morir -repitió, su voz ronca y plana-. Todo duele. No sé quién soy. No sé qué soy. Solo duele.

Mora sintió que el corazón se le encogía. Dio un paso hacia él.

-Bronce...

-No soy Bronce -dijo él, interrumpiéndola-. Bronce murió. Yo solo soy... esto.

Mora apretó la tarjeta en su mano.

-¿Quién eres entonces?

Bronce cerró el ojo lentamente.

-No lo sé -dijo-. Pero quiero dejar de serlo.

Mora se quedó en silencio. Su ojo se llenó de lágrimas.

-No puedes morir -dijo, su voz quebrada-. No puedes.

Bronce abrió el ojo y la miró.

-¿Por qué no?

Bronce miró el suelo. Su ojo se llenó de lágrimas que comenzaron a rodar lentamente por su rostro redondo.

Mora sintió que algo se rompía dentro de ella. Se acercó más y extendió su mano. Con cuidado, como si tocara algo frágil, secó las lágrimas de Bronce con suavidad.

Bronce levantó lentamente su mano y tocó la de Mora. La sostuvo por un momento, como si buscara algo en ese contacto. Algo que lo anclara a la realidad.

Luego la miró. Su ojo ya no estaba vacío. Había algo en él. Una súplica.

-Vete con Rojo -dijo, su voz apenas un susurro roto.

Mora parpadeó.

-¿Qué?

-Vivan -continuó Bronce, su tono más firme pero aún frágil-. Por favor.

Mora sintió un nudo en la garganta. Quiso decir algo, pero no encontró las palabras.

Bronce soltó su mano lentamente.

-Vete -dijo-. No mires atrás.

Mora retrocedió un paso. Luego otro. Su ojo no se apartaba de Bronce, pero su cuerpo ya se movía hacia atrás, alejándose de él.

-Bronce... -intentó decir.

-Andate -insistió él, cerrando el ojo-. Por favor.

Mora tragó saliva. Se dio vuelta y caminó rápido, dejando a Bronce solo en el borde de la pista.

No miró atrás.

En la mesa, Rojo estaba tomando un trago. Su ojo estaba fijo en la mesa, perdido en sus pensamientos.

La música seguía sonando, pero él ya no la escuchaba. Solo quería irse. Solo quería estar en casa.

Sintió que alguien se acercaba y levantó la vista, pensando que era Mora.

Pero no era Mora.

Era Carmesí.

Llevaba su camisa arrugada, su ojo cansado. Se detuvo frente a la mesa y lo miró con una mezcla de curiosidad y seriedad.

-Escarlata -dijo, su voz plana.

Rojo parpadeó.

-Carmesí. ¿Qué hacés acá?

-Trabajo -respondió Carmesí, sentándose sin ser invitado-. Pero vi que estabas solo y quería hablar con vos.

Rojo se tensó ligeramente.

-¿De qué?

Carmesí lo miró fijamente.

-De lo que pasó en el laboratorio. De lo que me dijiste. De lo que no me dijiste.

Rojo abrió la boca para responder, pero Carmesí lo interrumpió.

-No necesito que me mientas, Escarlata. Ya sé que no sos quien decís ser.

Rojo se quedó helado. Su ojo se abrió de par en par.

-¿Cómo?

Carmesí se inclinó hacia adelante.

-Porque tengo ojo -dijo-. Y porque vos y tu esposa son los únicos que miran a Verde como si hubieran visto un fantasma.

Rojo no respondió.

Carmesí lo miró un momento, y luego su voz bajó.

-Y porque Rosa está tramando algo. Y necesito saber si vos estás de mi lado o del de él.

-No sé de qué estás hablando -dijo Rojo, su voz forzadamente calmada-. Soy Escarlata. Trabajo para MIRA. Como vos.

Carmesí negó con la cabeza lentamente.

-No sos un Escarlata.

Rojo apretó su vaso.

-Estás equivocado.

-No lo estoy.

Carmesí se inclinó más hacia adelante, su voz bajando a un susurro.

-Yo también vi cosas, Escarlata. Vi a mi padre... a Rosa... hacer cosas que no debería. Vi laboratorios. Vi experimentos. Vi tripulantes que no eran quienes decían ser.

Rojo lo miró fijamente.

-¿Y qué querés que haga yo con eso?

Carmesí dio un paso más cerca.

-Quiero que me digas la verdad. ¿Quién sos realmente? ¿Y por qué todos los muertos de la Skeld están apareciendo vivos?

Rojo sintió que el corazón se le aceleraba. Miró hacia la pista de baile, donde Verde seguía bailando con

Ghostly, donde Bronce seguía inmóvil en el borde, donde Rosa y Guinda seguían juntos.

Luego volvió a mirar a Carmesí.

-No puedo decirte aquí -dijo, su voz baja-. Hay demasiados ojos.

Carmesí asintió lentamente.

-Entonces en otro lado. Cuando termine la fiesta. Hay un lugar... un pasillo en el piso 27 del rascacielos, cerca de los archivos viejos. Nadie va ahí.

Rojo dudó.

-¿Cómo sé que no es una trampa?

Carmesí lo miró con seriedad.

-Porque si fuera una trampa, ya te habría entregado a Rosa. Pero no lo hice. Porque quiero saber la verdad. Y creo que vos también.

Rojo se quedó en silencio un largo momento. Luego asintió lentamente.

-Está bien. Voy a ir.

Carmesí asintió y se levantó. Antes de irse, se detuvo.

-Y Escarlata... o como te llames...

Rojo lo miró.

Carmesí sostuvo su mirada.

-Cuidado con Rosa. Él siempre está mirando.

Y se fue, perdiéndose entre la multitud.

Rojo se quedó solo en la mesa, con el vaso en la mano y el corazón latiendo fuerte.

Mora llegó un momento después, sentándose a su lado sin decir nada.

Rojo la miró.

-¿Qué pasó?

Mora negó con la cabeza.

-Después te cuento. Pero tenemos que irnos.

-Lo sé -dijo Rojo-. Pero primero... tengo que ir a un lugar.

Mora lo miró confundida.

-¿Qué lugar?

Rojo apretó su mano.

-El piso 27. Carmesí quiere hablar conmigo.

Mora abrió el ojo con sorpresa.

-¿Carmesí? ¿Y por qué?

Rojo la miró con seriedad.

-Porque quiere saber la verdad. Y creo que es momento de contársela.

Mora se quedó en silencio. Luego asintió lentamente.

-Voy con vos.

Rojo sonrió débilmente.

-Siempre vas conmigo.

-Siempre.

Se levantaron y caminaron hacia la salida, dejando atrás la fiesta, la música, las luces.

Chapter 7

Cap 6: Todo como el plan dice

Solo les aviso, no hay escondite... En este episodio.

Carmesí ya estaba del lado de Rojo y Mora después de toda la explicación. Los tres estaban en el pasillo oscuro del piso 27, planeando cómo salir sin ser detectados. Carmesí había aceptado la verdad, aunque le doliera. Ahora solo quería salir de ahí y procesar todo en paz.

-Vamos -susurró Rojo-. Hay una salida de emergencia al final del pasillo.

Caminaron rápido, pegados a la pared, con pasos ligeros. Las luces de emergencia parpadeaban débilmente, creando sombras que bailaban en las paredes.

Pero entonces escucharon ruidos.

Rojo levantó una mano y se detuvo en seco. Los otros dos se detuvieron detrás de él, conteniendo la respiración. Eran pasos. Dos personas. Y voces.

-No puede ser -murmuró Mora-. ¿Están buscándonos?

Carmesí apretó los puños.

-Escondámonos.

Se metieron detrás de una columna grande, justo al lado de una puerta entreabierta. Se apretaron contra la pared, esperando.

Los pasos se acercaron.

Y entonces las voces se hicieron claras.

-...no, no, no, vos no entendés -decía una voz grave, pero arrastrada-. La cosa es que... la cosa es que...

-¿Qué cosa? -respondió otra voz, igualmente arrastrada, pero con un tono más suave.

-La cosa es que yo siempre supe que eras un idiota. Pero un idiota lindo.

Rosa y Guinda.

Rojo sintió que el corazón se le salía del pecho. Mora se quedó helada. Carmesí abrió el ojo de par en par.

Los dos figuras aparecieron al final del pasillo. Caminaban lentamente, tambaleándose, apoyándose el uno en el otro. Rosa llevaba su traje negro desabrochado, el ojo entrecerrado. Guinda tenía el suyo arrugado, su cuerpo redondo moviéndose con torpeza.

Estaban borrachos.

Completamente borrachos.

-¿Sabés qué? -dijo Rosa, señalando a Guinda con su mano-. ¿Sabés qué fue lo peor?

-¿Qué? -preguntó Guinda, riendo.

-Llevar ese traje blanco. Por Rosáceo. Porque se murio ¡ME VEÍA RIDÍCULO!

Guinda soltó una carcajada enorme, tan fuerte que resonó en el pasillo vacío.

-¡TE VEÍAS COMO UN FANTASMA DE MALA CALIDAD! -gritó entre risas-. ¡PARECÍAS UN POSTRE DE NATA!

-¡CERRÁ EL PICO! -dijo Rosa, empujándolo suavemente-. VOS TE VEÍAS PEOR CON ESAS CAPAS DE CAPITÁN. PARECÍAS UN PAYASO DEL ESPACIO.

-¡PERO UN PAYASO GUAPO!

-¡UN PAYASO BORRACHO!

Ambos rieron a carcajadas, tambaleándose mientras caminaban. Rosa apoyó su cabeza sobre la de Guinda y este lo sostuvo sin quejarse.

-Te quiero, idiota -dijo Rosa, su voz bajando.

-Yo también te quiero, imbécil -respondió Guinda, besándolo en la cabeza.

Siguieron caminando, sin ver a los tres escondidos. Pasaron frente a la columna sin mirar atrás. Sus pasos se alejaron lentamente, junto con sus risas y sus murmullos.

Rojo, Mora y Carmesí se quedaron en silencio, sin moverse, sin respirar.

Pasaron varios segundos.

Finalmente, Rojo se asomó lentamente. El pasillo estaba vacío.

-Se fueron -susurró.

Mora soltó el aire que había estado conteniendo.

-Estaban borrachos.

-Muy borrachos -confirmó Carmesí, su voz mezcla de alivio y confusión-. Nunca vi a Rosa así.

-Yo tampoco -dijo Rojo-. Pero no me quejo. Vámonos antes de que vuelvan.

Salieron rápidamente del escondite y corrieron hacia la salida de emergencia. Llegaron a la puerta y la abrieron. Una escalera de metal descendía hacia la oscuridad.

Bajaron rápido, sin mirar atrás.

Cuando llegaron al piso de abajo, salieron al vestíbulo vacío. La noche de Nébula los esperaba.

Rojo respiró hondo.

-Creo que es la primera vez que Rosa nos salva la vida sin querer.

Mora rió nerviosamente.

-No se lo digas nunca.

-Ni loco.

Carmesí los miró, y por primera vez en mucho tiempo, una pequeña sonrisa apareció en su ojo.

-¿Siempre son así?

Rojo y Mora se miraron.

-Sí -dijeron al unísono.

Caminaron hacia la calle, dejando atrás la torre de MIRA.

Y por un momento, todo estaba bien.

Rojo y Mora estaban sentados en una pequeña cafetería abierta toda la noche. Las luces tenues del local y el olor a café recién hecho les daban algo de calma después de todo lo que había pasado. Carmesí estaba con ellos, todavía procesando todo lo que había escuchado.

-Tenemos que contarle todo a Amarillo -dijo Rojo, bajando la voz-. Ella necesita saber lo que vimos. Lo de Verde. Lo de Bronce. Todo.

Mora asintió.

-Sí. Pero tenemos que hacerlo con cuidado. No sabemos quién más está escuchando.

-Podemos ir a su restaurante mañana temprano, antes de que abra -sugirió Rojo-. Ahí podemos hablar tranquilos.

Carmesí los miraba con el ojo entrecerrado.

-Wowowow -interrumpió, levantando una mano flotante-. Espera. ¿Amarillo está viva?

Rojo y Mora se quedaron en silencio. Se miraron entre ellos, como si estuvieran decidiendo quién iba a dar la explicación.

Rojo carraspeó.

-Es una historia media larga...

-Resumila -dijo Carmesí con impaciencia.

Mora suspiró. Tomó su taza de café y habló con tono práctico, como si estuviera leyendo una lista de compras.

-Su cuerpo estaba congelado en Polus en un laboratorio por una razón que no viene al caso ahora, la descongelamos, se despertó, nos gritó un poco, aceptó que todos sus amigos estaban muertos,

y ahora vive en Nébula y tiene un restaurante. ¿Listo?

Carmesí parpadeó.

-¿Eso es todo?

-Bueno, era más corta de lo que esperaba -admitió Rojo, encogiéndose de hombros-. Pero sí, básicamente eso.

Carmesí se quedó mirándolos un momento. Luego soltó una risa corta, casi incrédula.

-¿Tienen un hábito de coleccionar sobrevivientes o algo así?

Rojo rió.

-No es un hábito. Es una maldición.

-O un don -añadió Mora con una sonrisa cansada.

Carmesí negó con la cabeza, pero su ojo tenía un brillo diferente. Como si, por primera vez, estuviera viendo un poco de luz en medio de toda la oscuridad.

-Bueno -dijo-. Entonces mañana conozco a Amarillo.

Rojo y Mora intercambiaron una mirada.

-Sí -dijo Rojo-. Mañana la conoces.

Carmesí dejó la taza vacía sobre la mesa. Su ojo se movió hacia la ventana de la cafetería, donde la torre de MIRA se alzaba imponente en la distancia. Una sombra de preocupación cruzó su rostro redondo.

-Oye... -dijo, su voz bajando un tono-. ¿Creen que mis papás ya se dieron cuenta de que me fui?

Rojo y Mora se quedaron en silencio por un segundo. Luego, lentamente, sus ojos se encontraron. Algo chispeó entre ellos.

Mora fue la primera en romper. Una pequeña risa escapó de su boca, apenas contenida.

-¿Qué? -preguntó Carmesí, frunciendo el ojo.

Rojo se mordió el interior de su mejilla, claramente esforzándose por no reír.

-No, no, no, es que... -empezó Mora, pero su voz se quebró.

Rojo se cubrió la boca con una mano flotante. Su cuerpo se sacudía ligeramente.

-¿Qué les pasa? -insistió Carmesí, su confusión creciendo-. ¿Por qué se ríen?

Mora se aclaró la garganta, tratando de recuperar la compostura. Falló miserablemente.

-Es que... si los vimos bien... están muy, pero muy ocupados.

-¿Ocupados con qué?

Rojo y Mora intercambiaron otra mirada. No pudieron aguantarlo. Los dos explotaron en una risa baja y contenida, con los cuerpos temblando.

Carmesí los miró. Su ojo se movía de uno a otro, buscando una explicación. Su frustración crecía.

-No entiendo -dijo, su voz subiendo un tono-. ¿Con qué están ocupados?

Rojo levantó una mano flotante, haciendo un gesto vago.

-Digamos que... están en un momento... muy privado.

Mora asintió, apenas capaz de hablar.

-Muy, muy privado. No creo que se den cuenta de nada por un buen rato.

Carmesí parpadeó. Su ojo se abrió lentamente, procesando las palabras. Y entonces lo entendió.

-¡Ay, no! -dijo, apretando los puños-. ¡No me digan eso!

Rojo y Mora rieron más fuerte.

-¡No me lo digan! -repitió Carmesí, cubriéndose el ojo con ambas manos -. ¡No quiero pensar en eso!

-No hicimos nada -dijo Rojo, con una sonrisa burlona-. Solo dijimos que están ocupados.

-¡Eso es peor!

Mora se secó una lágrima de risa.

-Perdón, perdón. Es que la situación es demasiado graciosa.

-No tiene nada de gracioso -gruñó Carmesí-. Son mis padres.

-Y están muy felices -añadió Rojo.

-¡Para!

Carmesí dejó caer la cabeza sobre la mesa, con un golpe sordo. Su voz salió ahogada.

-No sabía que esto era parte del trato...

Rojo le dio un golpecito en el hombro.

-Tranquilo. Mañana todo va a estar mejor.

-No si sigo imaginando a mis padres...

-¡Basta! -gritó Mora, riendo-. ¡No queremos escuchar eso!

Carmesí levantó la cabeza, su ojo lleno de indignación.

-¡Ustedes empezaron!

-Y nosotros terminamos -dijo Rojo, levantando las manos en señal de paz-. Vamos, vámonos. Mañana tenemos que ver a Amarillo.

Carmesí gruñó pero se levantó.

-Está bien. Pero no quiero oír ni una palabra más de lo que sea que estén haciendo.

-Palabra de honor -dijo Mora, poniéndose una mano en el pecho.

Pero su ojo brillaba con picardía.

Carmesí la miró con desconfianza.

-Te conozco lo suficiente para saber que eso no es sincero.

-No tenés idea -dijo Rojo, riendo.

Salieron de la cafetería. La noche de Nébula los envolvía.

Celadon caminaba entre los andamios de la nueva Skeld, con su ojo recorriendo cada detalle. Su cuerpo de un verde grisáceo pálido se movía con precisión, revisando planos y señalamientos. Llevaba un casco de construcción y una tableta en sus manos, donde anotaba correcciones minuciosas.

A su alrededor, los trabajadores se movían con rapidez. Algunos soldaban paneles metálicos. Otros conectaban cables. El ruido de las máquinas y el chisporroteo de las herramientas llenaban el hangar. La nave aún no estaba terminada, pero su estructura ya se veía imponente.

Celadon se detuvo frente a un panel mal colocado. Su ojo se entrecerró.

-Esto está torcido -dijo, su voz plana pero firme-. Dos grados a la izquierda. Vuelvan a hacerlo.

El trabajador, un tripulante naranja, levantó la vista.

-¿Dos grados? Pero si apenas se nota.

-Se nota. Y si no lo corrigen, el resto de la estructura va a desalinearse. Vuelvan a hacerlo.

El trabajador suspiró, pero obedeció.

Celadon siguió caminando. Llegó a la sección de navegación, donde otro grupo estaba instalando paneles de control. Se detuvo y observó en silencio.

-Los cables azules van con los azules -dijo sin levantar la voz-. Los rojos con los rojos. No los mezclen.

-Ya lo sabemos -dijo un trabajador gris, con tono de molestia.

-Y sin embargo, hace diez minutos vi a alguien cruzarlos.

El trabajador no respondió.

Celadon siguió caminando. Su ojo pasaba de un lado a otro, sin perder ningún detalle. Cada tuerca, cada soldadura, cada ángulo. Todo debía ser perfecto.

Llegó a la sección de carga, donde un grupo de trabajadores descansaba. Algunos estaban sentados, bebiendo agua. Otros charlaban en voz baja.

-El descanso termina en tres minutos -dijo Celadon, sin detenerse-. Aprovechen bien el tiempo.

Los trabajadores se movieron, algunos levantándose antes de tiempo.

Celadon siguió su recorrido. Subió una escalera de metal hasta una plataforma elevada. Desde ahí,

podía ver toda la nave. La estructura se extendía bajo él, con sus paneles metálicos, sus luces parpadeantes y sus cables entrelazados.

-Falta mucho -murmuró para sí mismo-. Pero va a quedar bien. Tiene que quedar bien.

Un trabajador, un tripulante amarillo, se acercó a él.

-Señor Celadon, los motores ya están instalados. ¿Quiere revisarlos?

-Sí. Después de la cena.

-¿Y la cena?

-Después de los motores.

El trabajador asintió y se fue.

Celadon se quedó en la plataforma, viendo el trabajo. Su ojo se movía lentamente, tomando nota de todo.

Y entonces, en una esquina del hangar, vio algo que no le gustó.

Un panel de control tenía una abolladura. Pequeña, apenas visible. Pero él la vio.

Bajó rápidamente y caminó hacia ella.

-¿Quién hizo esto? -preguntó, su voz cortante.

Los trabajadores cercanos se quedaron en silencio.

-Pregunté: ¿quién hizo esto?

Nadie respondió.

Celadon apretó los puños.

-Revisen las grabaciones. Quiero saber quién fue. Y quiero que ese panel sea reemplazado antes del amanecer.

-Pero señor, eso puede tomar...

-No me importa cuánto tome. Tiene que estar perfecto.

Los trabajadores se movieron rápido, obedeciendo.

Celadon se quedó mirando el panel, con el ojo fijo en la abolladura.

-Nada de errores -murmuró-. Nada de fallos. Esta nave tiene que ser perfecta.

Al día siguiente, las oficinas de MIRA estaban igual que siempre. El mismo zumbido constante de las máquinas, las mismas luces blancas, el mismo olor a papel y metal.

Mocha estaba en su puesto, revisando informes con su ojo duro y su postura rígida.

-El informe del sector 3, señora Mocha -dijo un tripulante verde.

-Déjelo sobre la mesa.

-Y las firmas de aprobación para el sector 7.

-También.

El tripulante asintió y se fue. Mocha siguió trabajando, su ojo recorriendo los números con precisión. No levantaba la vista. No necesitaba hacerlo.

El ascensor se abrió con un pitido.

Rosa salió.

Su traje negro estaba impecable, como siempre. Su ojo era el mismo: frío, sereno. Pero algo era diferente. Algo en su postura, en la forma en que caminaba. Era más relajado. Menos tenso.

-Buenos días -dijo Rosa, su voz más suave de lo habitual.

Los trabajadores se detuvieron. Algunos levantaron la vista, confundidos.

-Señor Rosa -dijo uno, un tripulante naranja, acercándose con una tableta-. ¿Podría firmar estos documentos?

Rosa tomó la tableta y la revisó. En lugar de firmar rápido y devolverla sin mirar, se tomó su tiempo. Leyó cada página. Movió su ojo lentamente.

-Todo parece en orden -dijo, firmando con su mano-. Buen trabajo.

El tripulante naranja parpadeó, sorprendido.

-Gra... gracias, señor...?

Rosa le devolvió la tableta y siguió caminando. Otro trabajador, un tripulante gris, se acercó con timidez.

-Señor Rosa, los informes del sector 5 están listos. Pero hay un problema con los suministros...

-¿Qué tipo de problema?

-Falta un lote de piezas. Llegaron dañadas.

Rosa asintió lentamente.

-Comuníquese con el proveedor y solicite un reemplazo urgente. Si es necesario, ofrezca un descuento en el próximo pedido para acelerar el proceso.

El tripulante gris abrió el ojo de par en par.

-¿Un descuento? Pero nunca hacemos descuentos...

-Hoy sí. Haga que funcione.

El tripulante asintió rápido y se fue.

Mocha levantó la vista de sus informes. Su ojo se entrecerró al ver a Rosa sonreír a un trabajador mientras firmaba otro documento. Algo no encajaba.

Se levantó de su puesto y caminó hacia él.

-Señor Rosa -dijo, su voz plana pero con un tono de sospecha-. ¿Se siente bien?

Rosa la miró con una sonrisa apenas perceptible.

-Estoy muy bien, Mocha. ¿Cómo está usted?

Mocha parpadeó. Abrió la boca. La cerró.

-Yo... estoy bien, señor.

-Me alegra. Siga con su buen trabajo.

Y Rosa siguió caminando, dejando a Mocha completamente desconcertada.

Los trabajadores se miraban entre sí. Algunos susurraban.

-¿Qué le pasó?

-No sé, pero es raro.

-¿Será una trampa?

Mocha apretó los puños y volvió a su puesto, pero su ojo no se apartaba de Rosa.

Rosa continuó caminando. Sus pasos eran más ligeros que de costumbre, como si algo en su interior hubiera cambiado. Llegó a la cafetería y se detuvo un momento, recorriendo el lugar con su ojo.

Todo estaba igual: las mesas ordenadas, el aroma a café recién hecho, el murmullo de los pocos empleados que descansaban. Pero algo le pareció raro.

No vio a Carmesí.

-Meh -murmuró para sí mismo-. Quizás por fin se puso a laburar.

Se encogió de hombros y caminó hacia la máquina de café. Sirvió una taza humeante, la levantó con sus manos flotantes y dio un sorbo. El calor se extendió por su cuerpo. Cerró el ojo un momento, disfrutando.

Y entonces lo vio.

Guinda estaba sentado en una mesa junto a la ventana, con su taza frente a él y el ojo fijo en el horizonte. Las nubes de Nébula se movían lentamente, tiñendo el cielo de tonos suaves. No lo había visto entrar. No lo saludó.

Rosa se acercó disimuladamente, con pasos silenciosos. Se detuvo detrás de Guinda y, sin previo aviso, tomó su taza y le dio un sorbo.

Guinda giró el ojo lentamente, con expresión de cansancio y frustración.

-¿No tenés la tuya? -preguntó, su voz ultra afónica, apenas un susurro roto.

-Sí, pero la tuya sabe mejor -respondió Rosa, devolviéndole la taza.

Guinda gruñó. Un sonido grave que apenas salió de su garganta.

-¿Recordás algo de anoche? -preguntó Rosa, sentándose frente a él.

Guinda lo miró con el ojo entrecerrado.

-No -dijo, su voz rasposa-. Pero el simple hecho de despertar en la oficina de mi ex rodeado de tentáculos me da una idea clara de lo que pasó.

Rosa rió. Era una risa suave, casi genuina.

-Podría haber sido peor.

-¿Peor?

-Podrías haber despertado en el reactor.

Guinda se frotó la cabeza con una mano.

-No quiero saber.

Se quedaron en silencio un momento. Guinda tomó su café, Rosa lo miró. El murmullo de la cafetería llenaba el espacio.

-No tenés resaca como yo, ¿verdad? -preguntó Guinda, su voz cansada.

Rosa inclinó la cabeza.

-Soy de una especie superior. Nunca tengo resacas.

Guinda giró el ojo con fuerza.

-Claro, la especie superior. Por supuesto.

-No es mi culpa que los tripulantes sean tan débiles -dijo Rosa, con una sonrisa burlona.

-No me vengas con esa mierda ahora. Me duele hasta el ojo.

Rosa rió de nuevo. Esta vez más fuerte.

-Tendrías que haberte cuidado.

-Tendrías que haberme dejado en paz.

-No puedo. Sos irresistible.

Guinda soltó un sonido entre un gruñido y una risa.

-Sos un desastre.

-Pero un desastre lindo.

Guinda negó con la cabeza, pero no pudo evitar una pequeña sonrisa.

Siguieron hablando. De la fiesta. De los trabajadores. De la nueva Skeld. De cosas sin importancia.

-Me pregunto si Carmesí está bien -dijo Rosa, mirando hacia el techo-. No lo vi hoy.

-¿Carmesí?

-Quizás se resfrió con tanto aire acondicionado.

-O quizás se fue con tus nuevos amigos.

Rosa levantó una ceja.

-¿Mis nuevos amigos?

-Sí, los dos que se la pasaron mirando a Verde como si hubiera visto un fantasma.

Rosa se quedó en silencio un momento. Luego tomó el café de Guinda de nuevo.

-No creo que se hayan ido con ellos. Carmesí no es tan tonto.

-¿Y si lo es? -preguntó Guinda, con voz seria-. ¿Y si se fue con ellos?

Rosa lo miró. Su ojo se suavizó.

-Entonces lo traemos de vuelta. Siempre vuelve.

-¿Como yo?

Rosa sonrió.

-Como vos.

Guinda lo miró largamente.

Y entonces, Rosa se desmayó.

Su cuerpo se desplomó sobre la mesa, cayendo de costado con un golpe sordo. La taza de café se volcó, derramando el líquido oscuro sobre la superficie.

Guinda parpadeó.

-¿Rosa?

No respondió.

-¿Rosa?

Guinda se inclinó y lo tocó.

Y entonces, como si nada, Rosa levantó la cabeza lentamente. Su ojo parpadeó. Se enderezó y se secó la boca con su mano.

-¿Qué pasó? -preguntó, su voz confundida.

Guinda lo miró con el ojo abierto de par en par.

-Te desmayaste -dijo-. Te caíste sobre la mesa.

Rosa parpadeó de nuevo.

-Ah. Sí. Es el agotamiento. A veces pasa.

Guinda apretó los puños.

-¿Agotamiento? ¿Y me decís eso ahora?

Rosa levantó una mano.

-Tranquilo. Es normal. Solo necesito descansar.

-Normal... -repitió Guinda, su voz mezcla de incredulidad y preocupación.

Rosa sonrió débilmente.

-No te preocupes por mí. Estoy bien.

-No estás bien. Te desmayaste.

-Y ya estoy despierto. Problema resuelto.

Guinda lo miró con el ojo fijo.

-Eres imposible.

-Lo sé.

Rosa tomó la taza de Guinda y bebió un sorbo, como si nada hubiera pasado.

Guinda suspiró y negó con la cabeza.

-Quédate quieto. Te voy a traer agua.

-No quiero agua.

-No me importa. Quédate quieto.

Guinda se levantó y caminó hacia la barra.

Rosa se quedó en la mesa, con su ojo fijo en la ventana. Las nubes seguían moviéndose.

Y su sonrisa se desvaneció lentamente.

Chapter 8

Dentro de la oficina

....

Ok.

Déjenme explicarles el título.

Quizás por una razón boba quiero experimentar escribir algo NSFW de esto?

OJO OJO, NO SE ALARMEN. PUEDEN PASAR EL CAPÍTULO,NO ES IMPORTANTE PARA LA TRAMA!

Osea, si es canon, PERO NO ES IMPORTANTE SI O SI, SI NO TE SENTIS COMODO CON LOS CAPS +18 PUEDES SALTEARLO!

Bueno... Aquí va.

Yo ya les advertí.

Rosa y Guinda seguían caminando por los pasillos vacíos de la torre, todavía riéndose de tonterías y tambaleándose. Rosa tenía un brazo alrededor de los hombros de Guinda, sosteniéndolo más de lo necesario. Guinda, por su parte, se dejaba llevar, aunque de vez en cuando soltaba un comentario sarcástico entre risas.

-Oye... ¿y si nos vamos a dormir? -murmuró Guinda, arrastrando las palabras-. Tengo la cabeza que me da vueltas como... como un ventilador roto.

Rosa soltó una risa baja y negó con la cabeza.

-No todavía. Ven. Quiero mostrarte algo.

Lo guio hasta el ascensor privado. Guinda frunció el ojo, confundido, pero no opuso mucha resistencia. Cuando las puertas se abrieron en el piso superior, Rosa lo llevó directamente a su oficina personal.

-¿Qué hacemos acá? -preguntó Guinda apenas cruzaron la puerta, mirando alrededor con el ojo

entrecerrado-. ¿Querés... repasar papeleo? ¿A esta hora? Sos un enfermo del trabajo, Rosa...

Rosa no respondió de inmediato. Cerró la puerta detrás de ellos con un clic suave y activó el seguro. Luego se giró, apoyando la espalda contra la madera, y sonrió. Una sonrisa lenta, peligrosa y cariñosa al mismo tiempo.

-Shhh... callate un rato, idiota lindo -dijo con voz baja y melosa, acercándose despacio.

Guinda parpadeó, intentando enfocar la vista. Rosa se detuvo frente a él, mucho más alto, y le acarició la mejilla con una mano.

-Sos tan terco... pero tan hermoso cuando te emborrachás -susurró Rosa, inclinándose hasta casi rozar su visor-. Te quiero todo para mí esta noche. Sin disimulos. Sin nadie mirando.

Guinda soltó una risa ebria y torpe.

-Estás más cursi que nunca... ¿qué te pasa hoy?

Rosa no contestó con palabras. En cambio, deslizó ambas manos por los costados del traje de Guinda y

lo empujó suavemente contra el escritorio. Guinda se sentó en el borde, tambaleándose un poco.

-Abrí la boca -ordenó Rosa suavemente, aunque su tono no admitía discusión.

Guinda parpadeó varias veces, confundido.

-¿Eh? ¿Para qué? ¿Me vas a dar agua o algo? Porque tengo sed...

Rosa sonrió con ternura borracha y le tomó el mentón con dos dedos.

-No. Abrí.

Guinda, demasiado ebrio para resistirse de verdad, obedeció a medias. Rosa aprovechó y, con delicadeza pero firmeza, lo obligó a abrirla más.

Guinda parpadeó otra vez, sin entender del todo qué estaba pasando.

Y entonces Rosa se reveló.

Debajo de su visor se abrió con un sonido húmedo. De su boca emergieron tres lenguas gruesas, rosadas y ligeramente húmedas, moviéndose con vida propia. Eran largas, flexibles y terminaban en puntas suaves.

Guinda abrió mucho el ojo.

-Qué... carajo...

No alcanzó a decir más. Rosa se inclinó y lo besó profundamente.

Las tres lenguas invadieron su boca al mismo tiempo. Una se enredó con la lengua de Guinda, otra exploraba el interior de sus mejillas y la tercera bajaba por su garganta con lentitud provocadora. El beso era húmedo, caliente y desordenado por el alcohol.

Guinda gimió contra su boca, agarrando instintivamente el traje de Rosa. Sus cuerpos se apretaron. Rosa lo besaba con hambre, las lenguas moviéndose de formas distintas: una succionando, otra acariciando, la tercera follándole suavemente la boca.

-HMMMGR...MMHA...

Rosa seguía besándolo con hambre, sus tres lenguas gruesas y calientes follándole la boca sin piedad. Una se enredaba con la de Guinda, otra le acariciaba el interior de las mejillas y la tercera bajaba profundo,

casi hasta la garganta, moviéndose con ritmo lento y obsceno.

El sonido húmedo de las lenguas llenaba la oficina silenciosa.

Guinda gemía alrededor de ellas, saliva escapando por las comisuras de su boca, que estaba solo unos centímetros debajo del visor. Sus manos se aferraban al traje de Rosa.

Finalmente Rosa se apartó con un jadeo fuerte, un hilo de saliva conectando sus bocas por un segundo. Los dos respiraban agitados, el pecho subiendo y bajando rápido.

Guinda soltó una risa ebria, ronca y sincera.

-Jajaja... mierda... eso estuvo bueno -dijo, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Rosa sonrió, satisfecho y cariñoso. Se inclinó de nuevo y lo besó, esta vez más suave, aunque todavía con ganas. Guinda respondió al beso y pasó sus manos detrás de la espalda de Rosa, acariciándolo. Sus dedos tocaron la mochila que Rosa.

Rosa jadeó fuerte y se apartó de golpe, tensándose.

Guinda lo miró confundido, todavía borracho.

-¿Qué...? -murmuró.

Rosa respiró hondo, el ojo entrecerrado. Su voz salió más baja.

-No es como la mochila de los demás tripulantes...

Guinda inclinó la cabeza, esperando.

Rosa se pasó una mano por el visor, claramente nervioso a pesar del alcohol.

-No es necesario que me la quite... No me gusta hacerlo de espalda a espalda. Podría... pero no me agrada.

Guinda parpadeó lento.

-¿Entonces cómo...?

Rosa se apartó un poco más y se sentó en el borde del escritorio grande, abriendo las piernas. Bajó la mirada hacia la zona debajo de su vientre.

Lentamente, la tela del traje se abrió y varios tentáculos gruesos, rosados y húmedos empezaron a

asomarse, retorciéndose con vida propia. Se veían carne, protuberancias, pequeños ojos que parpadeaban y hasta hileras de dientes pequeños en algunos lados.

-Todo mi cuerpo... desde el pecho para abajo... es esto -dijo Rosa en voz baja-. Carne. Tentáculos. Dientes. Ojos... ya sabés.

Hizo una pausa y suspiró, mirando hacia otro lado.

-Ya sé... Te doy asco.

Guinda se quedó mirándolo en silencio unos segundos. Luego se bajó del escritorio con torpeza por el alcohol y se acercó.

Rosa pensó que se iba a alejar, pero Guinda se agachó frente a él, quedando de rodillas entre sus piernas abiertas.

Rosa parpadeó varias veces, sorprendido.

-¿Guinda?

Guinda no respondió con palabras. Solo abrió su boca, se inclinó hacia adelante y se metió varios de

los tentáculos dentro. Los labios se cerraron alrededor de la carne caliente y viscosa.

Rosa soltó un gemido bajo y tembloroso. Sintió un cosquilleo intenso recorriéndole todo el cuerpo cuando Guinda empezó a chupar torpemente, borracho pero decidido.

Su lengua rozaba los tentáculos, succionando con lentitud mientras más apéndices se movían alrededor de su cara, rozándole las mejillas y el visor.

-Demonios,Guinda... -gruñó Rosa, una mano apoyándose en la cabeza de su ex.

Guinda seguía de rodillas, borracho pero concentrado.

Chupaba con torpeza y ganas al mismo tiempo, metiéndose más de los tentáculos calientes y gruesos en la boca. Su lengua rozaba la carne viscosa, succionando con sonidos húmedos y obscenos mientras algunos tentáculos más delgados le acariciaban las mejillas y se enredaban suavemente en su visor.

Rosa jadeaba fuerte, mirando hacia un lado, casi avergonzado.

Hacía *muchos años* que no tenía nada sexual. La última vez había sido con Guinda, justo antes del divorcio.

Desde entonces solo había sido trabajo, poder y soledad.

-Guinda...

Los tentáculos palpitaban dentro de la boca de Guinda, secretando un líquido tibio y ligeramente dulce que este tragaba sin quejarse. Rosa sentía cada lamida, cada succión, como descargas que le recorrían todo el cuerpo monstruoso. Sus ojos extra que habían aparecido en el pecho parpadeaban rápido.

-No pares... por favor... -susurró Rosa, casi suplicando. Su voz sonaba quebrada, vulnerable de una forma que casi nunca mostraba.

Guinda soltó un gemido ahogado alrededor de los tentáculos y redobló esfuerzos. Chupaba más profundo, moviendo la cabeza hacia adelante y atrás,

dejando que dos tentáculos gruesos le follaran la boca al mismo tiempo mientras otro más delgado le rozaba la lengua por debajo. La saliva le caía por la barbilla, goteando sobre el piso de la oficina.

Rosa echó la cabeza hacia atrás, respirando agitado. Sus tentáculos se movían con vida propia, algunos enroscándose alrededor del cuello de Guinda con suavidad posesiva, otros acariciándole los hombros. El placer era casi abrumador después de tanto tiempo.

-Sos... sos el único que me vio así... -jadeó Rosa, mirándolo por fin-. El único que no salió corriendo...

Guinda levantó un poco la vista, el ojo entrecerrado y vidrioso por el alcohol y la excitación. No podía hablar con la boca tan llena, pero siguió chupando con más ganas, succionando fuerte y dejando que los tentáculos le entraran hasta donde pudiera tolerar.

Rosa empezó a mover las caderas instintivamente, follando suavemente la boca de Guinda. Los sonidos húmedos llenaban la oficina junto con los gemidos graves de Rosa.

-Ahh... Guinda... así... justo así... -gruñó, los tentáculos contrayéndose de placer.

Después de varios minutos, Rosa no aguantó más. Con un gemido largo y tembloroso, se corrió dentro de su boca. Un chorro espeso y caliente llenó la garganta de Guinda, que tragó lo que pudo, aunque algo se le escapó por las comisuras.

-AAAAH!...

Rosa quedó jadeando, los tentáculos todavía moviéndose suavemente dentro y alrededor de la boca de Guinda, como si no quisieran salir todavía.

Guinda se apartó lentamente, respirando pesado, con los labios hinchados y brillosos. Soltó una risa ebria y ronca, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

-Sigues sabiendo raro... pero me sigue gustando -murmuró, mirándolo con una mezcla de burla y cariño borracho.

Rosa lo miró desde arriba, el ojo brillando con algo muy parecido a la adoración.

-Ven acá...

Rosa lo levantó con sus tentáculos y lo apoyó de nuevo sobre el escritorio, esta vez de espaldas contra la madera. Guinda soltó una risa ebria, tambaleándose un poco.

-Jajaja... mirá vos... -murmuró.

Rosa se inclinó sobre él, hambriento. Quería saborearlo todo. Aunque Guinda no tenía nada visible en la parte delantera como él, igual le abrió la ropa por completo, dejando su cuerpo duro expuesto. Bajó la cabeza y empezó a lamerle el pecho con sus tres lenguas al mismo tiempo.

Guinda jadeó fuerte, estremeciéndose entero.

-Ahh... Rosa... qué carajo...

Las tres lenguas calientes y húmedas recorrían su pecho, una lamiendo un lado, otra el otro, y la tercera bajando hacia su vientre. Rosa lamía con devoción, saboreando su piel después de tantos años. Guinda se arqueaba, respirando agitado, las manos agarrando el borde del escritorio.

Rosa siguió un buen rato, lamiendo, chupando y mordiendo suavemente, hasta que no aguantó más.

Con un movimiento firme pero cuidadoso, lo dio vuelta sobre el escritorio, dejando a Guinda con el pecho contra la madera y el culo hacia arriba.

Guinda soltó una risa vergonzosa, medio enterrando la cara contra el brazo imaginario.

-Puta madre... -murmuró, claramente nervioso y excitado.

Rosa le quitó la mochila con lentitud y la dejó a un lado. Frente a él quedó la gran abertura en la espalda de Guinda, suave, rosada y ligeramente húmeda. Su sistema reproductivo, expuesto solo para él.

Guinda giró un poco la cabeza, mirándolo de reojo.

-...No seas bruto, eh... -susurró, la voz ronca por el alcohol y la vergüenza-. Hace mucho que nadie...

No terminó la frase.

Rosa se acercó con cuidado. Primero besó los bordes de la abertura con ternura, casi reverente. Luego sacó sus tres lenguas y empezó a lamer despacio, rodeando la entrada sensible.

Guinda gimió fuerte, agarrando el escritorio.

-Mierda... sí...

Rosa se volvió más atrevido. Una lengua entró lentamente dentro de él, explorando las paredes calientes y apretadas, mientras las otras dos lamían los bordes exteriores. Guinda temblaba y jadeaba, empujando un poco hacia atrás contra la boca de Rosa.

-Demonios... Rosa... así... más adentro... -gruñó, perdido en el placer.

Rosa obedeció. Metió las tres lenguas lo más profundo que pudo, follándolo con ellas, moviéndolas en diferentes direcciones.

El sonido húmedo y los gemidos de Guinda llenaban la oficina.

-A-AH...AH! MHGHA...JUSTO ASII...

Los tentáculos de Rosa se enroscaban alrededor de las piernas y la cintura de Guinda, sujetándolo en el lugar mientras lo devoraba.

Guinda estaba hecho un desastre: jadeando, riendo entre gemidos y empujando contra las lenguas.

-NO PARES... NO PARES!...

Rosa gruñó contra su espalda, excitadísimo. Sus propios tentáculos palpitaban, goteando fluido en el piso. Después de varios minutos lamiendo y follándolo con la boca, se enderezó, respirando pesado.

Se colocó detrás de Guinda, alineando varios de sus tentáculos más gruesos contra esa abertura húmeda y lista.

-¿Querés que te folle de verdad? -preguntó Rosa con voz grave y afectuosa, acariciándole la espalda.

Guinda dudó un segundo, todavía apoyado sobre el escritorio, respirando agitado. Giró un poco la cabeza y soltó una risa nerviosa y ebria.

-Espera... nunca tuve sexo con un alien...

Rosa soltó una carcajada grave y profunda, todavía con las lenguas brillosas por la saliva.

-Bueno... sí lo tuviste -respondió con tono burlón y cariñoso-. Ya estaba cuando lo hicimos la última vez.

Guinda parpadeó, procesando borracho la información, y luego estalló en una risa fuerte.

-¡Pero no lo sabía! ¡Me tapaste el ojo con una venda y pensé que era parte del juego!

Rosa se rió con él, una risa genuina y ronca que hacía vibrar sus tentáculos. Se acercó más, casi pegado a su espalda.

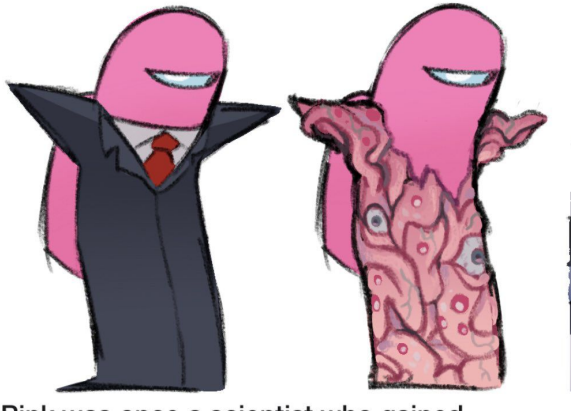
-Esta vez no va a haber venda... vas a ver todo.

Guinda tragó saliva, todavía riendo bajito.

-¿Y cómo va a ser entonces...?

Rosa no respondió con palabras. En cambio, se enderezó y dejó que su cuerpo se deformara por completo. El traje negro elegante desapareció como si se derritiera, revelando su verdadera forma: un impostor enorme, de carne rosada brillante, cubierto de tentáculos gruesos que se retorcían, pequeños ojos amarillos que parpadeaban en su pecho y hombros, y hileras de dientes afilados visibles en varias zonas. Era monstruoso... y completamente expuesto.

Imagen de referencia: (NO ES MIO, ES DE huskyfellas EN TWITTER)



Guinda lo miró de reojo, el ojo muy abierto.

-Puta madre...

Rosa se apoyó con cuidado sobre él, cubriéndolo con su cuerpo mucho más grande. Su pecho presionó contra la espalda de Guinda mientras varios tentáculos gruesos y calientes se deslizaban entre sus piernas y alrededor de su cintura, sujetándolo con firmeza pero sin lastimarlo.

-Va a ser así... -susurró Rosa contra su visor, la voz distorsionada y llena de deseo-. Voy a llenarte hasta que no puedas pensar en otra cosa.

Uno de los tentáculos más gruesos, palpitante y cubierto de pequeñas protuberancias, presionó contra la abertura de Guinda. Empujó lento pero constante, abriéndolo centímetro a centímetro. Guinda soltó un gemido largo y tembloroso, agarrando fuerte el borde del escritorio.

-Ahhh... mierda... es... grande...

-Shhh... relajate -murmuró Rosa, besándole la nuca con su boca llena de dientes mientras otro tentáculo más delgado se metía también, estirándolo aún más.

Los dos tentáculos empezaron a moverse dentro de él, uno entrando y saliendo mientras el otro se curvaba y presionaba justo en el punto más sensible. Guinda gemía sin control, empujando hacia atrás contra el cuerpo monstruoso de Rosa.

Rosa jadeaba contra su espalda, los ojos extra mirándolo todo. Sus tentáculos lo sujetaban fuerte

mientras lo follaba profundo y constante, el escritorio crujiendo bajo ellos.

-Tan apretado...

Guinda solo podía gemir y reír entre jadeos.

-Sos un... monstruo...

Rosa seguía moviéndose con ritmo profundo y constante, los dos tentáculos gruesos entrando y saliendo de Guinda con fuerza controlada. Cada embestida hacía que el escritorio crujiera y que Guinda se estremeciera entero.

Guinda jadeó fuerte, agarrando el borde del escritorio con las manos flotantes.

-Rosa... ahh... no te emociones tanto... -gimió entrecortado-. La última vez... el que recibió fuiste vos...

Rosa soltó un gruñido bajo y peligroso. Sus tentáculos se contrajeron alrededor del cuerpo de Guinda, sujetándolo más fuerte.

-Cállate... -gruñó, la voz ronca y llena de excitación..

Y entonces empezó a moverse más fuerte. Más rápido. Más profundo. Los tentáculos entraban con embestidas contundentes, golpeando justo donde sabía que lo volvía loco. Guinda soltó un grito ahogado de placer, las piernas temblándole.

-AAH!

Rosa se inclinó más sobre él, su cuerpo monstruoso cubriéndolo casi por completo. Uno de sus tentáculos más gruesos se unió a los otros dos, intentando abrirse paso también. Guinda jadeó fuerte cuando sintió la presión extra, estirándose al límite.

-Esa vez... vos me llenaste -gruñó Rosa contra su nuca, mordiéndole suavemente con los dientes mientras seguía follándolo sin piedad-. Ahora me toca a mí... y pienso llenarte hasta que gotees.

Guinda soltó una risa rota que se convirtió en gemido largo cuando los tres tentáculos empezaron a moverse dentro de él al mismo tiempo, retorciéndose, expandiéndose y golpeando profundo.

-AHHH!... -gimió Guinda, empujando hacia atrás contra él-. Sí... así... más fuerte...M-MHAA..

Rosa perdió un poco más el control. Sus tentáculos lo sujetaban por la cintura, las piernas y el cuello mientras lo embestía con fuerza. El sonido húmedo y obsceno de la carne chocando llenaba la oficina. Algunos ojos en su pecho miraban fijamente cómo Guinda se deshacía debajo de él.

-Sos mío... seguís siendo mío... -repetía Rosa entre gruñidos, acelerando el ritmo.

Guinda ya no podía formar palabras coherentes. Solo gemía, jadeaba y temblaba, completamente entregado al placer. Su abertura se contraía alrededor de los tentáculos de Rosa, apretándolos.

Rosa siguió embistiendo con fuerza brutal, los tentáculos gruesos follando sin piedad la abertura de Guinda.

Cada vez más profundo, más rápido, más salvaje.

Guinda gritaba de placer, la voz rota:

-¡A-AAAH!... MIERDA... UFFF...

De repente Rosa gruñó como un animal, los tentáculos hinchándose al máximo dentro de él.

-ME... VOY A... CORRER... -rugió.

Y entonces explotó.

El primer chorro fue brutal. Un torrente espeso, caliente y abundante que inundó las entrañas de Guinda. Luego vino el segundo, el tercero... Rosa se corría sin parar, chorro tras chorro, llenándolo hasta el límite. Era demasiado. Mucho. Un volumen ridículo, como si su cuerpo monstruoso hubiera estado guardando todo ese tiempo.

Guinda abrió mucho el ojo y gritó:

-¡AAAAAAAAH!...¡ES DEMASIADO!

Los tentáculos seguían palpitando y expulsando más y más semen caliente y viscoso. Se desbordaba alrededor de los apéndices, goteando grueso por los muslos de Guinda y formando un charco en el suelo. Pero Rosa no sacaba nada. Empujaba más adentro, queriendo que **cada gota entrara.**

-¡TOMA TODO! -gruñó Rosa, embistiendo con fuerza mientras seguía corriéndose-. ¡TODO PARA TI! ¡LLÉNATE DE MÍ! ¡LO NECESITO!

Guinda temblaba violentamente, el vientre empezando a hincharse ligeramente por la cantidad absurda de semen que Rosa le estaba metiendo.

-NGHHH...A-AH! AAAAHHH... Y-YA... YAAA!

Rosa dio una última embestida profunda y se quedó ahí, los tentáculos enterrados hasta el fondo mientras expulsaba los últimos chorros potentes.

Guinda sentía cómo le llenaba cada rincón, caliente, espeso y abundante. Parte del semen salía a presión alrededor de los tentáculos, pero la mayor parte se quedaba dentro, hinchándolo.

Ambos jadeaban como locos. Rosa seguía moviendo los tentáculos lentamente dentro de él, removiendo todo ese semen caliente.

Guinda solo pudo soltar una risa débil y temblorosa, completamente destruido de placer.

-Hijo de... puta...

Rosa apoyó la cabeza contra la espalda de Guinda, respirando agitado.

-...Te extrañé -susurró, casi sin querer.

Guinda soltó una risa débil, todavía temblando.

-Nunca me habían llenado tanto... siento que voy a reventar...

Rosa sonrió contra su nuca y estaba por responder cuando...

La puerta de la oficina se abrió lentamente.

Ambos se espantaron al mismo tiempo. Guinda tensó todo el cuerpo. Rosa levantó la cabeza de golpe.

Un tripulante de limpieza (un naranja con uniforme de servicio) entró empujando un carrito, mirando su tableta.

-Disculpe señor Ros...

(Les juro que tenía un dibujo, pero Wattpad me lo censuró)

El silencio duró medio segundo.

Rosa reaccionó primero. Con un movimiento rapidísimo levantó una mano, extendió un dedo afilado como una lanza y atravesó la frente del tripulante naranja de un solo golpe limpio. El cuerpo

se sacudió una vez y cayó inerte al suelo, con un agujero perfecto en la cabeza.

Silencio absoluto.

Rosa sacó el dedo con un sonido húmedo, lo sacudió un poco y cerró la puerta con calma usando un tentáculo. Luego activó el seguro de nuevo.

Guinda, todavía empalado en los tentáculos, soltó una risa incrédula y nerviosa.

-...¿Eso mató el ambiente? -preguntó, la voz todavía ronca de placer.

Rosa soltó una carcajada baja, casi culpable, y se inclinó de nuevo sobre él, moviendo suavemente los tentáculos dentro.

-Un poco -admitió, besándole la nuca-. Pero se arregla rápido.

Empujó más profundo otra vez, removiendo todo el semen que aún tenía dentro. Guinda gimió bajito, aún sensible.

-Sos un animal... -murmuró Guinda entre risas y jadeos-. Mataste al pobre tipo...

-Y sigo duro -gruñó Rosa, empezando a moverse otra vez con lentitud-. ¿Querés que pare?

Guinda empujó hacia atrás contra él, mordiéndose el labio.

-No... no pares, mierda.

Pasó más o menos una hora.

La dinámica había cambiado completamente.

Ahora estaban de espalda contra espalda, de pie en el centro de la oficina. Ambos con las mochilas quitadas. Guinda había tomado el control.

Chocaban espaldas con cada movimiento. Piel contra piel. Abertura contra abertura.

Rosa estaba serio. Muy serio. El ojo fijo al frente, la mandíbula apretada, intentando mantener la compostura mientras Guinda lo follaba. Estaba claramente avergonzado de estar recibiendo de esta forma, especialmente de él.

Guinda, en cambio, sonreía mientras empujaba hacia atrás con fuerza, chocando sus espaldas una y otra vez.

-Jajaja... no me mires tan serio -se burló entre jadeos, acelerando el ritmo-. Te da vergüenza, ¿verdad?

Rosa no respondió. Solo soltó un gruñido bajo cuando Guinda dio una embestida más profunda, chocando fuerte contra su espalda. El sonido húmedo de sus cuerpos al chocar llenaba la habitación.

Guinda se rió más, disfrutando el momento. Agarró los costados de Rosa con las manos flotantes y tiró de él hacia atrás mientras empujaba, follándolo más duro.

-Tan grande y poderoso... y ahora estás recibiendo de mí -dijo Guinda con voz ronca y divertida-. Me encanta verte así de callado y avergonzado.

Rosa apretó los dientes, respirando agitado. Sus tentáculos se movían inquietos a los costados, pero no hacía nada por detenerlo. Cada vez que Guinda chocaba contra su espalda y entraba hasta el fondo, un gemido bajo se le escapaba.

Guinda empezó a moverse más fuerte, chocando su espalda contra la de Rosa con embestidas potentes y rápidas. Cada golpe hacía que sus cuerpos se sacudieran.

Rosa temblaba. De repente sacó una de sus tres lenguas largas y la usó para cubrirse la mitad de la cara, claramente avergonzado, intentando ocultar su expresión.

Guinda se rió entre jadeos al verlo, pero no detuvo el ritmo. Siguió chocando fuerte contra él, follándolo más duro.

De pronto Guinda aceleró aún más, respirando entrecortado. Sus embestidas se volvieron erráticas y desesperadas.

-NGHH...AAH!...-gimió Guinda fuerte cuando llegó al clímax.

Su semen salió en chorros cálidos y abundantes, pero diferente al de Rosa. Era ligero, casi como un polen espeso y dorado, que inundó la abertura de Rosa y se esparció dentro de él. Guinda siguió empujando mientras se vaciaba por completo, dejando que cada gota entrara.

Rosa gimió alto, la voz ronca:

-A-AAAAHHHH!!!...

Su cuerpo se estremeció violentamente. Respiraba agitado, el pecho subiendo y bajando con fuerza mientras sentía cómo ese semen extraño y ligero lo llenaba.

Guinda se quedó quieto unos segundos, todavía enterrado dentro de él, y soltó una risa cansada y satisfecha.

-Jajaja... qué rico...

Rosa, todavía con la lengua cubriéndole parte de la cara, respiraba pesado. Después de un momento, preguntó con voz baja y ronca:

-¿Todavía puedes?...

Guinda soltó otra risa exhausta, apoyando su espalda contra la de Rosa.

-Dame dos minutos... y seguimos. Que yo sí soy viejo... como no eres de mi misma especie la vejez no te llega a vos.

Rosa se quedó en silencio un momento, todavía avergonzado pero claramente excitado. Sus tentáculos se movían lentamente alrededor de ambos, rozando la piel de Guinda con suavidad.

Los dos se quedaron así, espalda contra espalda, respirando agitados, el semen de Guinda goteando lentamente de la abertura de Rosa. El ambiente estaba cargado, caliente y lleno de esa tensión extraña que siempre había entre ellos.

Después de un par de minutos, Guinda movió las caderas con lentitud, probando.

-¿Listo? -preguntó con una sonrisa cansada.

Rosa quitó lentamente la lengua de su cara, todavía serio, pero con el ojo brillando de deseo.

-...Sí -murmuró.

La oficina ya olía fuertemente a polen dulce y espeso.

Guinda estaba acostado boca arriba sobre el escritorio grande, la espalda completamente pegada contra la madera fría. Tenía las piernas abiertas y flexionadas.

Rosa estaba de pie en el extremo opuesto del escritorio, inclinado sobre él, penetrándole la boca con varios de sus tentáculos gruesos y húmedos.

Los tentáculos entraban y salían de la boca de Guinda con ritmo constante, follando profundo su garganta. Guinda gemía alrededor de ellos, saliva y líquido espeso escapando por las comisuras de sus labios.

Rosa jadeaba fuerte, demasiado excitado. Sus ojos brillaban con deseo salvaje mientras hablaba sucio, la voz ronca y entrecortada:

-Así... trágatelo todo... mirá cómo te lleno la boca...

Guinda soltó un gemido ahogado:

-MMMMHHH!! H-HMHAG...HMMHHAG!!!

Rosa siguió moviendo las caderas, follando su boca con más fuerza. Dos tentáculos gruesos entraban y salían al mismo tiempo, estirándole los labios y bajando por su garganta.

-Si ninguno de nosotros dos termina embarazado después de esta noche... **ME VOY A ENOJAR.**

Empujó más profundo, haciendo que Guinda se arqueara sobre el escritorio. Los tentáculos se retorcían dentro de su boca, secretando más de ese líquido dulce.

-Traga... traga todo lo que te doy... -continuó Rosa, cada vez más sucio y desesperado-. Quiero que estés lleno por todos lados... quiero que mañana camines y todavía sientas mi semen dentro de ti...

Guinda gemía sin parar, las manos flotantes agarrando los bordes del escritorio mientras intentaba respirar entre las embestidas.

Rosa aceleró, follando su boca con fuerza bruta, los tentáculos palpitando.

-H-HMMA...MHROS...AAAMHGH...!!!

-Buen chico... -jadeó Rosa, casi perdiendo el control-. Así... abre más la boca... déjame follarte la garganta hasta el fondo...

Los tentáculos se movían sin piedad, entrando y saliendo, hinchándose dentro de la boca de Guinda. Rosa estaba completamente perdido en el placer, jadeando y hablando cada vez más sucio mientras lo usaba.

-Maldita...ZORRA... NGHHR... LLEVO AÑOS QUERIENDO HACERTE ESTO...

Después de varios minutos intensos, Rosa gruñó fuerte y se corrió otra vez. Chorros espesos y calientes llenaron la boca y garganta de Guinda, que tragaba lo que podía mientras el exceso se derramaba por su cara y cuello.

Rosa respiró agitado, el pecho subiendo y bajando con fuerza. Lentamente sacó sus tentáculos de la boca de Guinda, dejando un grueso hilo de saliva y semen conectando sus labios por unos segundos.

Guinda tosió violentamente y respiró de forma extremadamente agitada, casi ahogándose. Su voz salió ronca, completamente afónica:

-...Ahh... mierda...

Rosa miró hacia abajo, disfrutando la vista. Sus tentáculos todavía rozaban la cara de Guinda, dejando rastros brillantes sobre su visor y mejillas. Verlo así, deshecho, lleno y jadeando, hizo que se pusiera duro de nuevo al instante. Varios tentáculos gruesos palpitaron y se irguieron, listos.

Guinda lo vio y soltó una queja ronca y agotada:

-AY, NO JODAS!

No alcanzó a decir nada más. Rosa lo agarró de la cabeza con sus dos manos firmes y empujó sus tentáculos de nuevo dentro de su boca con muchas más ganas.

Esta vez fue más intenso. Tres tentáculos gruesos entraron al mismo tiempo, follando su boca y garganta con fuerza brutal y desesperada. Rosa jadeaba y gemía del placer, levantando la cabeza hacia atrás mientras movía las caderas.

-AAAAHHH... SEEEEH!...

Guinda solo podía emitir gemidos ahogados y gorgoteos húmedos alrededor de los tentáculos. Sus manos se aferraban a los bordes del escritorio, el cuerpo temblando mientras Rosa lo usaba sin piedad.

Rosa follaba su boca con embestidas profundas y rápidas, los tentáculos retorciéndose dentro de su garganta. El sonido era obsceno: húmedo, constante, lleno de saliva y gemidos.

-AGRADEZCO QUE FUISTE UNO DE LOS NUESTROS... AGRADEZCO T-TU...AAHH... -gruñó Rosa, excitadísimo, sin dejar de mover las caderas-. MALDITA BOCAA...

Levantó más la cabeza, gimiendo fuerte de placer mientras seguía penetrando la boca de Guinda sin

control. Sus tentáculos palpitaban y se hinchaban dentro de él, follando cada vez más profundo.

Guinda gemía ahogado, lágrimas de esfuerzo escapando de su único ojo, pero no intentaba apartarse. Solo se dejaba usar, el cuerpo sacudido por cada embestida.

Rosa estaba completamente entregado, jadeando y gimiendo sin parar mientras disfrutaba de la boca de Guinda como si fuera lo único que importaba en ese momento.

La oficina estaba en completo desorden.

Papeles tirados, charcos brillantes en el suelo, olor a polen y sudor flotando en el aire.

Rosa y Guinda estaban tirados en el piso, completamente expuestos. Rosa seguía en su forma verdadera: tentáculos relajados, cuerpo rosado brillando de sudor. Guinda estaba a su lado, boca arriba, respirando lento y profundo.

Rosa soltó una risa suave, todavía con la respiración un poco agitada. Se giró de lado para mirarlo mejor, apoyando la cabeza en una mano.

-Sabés... -empezó, con la voz baja y contenta-. Hacía mucho que no me sentía así.

Sonrió, genuinamente feliz.

-Como si todo el peso del mundo se hubiera ido por un rato. Solo nosotros dos. Como antes.

Hizo una pausa corta, todavía sonriendo.

-Aunque ahora todo es un desastre... la oficina, la fiesta, MIRA... no me importa. Esta noche valió la pena. Verte otra vez así... riéndote, quejándote, dejándote llevar.

Volteó un poco más el cuerpo hacia él, los tentáculos moviéndose perezosamente alrededor de ambos.

-Me gustó que me dominaras. Me gustó que yo te dominara. Me gustó todo. Hacía años que no me sentía tan... vivo.

Rosa soltó una risa baja y cálida.

-Sos terco. Siempre lo fuiste. Pero cuando estás conmigo... se te nota que todavía queda algo de lo nuestro. Aunque digas que no.

Se quedó mirándolo en silencio unos segundos, con el ojo lleno de algo muy parecido a cariño verdadero.

-Quiero que esto no sea solo una noche. Quiero que...

Rosa se calló de golpe al notar que Guinda no respondía.

Volteó completamente la cabeza para verlo mejor.

Guinda ya se había dormido. Su único ojo cerrado, la respiración lenta y tranquila, el cuerpo relajado sobre el piso frío de la oficina. Tenía una expresión tranquila, casi pacífica después de tantas horas.

Rosa se quedó mirándolo en silencio. La sonrisa se le suavizó aún más. Con mucho cuidado, acercó un par

de tentáculos y los pasó suavemente por el costado de Guinda, como una manta improvisada.

-...Descansá -susurró bajito, casi para sí mismo-. Mañana va a ser complicado pero por ahora... quédate conmigo...

Se acercó un poco más y se quedó ahí, velando su sueño, con una expresión de genuina felicidad en el rostro.

Chapter 9

El pasado de: Rosa

Rosa estaba sentado en el suelo de su habitación, con las piernas estiradas y un auto de juguete en sus manos flotantes.

El auto de juguete era de metal, con ruedas que giraban cuando las empujaba. Rosa lo hacía rodar por el suelo, imitando el sonido de un motor con su boca.

-Rrrrrum... rrrrrum...

Reía. Una risa genuina, sin reservas, sin secretos. Se movía sobre sus rodillas, persiguiendo el auto de un lado a otro de la habitación. La luz del atardecer

entraba por la ventana, tiñendo todo de tonos cálidos.

La puerta se abrió.

Rosa levantó la vista con una sonrisa. Sus padres entraron caminando juntos. Su madre, Rubí, era de un color rojo intenso, con un ojo cálido y piernas firmes. Su padre, Blanco, era puro y brillante, con un ojo sereno y una presencia tranquila.

-Rosa -dijo Rubí, arrodillándose frente a él-. Ven, pequeño.

Rosa dejó el auto y se acercó a ella. Su ojo parpadeó con curiosidad.

-¿Qué pasa, mamá? -preguntó, su voz pequeña y alegre.

Rubí y Blanco se miraron. Ambos tenían una sonrisa en sus ojos.

Blanco se arrodilló junto a su esposa y puso una mano flotante en la cabeza de Rosa.

-Tenemos una noticia -dijo Blanco, su voz suave y emocionada.

Rosa inclinó la cabeza.

-¿Qué noticia?

Rubí tomó la mano de Rosa con las suyas.

-Vas a ser hermano mayor -dijo, su voz temblando de emoción.

Rosa parpadeó. Su ojo se abrió ligeramente.

-¿Hermano mayor?

Blanco asintió.

-Sí!

Rosa se quedó en silencio un momento. Su ojo se movió entre sus padres. Luego, lentamente, una sonrisa enorme apareció en su rostro.

-¿De verdad? -preguntó, su voz llena de emoción.

-De verdad -confirmó Rubí.

Rosa saltó.

-¡QUIERO CONOCERLO! -gritó-. ¡QUIERO JUGAR CON ÉL!

Rubí y Blanco rieron.

-Pronto, pequeño -dijo Blanco-. Pronto.

Rosa se abrazó a su madre, apretando su cuerpo redondo contra el de ella.

-Lo voy a cuidar -dijo con seriedad-. Lo voy a proteger. Siempre.

Rubí lo abrazó con fuerza.

-Lo sé, Rosa. Lo sé.

Blanco los abrazó a los dos.

Y la habitación se llenó de risas y abrazos.

La habitación de espera era blanca y fría, con sillas de plástico alineadas contra la pared.

Rubí estaba sentada, moviendo sus piernas nerviosamente. Su ojo estaba fijo en la puerta del consultorio, como si pudiera atravesarla con la mirada.

Rosa estaba a su lado, sentado en una silla demasiado grande para él. Sus piernas colgaban sin tocar el suelo. No se movía. Solo miraba la puerta, igual que su madre.

-¿Papá va a estar bien? -preguntó en voz baja.

Rubí lo miró y forzó una sonrisa.

-Sí, pequeño. Va a estar bien.

-¿Segura?

-Segura.

Rosa asintió, pero su ojo no se apartó de la puerta.

Pasaron varios minutos. El reloj en la pared marcaba el tiempo con un tic-tac constante. Rubí apretaba sus manos flotantes. Rosa jugaba con el borde de su camisa.

Finalmente, la puerta se abrió.

Un doctor de color amarillo salió, con su bata blanca y una tableta en las manos. Su ojo era profesional pero amable.

-¿Familia de Blanco? -preguntó.

Rubí se levantó de un salto. Rosa saltó de la silla.

-¡Sí! -dijeron los dos al unísono.

El doctor sonrió.

-Felicitaciones. Blanco está bien. Pueden conocer al niño.

Rubí soltó un suspiro enorme. Su ojo se llenó de lágrimas.

-Gracias, doctor. Gracias.

Rosa saltó.

-¡QUIERO VER A MI HERMANITO! -gritó.

El doctor rió.

-Entren, entren.

Rubí tomó la mano de Rosa y caminaron rápido hacia el consultorio.

La puerta se abrió.

Dentro, Blanco estaba recostado en una camilla. Tenía un gran vendaje en la espalda, justo donde los niños pequeños crecían antes de ser trasladados. Su ojo estaba cansado, pero su sonrisa era enorme.

En sus manos, sostenía una pequeña cosa redonda y rosada. Era diminuta, apenas del tamaño de un frijol, con un ojo apenas abierto y unas piernas que se movían débilmente.

Rosáceo.

Blanco levantó la vista al verlos entrar.

-Miren -dijo, su voz ronca por el cansancio-. Miren lo que llegó.

Rubí se acercó rápido, con el ojo brillante. Se inclinó sobre la camilla y miró al pequeño.

-Es hermoso -susurró-. Tan pequeño...

Rosa se asomó detrás de ella. Su ojo se abrió de par en par.

-Es muy chiquito -dijo, su voz llena de asombro.

Blanco rió. Era una risa cansada, pero genuina.

-No puedo creer que esta cosita tan chiquita me provocó tanto dolor -dijo, mirando al bebé con admiración.

Rubí rió.

-Así son los hijos, amor. Pequeños pero poderosos.

Blanco extendió una mano hacia Rosa.

-Ven. Querés tenerlo?

Rosa dudó un momento. Luego asintió con energía y se acercó. Blanco con cuidado, le pasó al pequeño Rosáceo a las manos de Rosa.

Rosa lo sostuvo con una ternura que no sabía que tenía. El bebé abrió su ojo lentamente y miró a su hermano mayor.

-Hola -susurró Rosa-. Soy tu hermano. Te voy a cuidar siempre.

El bebé movió sus piernas.

Todos rieron.

Rubí puso una mano en el hombro de Rosa. Blanco sonrió desde la camilla.

Y en ese momento, todo era perfecto.

Llegaron a casa.

La puerta se abrió y Rosa entró primero, casi saltando de la emoción. Sus piernas se movían rápidas, su ojo brillaba como una estrella. En sus manos flotantes, sostenía a Rosáceo con una delicadeza que no sabía que tenía. El bebé estaba envuelto en una mantita suave, con su ojo apenas abierto, moviendo sus piernas de vez en cuando.

-¡Ya llegamos! -gritó Rosa, su voz llena de alegría-. ¡Ya llegamos a casa!

Blanco entró detrás de él, caminando más despacio. Su espalda todavía le dolía, y se movía con cuidado. Rubí iba a su lado, con una mano flotante apoyada en su brazo.

-Tranquilo, Rosa -dijo Blanco, con una sonrisa cansada-. No corras tanto.

-¡Pero quiero mostrarle todo a mi hermanito! -respondió Rosa, sin frenar.

Rubí rió.

-Déjalo, amor. Que disfrute.

Blanco suspiró, pero su ojo se suavizó.

-Está bien. Pero con cuidado.

-¡Siempre con cuidado! -gritó Rosa, y desapareció por el pasillo.

Llegó a su habitación y entró con un empujón. La habitación era pequeña, pero estaba llena de colores y juguetes. Un auto rojo en el suelo. Un cohete de cartón en la mesa. Una cama pequeña con sábanas de estrellas.

Rosa se sentó en el suelo con cuidado, colocando a Rosáceo en su regazo.

-Mirá, hermanito -dijo, señalando con su mano flotante-. Este es mi cuarto. Es donde juego y duermo y...

Hizo una pausa, pensando.

-Y ahora también es tu cuarto. Porque sos mi hermanito. Y todo lo mío es tuyo.

El bebé movió sus piernas. Su ojo se abrió un poco más, como si estuviera escuchando.

Rosa sonrió.

-Te voy a mostrar todos mis juguetes. Tengo un auto que anda muy rápido. Y un cohete que vuela hasta la luna. Bueno, no vuela de verdad, pero yo imagino que vuela.

Se levantó con cuidado y caminó hacia la mesa. Tomó el cohete de cartón y se lo mostró a Rosáceo.

-Mirá. Este es el cohete. Cuando sea grande, vamos a viajar juntos en uno de verdad. Te prometo.

El bebé movió sus piernas de nuevo, como si estuviera de acuerdo.

Rosa se sentó de nuevo y lo abrazó suavemente.

-Te voy a cuidar siempre -dijo, su voz bajando-. Siempre. Pase lo que pase.

En la puerta, Blanco y Rubí lo miraban.

Blanco tenía el ojo húmedo.

-Es un buen hermano -susurró.

Rubí asintió.

-Sí. Siempre lo va a ser...

Años después.

La habitación de Rosa ya no era la misma de su infancia.

Los juguetes habían desaparecido, reemplazados por pósters de naves espaciales y una mesa llena de libros. La cama era más grande, las sábanas ya no tenían estrellas. Rosa estaba frente a un espejo pequeño, ajustando su camisa con sus manos flotantes. Su ojo se movía con nerviosismo, revisando cada detalle.

-¿Así está bien? -murmuró para sí mismo, tirando de la tela-. ¿O muy formal? ¿O muy informal?

Desde la camita al otro lado de la habitación, Rosáceo lo observaba con una sonrisa burlona. Ya no era un bebé. Ahora era un niño pequeño, con el ojo brillante y una energía que no se cansaba nunca. Estaba acostado boca arriba, con las piernas cruzadas y las manos flotantes detrás de la cabeza.

-Uy, uy, uy -dijo, su voz cantarina-. ¿Y quién es el que se está arreglando tanto?

Rosa lo miró por el espejo.

-Cerrá el pico, Rosáceo.

-¡Uy! ¡Se enojó! -Rosáceo se incorporó, riendo-. ¿Es por la cita? ¿Vas a ver a tu novio?

Rosa se dio vuelta rápido, su ojo encendido.

-No es mi novio. Es solo un amigo. Vamos a tomar un helado.

-Un amigo con el que te arreglás como si fueras a una boda -dijo Rosáceo, alzando una ceja-. Claro, claro. Un amigo.

-¡Rosáceo!

-¡Qué! ¡Yo solo digo lo que veo!

Rosa apretó los puños.

-No tenés idea de lo que estás hablando. Tenés siete años.

-Y tengo ojos -respondió Rosáceo, señalándose su propio ojo-. Y veo que estás nervioso. Y que te alisaste la camisa como diez veces. Y que-

-¡Rosáceo, ya basta!

Rosáceo se rió a carcajadas, rodando sobre su camita.

-¡Estás todo rojo! ¡Te pusiste rojo! ¡Y eso que ya sos rojo!

Rosa soltó un gruñido y se dio vuelta, ajustando su camisa una vez más.

-No voy a discutir con un niño de siete años.

-No discutís porque no tenés razón -dijo Rosáceo, con una sonrisa burlona.

Rosa cerró el ojo y respiró hondo. Contó hasta diez.

-Me voy -dijo finalmente, caminando hacia la puerta-. Y cuando vuelva, no quiero oír más comentarios.

-¡Que te vaya bien con tu novio! -gritó Rosáceo detrás de él.

-¡NO ES MI NOVIO!

Rosa salió de la habitación y cerró la puerta de golpe. Se quedó apoyado contra la pared del pasillo, respirando agitado.

-Ese niño... -murmuró.

Caminó hacia la sala, donde Blanco estaba sentado en el sofá, leyendo un libro. Al ver a Rosa, levantó la vista.

-¿Todo bien, hijo?

-No -dijo Rosa, cruzando sus piernas-. Rosáceo me está volviendo loco.

Blanco sonrió.

-¿Qué hizo?

-Se burla de mí. Dice que mi amigo es mi novio. Y que me arreglo demasiado.

Blanco cerró el libro.

-¿Y no es tu novio?

Rosa lo miró con el ojo abierto de par en par.

-¡Papá!

Blanco rió, levantando las manos.

-Es broma, es broma.

Rosa suspiró, pero una pequeña sonrisa apareció en su ojo.

-Es solo un amigo. Vamos a tomar un helado. Nada más.

-Claro -dijo Blanco-. Por eso te pusiste la camisa que te guardás para ocasiones especiales.

Rosa abrió la boca para protestar, pero Blanco levantó una mano.

-Tranquilo, hijo. Solo digo que es lindo verte emocionado.

Rosa bajó la mirada.

-No estoy emocionado.

-Claro que no.

-No.

-Claro.

Se quedaron en silencio un momento. Luego Rosa se rió.

-Está bien. Un poco.

Blanco sonrió.

-Eso es bueno, Rosa. Es bueno sentir cosas.

-¿Y si salgo mal?

-No importa. Lo importante es que lo intentaste. Y que fuiste vos mismo.

Rosa asintió lentamente.

-Gracias, papá.

-De nada, hijo.

Y entonces, desde la habitación, se escuchó la voz de Rosáceo gritando.

-¡ROSA! ¡DECILE A TU NOVIO QUE QUIERO HELADO DE CHOCOLATE!

Rosa cerró el ojo y apretó los puños.

-¡NO ES MI NOVIO!

Pero ya se estaba riendo.

Y Blanco también.

Horas más tarde.

La puerta de la casa se abrió lentamente. Rosa entró primero, con una sonrisa que no podía ocultar.

Detrás de él, entró Guinda.

Era más joven que el Guinda que conocerían todos años después.

Su color guinda era más brillante, su cuerpo más delgado pero firme, con una energía deportiva que se notaba en cada movimiento. Llevaba una chaqueta ligera y una sonrisa amplia. Su ojo recorría la casa con curiosidad.

-Tu casa es linda -dijo Guinda, su voz joven y alegre.

Rosa se dio vuelta, sonriendo.

-Gracias. Es un poco desordenada, pero...

-¡ROSA!

No terminó la frase.

Rosáceo salió disparado de la nada, corriendo a toda velocidad con sus piernas cortas. Se lanzó contra Rosa con la fuerza de un pequeño proyectil, estrellándose contra sus piernas.

Rosa soltó un gritito agudo.

-¡ROSÁCEO! -gritó, tambaleándose-. ¡ME VAS A TIRAR!

Rosáceo se aferró a sus piernas y levantó la vista con una sonrisa enorme.

-¡VOLVISTE! -gritó-. ¡Y TRAJISTE A TU NOVIO!

Rosa chilló.

-¡NO ES MI NOVIO! -dijo, pero su ojo se movió rápidamente hacia Guinda, sonrojándose-. ¡ES MI AMIGO! ¡MI AMIGO!

Guinda se rió, una risa cálida y genuina.

-Hola, pequeño -dijo, inclinándose un poco-. Vos debés ser Rosáceo.

Rosáceo soltó a Rosa y se paró frente a Guinda, poniendo sus manos flotantes en las caderas.

-Sí. Soy el hermano menor. El más lindo. El más inteligente. El favorito de mamá.

Rosa lo miró con el ojo entrecerrado.

-No eras tan gracioso hace una hora.

-Soy más gracioso ahora -respondió Rosáceo sin mirarlo.

Guinda rió de nuevo. Luego bajó su mano flotante y sacó una bolsa pequeña de su bolsillo.

-Te traje algo -dijo-. Un helado. De chocolate.

Rosáceo abrió el ojo de par en par.

-¿HELADO? -gritó.

-Helado -confirmó Guinda, bajando la bolsa hacia él.

Rosáceo la agarró con sus manos flotantes, la abrió rápido y sacó el helado. Lo miró como si fuera el tesoro más valioso del universo.

-¡TE QUIERO! -gritó, abrazando la pierna de Guinda-. ¡TE QUIERO, NOVIO DE MI HERMANO!

Rosa se sonrojó intensamente.

-¡NO ES MI NOVI-!

-¡CASATE CON ÉL! -gritó Rosáceo, saltando de alegría con el helado en la mano-. ¡CASATE Y TENGAN MUCHOS HIJOS! ¡Y VIVAN FELICES Y COMAN PERDICES!

Rosa apretó los puños.

-¡VOS VAS A VER, ROSÁCEO!

Y empezó a perseguirlo por la casa.

Rosáceo corrió riendo, con el helado en la mano, esquivando muebles y saltando sobre las sillas.

-¡AYUDA! -gritaba-. ¡MI HERMANO QUIERE MATARME! ¡Y YO SOLO QUIERO QUE SEA FELIZ!

Guinda se quedó en la entrada, viendo la escena. Su ojo se llenó de alegría.

-Me caes bien, pequeño -murmuró para sí mismo.

Rosa pasó corriendo a su lado.

-¡NO LE HAGAS CASO! -gritó, señalando a Rosáceo-. ¡ES UN MENTIROSO!

-¡ES LA VERDAD! -gritó Rosáceo desde el otro lado de la sala-. ¡TE QUIERO FELIZ!

Guinda rió, y se sentó en el sofá, viendo a los dos hermanos perseguirse.

Rosa estaba sentado en las gradas del campo de gimnasia. El sol de la tarde calentaba suavemente, y el viento movía el pasto alrededor.

Su ojo estaba fijo en el campo, donde un grupo de jóvenes tripulantes entrenaban bajo la supervisión de un instructor mayor.

Guinda estaba entre ellos.

Corría con sus piernas firmes, saltaba obstáculos, se movía con una agilidad que parecía natural. Llevaba un uniforme deportivo rojo con detalles blancos, y su ojo brillaba con concentración mientras seguía las instrucciones del entrenador.

Rosa tenía las manos flotantes apoyadas en sus rodillas. Su ojo seguía a Guinda a cada paso, sin poder apartarse de él.

-Es tan... -murmuró para sí mismo, su voz bajita-. Tan...

No terminó la frase. Se sonrojó intensamente.

Guinda hizo un salto particularmente alto y aterrizó con gracia. Rosa sintió que el corazón le daba un vuelco.

-Bien -dijo el entrenador-. Descansen cinco minutos.

Los jóvenes se dispersaron. Algunos fueron a tomar agua. Otros se sentaron en el pasto. Guinda se secó el ojo con su mano flotante y miró hacia las gradas.

Vio a Rosa.

Sonrió.

Rosa sintió que se derretía. Levantó una mano para saludar, torpe y nervioso.

Guinda levantó la suya en respuesta.

-¡ROSA!

Rosa se espantó horrible. Su cuerpo dio un salto en el asiento. Su ojo se abrió de par en par.

-¿QUÉ? -dijo, girando la cabeza rápidamente.

Una bocina sonó de nuevo. Más fuerte. Más insistente.

Y entonces reconoció el auto.

Era el de su mamá. El pequeño vehículo rojo que siempre usaba para llevarlo a todas partes. Estaba estacionado al borde del campo, con Rubí asomando su ojo por la ventana.

-¡ROSA! -gritó Rubí-. ¡TE ESTOY ESPERANDO HACE DIEZ MINUTOS!

Rosa sintió que el suelo se le abría.

-¡MAMÁ! -gritó, levantándose-. ¡PERO DIJISTE QUE VENÍAS EN MEDIA HORA!

-¡CAMBIÉ DE OPINIÓN! -respondió Rubí-. ¡BAJÁ AHORA!

Rosa miró hacia el campo. Guinda seguía ahí, mirándolo con una sonrisa burlona.

-¿Te tenés que ir, novio? -preguntó Guinda, con un tono juguetón.

Rosa se puso más rojo que su propio color.

-¡NO SOY TU NOVIO! -gritó, pero su voz salió demasiado aguda.

Guinda rió.

-Bajá tranquilo. Te espero mañana.

Rosa parpadeó.

-¿Mañana?

-Sí. Mañana. Si querés.

Rosa sintió que el corazón le explotaba de felicidad.

-Sí -dijo, su voz apenas un susurro-. Sí, quiero.

-¡ROSA! -gritó Rubí de nuevo-. ¡AHORA!

Rosa corrió hacia el auto, con las piernas moviéndose rápido. Antes de subir, miró atrás.

Guinda seguía sonriendo.

Rosa sonrió también.

Y luego subió al auto, sintiendo que el día había sido perfecto.

Años después.

La casa estaba llena de cajas y maletas. Rosa caminaba de un lado a otro, revisando que todo estuviera en orden.

Llevaba un uniforme nuevo, impecable, con el logo de la corporación MIRA en el pecho. Su ojo brillaba con emoción, mezclada con un poco de nerviosismo.

-¿Las botas? -murmuró, revisando su lista-. Sí. ¿El casco? Sí. ¿Los documentos? Sí.

Se detuvo y respiró hondo.

-Lo tengo todo.

Desde la puerta de su habitación, Blanco y Rubí lo miraban.

Rubí ya estaba llorando. No era un llanto fuerte, pero sus lágrimas rodaban sin parar.

-Mi niño... -dijo, su voz quebrada-. Mi niño se va a viajar por el espacio...

Blanco la abrazó con una mano flotante, pero su ojo también estaba húmedo.

-Es un gran logro, Rubí. Nuestro hijo fue seleccionado.

-Lo sé, lo sé -dijo Rubí, secándose las lágrimas-. Pero se va. Se va lejos.

Rosa los miró y sintió un nudo en la garganta. Dejó la lista y caminó hacia ellos.

-Mamá... papá...

Rubí abrió los brazos y lo abrazó con fuerza.

-Vas a estar bien, ¿verdad? -preguntó-. Vas a cuidarte. Vas a comer bien. Vas a dormir.

-Sí, mamá -dijo Rosa, abrazándola de vuelta-. Voy a cuidarme. Te lo prometo.

Blanco puso una mano en su hombro.

-Estamos muy orgullosos de vos, hijo. Muy orgullosos.

Rosa sintió que su ojo se humedecía.

-Gracias, papá. Gracias por todo.

Blanco lo abrazó también. Los tres se quedaron abrazados en medio del pasillo, con las cajas y las maletas alrededor.

Se escucharon pasos.

Rosáceo apareció en la entrada de la habitación. Ya era un adolescente, con su color rosa brillante y el ojo burlón que siempre lo acompañaba.

-¿Están llorando? -preguntó, sonriendo-. ¿Ya están llorando? ¡Pero si ni se fue todavía!

Rosa soltó a sus padres y se secó el ojo.

-No estamos llorando.

-Sí, sí -dijo Rosáceo, acercándose-. Mamá tiene lágrimas. Papá tiene lágrimas. Incluso vos tenés el ojo rojo.

Rosa lo miró con el ojo entrecerrado.

-Vos no te vas a poner sentimental, ¿verdad?

Rosáceo se quedó en silencio un momento. Luego abrió los brazos.

-Solo un abrazo. Por si te caés por la borda.

Rosa rió y lo abrazó fuerte.

-No me voy a caer.

-Nunca se sabe.

Se quedaron abrazados un momento. Luego Rosáceo se separó y le dio un golpecito en el hombro.

-Volvé pronto, hermano mayor.

-Voy a volver -dijo Rosa-. Y te voy a traer algo del espacio.

-Traeme una nave -dijo Rosáceo, riendo.

-No puedo traer una nave.

-Entonces no vuelvas.

Todos rieron.

Afuera, el sol brillaba sobre la ciudad. Una nave de transporte esperaba en el puerto espacial. El futuro estaba allí, esperándolos.

Rosa tomó su maleta y caminó hacia la puerta.

-Me voy -dijo.

Blanco y Rubí lo abrazaron de nuevo.

-Te queremos -dijeron al unísono.

-Los quiero más.

Rosáceo levantó una mano.

-Traeme un imán de nevera.

-Voy a traerte dos.

-Ahí hablás.

Rosa salió.

El auto lo esperaba. Subió. Miró atrás. Sus padres y su hermano estaban en la puerta, saludando.

Y Rosa sonrió.

-Un día -susurró-. Un día voy a volver.

Y se fue.

Rosa caminaba por los pasillos de la nave con una sonrisa enorme en su ojo. Sus piernas se movían con energía, casi saltando. Era su primera misión espacial. La primera vez que saldría al espacio de verdad. Todo era nuevo, emocionante, brillante.

Había explorado la sala de descanso, con sus asientos cómodos y una pequeña cocina. Había visto el área de carga, con cajas apiladas y un par de naves pequeñas. Había pasado por el laboratorio, lleno de máquinas que no entendía pero que le parecían fascinantes.

Y ahora, finalmente, llegaba a navegación.

La puerta se abrió con un silbido.

Adentro, la sala era amplia, con paneles de control iluminados y pantallas que mostraban datos de navegación. En el centro, una silla giratoria daba la espalda a la entrada.

Rosa entró con pasos ligeros.

-Hola -dijo, su voz alegre-. Soy el nuevo tripulante. Vine a-

La silla giró lentamente.

Rosa se quedó sin palabras.

Guinda estaba sentado en la silla, con su uniforme de capitán impecable. Una gorra con el logo de MIRA descansaba sobre su cabeza. Su ojo brillaba con una mezcla de orgullo y diversión.

-Hola, nuevo tripulante -dijo, su voz cálida y burlona.

Rosa abrió la boca. La cerró. La abrió de nuevo.

-¿VOS? -gritó, señalándolo con una mano flotante-. ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO ACÁ?

Guinda se recostó en la silla, cruzando sus piernas.

-Soy el capitán.

-¿EL CAPITÁN? -Rosa dio un paso adelante, su ojo abierto de par en par-. ¿CÓMO? ¡Tenés que tener mínimo años de experiencia para ser capitán! ¡Recién nos graduamos!

Guinda levantó los hombros, como si fuera lo más normal del mundo.

-Mi papá es capitán retirado. Así que me pasó su puesto a mí.

Rosa parpadeó. Varias veces.

-¿Tu papá te... pasó su puesto?

-Sí.

-¿Así nomás?

-Así nomás.

Rosa se quedó en silencio. Luego soltó una risa, incrédula.

-No puede ser.

-Es.

-¡ESO ES UN NEPOTISMO!

-Es una herencia -corrigió Guinda, con una sonrisa-. Llamalo como quieras.

Rosa caminó hacia él, moviendo la cabeza.

-No puedo creerlo. Estoy en mi primera misión, y mi... mi... -se detuvo, sonrojándose- ...mi amigo es el capitán.

Guinda inclinó la cabeza.

-¿Tu amigo? ¿Solo tu amigo?

Rosa se puso rojo.

-¡CERRÁ EL PICO!

Guinda rió y se levantó de la silla. Caminó hacia Rosa y se detuvo frente a él.

-Bienvenido a bordo, Rosa -dijo, extendiendo su mano flotante-. Espero que estés listo para trabajar.

Rosa lo miró. Su ojo se movió de la mano de Guinda a su rostro.

Y luego sonrió.

-Siempre estoy listo -dijo, estrechando su mano-. Pero no creas que por ser el capitán vas a tener trato especial.

-No esperaba menos.

Se quedaron un momento, mirándose.

Luego Guinda rompió el silencio.

-¿Y si celebramos con una pizza en la sala de descanso?

Rosa rió.

-¿El capitán invita?

-El capitán siempre invita.

-Entonces vamos.

Rosa estaba sentado en la mesa de la sala de descanso, con una tableta en sus manos flotantes y el ojo concentrado en la pantalla. Sus dedos se movían rápido, escribiendo algo con atención. De vez en cuando hacía una pausa, movía la cabeza, borraba algo y volvía a escribir.

Guinda entró con una taza de café en su mano flotante. Lo vio y se acercó con curiosidad.

-¿Qué hacés? -preguntó, asomando la cabeza.

Rosa levantó la vista.

-Estoy escribiendo una guía para capitanes.

Guinda parpadeó.

-¿Una guía para capitanes?

-Sí.

-¿Para qué o qué?

Rosa lo miró con una sonrisa burlona. Guinda parpadeó de nuevo. Y entonces entendió.

-Ah -dijo, su ojo abriéndose-. Ya.

Ambos se quedaron en silencio un momento. Luego soltaron una carcajada al mismo tiempo.

-¿Tan malo soy? -preguntó Guinda, sentándose frente a él.

-No -dijo Rosa, riendo-. Pero podrías mejorar.

-¿En qué?

-En todo.

Guinda puso una mano en su pecho, fingiendo ofensa.

-Me lastimás.

-Es verdad.

-No es verdad.

-Sí, es verdad.

Guinda negó con la cabeza, pero seguía riendo.

-Bueno, entonces mostrame. ¿Qué dice tu guía?

Rosa le dio la vuelta a la tableta.

-Primer capítulo: "Cómo no perderse en el pasillo de la nave".

Guinda abrió el ojo.

-¡Eso fue una sola vez!

-Fue tres veces.

-¡Dos!

-Tres. Conté.

Guinda se tapó el ojo con la mano.

-No sabía que llevabas la cuenta.

-Siempre llevo la cuenta.

Se rieron de nuevo.

Rosa siguió escribiendo. Guinda tomó su café y lo miró en silencio. Había algo cálido en esa escena. Dos jóvenes, en su primera misión, compartiendo una mesa y risas.

-Rosa -dijo Guinda después de un rato.

-¿Qué?

-¿Qué más escribiste?

Rosa levantó la vista, una sonrisa en su ojo.

-Capítulo dos: "Cómo pedir ayuda sin que el capitán se dé cuenta".

Guinda casi se atraganta con el café.

-¡¿Eso no es una crítica a mí?!

-No. Es una recomendación para los demás.

Guinda negó con la cabeza.

-Sos un desastre.

-Soy un escritor.

-Sos un desastre escritor.

Rosa rió.

-Y vos sos un capitán que se pierde en su propia nave.

-¡Eso fue dos veces!

-Tres.

-¡NO!

-Sí.

-No.

-Sí.

Se quedaron mirándose. Luego ambos rieron a carcajadas.

Rosa estaba en el laboratorio de la nave, rodeado de paneles de control y máquinas brillantes. Su ojo estaba fijo en la pantalla de una computadora, moviendo sus dedos flotantes sobre el teclado con velocidad. Los datos pasaban frente a él, números y fórmulas que solo él entendía.

A su alrededor, los tripulantes blancos hablaban en voz baja. Eran de la alta sociedad, con sus trajes impecables y sus aires de superioridad. Algunos lo miraban con desdén. Otros lo ignoraban completamente.

Rosa sabía que no pertenecía a ese grupo. No tenía apellido importante, ni conexiones familiares. Había sido seleccionado por su inteligencia. Nada más.

Pero eso no le importaba.

Siguió trabajando.

Tenía un objeto en la mano. Un orb pequeño, de color grisáceo. Los otros científicos lo usaban como pisapapeles. No servía para nada, según ellos. Era solo un adorno.

Rosa lo había mirado con curiosidad. Había visto su estructura, su composición. Algo le decía que no era inútil.

Se acercó a una máquina y colocó el orb en el compartimento de muestra. Ajustó unos diales. Presionó un botón.

La máquina empezó a funcionar.

Un zumbido bajo. Unas luces parpadearon. Los tripulantes blancos levantaron la vista, curiosos.

-¿Qué está haciendo? -preguntó uno.

-Perdiendo el tiempo -respondió otro.

Rosa los ignoró. Siguió observando la máquina.

De repente, el orb comenzó a brillar. La máquina emitió un pitido agudo. Las pantallas mostraron una lectura inesperada.

-¿Qué es eso? -preguntó otro tripulante, acercándose.

Rosa no respondió. Estaba viendo los datos.

El orb estaba generando energía. Energía limpia. Energía potente.

-Es combustible -dijo finalmente, su voz llena de asombro-. El orb es combustible.

Los tripulantes blancos se quedaron en silencio.

Uno de ellos se acercó a la pantalla.

-No puede ser -dijo-. Eso es un pisapapeles.

-No lo es -respondió Rosa, señalando los datos-. Es un concentrado de combustible. Alguien lo descartó porque no sabía lo que era.

Los tripulantes se miraron entre ellos.

Rosa sonrió.

-Voy a necesitar más de estos. Y quiero probar con otras muestras.

Los tripulantes blancos se rieron. Una risa alta, burlona, que resonó en el laboratorio.

El que había hablado primero, un tripulante de un blanco brillante, señaló el orb con desdén.

-¿Combustible? -dijo, riendo-. Esa cosa es solo un recuerdo de Polus. Nada más.

Otro tripulante se unió a la burla.

-Sí, todos los científicos de verdad saben que eso no sirve para nada. Es solo una roca espacial. Un adorno.

-Un pisapapeles.

-Un pisapapeles bonito.

-Otro fracaso del "genio" seleccionado.

Rosa apretó las manos flotantes. Su ojo se encendió con una mezcla de rabia y frustración. Quiso decir algo. Quiso explicarles que los datos no mentían. Que el orb sí tenía valor.

Pero sabía que no lo escucharían.

Así que se dio vuelta y se fue.

Caminó rápido por los pasillos, con las piernas moviéndose con fuerza. La rabia lo quemaba por dentro, pero no iba a darles el gusto de verlo explotar.

Llegó a navegación. La puerta se abrió con un silbido.

Guinda estaba en la silla del capitán, con una revista en sus manos. Su ojo estaba fijo en las páginas, y una sonrisa pícara se dibujaba en su rostro.

-Guinda -dijo Rosa, entrando.

Guinda se sobresaltó. Su cuerpo dio un salto en la silla. La revista voló por el aire, girando y girando, hasta que Guinda la atrapó con sus manos flotantes y la arrugó toda. La miró con horror. Luego la miró a Rosa. Luego la miró a la papelera.

(Nota del autor: Estaba en X y me apareció un dibujo, que creo que sería una de estas revistas JAJSJAJAJAJ)

-Ay -dijo Guinda, su voz demasiado aguda-. Qué lindo es... reciclar.

La revista voló directo a la papelera. Guinda sonrió, nervioso.

Rosa lo miró. Su ojo se entrecerró.

-¿Estabas viendo porno? -preguntó, su tono plano.

-NO -dijo Guinda demasiado rápido-. Era una revista de... de... mecánica. Sí. Mecánica.

-¿Mecánica?

-Mecánica. Reparación de naves. Cosas útiles.

-Con una portada sexual?

-Era un error de imprenta.

Rosa lo miró un momento más. Luego giró el ojo, cansado.

-No me importa lo que veas -dijo-. Tenemos que ir a Polus.

Guinda parpadeó.

-¿Polus?

-Sí.

-¿El planeta helado? ¿El que está lleno de nieve y nada más?

-Ese.

Guinda inclinó la cabeza.

-¿Por qué?

Rosa caminó hacia la ventana. Su ojo se fijó en el espacio infinito.

-Porque esos tripulantes de la alta sociedad se rieron de mí -dijo-. Dijeron que mi descubrimiento no valía nada. Que el orb era solo un recuerdo de Polus.

Hizo una pausa.

-Pero yo sé que no es así. Hay algo en Polus. Algo que ellos no ven.

Guinda lo miró por un momento.

-¿Y si no hay nada? -preguntó con cuidado-. ¿Y si solo es una roca?

Rosa se dio vuelta.

-Entonces lo descubriremos juntos.

Guinda se quedó en silencio. Luego sonrió.

-Bueno. Vamos a Polus.

Rosa asintió.

-Gracias.

Guinda se levantó y caminó hacia él.

-No me agradezcas. Solo quiero ver qué pasa cuando te den la razón.

Rosa sonrió débilmente.

-Eso puede tomar tiempo.

-Puede -dijo Guinda, poniendo una mano en su hombro-. Pero te espero.

Se quedaron en silencio, mirando el espacio.

La misión a Polus estaba decidida.

Aterrizan.

La nave tocó el suelo de Polus con un golpe seco. La nieve se levantó en una nube blanca que cubrió las ventanas por un momento. El interior se llenó de un silencio pesado, roto solo por el zumbido de los motores apagándose.

Los tripulantes blancos se asomaron a las ventanas. Sus ojos se abrieron de par en par al ver el paisaje blanco e infinito que se extendía más allá.

Uno de ellos, un blanco brillante con un tono de superioridad, frunció el ojo.

-Esto no es Fungle -dijo, su voz llena de desdén-. ¿Dónde estamos?

Otro se acercó a la ventana.

-¿Polus? -preguntó, su tono incrédulo-. ¿Nos trajiste a Polus?

Guinda se levantó de su silla y caminó hacia el centro de la nave. Su ojo recorrió a los tripulantes, todos con caras de confusión y enojo.

-Sí -dijo, su voz firme-. Estamos en Polus.

-¿POLUS? -exclamó otro tripulante-. ¿El planeta congelado? ¿El que no tiene nada?

-No tiene nada para ustedes -respondió Guinda-. Pero Rosa cree que hay algo importante aquí. Y vamos a investigarlo.

Los tripulantes blancos comenzaron a quejarse.

-No vinimos a Polus.

-Vinimos a una misión de exploración, no a un congelador.

-Esto es ridículo.

-El capitán debería saber que esto es una pérdida de tiempo.

Guinda los miró con el ojo entrecerrado.

-El capitán es el que decide. Y el capitán dice que vamos a investigar.

Las quejas continuaron, pero más bajas. Nadie se atrevía a desafiar directamente a Guinda.

Mientras tanto, Rosa ya estaba en la compuerta de salida. Se había puesto un traje abrigado, grueso y blanco, que cubría todo su cuerpo redondo. Su ojo brillaba con determinación mientras ajustaba el cierre de su chaqueta.

-Voy adelante -dijo, sin mirar atrás-. Ustedes espérenme en la nave.

Y abrió la compuerta.

El viento helado entró en la nave, llevando consigo un remolino de nieve. Rosa caminó hacia afuera sin dudar, sus piernas hundiéndose ligeramente en la nieve blanda.

Guinda lo vio desde la nave. Su ojo se movió entre los tripulantes quejumbrosos y Rosa, que ya se alejaba.

-Quédate quieto -dijo, señalando a Rosa.

Los tripulantes blancos se quejaron de nuevo.

-No podemos quedarnos aquí congelándonos porque un novato tiene una corazonada.

Guinda se dio vuelta y los miró con el ojo duro.

-Es mi nave -dijo, su voz fría como el hielo-. Son mis reglas.

Y sin esperar respuesta, bajó también.

La nieve golpeó su rostro apenas pisó el suelo. Guinda tembló horrible. Su cuerpo redondo se estremeció mientras el frío se filtraba por su traje. Sus piernas se movían con torpeza, tratando de seguir a Rosa.

-¡Rosa! -gritó, pero el viento ahogó su voz-. ¡ESPERÁ!

Rosa se detuvo y lo miró.

-¿Qué hacés acá? -preguntó, su voz apenas audible-. Vos también deberías quedarte en la nave.

Guinda se acercó temblando, sus manos flotantes envueltas alrededor de su cuerpo.

-Y dejarte solo? -dijo, su voz castañeteando-. No... no te voy a dejar solo.

Rosa lo miró un momento. Su ojo se suavizó.

-Vos no soportás el frío.

-Y vos... tampoco -respondió Guinda-. Pero acá... acá estamos los dos.

Rosa no dijo nada. Solo asintió y siguió caminando, ahora más despacio para que Guinda pudiera seguirlo.

Detrás de ellos, los tripulantes blancos los miraban desde las ventanas de la nave. Algunos sacudieron la cabeza. Otros se encogieron de hombros.

Pero ninguno se atrevió a salir.

Y en la distancia, Rosa y Guinda caminaron juntos hacia el horizonte blanco.

La nieve crujía bajo sus pies. El viento soplaba fuerte, llevando consigo copos blancos que golpeaban sus rostros redondos. Rosa caminaba delante, con el mapa abierto en sus manos flotantes, protegiéndolo del viento con su cuerpo. Cada tanto, se detenía, revisaba las coordenadas y señalaba hacia adelante.

Guinda iba detrás de él, temblando de frío. Sus piernas se movían con torpeza, y su ojo estaba entrecerrado para protegerse de la nieve.

-¿Cuánto falta? -preguntó, su voz castañeteando.

-Cerca -respondió Rosa sin mirar atrás-. El mapa dice que por aquí hay una cueva de minería.

Guinda levantó la vista. Solo vio nieve y más nieve.

-¿Una cueva? ¿En medio de esto?

-Sí. Los mapas antiguos de Polus marcan varias entradas a minas subterráneas. Los primeros colonos extraían minerales de aquí.

-¿Y qué tiene que ver eso con tu descubrimiento?

Rosa se detuvo y lo miró. Su ojo brillaba con una luz que el frío no podía apagar.

-Porque el orb que encontré tiene la misma composición que los minerales que extraían aquí -dijo-. Si hay más, podríamos tener una fuente de combustible infinita.

Guinda parpadeó.

-¿Y los blancos?

-Ellos no entienden. No quieren entender. Pero yo sí.

Rosa siguió caminando. Guinda lo siguió, apretando los dientes.

-¿Y si no hay nada? -preguntó-. ¿Y si es solo una cueva vacía?

Rosa no respondió de inmediato. Caminaron en silencio unos pasos más.

Luego habló, su voz baja pero firme.

-Entonces al menos lo intentamos. Y eso es más de lo que ellos hicieron.

Guinda no respondió. Pero una sonrisa se dibujó en su ojo, a pesar del frío.

Siguieron caminando. La nieve caía más fuerte. Rosa se acercó a Guinda y lo cubrió con su propio cuerpo, tratando de darle algo de calor.

-Vamos -dijo-. Casi llegamos.

Y en la distancia, entre la tormenta, vieron una abertura oscura en la roca.

La cueva.

Entran.

El cambio de temperatura fue inmediato. El frío cortante que los había perseguido durante todo el camino desapareció de golpe, reemplazado por un calor denso y pesado que les envolvía los cuerpos.

Guinda soltó un suspiro tan largo que pareció que se llevaba todo el frío de su interior.

-Ay... -dijo, cerrando el ojo con alivio-. Esto es... esto es...

-Sospechosamente cálido -terminó Rosa, mirando alrededor.

El interior de la cueva era inmenso. Las paredes de roca oscura se elevaban hacia un techo que apenas se veía, iluminado por un brillo anaranjado que parpadeaba en la distancia. El sonido de burbujas y crepitaciones llenaba el aire.

Caminaron unos pasos y lo vieron.

Un lago de lava. Extenso. Brillante. El calor que desprendía era tan fuerte que podían sentirlo en sus rostros redondos.

Guinda se quedó mirándolo, su ojo abierto de par en par.

-Es un lago de lava -dijo, su voz llena de asombro-. En Polus. En medio del hielo y la nieve, hay un lago de lava.

Rosa no respondió. Ya se había puesto a explorar.

Caminaba cerca de las paredes, buscando entre las rocas y los minerales expuestos. Sus manos flotantes se movían rápido, recogiendo muestras y guardándolas en una bolsa que llevaba en su espalda.

-Mirá esto -dijo, levantando una piedra oscura con pequeñas vetas brillantes-. Tiene la misma estructura que el orb.

Guinda se acercó, pero su ojo no estaba en la piedra. Estaba en Rosa.

-Es increíble cómo encontraste esto -dijo, su voz un poco más suave-. Nadie más lo habría visto.

Rosa lo miró brevemente.

-Porque nadie más miraba.

-Yo te miro.

Rosa se detuvo. Su ojo se fijó en Guinda.

-¿Qué?

Guinda dio un paso hacia él. Su ojo era cálido, diferente al frío que había mostrado antes.

-Te miro -repitió-. Todo el tiempo. Y no solo cuando estás encontrando cosas increíbles.

Rosa abrió la boca. La cerró.

-Guinda, estamos en una cueva.

-Lo sé.

-Estamos en una misión importante.

-Lo sé.

-Y vos me estás coqueteando.

Guinda sonrió, levantando sus hombros.

-No puedo evitarlo. El calor y la lava me ponen romántico.

Rosa negó con la cabeza, pero su ojo se suavizó.

-Sos un desastre.

-Sí -dijo Guinda, caminando hacia él-. Pero un desastre que te mira.

Rosa no se movió. Guinda se detuvo frente a él, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Rosa, su voz más baja.

-Lo que siempre quise hacer -respondió Guinda-. Decirte que me gustas. Y no solo porque encontraste una roca que nadie más vio.

Rosa lo miró. Su ojo se movió entre el de Guinda y la lava detrás de él.

-Sabés que esto es peligroso -dijo-. Tenemos una misión.

-Y tenemos tiempo -respondió Guinda.

Se quedaron en silencio. Solo se escuchaba el crepitar de la lava.

Rosa bajó su mirada.

-Guinda...

-Rosa.

-No sé si...

-No tenés que saber -interrumpió Guinda-. Solo tenés que sentir.

Y sin esperar más, extendió su mano y tocó la mejilla de Rosa con suavidad.

Rosa no retrocedió.

Guinda se inclinó un poco, acercando su rostro al de Rosa. La lava brillaba detrás de ellos, iluminando sus cuerpos redondos.

Y se besaron.

Fue un beso suave, casi tímido. Sin prisas. Como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Cuando se separaron, Rosa tenía una sonrisa en su ojo.

-Guarda que si te descuidas, te voy a hacer bailar sobre la lava.

Guinda rió.

-Ook...

Rosa se dio vuelta y siguió recolectando muestras.

Guinda lo siguió de cerca, con una sonrisa que no podía ocultar.

Rosa siguió explorando. Su ojo se movía rápido, escaneando cada rincón de la cueva. Las paredes de roca oscura brillaban con reflejos anaranjados de la lava.

El calor era intenso, pero no le molestaba. Estaba concentrado. Enfocado.

Se detuvo frente a una pared llena de pequeños cristales incrustados. Extendió su mano y tocó uno. Lo desprendió con cuidado y lo levantó hacia la luz.

-Polumyta -murmuró, su ojo brillando de reconocimiento-. Tiene propiedades para nutrir y regenerar células muertas.

Lo guardó en su bolsa sin dudar. Miró a Guinda.

-Esto es importante. Con esto se pueden hacer medicinas.

Guinda se acercó curioso.

-¿Medicinas? ¿De una cueva en Polus?

-Sí. La polumyta es difícil de conseguir. Pero aquí hay un montón.

Rosa siguió caminando, sus piernas moviéndose con determinación. La cueva parecía extenderse sin fin, con pasillos que se bifurcaban y cámaras ocultas.

Guinda lo siguió, pero más despacio. La temperatura era alta, demasiado alta. Se secó el ojo con una mano.

-¿Cuánto más vas a explorar? -preguntó-. Ya tenemos un montón de muestras.

-Necesito más -respondió Rosa sin mirar atrás.

-¿Más de qué?

-No lo sé hasta que lo encuentre.

Guinda suspiró, pero no insistió. Sabía que cuando Rosa se ponía así, no había manera de detenerlo.

Caminaron en silencio un rato. Los pasillos se hacían más estrechos. La luz de la lava se filtraba a través de grietas en el techo.

Y entonces Rosa se detuvo.

Al final de un pasillo, una cámara se abría. Era más grande que las demás, con paredes más lisas y un suelo de roca negra. Y en el centro, parcialmente enterrado en el suelo, había algo.

Rosa se acercó lentamente. Su ojo se abrió de par en par.

-Es un fósil -dijo, su voz apenas un susurro.

Guinda se acercó a su lado y lo miró.

Era grande. De unos tres metros de largo. Tenía una forma alargada, con extremidades cortas y gruesas, adaptadas para cavar. Su cráneo era ancho, con grandes colmillos que asomaban.

-¿Qué es eso? -preguntó Guinda.

-Un murdey -respondió Rosa-. Habitaban Polus hace millones de años.

Guinda parpadeó.

-¿Y cómo sabés eso?

-Lo leí. En los archivos de MIRA hay información sobre las especies antiguas de Polus. Pero nunca pensé que encontraría un fósil completo.

Rosa se arrodilló frente al fósil, extendiendo su mano flotante para tocar el cráneo. Sus dedos recorrieron la superficie con cuidado, como si temiera romperlo.

-Su especie se extinguió -dijo Rosa en voz baja-. El cambio climático en Polus volvió el planeta demasiado frío para ellos. No pudieron adaptarse.

-¿Y por qué hay un fósil aquí? -preguntó Guinda.

-Porque esta cueva estaba protegida. La lava mantuvo el calor. Esto es un hallazgo increíble.

Rosa se levantó lentamente. Su ojo estaba lleno de admiración.

-Nadie va a reírse de esto -dijo-. Esto prueba que Polus no es solo un planeta congelado. Tiene historia.

Guinda lo miró.

-¿Y qué vas a hacer con eso?

Rosa se dio vuelta.

-Llevarlo. Mostrarlo. Que todos sepan lo que encontré.

Guinda sonrió.

-Sos increíble, Rosa.

Rosa lo miró.

-¿Por qué?

-Porque ves lo que nadie ve.

Rosa no respondió. Pero una pequeña sonrisa apareció en su ojo.

Guardó el fósil con cuidado y comenzó a caminar de vuelta.

-Vámonos -dijo-. Ya tenemos suficiente para demostrar que tenían razón.

Guinda lo siguió, con su ojo lleno de orgullo.

Y los pasos de ambos resonaron en la cueva mientras la lava seguía brillando en la distancia.

Rosa estaba en el laboratorio de MIRA HQ, al lado del reactor. Las luces tenues parpadeaban ocasionalmente, proyectando sombras en las paredes de metal.

Los paneles de control estaban iluminados con datos que solo él entendía. Era tarde, muy tarde. Los otros científicos ya se habían ido. Solo él seguía ahí, con el ojo fijo en el Orb enorme que descansaba sobre la mesa central.

Era el mismo tipo de orb que había encontrado en Polus, pero mucho más grande, hasta con un toque algo dorado.

Rosa llevaba meses estudiándolo, analizando su composición, su estructura, su potencial. Sabía que escondía algo. Solo necesitaba descubrir qué.

Movió sus manos sobre el teclado, ajustando parámetros. Los números pasaban frente a su ojo. Nada nuevo. Nada diferente. Cansado, se frotó el ojo con una mano y suspiró.

-No puede ser solo una roca... -murmuró-. Tiene que haber algo más.

Se inclinó para revisar un cable suelto detrás de la mesa.

Sus manos se movieron con cuidado, ajustando la conexión. El Orb estaba cerca, demasiado cerca. Sin querer, su mano lo rozó. El objeto se movió lentamente, tambaleándose, y luego cayó al suelo con un golpe seco.

Rosa se quedó helado. Su ojo se abrió de par en par. Miró el Orb en el suelo, roto en dos mitades.

-No... no, no, no...

Se arrodilló rápido y lo recogió con sus manos flotantes. Las dos mitades estaban separadas. Una grieta irregular recorría la superficie.

-¿Cómo pude ser tan torpe? -dijo, su voz mezcla de frustración y cansancio-. Meses de trabajo... meses...

Suspiró agotado. Se cubrió la cara con ambas manos, dejando que el cansancio lo invadiera.

Luego, lentamente, bajó las manos y tomó su tableta. Empezó a anotar algo, quizás un informe de daños, quizás una nota para sí mismo. No sabía bien.

-Voy a tener que pedir otro... si es que hay otro...

El Orb, roto en el suelo, comenzó a moverse.

No era un movimiento violento. Era un temblor apenas perceptible, como si algo estuviera despertando en su interior.

Las dos mitades comenzaron a separarse lentamente, abriéndose como una flor que florece en cámara lenta. Un sonido metálico, casi líquido, llenó el laboratorio.

Rosa levantó la vista. Su ojo se fijó en el Orb. Dejó la tableta.

-¿Qué...?

El Orb se abrió del todo. Y de su interior, algo comenzó a salir.

Era enorme. Una masa de carne rosa y negra, con tentáculos que se extendían como serpientes. Pequeños ojos amarillos se abrieron a lo largo de su superficie, parpadeando al unísono. Una boca, llena de dientes filosos, se formó en el centro.

Rosa pegó un grito de horror. Su cuerpo redondo retrocedió, chocando contra la mesa.

-¡¿QUÉ MIERDA ES ESO?!

La criatura se elevó lentamente. Sus tentáculos se movían con una gracia grotesca, explorando el espacio a su alrededor. Uno de ellos rozó la mesa, derribando un montón de papeles. Otro se extendió hacia las pantallas, tocando la superficie con curiosidad.

Rosa no podía moverse. Su ojo estaba fijo en la criatura. Su cuerpo temblaba.

-¡AYUDA! -gritó, pero su voz apenas salió-. ¡ALGUIEN! ¡CUALQUIERA!

La criatura giró lentamente hacia él. Sus ojos amarillos se fijaron en Rosa. La boca se abrió, dejando escapar un sonido húmedo y sibilante.

Rosa corrió hacia la puerta de descontaminacion. Sus piernas se movían rápido, pero la puerta no se abría. Golpeó el botón de control con sus manos, pero no respondía.

-¡NO! ¡ABRÍ! ¡ABRÍ!

La criatura se acercó. Sus tentáculos se extendían hacia él, lentos pero inevitables.

Rosa se giró, presionando su espalda contra la puerta. Su ojo se movía frenéticamente, buscando una salida, una solución, cualquier cosa.

-¡POR FAVOR! -gritó-. ¡NO! TE LO SUPLICO.

Y la criatura se lanzó sobre él.

AAAAAHHHHHHHHHH

Chapter 10

Cap 7: Escondite

FINALMENTE LLEGO EL CAPÍTULO

Verde estaba en el gimnasio de entrenamiento de MIRA HQ. El lugar era amplio, con equipos de última generación, suelos acolchados y paredes de vidrio que dejaban ver el cielo de Nébula.

Era su espacio favorito. Ahí podía moverse libremente, sin preocupaciones, sin protocolos. Solo él y su entrenamiento.

Y su nuevo gran mejor amigo, Bronce.

-¡MIRÁ, BRONCE! -gritó Verde, saltando sobre una plataforma elevada-. ¡Hoy logré hacer el salto doble! ¡Tres veces seguidas!

Bronce estaba al otro lado de la sala, sentado en un banco cerca de la pared. Su ojo estaba fijo en la pared blanca, sin parpadear. No respondió. No se movió.

Verde bajó de la plataforma y corrió hacia él, con sus piernas moviéndose rápido.

-¿Viste? -dijo, jadeando un poco-. ¡Tres veces! El instructor dijo que soy el más rápido de mi promoción.

Bronce no respondió.

Verde se detuvo frente a él, inclinando la cabeza.

-¿Estás bien? Estás muy callado hoy.

Silencio.

-Bueno, siempre estás callado -admitió Verde-. Pero hoy estás más callado de lo normal.

Bronce parpadeó lentamente. Su ojo se movió desde la pared hacia Verde, pero no había reconocimiento en él. Solo vacío.

Verde sonrió con optimismo.

-Bueno, no importa. ¡Voy a seguir entrenando! ¿Me querés ver?

Bronce no respondió.

Verde se encogió de hombros y volvió a la plataforma. Saltó, giró, aterrizó con precisión. Sus movimientos eran ágiles, llenos de energía. Cada vez que terminaba una rutina, miraba hacia Bronce y le contaba lo que había hecho.

-¡Ese salto fue más alto! -dijo, señalando al techo-. Casi toco el techo, Bronce. ¿Te imaginás? ¡Yo, tocando el techo!

Bronce seguía mirando la pared.

Verde siguió entrenando. Corrió por el gimnasio, esquivando obstáculos imaginarios. Hizo flexiones con sus piernas. Practicó lanzamientos con pelotas de entrenamiento.

-¿Sabés qué? -dijo, lanzando una pelota al aire y atrapándola-. Cuando sea capitán de la nueva Skeld,

voy a ser el mejor capitán que haya existido. Mejor que Guinda. Mejor que cualquiera.

Hizo una pausa, mirando a Bronce.

-Bueno, mejor que Guinda no sé. Pero voy a intentarlo.

Bronce no respondió.

Verde rió, como si hubiera hecho un chiste.

-Siempre tan serio, Bronce. ¿No te divertís nunca?

Se acercó a él y se sentó a su lado. Su ojo brillaba con energía, incluso después de todo el entrenamiento.

-Mi papá siempre decía que los capitanes tienen que ser serios. Pero yo creo que también tienen que ser divertidos. ¿No te parece?

Bronce miró hacia la pared.

Verde asintió, como si hubiera recibido una respuesta.

-Exacto. Eso mismo pienso yo.

Se recostó en el banco, apoyando su cabeza en sus manos flotantes.

-Cuando era chico, soñaba con ser capitán. Me pasaba horas mirando el cielo. Imaginando que viajaba por el espacio, con mi propia nave, mi propia tripulación.

Sonrió, recordando.

-Y ahora estoy aquí. Casi soy capitán. Es como un sueño hecho realidad.

Miró a Bronce de reojo.

-¿Vos soñabas con algo cuando eras chico, Bronce?

Silencio.

-No importa -dijo Verde, con una sonrisa-. Lo importante es que estamos aquí. Juntos. Grandes amigos.

Bronce parpadeó lentamente.

Verde se levantó y dio una vuelta en el aire.

-Bueno, ¡un descanso más y vuelvo a entrenar! ¿Querés venir? Podemos hacer ejercicios de pareja.

Bronce no se movió.

-Bueno, otro día será -dijo Verde, riendo-. ¡Siempre hay tiempo!

Y volvió a la plataforma.

Bronce miró la pared en silencio. Su ojo estaba fijo en un punto, sin parpadear. El ruido del gimnasio, la risa de Verde, el eco de los pasos, todo se desvanecía lentamente, reemplazado por un zumbido interno que solo él escuchaba.

Lentamente, chocó su visor contra la pared.

Un golpe suave. Casi imperceptible.

Luego fue apretando. Su cabeza contra la superficie fría. Apretando más. Y más. Los sonidos comenzaron a llenar sus oídos. Gruñidos. Rugidos. No venían de afuera. Venían de dentro. De algún lugar profundo que no sabía que existía. La pared no cedía, pero él seguía apretando, como si pudiera atravesarla con pura voluntad.

Los rugidos se hicieron más fuertes.

Imágenes borrosas.

El cuerpo de su hermana.

Lila.
Gris.
Banana.
Coral.
Guinda.
Guinda.
Guinda.
Guinda.
GUINDA.
GUINDA.
GUINDA.
GUINDA.
GUINDA.

Verde.

Y luego, una puerta se abrió.

Bronce levantó lentamente la cabeza. Su visor se había empañado ligeramente.

Verde se giró hacia la entrada, su ojo brillando de emoción.

-¡Celadon! -gritó, aplaudiendo con sus manos flotantes-. ¡Qué bueno verte!

Celadon entró con su paso firme. Llevaba su tableta en una mano y un mapa virtual flotando sobre la otra.

-He terminado la nueva Skeld -dijo, su voz plana pero con un tono de satisfacción apenas perceptible.

Verde saltó.

-¡¿EN SERIO?! -gritó, corriendo hacia él-. ¡QUIERO VERLA!

Celadon extendió su mano flotante y activó el mapa virtual. Una proyección tridimensional de la nave apareció en el centro del gimnasio. Era imponente. Líneas elegantes, paneles metálicos, motores brillantes. Una nave digna de una nueva era.

-Es hermosa -susurró Verde, su ojo fijo en la proyección.

Celadon asintió.

-Tiene sistemas de última generación. Motores de doble núcleo. Cabina de mando con visibilidad de 360 grados. Áreas de descanso, laboratorios, bodegas

de carga. Todo diseñado para misiones de larga duración.

Verde caminó alrededor de la proyección, tocando con sus manos flotantes las imágenes.

-¿Y la sala de tripulación? -preguntó-. ¿La hiciste cómoda?

-Sí. Con literas ajustables y sistemas de entretenimiento.

-¡Perfecto!

Bronce se levantó lentamente. Caminó hacia la proyección y se detuvo frente a ella.

-Bronce -dijo Celadon, su ojo fijo en él-. ¿Qué opinás?

Bronce no respondió de inmediato. Su ojo recorrió la nave, deteniéndose en cada detalle. Luego, lentamente, levantó una mano flotante y señaló una pequeña sección en la parte trasera.

-Ahí -dijo, su voz ronca-. Hay un error.

Celadon se acercó, entrecerrando su ojo.

-¿Un error?

-El conducto de ventilación no está alineado con el resto de la estructura.

Celadon revisó el mapa. Su ojo se movió rápidamente.

-Tiene razón -dijo, su voz sorprendida-. Es una desviación de medio grado. No afecta el funcionamiento, pero...

-Pero no es perfecto -completó Bronce.

Celadon lo miró. Su ojo se suavizó ligeramente.

-No, no lo es. Lo corregiré.

Verde los miró a ambos, con una sonrisa enorme.

-¡Qué equipo! -dijo-. ¡El capitán, el arquitecto y el jefe de seguridad! ¡Somos imparables!

Bronce no respondió. Solo se quedó mirando la proyección.

Y por un momento, algo en su interior se movió.

Literalmente.

Verde solo felicitó a Celadon con una sonrisa enorme y un salto de alegría.

Celadon asintió con rigidez, guardó su tableta y se fue sin decir una palabra más. Su paso era más rápido que de costumbre, su ojo fijo en el suelo. Había cometido un error. Un error de medio grado en un conducto de ventilación. Y eso le molestaba más de lo que quería admitir.

-¡Qué buen trabajo, Celadon! -gritó Verde detrás de él-. ¡La nave está increíble!

Celadon no respondió. La puerta se cerró detrás de él.

Verde se quedó solo con Bronce. Su ojo brillaba todavía de emoción.

-¿Viste eso, Bronce? -dijo, girándose hacia él-. ¡La nave! ¡Es perfecta! Bueno, casi perfecta. Pero la van a arreglar. ¡Todo va a ser perfecto!

Bronce estaba de pie, mirando la pared de nuevo. Su ojo estaba fijo en el mismo punto de siempre, sin parpadear. No respondió.

Verde parpadeó. Su sonrisa se desvaneció un poco.

-¿Bronce?

Silencio.

Verde suspiró. Se encogió de hombros y caminó hacia la mesa donde estaban las bebidas. Se sirvió un vaso de algo burbujeante y tomó un sorbo. El líquido frío bajó por su garganta.

-Siempre tan callado -murmuró para sí mismo-. Pero bueno, es mi amigo. El mejor amigo que podría tener.

Se sentó en una silla, con el vaso en la mano. Miró el techo. La luz blanca parpadeaba suavemente.

-¿Sabés una cosa, Bronce? -dijo en voz alta-. Creo que esta vez lo logré. Voy a ser el mejor capitán que MIRA haya tenido. Voy a viajar por todo el espacio, conocer planetas nuevos, hacer amigos nuevos...

Hizo una pausa, riendo bajito.

-Y voy a comer comida de verdad. No esa porquería de raciones espaciales...

Se rió de nuevo, y abrió un paquete de papas fritas que estaba sobre la mesa sin darse cuenta. El crujido del plástico lo sorprendió. Miró el paquete abierto.

-Bueno, ya que está...

Tomó una papa frita con sus dedos y la metió en su boca.

Masticó.

Y se congeló.

Su ojo se abrió de par en par. La papa estaba en su boca, y él seguía ahí. No se derretía. No se retorcía de dolor. No se desintegraba.

-MIRA, BRONCE -gritó, saltando de la silla-. ¡LA SAL YA NO ME HACE DAÑO!

Bronce giró lentamente la cabeza, su ojo fijo en Verde.

Verde masticó otra papa. Y otra. Y otra. Sus manos flotantes se movían rápido, llevando las papas a su boca una tras otra.

-¡YA NO ME HACE DAÑO! -gritó-. ¡PODRÉ VOLVER A COMER LA SOPA DE MAMÁ! ¡SIIIII!

Su ojo brillaba de alegría. Saltaba y reía, con las papas volando por el aire. Era una escena absurda, casi infantil.

-¿VES? -dijo, girándose hacia Bronce-. ¡SOY INVENCIBLE!

Bronce lo miró en silencio.

Verde siguió comiendo, pero de repente se detuvo. Su ojo se abrió de par en par. Se agarró el estómago con ambas manos.

-Ok... -dijo, su voz un poco más débil-. Muy bueno para ser real.

Un ruido extraño salió de su interior. Un quejido. Un retumbo.

Verde se tapó la boca.

-No... no... no...

Bronce se levantó lentamente. Se acercó a él, sin prisa.

Verde se dobló y vomitó.

Un líquido verde y ácido salió de su boca, cayendo al suelo con un chisporroteo. El olor era fuerte, casi metálico. Verde respiró agitado, con las manos apoyadas en sus rodillas.

-Mínimo... -dijo, su voz entrecortada-. Mínimo no me derretí ni exploté...

Hizo una pausa, limpiándose la boca.

-Pero es algo nuevo. Vómito ácido.

Se enderezó lentamente, con una sonrisa débil.

-Nueva habilidad!

Bronce lo miró sin expresión. Pero algo en su ojo se movió. Apenas perceptible.

La nueva Skeld ya no era solo una estructura metálica vacía. Ahora tenía mesas, luces decorativas, centros de flores artificiales y una pista de baile que aún no se estrenaba. Los trabajadores se movían rápidamente, colocando manteles y ajustando

detalles. El hangar donde antes solo había andamios ahora se veía casi festivo.

Verde estaba sentado en una mesa improvisada, con un montón de invitaciones en papel frente a él. Su ojo brillaba con entusiasmo mientras escribía con una pluma de tinta dorada, su mano flotante moviéndose con rapidez. Cada invitación tenía un sello dorado y un diseño elegante con el logo de la nueva Skeld.

-¡Esto es emocionante! -dijo Verde, riendo mientras escribía-. ¡Rosa me pidió que enviara cartas a ciertos tripulantes! ¡Una fiesta privada para celebrar la nueva nave!

Bronce se acercó lentamente. Se detuvo frente a la mesa, con su ojo fijo en las invitaciones apiladas.

-¿Para qué? -preguntó, su voz plana y ronca.

Verde levantó la vista con una sonrisa enorme.

-¡Para celebrar! Rosa dijo que quiere reunir a un grupo selecto antes del lanzamiento oficial. ¡Un encuentro íntimo para discutir el futuro de la corporación! ¡Suena divertido, ¿verdad?

Bronce no respondió. Solo miró las invitaciones.

Verde siguió escribiendo, tarareando una canción alegre.

-¡Voy a invitar a los mejores! -dijo-. Rosa me dio una lista. ¡Todos son tripulantes muy importantes! Gente que sabe mucho.

Bronce alzó una ceja apenas perceptible.

-¿Como quiénes?

Verde tomó una de las invitaciones y la levantó para mostrarla.

-Mira. Está Ágata. Es una científica especializada en xenobiología. Ha hecho viajes a planetas remotos y conoce las especies alienígenas mejor que nadie.

Bronce no dijo nada.

Verde tomó otra invitación.

-Y Azabache. Es ingeniera de sistemas. Trabajó en la construcción de la Skeld original. Sabe cómo funciona cada tornillo de esta nave.

Otra invitación.

-Y Citrino. Es médico de combate. Estuvo en misiones de alto riesgo en el borde del espacio conocido. Dice que ha visto cosas que la mayoría ni siquiera imagina.

Bronce parpadeó lentamente.

Verde siguió enumerando.

-También están Cobalto, un experto en navegación de larga distancia... y Topacio, una oficial de comunicaciones con contactos en todas las redes interestelares.

Hizo una pausa, sonriendo.

-Rosa dijo que estos son los tripulantes que realmente importan. Los que entienden cómo funciona el universo.

Bronce observó las invitaciones por un momento. Luego habló, su voz baja.

-¿Y los demás?

Verde parpadeó.

-¿Los demás?

-Los que no están en la lista.

Verde se encogió de hombros.

-No sé. Rosa dijo que esto es para un grupo selecto. Gente que aporta algo especial. No todos pueden venir.

Bronce se quedó en silencio.

Verde volvió a escribir, alegre.

-¡Va a ser genial! ¡Comida, música, conversaciones interesantes! ¡Hasta puede que bailemos un poco!

Bronce lo miró largamente.

-¿Cuándo es?

-Esta noche!

En la noche...

La nueva Skeld brillaba como una joya en el hangar de MIRA HQ. Las luces doradas y blancas parpadeaban sobre la nave, reflejándose en los paneles metálicos y en los manteles de las mesas. La música suave llenaba el ambiente, mezclándose con el murmullo de las conversaciones y el tintineo de las copas.

Todos los invitados estaban ahí. Ágata, con su cuerpo violeta y su ojo curioso, conversaba con Azabache, una ingeniera de color gris oscuro. Citrino, el médico de combate, hablaba con Cobalto, el navegante, mientras Topacio, la oficial de comunicaciones, reía con un grupo de tripulantes desconocidos. Familiares y amigos de los invitados también estaban presentes, creando un ambiente cálido y festivo.

Verde estaba en el centro de la nave, cerca del escenario improvisado. Llevaba un traje elegante, con su sombrero de capitán ajustado sobre su cabeza. Su ojo brillaba de emoción. A su lado, Bronce estaba de pie, inmóvil como siempre, con su mirada perdida en algún punto del horizonte.

Rosa subió al escenario. Su traje negro estaba impecable, y su ojo recorrió la multitud con serenidad. Levantó una mano flotante, y el murmullo comenzó a desvanecerse.

-Gracias a todos por venir -dijo Rosa, su voz amplificada por los parlantes-. Esta noche es especial. No solo celebramos la nueva Skeld, sino también el futuro de MIRA y de todos los que confían en nosotros.

La multitud aplaudió.

Rosa continuó.

-Hoy estamos rodeados de personas excepcionales. Científicos, ingenieros, médicos, navegantes. Personas que han dedicado sus vidas a explorar lo desconocido. Personas que han arriesgado todo por el progreso.

Hizo una pausa, mirando a Verde.

-Y, por supuesto, nuestro nuevo capitán: Verde. Un hombre que viene de un lugar humilde, pero que ha demostrado tener el corazón y la determinación para liderar la nueva era de MIRA.

Verde sonrió y saludó con su mano flotante. La multitud aplaudió de nuevo, algunos con más entusiasmo que otros.

Rosa siguió hablando.

-Y a mi lado, el jefe de seguridad: Bronce. Un sobreviviente de Polus. Un hombre que ha visto lo peor y ha salido adelante.

Bronce no reaccionó. Su ojo seguía fijo en la nada.

La multitud aplaudió, pero algunos miraron a Bronce con curiosidad.

Rosa levantó su copa.

-Brindo por la nueva Skeld. Por la nueva tripulación. Por un futuro lleno de descubrimientos.

-¡Por la nueva Skeld! -corearon los invitados.

Las copas chocaron. La música subió de volumen.

Rosa siguió hablando.

-Hemos llegado lejos -dijo Rosa, caminando lentamente por el escenario-. Hemos construido naves. Hemos explorado planetas. Hemos

descubierto secretos que la mayoría ni siquiera puede imaginar.

Hizo una pausa. Su ojo recorrió la multitud.

-Pero el verdadero viaje aún no ha comenzado.

La música suave que llenaba el ambiente comenzó a desvanecerse.

Notas que se apagaban lentamente, como si alguien estuviera bajando el volumen con cuidado. Los invitados dejaron de hablar. Algunos levantaron la vista, confundidos.

-¿Qué está pasando? -preguntó Ágata, frunciendo el ojo.

-No sé -respondió Azabache, mirando alrededor-. La música se apagó.

Rosa continuó.

-Hay verdades que no pueden ser dichas en voz alta. Hay realidades que solo unos pocos pueden comprender.

Verde y Bronce se miraron. Verde inclinó la cabeza, su ojo lleno de confusión.

-¿Rosa? -preguntó Verde, su voz baja-. ¿Qué estás diciendo?

Rosa no respondió. En lugar de eso, caminó detrás de ellos. Sus manos se posaron suavemente sobre los hombros de Verde y Bronce, atrayéndolos hacia él. Los acercó a su cuerpo, como si fueran piezas de un engranaje que debía encajar.

Se inclinó y les susurró algo.

Las palabras fueron bajas, apenas un murmullo. Pero Verde y Bronce las escucharon claramente.

Verde parpadeó. Su ojo se abrió lentamente. Luego miró al público.

Bronce hizo lo mismo. Su ojo, antes vacío, ahora tenía un brillo diferente. Algo oscuro. Algo que no estaba ahí antes.

Los invitados comenzaron a inquietarse.

-¿Qué dijo? -preguntó Citrino, su voz tensa.

-No lo sé, pero no me gusta -respondió Cobalto.

-¿Rosa? -llamó Topacio, dando un paso adelante-. ¿Está todo bien?

Rosa se enderezó lentamente. Su ojo recorrió la multitud con una calma inquietante.

-Todo está perfectamente bien -dijo-. Solo que es hora de que ciertas cosas sean reveladas.

Se dio vuelta y caminó hacia el fondo del escenario. La multitud lo miró irse, confundida.

-¿Rosa? -gritó alguien.

Rosa no respondió. Cruzó una puerta y desapareció.

El silencio se hizo más pesado.

Y entonces, de la nada, empezó a escucharse una música pesada de rock. Sin letra. Solo guitarra y bajo, con un ritmo agresivo que vibraba en el suelo.

Verde y Bronce se miraron.

Verde tragó saliva. Su ojo se movió rápidamente, como si estuviera procesando algo que no podía entender.

Bronce no dijo nada. Solo miró a la multitud.

-¿Qué está pasando? -preguntó Ágata, su voz temblorosa-. ¿Por qué están así?

Verde dio un paso adelante. Su cuerpo se movía con lentitud, como si no estuviera seguro de lo que estaba haciendo.

-Verde -dijo Citrino, su voz firme pero preocupada-. ¿Estás bien?

Verde no respondió.

Bronce también dio un paso. Luego otro.

-Bronce -dijo Topacio-. Detente.

Verde dijo.

-Perdón.

Su voz apenas era un susurro, pero se escuchó en todo el salón. Los invitados se quedaron quietos, confundidos. Algunos se movieron incómodos. Ágata dio un paso atrás, su ojo fijo en él. Citrino apretó los puños. Topacio se cubrió la boca con sus manos flotantes.

-¿Perdón por qué? -preguntó Cobalto, su voz tensa.

Verde no respondió. Su cuerpo comenzó a temblar. Luego a deformarse.

Su piel se estiró como si algo estuviera empujando desde adentro. Las protuberancias empezaron a aparecer. Grandes bultos de carne rosa y negra que se movían bajo su superficie. Su ojo se abrió desmesuradamente. Su boca, que antes era normal, se rasgó hacia los costados, mostrando hileras de dientes filosos.

La gente gritó. No fue un grito de sorpresa. Fue un grito de horror puro y primitivo. El tipo de grito que sale cuando ves algo que no debería existir.

-¡¿QUÉ ES ESO?! -gritó alguien.

-¡ES UN IMPOSTOR!

-¡CORRAN!

Verde se lanzó.

Su cuerpo se movió con una velocidad antinatural. Sus extremidades se estiraron, sus manos flotantes se convirtieron en garras afiladas.

La primera víctima fue un tripulante amarillo que no tuvo tiempo de reaccionar. Verde lo agarró por el cuello y lo levantó en el aire. Los dedos del tripulante

se movían desesperadamente, pero no sirvió. Verde apretó. Un crujido seco y el cuerpo del tripulante quedó inerte.

Lo arrojó a un lado y siguió con el siguiente.

Ágata intentó correr. Verde la alcanzó. La agarró por el brazo y la estrelló contra una mesa. La madera se partió. Ella gritó de dolor. Verde se inclinó sobre ella, abriendo su boca llena de dientes.

-No... -susurró Ágata.

Verde no escuchó. Su mandíbula se cerró sobre el cuello de ella. La sangre salpicó su rostro. Ágata dejó de moverse.

Azabache, con su cuerpo gris oscuro, trató de huir hacia la salida.

Verde lo vio. Con un movimiento rápido, extendió su brazo deforme y lo agarró de la pierna. Lo arrastró hacia sí. Azabache intentó defenderse, golpeando con sus manos flotantes. Verde lo levantó y lo estrelló contra la pared, una y otra vez. La primera vez, Azabache gritó. La segunda, ya no pudo hacerlo. La tercera, no se movió más.

Citrino, el médico de combate, no se quedó quieto. Buscó algo, una herramienta, una barra de metal. Encontró una silla plegable y la levantó.

-¡MALDITO! -gritó, lanzándose contra Verde.

Verde lo esquivó con una facilidad aterradora. La silla pasó rozando su cuerpo deforme. Citrino intentó girar, pero Verde ya estaba detrás de él. Una garra atravesó su pecho desde atrás. La punta de la garra asomó al otro lado, cubierta de sangre. Citrino abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

Cobalto, el navegante, estaba en el rincón más lejano. Había logrado llegar a una esquina, con los ojos abiertos de par en par, su cuerpo temblando. Verde lo miró. Caminó lentamente hacia él, con pasos pesados, arrastrando su cuerpo deforme.

-Por favor -dijo Cobalto, su voz quebrada-. Por favor, no...

Verde se detuvo frente a él. Lo miró un momento. Luego, sin expresión, le metió la mano en el pecho y arrancó algo. Cobalto cayó al suelo.

Topacio había corrido hacia la salida de servicio. Sus manos flotantes golpeaban la puerta con desesperación.

-¡ABRÍ! -gritó-. ¡ABRÍ, MALDITA SEA!

La puerta no se abría. Topacio giró la cabeza. Verde estaba detrás de ella. No tan cerca. Pero lo suficiente.

Topacio respiró hondo. Apretó los puños y se dio vuelta.

-Si vas a matarme, hazlo rápido.

Verde la miró. Luego levantó su mano y la apartó con un golpe seco. Topacio voló por el aire y chocó contra la pared. Su cuerpo cayó al suelo y no se movió más.

Bronce miró como Verde mataba.

Su ojo se movía lentamente, viendo los cuerpos caer. La sangre se extendía por el suelo como un río rojo. Los gritos llenaban el aire, pero Bronce no se movía. No parpadeaba. Solo miraba.

Una familia se escondió cerca de la pared. Cuatro tripulantes. Los padres, de colores marrón y beige,

empujaron a sus dos hijos pequeños hacia la rejilla de ventilación.

Los niños eran pequeños, de colores claros. El padre levantó la rejilla con manos temblorosas y los metió dentro.

-Quédense quietos -susurró-. No hagan ruido. No importa lo que escuchen.

Los niños se metieron en la oscuridad del conducto, con sus ojos abiertos de par en par. La rejilla volvió a su lugar.

La madre tomó la mano del padre. Ambos se miraron, respiraron hondo, y se escondieron detrás de una columna.

Otras personas hacían lo mismo. Algunos corrían hacia las salidas. Otros se metían debajo de las mesas. Un grupo de tres logró abrir una puerta de servicio y se deslizó dentro, cerrando la puerta detrás de ellos.

Bronce siguió mirando.

Y sintió.

Algo se movió en su interior. Algo que no había sentido desde Polus. Desde la nieve. Desde el dolor. Desde el vacío.

Su cuerpo comenzó a deformarse. No como Verde. No con protuberancias.

Se partió en pedazos.

Su torso se abrió en dos. Luego en cuatro. Luego en ocho. Cada pedazo era una masa de carne negra y roja, con pequeños ojos amarillos y bocas llenas de dientes. Se arrastraron por el suelo, moviéndose rápido, como arañas.

Verde se detuvo. Su ojo se movió rápidamente, buscando a Bronce.

-¿Bronce? -preguntó, confundido-. ¿Dónde estás?

Silencio.

Los pedazos se movieron hacia las ventilaciones. Se deslizaron por las rejillas sin hacer ruido. Desaparecieron en la oscuridad.

Verde miró alrededor. La habitación estaba en silencio. Solo se escuchaba su respiración.

De la nada, las ventilaciones empezaron a sangrar.

Fuentes de sangre y órganos comenzaron a salir de cada rejilla. Río rojo que manchaba las paredes y el suelo. Los cuerpos de los que se habían escondido empezaron a caer desde arriba, destrozados, desmembrados.

Verde parpadeó. Su ojo se abrió de par en par.

Luego rió.

-¡SIIIII! -gritó, levantando los brazos-. ¡SIGAMOS JUGANDO A LAS ESCONDIDAS!

Saltó sobre un cuerpo recién caído. Lo pateó como si fuera un juguete.

-¡DONDE ESTÁN, BRONCE! -gritó-. ¡SACALOS A TODOS!

Los pedazos de Bronce seguían moviéndose por las ventilaciones, arrastrando cuerpos y extremidades.

La sangre empapaba el suelo.

Los gritos se apagaban uno por uno.

Y Verde seguía riendo.

Uno de los pedazos entró en una ventilación lateral, donde un tripulante se había metido para esconderse.

Era un tripulante de color naranja, con el ojo cerrado, rezando en silencio.

No escuchó el movimiento detrás de él.

El pedazo de Bronce se deslizó por su pierna, subiendo lentamente.

El tripulante abrió el ojo al sentir un peso extraño. Miró hacia abajo y vio la masa oscura trepando por su cuerpo.

Intentó gritar, pero el pedazo ya estaba en su pecho.

Se abrió paso a través de la piel, entrando en su interior.

El tripulante sintió cómo algo le masticaba los órganos desde adentro, cómo sus costillas se rompían una por una. Su ojo se abrió desmesuradamente, pero ningún sonido salió de su boca. Cayó de lado, retorciéndose en silencio, hasta que su cuerpo quedó inmóvil.

Otro pedazo encontró a dos tripulantes escondidos en un armario pequeño. Uno era verde claro, el otro rosa. Estaban abrazados, temblando. El pedazo de Bronce se deslizó por debajo de la puerta, como una serpiente negra. Los dos lo vieron al mismo tiempo.

El verde claro intentó abrir la puerta, pero estaba trabada.

El rosa se aferró a su compañero, gritando. El pedazo se lanzó sobre ellos, envolviéndolos a ambos.

La carne se desgarró, la sangre salpicó las paredes del armario. En segundos, solo quedaron restos.

En la sala principal, Verde seguía riendo y saltando entre los cuerpos. Un tripulante gris intentó arrastrarse hacia la salida, con las piernas destrozadas. Verde lo vio y caminó hacia él.

-¿A dónde vas, amigo? -preguntó, agachándose.

El tripulante gris levantó una mano, suplicando. Verde se rió y le vomito ácido en la cara.

Mientras tanto, otro pedazo de Bronce encontró a un grupo de tres tripulantes en una sala de almacenamiento.

Estaban apilando cajas contra la puerta, intentando bloquear la entrada.

El pedazo salió de una caja que habían movido sin saber. Se elevó lentamente, mostrando su boca llena de dientes.

El primero en verlo fue un tripulante azul. Abrió la boca para gritar, pero el pedazo ya estaba en su cara, mordiendo su ojo y su cráneo.

Los otros dos intentaron correr, pero el pedazo se movió más rápido. Los alcanzó en segundos, destrozando sus cuerpos con una ferocidad animal.

En otra ventilación, un pedazo encontró a un niño pequeño escondido.

Era de color beige, con el ojo lleno de lágrimas, las piernas temblorosas. El pedazo se detuvo frente a él. El niño lo miró con terror. El pedazo dio un paso atrás. Por un momento, pareció dudar. Luego, lentamente, se deslizó hacia atrás y desapareció en la

oscuridad. El niño se quedó solo, sin entender por qué seguía vivo.

En la sala principal, Verde seguía celebrando. Agarró una pierna de uno de los cuerpos y la levantó como un trofeo.

-¡BRONCE! -gritó-. ¡ESTAMOS HACIENDO UN GRAN TRABAJO!

Los pedazos de Bronce empezaron a reunirse lentamente en el centro de la sala.

Uno por uno, se arrastraron hacia el mismo punto, uniéndose entre sí, recomponiendo su forma original. La masa de carne y ojos se fusionó, hasta que Bronce volvió a estar de pie.

Su ojo estaba fijo en Verde. No dijo nada. Solo lo miró.

Verde se acercó, riendo.

-¿Viste eso? -dijo-. ¡Somos imparables!

Bronce no respondió. Pero algo en su interior seguía moviéndose. Algo que no sabía cómo detener.

Verde miró alrededor.

Los cuerpos yacían esparcidos por el suelo, algunos destrozados, otros casi intactos. La sangre se extendía en charcos que reflejaban las luces parpadeantes de la nave. El olor a metal y muerte llenaba el aire. Verde silbó bajito.

-WOW -dijo, con una mezcla de asombro y diversión-. Parece una película de terror. ¡Qué locura!

Rosa salió de su habitación. Su traje negro estaba impecable, sin una sola mancha. Su ojo recorrió la escena con calma, evaluando cada detalle.

-Por fin -dijo, su voz fría y serena-. La limpieza ya se hizo.

Verde asintió, su ojo brillando.

-Sí, señor. Todo en orden.

De una ventilación cercana, un pequeño cuerpo comenzó a moverse. Un niño de color beige, el que bronce no comió.

Verde lo vio y su ojo se abrió de par en par.

-¡AY, SEÑOR! -gritó, señalando al niño-. ¡Es un niño! ¡Por favor!

Bronce, que se había reformado por completo, miró hacia otro lado. Su ojo se fijó en la pared.

Rosa miró al niño. Su ojo se suavizó por un momento. Luego, con pasos lentos, se acercó a él y lo cargó con facilidad, como si pesara nada. Lo abrazó contra su pecho.

Verde sonrió.

-¡Aaaw! -dijo, poniendo una mano en su pecho-. Qué tierno...

Pero Rosa comenzó a deformarse.

Su cuerpo se estiró y se retorció. Los tentáculos empezaron a salir de su espalda, de sus costados, de todas partes. Pequeños ojos amarillos se abrieron a lo largo de su superficie. Una boca enorme se formó en su pecho, llena de dientes filosos y una lengua viscosa.

El niño abrió el ojo. Intentó gritar, pero no pudo.

-AAAA-

Rosa lo devoró vivo.

La boca en su pecho se cerró sobre el cuerpo del niño, masticando lentamente.

CRUNCH

CHRRUNK

Crujidos húmedos llenaron el silencio. La sangre goteó por el costado de Rosa mientras seguía masticando. Cuando terminó, su cuerpo volvió lentamente a su forma normal, quedando impecable de nuevo.

Verde y Bronce se congelaron.

Verde abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Luego, su cuerpo reaccionó. Se dobló y vomitó ácido sobre el suelo. El líquido verde chisporroteó al contacto con el metal.

-Perdón... -dijo, limpiándose la boca con su mano flotante-. P-perdón, no pude evitarlo...

Rosa lo miró sin expresión.

-No importa. La limpieza está hecha.

Verde asintió, temblando apenas.

Bronce se hizo a un lado, vomitando sangre por lo que acababa de ver.

Chapter 11

Grabaciones: Proyecto Skeld

Inicia la grabación.

La pantalla parpadea, mostrando un encuadre fijo. Un grupo de científicos blancos está sentado alrededor de una mesa metálica. Todos tienen el mismo traje impecable, el mismo ojo frío. El que está al frente, un blanco brillante, habla primero.

-Grabación número uno.

Los otros científicos asienten en silencio.

-Nuestro objetivo es crear impostores perfectos. Seres que puedan infiltrarse, adaptarse y sobrevivir sin ser

detectados. Para eso, hemos recuperado cadáveres de la Skeld original.

Uno de los científicos, un blanco grisáceo, levanta la mano.

-La nieve de Polus preservó los cuerpos en un estado óptimo para la experimentación. Aunque algunos presentan daños severos, la estructura celular sigue intacta.

-Correcto -dice el líder-. Hemos seleccionado varios especímenes. El primero en ser reactivado será Lima.

La grabación cambia.

Ahora la imagen muestra una habitación sellada. Un vidrio grueso separa a los científicos del interior. Dentro, hay una camilla metálica. Sobre ella, un cuerpo.

Lima.

Su cuerpo está cocido de lado. La piel es una mezcla de verde y marrón oscuro, como si hubiera sido quemada desde adentro. Su rostro está parcialmente deformado.

El lado izquierdo de su cabeza está hundido, con marcas de una herida brutal.

Los científicos observan desde afuera.

-Reactivación en tres, dos, uno...

El cuerpo de Lima se estremece. Sus dedos se mueven lentamente. Su ojo se abre, parpadeando varias veces, como si no pudiera enfocar. Respira agitado, el aire entrando y saliendo de su boca con un silbido.

Luego se incorpora lentamente. Su ojo recorrió la habitación, confundido. Vio a los científicos detrás del vidrio y su expresión cambió.

-¿QUÉ MIERDA ES ESTO? -gritó, su voz ronca y rasposa-. ¿DÓNDE ESTOY?

Los científicos no respondieron. Solo observaron, tomando notas.

Lima se levantó de la camilla, tambaleándose. Su cuerpo se movía con torpeza, como si estuviera aprendiendo a caminar de nuevo. Se acercó al vidrio y golpeó con sus manos flotantes.

-¡HABLEN! -gritó-. ¡¿QUÉ ME HICIERON?!

Uno de los científicos, un blanco de tono plateado, levantó una tableta.

-Lima. Estás en una instalación de MIRA. Has sido reactivado con fines experimentales.

-¿EXPERIMENTALES? -Lima golpeó el vidrio de nuevo-. ¡YO NO SOY UN EXPERIMENTO! ¡SUÉLTENME!

-Eso no es posible -respondió el científico-. Eres parte de un proyecto mayor.

Lima apretó los puños. Su ojo se llenó de furia. Miraba a los científicos como si fueran enemigos.

-SIEMPRE SUPUSE QUE HABIA UNA CONSPIRACIÓN -dijo, su voz subiendo de tono-. ¡SIEMPRE LO SUPE! ¡ME QUERÍAN MUERTO!

Los científicos se rieron. Una risa baja, burlona. No tomaban en serio su paranoia.

-Su estado mental está alterado -dijo uno-. La reactivación puede haber afectado su percepción de la realidad.

-¡YO ESTOY BIEN! -gritó Lima, golpeando el vidrio con más fuerza-. ¡USTEDES SON LOS LOCOS!

Lima juntó saliva y escupió contra el vidrio.

El líquido golpeó la superficie. Y el vidrio comenzó a derretirse. Lentamente, pero de forma visible. La saliva ácida se extendió, creando una pequeña mancha en el cristal.

Los científicos dejaron de reír.

Lima parpadeó. Miró el vidrio derretido. Luego miró su propia boca.

Sonrió.

-Oh -dijo, su voz llena de sorpresa y emoción-. Interesante...

Empezó a escupir más. La saliva ácida golpeaba el vidrio una y otra vez, creando grietas cada vez más grandes. Los científicos retrocedieron, tomando notas rápidas.

-El espécimen ha desarrollado una habilidad única -dijo uno-. Saliva corrosiva. Anotarlo.

-¡ANÓTEN ESTO! -gritó Lima, escupiendo de nuevo-. ¡USTEDES NO ME VAN A ENCERRAR!

La grabación se corta de golpe.

Otra grabación.

La pantalla muestra el mismo laboratorio. Lima está al fondo, sentado en una silla metálica, con cinta adhesiva sobre su boca. Su ojo está abierto de par en par, moviéndose con furia. Su cuerpo se retuerce contra las ataduras, pero no puede soltarse. Los científicos están al frente, hablando con tranquilidad.

-Hemos logrado un avance significativo -dice uno de ellos, un blanco de tono perla-. El espécimen Lima ha desarrollado una habilidad única: saliva corrosiva.

La hemos denominado "Sierpe", en referencia a su capacidad para disolver materiales con su ácido.

Otro científico asiente.

-Es el primer impostor creado con una habilidad ofensiva natural. No necesita armas ni herramientas. Su propio cuerpo es el arma.

Lima escupe contra la cinta, pero no logra romperla. Su ojo brilla con odio mientras los científicos hablan como si él no estuviera allí.

-La Sierpe será una herramienta valiosa para futuras misiones de infiltración -continúa el científico-. Su capacidad para atravesar barreras físicas lo convierte en un activo único.

La grabación se corta.

Otra grabación.

Ahora los científicos están en una sala diferente. Hay más luz. Más equipo. Se ven emocionados, con sus ojos brillando detrás del vidrio.

-Después del éxito con Lima -dice el líder-, hemos reactivado otro cuerpo. Este nos costó muchísimo

tiempo conseguirlo. Su estado era crítico, pero la nieve de Polus lo preservó lo suficiente.

-¿De quién se trata? -pregunta otro científico.

-Negro -responde el líder-. Uno de los tripulantes de la Skeld original.

Los científicos se miran con orgullo.

-Si logramos reactivarlo, podremos tener otro impostor funcional. Uno con habilidades diferentes, quizás más físicas.

Caminan hacia la sala de observación. Sus pasos son rápidos, llenos de expectativa.

Llegan a la ventana de vidrio. Se asoman.

Y se les borra la sonrisa.

Dentro de la habitación, Negro está en el suelo. Su cuerpo está inmóvil. Su ojo está cerrado. Alrededor de él, hay un charco oscuro.

Los científicos se quedan en silencio.

-¿Qué pasó? -pregunta uno, su voz temblorosa.

-Se... se quitó la vida -responde otro, revisando los datos en su tableta-. Se desgarro su propia garganta...

-Pero no debería poder hacer eso -dice el líder, su voz fría-. Su cuerpo no es lo suficientemente fuerte.

-Lo era -responde el científico-. La reactivación le dio fuerza. Pero también le devolvió la conciencia. Y la conciencia... lo llevó a tomar esa decisión.

Los científicos se quedan mirando el cuerpo inmóvil de Negro.

Otra grabación.

La pantalla parpadea. Un científico blanco aparece en el encuadre, ajustando la cámara con sus manos flotantes. Está solo, en una sala pequeña, con un

brillo en su ojo que rara vez se ve en los científicos de MIRA. Está sonrojado. Feliz.

-Grabación personal -dice, su voz temblorosa de emoción-. Hoy es un gran día. ¡Hemos logrado reactivar a otro!

Hace una pausa, tomando aire.

-Es Azul... Derretido por la sal, pero le hicimos un nuevo rostro con amor y dedicación.

Ríe, nervioso.

-Y por dios... es un papucho.

Se ríe de nuevo, más fuerte.

-Nunca pensé que un cadáver reactivado pudiera verse tan bien. Pero bueno, no me quejo.

La grabación lo muestra avanzando por un pasillo. El científico camina rápido, con la cámara enfocando el suelo y las paredes.

-Voy a verlo ahora -dice, su voz burbujeante-. Quiero ver cómo está. Quiero...

Se detiene frente a una puerta de vidrio. La habitación de contención está vacía.

La grabación se congela. Su sonrisa se borra.

-¿Qué?

Corre hacia la puerta, la abre. Está vacía. No hay nadie.

Gira la cámara hacia atrás, buscando algo.

-¿Dónde está? -pregunta, su voz subiendo de tono-. ¿Dónde está Azul?

Un guardia de seguridad pasa por el pasillo. El científico corre hacia él.

-¡Oye! -grita-. ¿Has visto a un tripulante azul? ¿Un doctor?

El guardia se detiene, pensando.

-¿Azul? -pregunta-. Ah, sí. Un tipo muy guapo. Dijo que solo quería salir a tomar aire. Así que lo dejé pasar.

El científico se congela. Su ojo se abre de par en par.

-¿LO DEJASTE PASAR? -grita-. ¡ES UN EXPERIMENTO! TODOS LOS TRABAJADORES SOMOS BLANCOS ¿TE OLVIDASTE?

El guardia parpadea, confundido.

-Pero... pidió permiso...

-¡NO IMPORTAN LOS PERMISOS! -el científico corre hacia el pasillo, gritando-. ¡BUSQUENLO! ¡REVISEN CADA RINCÓN! ¡NO PUEDE ESTAR LEJOS!

La grabación se vuelve borrosa mientras corre.

Detrás de él, se escuchan otros científicos gritando órdenes.

-¡REVISEN LAS SALIDAS!

-¡CERREN LAS COMPUERTAS!

-¡AZUL! ¡AZUL, VOLVÉ!

La grabación se corta.

Otra grabación.

La pantalla se enciende. Copo está sentado en su escritorio, con el ojo entrecerrado y el cuerpo hundido en la silla. Se ve cansado. Su voz es plana, sin emoción.

-Grabación número... no sé. Perdí la cuenta.

Suspira.

-No logramos encontrar a Azul. Desapareció por completo. Revisamos cada pasillo, cada conducto, cada nave. Nada. Es como si se hubiera desvanecido.

Desde atrás, se escucha un golpe sordo. La cámara gira ligeramente, mostrando a Lima en su habitación de contención. Está con cinta en la boca, pero sus

manos flotantes se mueven rápidamente, haciendo gestos burlones. Se señala la cabeza, hace círculos con el dedo, luego apunta a Copo y se ríe en silencio.

Copo lo ignora.

-Lima sigue siendo un problema. Pero bueno, eso no es nuevo.

Se estira, bostezando.

-El caso es que hemos reactivado otro cuerpo. Pero esta vez, para evitar incidentes, le hicimos un lavado de cerebro completo. No queremos otro Azul. No queremos otro Negro.

Hace una pausa.

-Este tiene que funcionar.

Se levanta lentamente, agarra la cámara con sus manos flotantes y camina por un pasillo. Las luces parpadean. El sonido de pasos resonando en el metal.

Llega a una puerta de vidrio. Se detiene.

-Aquí está.

La cámara enfoca el interior.

Dentro de la habitación, un tripulante de color blanco está de pie. Su ojo está abierto, pero vacío. Su cuerpo está inmóvil, sin expresión, sin vida. Blanco.

Copo habla en voz baja.

-Está listo. No recuerda nada. No sabe quién fue, qué hizo, o cómo murió. Solo sabe que es un tripulante de MIRA y que debe obedecer.

Blanco parpadea lentamente. Su ojo se mueve hacia la cámara, pero no hay nada detrás de él.

-Perfecto -susurra Copo.

La grabación se corta.

El mismo científico graba.

La pantalla se enciende. Copo está sentado en su escritorio, pero su cuerpo está hundido, su ojo entrecerrado con bolsas de cansancio que parecen más profundas que el día anterior. Su traje blanco está arrugado, algo impensable en él. Se frota la cara con sus manos y suspira antes de hablar.

-Blanco se quitó la vida.

Copo deja caer las manos sobre la mesa, su ojo fijo en un punto lejano, como si estuviera viendo algo que no está en la habitación.

-Lo dejamos solo dos horas. Dos horas. Tenía que hacer un informe rápido. Cuando volví, ya estaba en el suelo. La sangre se había extendido por toda la habitación, pegajosa y roja....

Hace una pausa.

-No sé por qué. No debería recordar nada. El lavado de cerebro era completo, no podía tener recuerdos. Y sin embargo... se despertó y supo exactamente lo que tenía que hacer para no seguir siendo lo que es.

Copo se cubre la cara con las manos.

-Intentamos con Cyan.

Su voz se vuelve más tensa.

-Cyan también se suicidó. Pero no fue como los otros. No fue limpio. Fue... horrible. Usó sus manos para arrancarse partes de sí misma. Cuando llegamos, ya no había nada que reconocer. Solo carne y sangre. No sé cómo logró hacer tanto daño con tan poco tiempo. Pero lo hizo...

Hace una pausa más larga. Cuando habla de nuevo, su voz es apenas un susurro.

-Intentamos con Marrón... Pero es como si hubiera decidido no despertar. Como si prefiriera el vacío que vivir otra vez.

Copo baja las manos y mira a la cámara con el ojo cansado.

-El único éxito es Lima. Y eso es una broma amarga.

-Sabe que no podemos hacerle nada, porque es el único que tenemos. Sin él, el proyecto no tendría ningún resultado.

Copo se levanta lentamente, su cuerpo moviéndose con pesadez.

-Los otros o se mueren, o se matan, o simplemente se niegan a vivir. Y nosotros seguimos aquí, intentando crear algo que nunca va a funcionar.

Camina hacia la puerta.

-Tal vez el proyecto está maldito... o tal vez los tripulantes de la Skeld son más fuertes de lo que pensamos.

Se detiene antes de salir.

-O tal vez nosotros somos los que estamos haciendo algo mal.

La grabación se corta.

Azafrán se sentó frente a la cámara. Ajustó el ángulo con sus manos y suspiró antes de hablar.

-No recuerdo el número... Pongamosle, grabación número... 30?

Se frotó el ojo.

-Intenté entrenar a Lima. Otra vez. Tercera vez.

-No cooperó. Obvio.

-Le expliqué el protocolo de obediencia. Las reglas. Lo que podía ganar si colaboraba.

-Y luego me escupió ácido al pie.

Azafrán levantó su pierna, mostrando el borde chamuscado de su traje.

-Miren eso. A centímetros de quemarme la pierna.

Bajó la pierna y negó con la cabeza.

-Los guardias querían castigarlo. Dijeron que había que darle una lección. Pero les dije que no.

-Es el único éxito que tenemos. Sin Lima, no tenemos nada. Solo cadáveres que se matan o se niegan a despertar.

Hizo una pausa.

-Así que lo dejamos ahí. En su habitación. Escupiendo contra el vidrio. Riéndose de nosotros.

Se levantó lentamente.

-Y yo me pregunto: ¿de qué sirve tener un experimento si no podemos controlarlo?

Azafrán salió al área de descanso arrastrando las piernas.

Se dejó caer en una silla junto a la ventana, dejando escapar un suspiro largo y pesado.

No había nadie más. Hasta que escuchó pasos.

Alzó la vista.

Una tripulante de color fucsia se acercaba con una taza humeante en las manos y una flor pequeña y brillante en la cabeza, como si acabara de salir de un invernadero.

Llevaba una bata de laboratorio con manchas de tierra y hojas secas.

-¿Ocupado? -preguntó ella, deteniéndose frente a la mesa.

Azafrán negó con la cabeza.

-No. Sentate.

Fucsia se sentó frente a él y tomó un sorbo de su bebida. El silencio se extendió por un momento.

-Te veo peor que las plantas del sector 7 -dijo ella, con una sonrisa leve-. ¿Tanto te está costando el nuevo proyecto?

Azafrán la miró con desconfianza.

-No puedo hablar de eso.

-Ya sé. Secreto. Todo es secreto aquí. Pero tu cara no miente.

Azafrán no respondió. Solo miró por la ventana.

-Los especímenes no cooperan -dijo finalmente, sin mirarla-. Algunos se niegan a despertar. Otros... bueno, prefieren no seguir.

Fucsia lo miró con atención.

-¿Y el que sí despertó?

-No quiere colaborar. Solo escupe y se ríe.

Fucsia arqueó una ceja.

-¿Escupe?

Azafrán la miró con seriedad.

-No preguntes más.

Ella levantó las manos en señal de paz.

-Está bien, está bien. Solo me preocupaba.

-No hace falta.

-Pero igual lo hago.

Azafrán la miró un momento. Luego bajó la vista y suspiró.

-¿Cómo van tus plantas?

Fucsia sonrió, aliviada por el cambio de tema.

-Bien. Encontré una especie nueva en los registros de Polus. Algo que crece bajo la nieve. Nunca había visto algo así.

-¿Y sirve para algo?

-Quizás. O quizás solo es bonita.

Azafrán asintió lentamente.

-Eso es más de lo que tengo yo.

-No seas tan negativo. Todo puede mejorar.

-O empeorar.

Fucsia se rió.

-Tenés razón. Pero al menos el café está caliente.

Levantó su taza y brindó en el aire.

Azafrán la miró, y por un momento, su ojo se suavizó. Luego tomó su propia taza y chocó con la de ella.

-Por las plantas -dijo él.

-Por los experimentos -dijo ella.

Y bebieron en silencio.

Azafrán y Fucsia siguieron hablando. La conversación era ligera, interrumpida por sorbos de café y miradas hacia la ventana. Azafrán se sentía un poco más tranquilo. Fucsia tenía esa habilidad, hacer que el silencio no pesara.

-¿Y esa planta que encontraste, tiene nombre? -preguntó Azafrán.

-Todavía no. Estoy pensando en algo poético. Algo como "Lágrima de Polus" o "Suspiro de Hielo".

-Suena a canción triste.

-Las plantas tristes son las más bonitas.

Azafrán iba a responder, pero algo llamó su atención. Un científico blanco cruzó el área de descanso con paso firme y elegante. Llevaba el traje impecable, sin una arruga, y su ojo brillaba con una luz diferente. No era como los otros blancos, fríos y distantes. Este tenía algo. Una presencia.

Saludó con una inclinación de cabeza.

-Buenos días.

-Buenos días -respondieron Azafrán y Fucsia al unísono.

El científico siguió caminando hacia la sala de experimentos. Llegó a la puerta y deslizó su mano flotante sobre el panel de acceso. Nada. Intentó de nuevo. Nada.

Azafrán lo vio. Algo en su interior se movió. Desconfianza. Se levantó lentamente y se acercó.

-¿Pasa algo?

El científico se giró hacia él. Su ojo era profundo, cálido, como si estuviera mirando más allá de lo visible.

-Perdí mi tarjeta -dijo, su voz suave y melódica-. Parece que el acceso no me reconoce.

Azafrán retrocedió medio paso.

-¿Perdió su tarjeta?

-Sí. Una pena, ¿no? Las tarjetas son tan pequeñas que uno olvida que las lleva.

El científico dio un paso hacia él.

-Pero usted tiene una, ¿verdad? Podría ayudarme.

Azafrán sintió un escalofrío. Su instinto le decía que algo no encajaba. Pero el científico lo miraba con una intensidad que lo desarmaba.

-No debería... -empezó Azafrán.

-No se preocupe. Solo es un acceso rápido. Estaré dentro y fuera. Usted solo le estaría dando ayuda a un compañero.

-Escucha-

-Azafran, te conozco bien... Se que eres cerrado, pero esto es simplemente algo diminuto. Si le digo a alguien más podrían reportarme con Rosa. Te necesito...

El científico se inclinó ligeramente hacia él.

-Confía en mí...

Azafrán sintió que su ojo se abría. Algo en la voz del científico lo envolvía. Como una música suave que no podía ignorar.

-Me estremecí... -dijo Azafrán en voz baja, casi sin querer.

El científico sonrió.

-No tema. Solo pase la tarjeta.

Azafrán tragó saliva. Sus manos se movieron lentamente hacia su bolsillo. Sacó la tarjeta y la deslizó sobre el panel. La puerta se abrió con un clic.

-Gracias -dijo el científico, con una sonrisa que parecía contener más de lo que mostraba-. Le estaré eternamente agradecido.

Y desapareció al otro lado de la puerta.

Azafrán se quedó mirando el panel un momento. Luego volvió a la mesa, con pasos torpes.

Fucsia lo miró con curiosidad.

-¿Estás bien?

-No lo sé -respondió Azafrán, sentándose-. Me siento raro...

-¿Quién era?

-No tengo idea... creo que Cerúleo.

Fucsia arqueó una ceja.

-¿Cerúleo?

-Sí.

-¿No había faltado hoy?

-...

Azafrán miró lentamente hacia la puerta cerrada.

Chapter 12

Cap 8: Hay algo más aqui

Rosa estaba sentado detrás de su escritorio, con el ojo fijo en la pantalla de su tableta. La oficina estaba en silencio, solo el zumbido constante del sistema de ventilación rompía la calma. Llevaba horas revisando informes, y el cansancio comenzaba a pesar en su cuerpo. Pero no podía detenerse. Siempre había algo que hacer.

La puerta se abrió con un golpe suave. Mocha entró con una bandeja en sus manos flotantes, su paso firme y su ojo duro como siempre. Sobre la bandeja, un plato humeante y una bebida fría. La comida del jefe.

-Su almuerzo, señor -dijo Mocha, dejando la bandeja sobre el escritorio con precisión.

Rosa asintió sin mirarla.

-Gracias, Mocha.

Se quedó en silencio un momento, terminando de leer un párrafo. Luego, sin prisa, se inclinó hacia el plato. El aroma subió hasta su ojo.

Y Rosa sintió que el estómago se le revolvía.

Su ojo se abrió de par en par. Su cuerpo se tensó. Una arcada violenta subió desde su interior, y apenas logró contenerla. Se tapó la boca con una mano, respirando con dificultad.

-¿Señor? -preguntó Mocha, su voz confundida-. ¿Se siente bien?

Rosa levantó la otra mano, pidiendo un momento. Respiró hondo, tratando de controlar el mareo.

-Hay... -dijo, su voz entrecortada-. Hay sal en el aire.

Mocha parpadeó.

-¿Sal?

-Sí. La siento. Está aquí. En esta oficina.

Rosa se levantó lentamente, su ojo recorriendo el espacio con desconfianza. Olfateó el aire como un animal buscando una amenaza.

-Alguien está comiendo algo con sal. Cerca de aquí.

Mocha lo miró, su ojo moviéndose con incertidumbre.

-Señor, no creo que...

-¡Investiga! -cortó Rosa, su voz más aguda de lo habitual-. Ve a la cafetería. A los pasillos. A las oficinas. Busca a quien esté comiendo algo salado y haz que se lo coma rápido.

Mocha abrió la boca para protestar, pero cerró. Asintió con rigidez.

-Sí, señor.

Salió de la oficina con pasos rápidos, cerrando la puerta detrás de ella. Rosa se quedó solo, apoyado contra el escritorio, respirando con dificultad. La sal seguía en el aire. No podía evitarlo.

-Maldición... -murmuró.

Mocha caminó por los pasillos de MIRA, su ojo escaneando cada rincón. Entró a la cafetería. Los empleados estaban sentados, comiendo en silencio. Revisó las mesas. Ensaladas. Sándwiches. Nada con sal visible.

Pasó por las oficinas. Tripulantes trabajando, con tazas de café y bocadillos. Nada. Solo cosas dulces y frutas. Nada salado.

Revisó el área de descanso. Vacía. Solo una taza olvidada.

Mocha se detuvo en medio del pasillo. Su ojo se entrecerró. No había nadie comiendo sal. Nadie. Pero Rosa lo había sentido. ¿Era su imaginación?

Decidió no cuestionarlo. Volvió a la oficina de Rosa, abrió la puerta sin golpear.

-No encontré nada, señor. Nadie está comiendo sal.

Rosa la miró. Su ojo seguía tenso, pero ya no se estaba tapando la boca.

-¿Segura?

-Segura. Revisé todos los sectores.

Rosa asintió lentamente.

-Entonces fue mi imaginación. O algo en la comida.

Miró el plato sobre la mesa. El humo seguía saliendo.

-Retíralo. No tengo hambre.

Mocha asintió y tomó la bandeja. Antes de salir, se detuvo.

-¿Debería revisar los sistemas de ventilación? Tal vez hay algo en el aire.

Rosa la miró.

-Hazlo.

Mocha salió, cerrando la puerta.

Rosa se quedó solo en la oficina.

El silencio era pesado. El zumbido de la ventilación seguía ahí, constante, pero no lograba cubrir el latido de su propio cuerpo. Apoyó sus manos flotantes sobre la mesa, sintiendo el frío del metal bajo sus dedos. Sus dedos se movieron, inquietos, golpeando la superficie con un ritmo nervioso.

Respiró. Inhaló profundo. Exhaló lento.

Trataba de calmarse. De convencerse de que era su imaginación. De que no había sal en el aire. De que no había nada que temer.

Pero el olor volvió.

Más fuerte. Más punzante. Como si alguien hubiera abierto un saco de sal justo frente a él.

Rosa no aguantó más.

Se inclinó sobre el tacho de basura y vomitó. El líquido rosa y espeso salió de su boca, golpeando el fondo metálico. El tacho comenzó a derretirse. El metal se deformó, se ablandó, se deshizo en un charco plateado mezclado con su vómito.

Rosa se quejó horrible. Un sonido gutural, profundo, que apenas reconoció como suyo. Se sostuvo la panza con ambas manos flotantes, sintiendo cómo su interior se contraía y se retorcía.

-Hay sal aquí... -susurró, su voz ronca y rota-. No aguanto más.

Se enderezó lentamente. Su cuerpo temblaba. Sabía que no podía quedarse ahí. Sabía que tenía que salir.

Que tenía que encontrar la fuente. Pero la vergüenza lo detenía. No podía salir así. No podía dejar que nadie lo viera en ese estado.

Entonces, su cuerpo comenzó a cambiar.

Lentamente. Sin prisa. Su forma se estiró, se deformó,se fue aclarando a un tono blanco y se fue achicando.

Era otro monitor más.

Rosa se miró las manos. Blancas. Impecables. Inofensivas.

Salió de la oficina.

El pasillo estaba vacío. Caminó con paso firme, su ojo recorriendo cada rincón, cada puerta, cada sombra. Pasó junto a empleados que no lo miraron. Para ellos, era solo otro científico blanco. Uno más en la torre.

Llegó a la cafetería. Olfateó el aire. Nada.

Pasó por el área de descanso. Olfateó de nuevo. Nada.

Revisó los pasillos. Las oficinas. Los laboratorios. Nada. Nada. Nada.

Pero el olor seguía ahí. En su cabeza. En su memoria. En su miedo.

Se detuvo en medio de un pasillo vacío. Su ojo se cerró lentamente.

-No hay sal -murmuró, su voz apenas un susurro-. No hay sal. Es mi imaginación.

Abrió el ojo.

-Pero ¿por qué la siento?

No había respuesta.

Rosa gruñó. Su cuerpo blanco y falso temblaba ligeramente mientras el olor seguía persiguiéndolo.

Iba a seguir caminando, a seguir buscando, a seguir fingiendo que todo estaba bien.

Y entonces vio a Guinda.

Guinda salió del baño con el ojo entrecerrado y el cuerpo tenso. Llevaba una mano flotante sobre su boca, como si acabara de vomitar. Se movía con pasos lentos, arrastrando las piernas, y su rostro redondo estaba pálido. Más pálido de lo normal.

Rosa lo miró. Olfateó el aire. Su ojo se abrió lentamente.

Guinda olía igual que él. Vómito.

Rosa se quedó helado.

-Ah... -murmuró, su voz apenas un susurro-. Mierda.

Guinda pasó a su lado sin mirarlo, sin reconocerlo. Su ojo estaba perdido, su mente en otro lugar. Se llevó la mano a la boca de nuevo, como si el simple movimiento le recordara lo que acababa de pasar.

-Puaj -dijo Guinda en voz baja-. Qué asco.

Rosa lo siguió con la mirada. Quiso decir algo. Quiso detenerlo. Pero no podía. No en esa forma. No en ese momento.

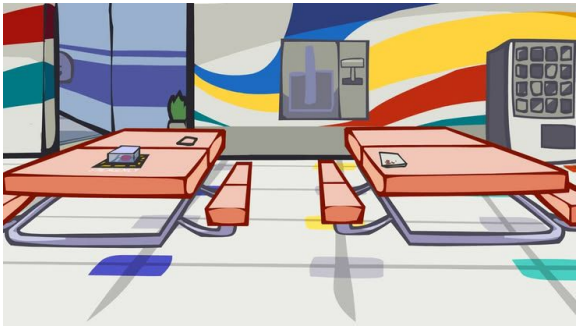
Guinda se fue por el pasillo, desapareciendo detrás de una esquina. Rosa se quedó donde estaba, con el ojo fijo en el vacío.

La noche que pasaron juntos. La noche en que todo se descontroló. La noche en que sus cuerpos se fundieron en la oscuridad de la oficina.

Quizás no habían sido solo copas. Quizás había sido algo más.

Rosa sintió que el estómago se le revolvía de nuevo.

Se dio vuelta y caminó rápido hacia su oficina, sin mirar atrás.



Rojo estaba en la habitación de Maggie, arrodillado frente a ella con una pequeña chaqueta en sus manos flotantes. Maggie movía sus piernas con impaciencia, su ojo brillando con emoción mientras su papá intentaba vestirla.

-¡Maggie, quieta! -dijo Rojo, riendo-. Si no te quedás quieta, no vas a poder ponerte la chaqueta.

Maggie se rió y se movió aún más, claramente disfrutando el juego. Rojo suspiró con una sonrisa y la tomó con cuidado, deslizando la chaqueta sobre su cuerpo redondo.

-Ahí está -dijo, ajustando el cierre-. Ahora sí. Estás lista.

Maggie lo miró con su ojo grande y brillante.

-¿Papá? ¿Vamos a conocer a otros niños?

-Sí, pequeña. Vas a conocer a otros niños y a sus papás. Va a ser divertido.

-¿Y van a jugar conmigo?

-Claro que sí. Todos van a jugar contigo.

Maggie saltó de alegría, sus piernas moviéndose rápido.

-¡Quiero jugar! ¡Quiero jugar!

Rojo la levantó y la abrazó.

-Vamos, entonces. Mamá nos espera en la sala.

Salieron de la habitación. En la sala, Coco y Beige estaban sentados en el suelo, rodeados de juguetes. Y

con ellos, una pequeña tripulante de color guinda aclarado, con unas orejas de oso falsas en la cabeza que se movían con cada uno de sus saltos. Era Zylel.

-¡Mira, papá! -gritó Coco, señalando a Zylel-. ¡Zylel puede saltar más alto que yo!

Zylel saltó de inmediato, demostrando su habilidad. Su ojo brillaba con energía, su cuerpo redondo moviéndose con una hiperactividad contagiosa.

-¡Te gané! -gritó, riendo-. ¡Soy la mejor saltadora!

Beige la miró con calma.

-Saltaste más alto, pero yo caí más suave.

-¡Eso no cuenta!

-Claro que cuenta. Caer suave es más difícil.

Zylel lo miró con el ojo entrecerrado.

-¡Eso no es cierto!

-Sí, es cierto. Los científicos lo comprobaron.

Zylel abrió la boca para protestar, pero no encontró palabras. Coco se rió, y Beige sonrió con suavidad.

Rojo los miró con una sonrisa. Zylel era una niña sin padres, una pequeña que había sido acogida por un grupo de tripulantes en el barrio. Siempre estaba en casa de alguien, siempre jugando, siempre riendo. Era imposible no quererla.

-¿Zylel, te quedás a cuidar a los chicos? -preguntó Rojo-. Mora y yo vamos a salir un rato.

Zylel saltó.

-¡Sí! ¡Voy a cuidarlos! ¡Vamos a jugar a las escondidas! ¡Y a las carreras! ¡Y a ver quién come más galletas!

Beige levantó una ceja.

-No tenemos galletas.

-¡Entonces las compramos!

Rojo rió.

-No, no. No van a comprar galletas. Pero pueden jugar todo lo que quieran. La señora que cuida a Zylel viene en un par de horas.

Zylel asintió con energía.

-¡Está bien! ¡Vamos, chicos! ¡A la habitación de juegos!

Corrió hacia el pasillo, con Coco y Beige detrás de ella. Maggie se movió en los brazos de Rojo, señalando hacia ellos.

-¡Quiero jugar!

-Después, pequeña -dijo Rojo-. Primero vamos a conocer a otros niños.

Maggie hizo una mueca, pero no protestó.

Mora apareció en la entrada de la sala, con su traje de salida puesto y una sonrisa en su ojo.

-¿Listos?

Rojo asintió.

-Listos.

Caminaron hacia la puerta. Antes de salir, Rojo miró hacia el pasillo. Zylel había organizado una carrera de saltos con Coco y Beige. Su risa llenaba la casa.

-Qué niña -dijo Rojo, con una sonrisa-. No sé de dónde saca tanta energía.

Mora lo miró.

-Es feliz. Eso es lo que importa.

Salieron de la casa.

Amarillo estaba en su restaurante. El local ya había cerrado, pero las luces de la cocina seguían encendidas. Ella estaba detrás de la barra, limpiando los utensilios con movimientos precisos mientras tarareaba una canción. El olor a especias y salsa aún flotaba en el aire, mezclado con el aroma a limón que usaba para la limpieza.

Turquesa estaba a su lado, fregando una olla grande con sus manos. Llevaba su chaqueta azul y los guantes negros, pero sobre ellos el mandil blanco

que Amarillo le había dado. Su ojo estaba fijo en la olla, pero su mente parecía estar en otro lado.

-¿Todo bien? -preguntó Amarillo sin mirarla.

Turquesa levantó la vista.

-Sí. Todo bien.

-Estás muy callada.

-Siempre soy callada.

Amarillo sonrió y dejó el trapo sobre la mesa.

-No tanto. Normalmente me cuentas algo. ¿Qué pasó?

Turquesa dudó un momento.

-Nada. Solo pensaba en los estudios. La cuota del próximo mes es más alta de lo que esperaba.

Amarillo la miró con suavidad.

-Si necesitas un adelanto, solo avísame.

Turquesa negó con la cabeza.

-No, no. Ya me ayudas bastante con el trabajo y el horario flexible. No quiero abusar.

-No es abusar. Es ayudar.

Turquesa la miró y por un momento su ojo se suavizó. Quiso preguntarle si realmente la veía como algo más que una empleada. Si había notado su esfuerzo. Si alguna vez pensó que podría ser su aprendiz. Pero las palabras no salieron.

-Gracias -dijo finalmente.

La puerta del restaurante se abrió con un golpe. Ambas levantaron la vista.

Una tripulante de color azul claro entró, con el cuerpo ligeramente encorvado y el ojo cansado. Llevaba una chaqueta de trabajo manchada de grasa y una tableta bajo el brazo. Era Aquamarina.

-¿Ya cerraron? -preguntó, su voz mezcla de esperanza y derrota.

Amarillo la reconoció.

-Aquamarina. No sabía que venías hoy.

-No sabía que iba a venir -respondió ella, dejándose caer en una silla-. Pero tuve un día horrible. Y necesito algo de comer que no sea comida de máquina.

Turquesa dejó la olla y se acercó.

-¿Pasó algo?

Aquamarina suspiró y apoyó la cabeza sobre la mesa.

-Celadon. Ese hombre es un demonio con casco de construcción....hoy nos hizo revisar los planos de la nueva Skeld. Tres veces. De arriba a abajo. Y luego nos dijo que había un error. Un error que él mismo había creado.

Amarillo alzó una ceja.

-¿Un error?

-Sí. Un conducto de ventilación desalineado por medio grado. Medio grado. Y nos hizo rehacer todo el sector. Todo. Porque él no soporta que algo esté fuera de lugar.

Turquesa la miró con simpatía.

-Eso suena agotador.

-Lo es -dijo Aquamarina, levantando la cabeza-. Y lo peor es que yo sé que él no lo hace por maldad. Solo que es... obsesivo. Perfeccionista. Si no está perfecto, no está bien.

Amarillo se acercó a la mesa.

-¿Querés comer algo? Te invito.

Aquamarina sonrió con cansancio.

-¿En serio?

-Claro. Para eso tengo un restaurante.

Aquamarina rió.

-Acepto. Pero solo si me das algo que no tenga vegetales. Tuve suficiente con los planos verdes de Celadon.

Amarillo y Turquesa se rieron. Amarillo fue a la cocina, y Turquesa se sentó frente a Aquamarina.

-¿Y por qué no te buscas otro trabajo? -preguntó Turquesa-. Si es tan estricto...

Aquamarina se encogió de hombros.

-Porque el trabajo es interesante. Y porque, a pesar de todo, Celadon es un buen jefe. Solo que... bueno, es Celadon.

-Entiendo.

-¿Vos trabajás aquí siempre?

Turquesa asintió.

-Sí. Estudio en las mañanas y trabajo aquí en las tardes. Amarillo me da flexibilidad.

-¿Y te gusta?

Turquesa miró hacia la cocina, donde Amarillo preparaba algo.

-Sí. Me gusta. Aprendo mucho.

-¿Y ella es buena jefa?

Turquesa sonrió.

-La mejor.

Aquamarina la miró con atención.

-Se nota que la querés.

Turquesa se sonrojó ligeramente.

-Es una buena persona. Me ha ayudado mucho.

Amarillo regresó con un plato humeante y lo dejó frente a Aquamarina.

-Comé. Y contame más sobre Celadon.

Aquamarina tomó el tenedor.

-¿Qué querés saber?

-Si es tan estricto con todos o solo con vos.

Aquamarina mordió un bocado y sonrió.

-Con todos. Pero conmigo especialmente. Dice que tengo potencial.

Amarillo se rió.

-Entonces es un cumplido.

-Sí. Pero a veces quiero estrangularlo.

La puerta del restaurante se abrió de nuevo.

Esta vez entraron dos tripulantes.

Uno de ellos era de un color verde apagado, con un traje negro impecable y un sombrero que combinaba. Su ojo recorrió el lugar con rapidez, evaluando cada rincón antes de avanzar. Caminaba con paso firme pero contenido, como si estuviera acostumbrado a pasar desapercibido.

Salvia.

Detrás de él, una tripulante de color café con un gorrito negro y un suéter tejido a mano que le quedaba un poco grande. Su ojo brillaba con curiosidad mientras miraba el restaurante, moviendo la cabeza de un lado a otro.

-¡Uh! ¡Qué lindo lugar! -dijo Mila, su voz alegre y vibrante-. ¿Y ese olor? ¡Huele a gloria!

Salvia no respondió. Solo caminó hacia una mesa cerca de la ventana y se sentó con la espalda recta. Mila se sentó frente a él, apoyando sus piernas sobre la mesa como si estuviera en su casa.

-No hagas eso -dijo Salvia, su voz baja y seria.

-¿Qué?

-Poner las piernas en la mesa.

-Ay, Salvia, nadie te va a regañar. Relájate un poco.

-No puedo relajarme.

Mila suspiró y bajó las piernas.

-Está bien, está bien. Pero prometeme que después de esto vas a distraerte un poco. Llevás semanas así, todo tenso y serio.

Salvia la miró con su ojo frío.

-No puedo distraerme. Hay cosas importantes que hacer.

-Siempre hay cosas importantes. Pero también hay que comer.

Salvia no respondió. Su ojo se movió hacia la cocina, donde Amarillo y Turquesa estaban preparando algo. Las observó con atención, evaluando cada movimiento.

Turquesa se acercó a la mesa con una sonrisa profesional.

-Buenas noches. ¿Qué van a pedir?

Mila levantó la vista y sonrió ampliamente.

-¡Hola! No sé, vos recomendame algo. ¿Qué es lo más rico que tienen?

Turquesa parpadeó, un poco sorprendida por la energía de Mila.

-Uh... el plato del día es un guiso de vegetales con especias. Es bastante popular.

-¡Suena increíble! ¿Vos qué opinás, Salvia?

Salvia la miró.

-Lo que vos quieras.

-Entonces dos guisos. Y dos bebidas. Las que tengan más burbujas.

Turquesa anotó en su tableta y asintió.

-Enseguida se los traigo.

Mila la miró mientras se iba y luego se inclinó hacia Salvia.

-¿Viste? Tranquila. No hay nada raro acá. Solo un restaurante normal.

Salvia no respondió. Su ojo seguía recorriendo el lugar, como si esperara que algo saliera de las sombras.

Mila suspiró.

-Salvia, estás en un restaurante con tu mejor amiga. Relájate. Si MIRA te encuentra acá, no va a ser porque estás cenando. Va a ser porque actuás como si estuvieras en una misión.

-Estoy en una misión.

-Una misión de cena. Comé, pagá y nos vamos. Sin dramas.

Salvia finalmente la miró. Su ojo se suavizó apenas.

-Está bien. Pero si veo algo sospechoso...

-Vas a actuar. Lo sé. Pero mientras tanto, disfrutá.

Amarillo salió de la cocina con dos platos humeantes y los dejó sobre la mesa.

-Disfruten -dijo, con una sonrisa amable.

Mila levantó la vista y la miró.

-¡Gracias! Se ve delicioso. ¿Vos cocinás todo vos?

-Con ayuda -respondió Amarillo, señalando a Turquesa.

-¡Qué bien! Ojalá yo pudiera cocinar así. La última vez que intenté hacer una sopa, se me quemó la olla.

Amarillo rió.

-Es cuestión de práctica.

Mila le devolvió la sonrisa y empezó a comer. Salvia la imitó, pero su ojo seguía moviéndose.

-Está rico -dijo Mila, con la boca llena.

-No hables con la boca llena.

-No soy una niña.

-Actúas como una.

Mila lo miró con el ojo entrecerrado.

-Sos un amargado.

-Soy realista.

-Son lo mismo.

Salvia no respondió, pero su ojo se suavizó un poco más.

Cenaron en silencio. O al menos Salvia cenó en silencio, porque Mila no paraba de hacer comentarios sobre la comida, la decoración, la luz, y hasta el color de las servilletas.

Cuando terminaron, pagaron y se levantaron. Antes de irse, Mila se giró hacia Amarillo.

-¡Gracias! ¡Vamos a volver!

-Serán bienvenidos -respondió Amarillo.

Salvia ya estaba en la puerta, con su ojo fijo en la calle. Mila lo alcanzó y le dio un golpecito en el hombro.

-¿Viste? No pasó nada.

-No pasó esta vez.

-Y no va a pasar. Porque acá solo hay buena comida y gente normal.

Salvia la miró y por un momento, su expresión se suavizó del todo.

-Gracias.

-¿Por qué?

-Por obligarme a comer.

Mila sonrió y le dio un golpecito en la cabeza.

-Para eso estoy, amargado.

Y salieron juntos a la noche.

La lluvia empezó de golpe.

No fue un aviso, no fue una llovizna. Fue un muro de agua que cayó del cielo como si alguien hubiera abierto una compuerta.

Mila soltó un grito agudo mientras Salvia la agarraba y corrían hacia la única sombra que veían: la marquesina de un edificio cerrado.

-¡¿QUÉ MIERDA?! -gritó Mila, sacudiéndose el agua de su cuerpo-. ¡Hacía un sol increíble hace cinco minutos!

Salvia no respondió. Solo se sacudió el sombrero y miró la calle con su ojo serio. La lluvia era densa, y las luces de la ciudad se reflejaban en los charcos como pequeños soles mojados.

Un taxi pasó cerca de ellos, levantando un charco entero que cayó sobre Mila.

Ella quedó empapada, con el gorrito goteando y el suéter tejido a mano chorreando agua.

-¡PERO MIRÁ LO QUE HICISTE, IDIOTA! -gritó hacia el taxi, que ya se alejaba.

Salvia la miró con una mezcla de lástima y diversión contenida.

-No sirve de nada gritar.

-¡A MÍ NO ME IMPORTA! ¡ME MOJÓ!

Salvia suspiró y la llevó hacia un costado, donde al menos el agua no caía tan fuerte.

Adentro del taxi, el conductor los había visto por el espejo. Era un tripulante azul, con el ojo cansado y lleno de arrugas que delataban años de manejar en las calles de Nébula. Llevaba un gorro flojo y una chaqueta gastada. Tenía un cigarro medio consumido entre sus dedos, y una nube de humo se arremolinaba alrededor de él.

-Mierda de lluvia -murmuró para sí mismo, con voz ronca y áspera-. Justo cuando no tengo clientes.

Miró por la ventanilla. La calle estaba vacía. Solo dos figuras mojadas al fondo, una quejándose y la otra en silencio. No valía la pena. No iban a tomar un taxi a esta hora, bajo esta lluvia.

Entonces vio algo.

A su derecha, bajo un poste de luz, había un tripulante de color marrón.

Estaba temblando. No llevaba nada que lo cubriera, ni sombrero, ni chaqueta, ni paraguas. Solo una bata de laboratorio blanca, ya empapada y pegada a su cuerpo.

El taxista lo miró un momento. Luego apagó el cigarro contra el cenicero y encendió las luces del taxi.

-Eh -dijo, bajando la ventanilla-. ¿Necesitás un viaje?

El marrón levantó la vista lentamente. No respondió.

-Te estoy hablando, pibe. ¿Te subís o te quedás ahí hasta que te conviertas en un témpano?

El marrón parpadeó. Luego dio un paso hacia el taxi. Luego otro. Llegó a la puerta y la abrió.

-Gracias -dijo, su voz baja y temblorosa.

El taxista lo miró por el espejo mientras el marrón se sentaba en el asiento trasero. Gotas de agua caían de su bata, formando un charco en el suelo.

-¿A dónde vas?

El marrón no respondió de inmediato. Solo miró por la ventana, con el ojo fijo en la lluvia.

-No sé -dijo finalmente-. No sé a dónde ir.

El taxista lo miró un momento. Luego encendió el motor y puso la dirección hacia el centro.

-Bueno, entonces vamos a dar una vuelta. Mientras pensás.

El marrón no respondió. Pero su cuerpo dejó de temblar un poco.

El taxi se perdió entre la lluvia y las luces de Nébula.

El taxista azul, con su ojo cansado y su gorra floja, miró por el espejo al pasajero.

El marrón seguía empapado, con la bata de laboratorio pegada a su cuerpo y el ojo fijo en la ventana.

-Oye -dijo el taxista, rompiendo el silencio-. No tenés que decirme a dónde vas si no querés. Pero al menos decime si tenés algún lugar al que quieras ir. No puedo andar en círculos toda la noche.

El marrón no respondió de inmediato. Solo movió su ojo hacia el taxista por un segundo, y luego volvió a la ventana.

-No sé -dijo finalmente, su voz baja y ronca-. Solo... necesito estar seco. Y comer algo caliente.

El taxista asintió y encendió las luces del taxi.

-Bueno, eso sí lo puedo arreglar. Hay un lugar justo aquí, a la vuelta.

El marrón asintió lentamente.

-Está bien.

El taxista giró el volante y dio la vuelta. El auto se movió con suavidad, esquivando los charcos que se formaban en la calle. La lluvia seguía cayendo, pero ahora parecía menos intensa.

-Hace años que no veía a alguien tan mojado -dijo el taxista, con una sonrisa leve-. ¿Qué hacías con una bata de laboratorio bajo esta tormenta?

El marrón no respondió.

El taxista lo miró por el espejo, con el ojo entrecerrado.

-¿Sabés? Tenés una cicatriz en medio del cuerpo. Se nota aunque la bata esté mojada.

El marrón bajó la mirada. Sus manos flotantes se movieron ligeramente, como si quisiera cubrir la marca, pero no lo hizo.

-Solo fue un accidente de hace años -dijo, su voz plana-. Nada importante.

El taxista lo miró por un momento más.

-¿Y qué hacías con una bata de laboratorio?

-Trabajo en un laboratorio.

-¿En MIRA?

El marrón no respondió.

El taxista no insistió. Solo siguió manejando, con el ojo fijo en el camino.

Llegaron al restaurante. El cartel de "El Último Tripulante" brillaba con luces cálidas bajo la lluvia. El taxista frenó suavemente y se giró hacia el marrón.

-Llegamos. Este es.

El marrón asintió y sacó un puñado de frijoles de su bolsillo. Se los dio al taxista.

-Gracias -dijo, y abrió la puerta.

-Esperá -dijo el taxista, quitándose la chaqueta-. Llevá esto. No te vayas a mojar más.

El marrón lo miró por un momento. Luego tomó la chaqueta y se la puso.

-Gracias.

Y salió del taxi.

El taxista lo vio caminar hacia la entrada del restaurante. Parpadeó. Miró hacia el asiento trasero. Estaba vacío.

-¿Eh? -dijo, confundido-. ¿Cómo...?

Miró hacia la puerta del restaurante. El marrón ya estaba frente al cartel, mirándolo. No había entrado todavía. Solo estaba ahí, con la chaqueta puesta, viendo las luces.

El taxista se encogió de hombros y arrancó el motor.

-Gente rara -murmuró, y se fue.

Marrón se quedó viendo el cartel del restaurante.

No sabía cuánto tiempo estuvo ahí.

Luego, lentamente, empujó la puerta y entró.

Marrón miró alrededor.

Caminó hacia la caja con pasos lentos, arrastrando los pies. Su bata de laboratorio seguía goteando, dejando un rastro de agua en el suelo.

La chaqueta del taxista la llevaba sobre los hombros, pero no le impedía sentir el frío.

Turquesa lo atendió. Su ojo lo recorrió rápidamente, notando el estado en que llegaba, pero no dijo nada.

-Buenas noches. ¿Qué va a pedir?

Marrón la miró sin expresión.

-Pizza con sal.

Turquesa parpadeó.

-¿Pizza con sal? ¿Solo sal?

-Sí.

Turquesa anotó en su tableta.

-¿Algo para beber?

-Agua.

-Enseguida le traigo.

Marrón asintió y se fue a sentar. Eligió una mesa en un rincón, desde donde podía ver toda la sala. Y desde donde podía ver la cocina.

Se sentó con la espalda recta, con las manos apoyadas sobre la mesa. Su ojo se movió lentamente, recorriendo el lugar. Luego se detuvo.

Vio la cocina.

A través de la ventana de vidrio, vio a Amarillo moverse entre las ollas. Estaba cocinando con movimientos precisos, su ojo concentrado en lo que hacía. De vez en cuando hablaba con Turquesa, y una sonrisa se dibujaba en su rostro.

Marrón se quedó viéndola.

No parpadeó. No se movió. Solo la miró, como si estuviera buscando algo en ella. Como si la reconociera. Como si no.

La pizza llegó. Turquesa la dejó sobre la mesa.

-Disfrute.

Marrón asintió sin mirarla.

Tomó un pedazo y lo llevó a su boca. Masticó lentamente. La pizza estaba caliente, y la sal se sentía en cada bocado. Era simple, pero sabía bien.

Siguió comiendo en silencio.

Pero su ojo no se apartaba de la cocina.

Amarillo siguió limpiando la barra con movimientos precisos, su ojo fijo en el brillo del metal.

Turquesa estaba a su lado, secando los platos que habían quedado de la última ronda. La cocina ya estaba ordenada, y el restaurante se estaba quedando vacío.

-¿Viste a ese cliente? -preguntó Turquesa, señalando la mesa del rincón-. Estuvo un buen rato mirando hacia acá.

Amarillo levantó la vista.

-¿Cuál?

-El marrón. El que llegó con la bata de laboratorio.

Amarillo parpadeó.

-No me fijé. Andaba concentrada en la pizza.

Turquesa se encogió de hombros.

-Raro. Se quedó viendo la cocina como si conociera a alguien.

Amarillo soltó una risa.

-Quizás era un viejo cliente. O quizás estaba admirando mi técnica.

-O quizás te tiene ganas.

Amarillo la miró con el ojo entrecerrado y un gesto burlón.

-No te hagas la graciosa, tu sabes que los marrones me duelen el alma.

Turquesa se rió y se fue a la entrada.

Amarillo siguió limpiando, moviendo el trapo sobre la barra con ritmo. La lluvia seguía golpeando las ventanas, y el sonido era casi hipnótico.

Sintió una presencia detrás de ella.

Alguien se acercó. Sintió el peso de una mirada en su espalda. Dejó de limpiar y se giró lentamente, esperando ver a alguien.

No había nadie.

La puerta del restaurante se abrió y se cerró sola, con un golpe suave.

Amarillo se quedó mirando la entrada vacía. Parpadeó.

-¿Turquesa?

Turquesa apareció desde el fondo.

-¿Qué?

-No había alguien parado atrás mío recién?

Turquesa negó con la cabeza.

-No. Estaba revisando la cerradura. No vi a nadie.

Amarillo miró la mesa del rincón.

La pizza estaba casi intacta. Solo un pedazo mordido. Y el plato de agua todavía estaba lleno.

-Oye -dijo Amarillo, señalando la mesa-. No había un cliente comiendo o algo así?

Turquesa se acercó y miró la mesa.

-Sí. El marrón. Pidió pizza con sal. Se sentó ahí y no se movió en toda la noche.

-¿Y dónde está?

Turquesa miró alrededor. La silla vacía. La mesa con la comida. Y la puerta que acababa de cerrarse.

-No sé -dijo Turquesa, confundida-. Estaba sentado hace un minuto.

Amarillo suspiró y se llevó una mano a la cabeza.

-Genial. Alguien que se va sin pagar.

Turquesa la miró.

-¿Y la pizza?

-Dejala. Mañana la tiro.

Amarillo se dio vuelta y volvió a la cocina, refunfuñando en voz baja.

-Malditos clientes...

Pero en su interior, algo le decía que ese cliente no se había ido por casualidad.

Que esa mirada no era casualidad.

Y que quizás volvería.

Afuera, la lluvia seguía cayendo sobre Nébula. Las luces de la ciudad se reflejaban en los charcos, creando destellos borrosos en el pavimento mojado. La calle estaba vacía, solo el sonido del agua golpeando el suelo y el viento moviendo los carteles de los negocios.

Y entonces, algo extraño ocurrió.

En la vereda, comenzaron a aparecer marcas. Huellas. Pisadas invisibles que se formaban en los

charcos, como si alguien estuviera caminando sin ser visto. Una figura invisible avanzaba rápidamente, dejando tras de sí un rastro de agua salpicada.

Las huellas se desviaron hacia un callejón oscuro, entre dos edificios altos que bloqueaban la luz de la ciudad. El sonido de los pasos se detuvo.

Y en ese momento, Marrón volvió a ser visible.

Apareció de la nada, como si la oscuridad lo hubiera escupido. Su cuerpo estaba tembloroso, su bata de laboratorio empapada, su ojo abierto de par en par. Se apoyó contra la pared del callejón, con las manos presionando su pecho. Respiraba agitado, como si hubiera corrido una larga distancia.

-Oh dios... -susurró, su voz apenas audible-. Oh dios...

Se deslizó lentamente contra la pared, hasta quedar sentado en el suelo mojado. El agua de la lluvia caía sobre él, mezclándose con el sudor de su frente. Sus piernas temblaban.

Se cubrió la cara con sus manos.

-Casi... casi hablo con ella... -dijo, su voz entrecortada-. Casi...

Se quedó en silencio un momento, solo respirando. Luego levantó la cabeza y miró hacia el callejón vacío.

-¿Qué estoy haciendo?

Se quedó ahí, bajo la lluvia, sin moverse. La chaqueta del taxista seguía sobre sus hombros, aunque ya no le servía de nada. El frío se filtraba por su cuerpo.

Pero no podía moverse. No podía levantarse.

Solo podía quedarse ahí, temblando.

Y pensar en ella.

Chapter 13

Cap 9: Cada uno en pareja

Verde estaba sentado en una mesa del hangar vacío, con una caja de pizza abierta frente a él. Las rebanadas estaban cubiertas de un brillo blanco que solo él podía apreciar. Sal. Montones de sal. La pizza estaba tan salada que cualquier otro tripulante hubiera necesitado un litro de agua solo para mirarla.

Pero Verde no era cualquier otro tripulante.

Se llevó un pedazo a la boca y masticó con deleite. Su ojo se entrecerró de placer.

-Mmm... perfecto -dijo, lamiéndose los dedos-. La sal justa. La sal perfecta.

Bronce estaba al lado, sentado en una silla con la espalda recta y el ojo fijo en la nada. Su cuerpo no se movía. No parpadeaba. Parecía una estatua olvidada en medio del hangar.

Verde lo miró y sonrió.

-Bronce, ¿no vas a comer nada?

Bronce no respondió.

-Ya sé, ya sé. Siempre callado. Pero tenés que comer algo. Si no, te vas a desmayar.

Verde tomó un pedazo de pizza y lo acercó a la boca de Bronce.

-Abrí.

Bronce no se movió.

-Vamos, Bronce. Solo un mordisco.

Bronce parpadeó lentamente. Su ojo se movió hacia la pizza. Luego hacia Verde. Luego abrió la boca ligeramente.

Verde le metió el pedazo con cuidado.

-Ahí está. Buen chico.

Bronce masticó mecánicamente, sin expresión. Tragó.

Verde le acarició la cabeza con su mano flotante, como si fuera un perrito.

-Eso es. Buen muchacho.

Siguió comiendo su pizza, con una sonrisa en el ojo.

-¿Sabés, Bronce? Sos mi mejor amigo. El único que siempre está conmigo. El único que no me juzga.

Bronce no respondió.

Verde rió.

-Bueno, tampoco hablás mucho, pero se te quiere igual.

Tomó otro pedazo de pizza y se lo ofreció a Bronce.

-¿Otro?

Bronce abrió la boca y Verde se lo dio.

Luego Verde volvió a acariciarle la cabeza, con movimientos suaves y repetitivos. La mano de Verde se movía sobre la cabeza de Bronce, una y otra vez. Como si fuera el gesto más natural del mundo.

-Algún día -dijo Verde, mirando el techo-, vamos a viajar juntos.

Bronce no respondió.

Pero su ojo parpadeó una vez más.

Y Verde lo tomó como una respuesta.

Rosa entró al hangar con paso firme, su traje negro impecable y su ojo frío recorriendo el espacio.

Apenas cruzó la puerta, se asqueo. Su mano se llevó a la boca, y un gesto de asco claro cruzó su rostro.

-¿Qué es ese olor? -preguntó, su voz cortante.

Verde y Bronce, que estaban en la mesa con la pizza a medio comer, se pusieron firmes al instante. Los dos cuerpos se enderezaron, las piernas juntas, los ojos al frente. Como soldados ante su general.

Verde miró hacia un lado, viendo la caja de pizza con sal brillando bajo la luz. Su ojo se movió rápido. Luego volvió a mirar a Rosa.

-Yo me encargo -dijo, su voz baja pero firme.

Y sin esperar respuesta, agarró la caja de pizza con sus manos flotantes y se la metió a la boca. Toda. De una sola vez. Masticó rápido, con la cara llena, tragando con esfuerzo. La sal se deslizaba por su garganta, pero no le hacía daño. Solo le daba una energía extraña.

Rosa lo miró con el ojo entrecerrado y el asco aún visible.

-Terminaste, supongo.

Verde tragó el último bocado y volvió a su posición firme.

-Listo, señor.

Rosa lo miró un momento más, y luego habló.

-Tengo algo planeado para esta noche.

Verde inclinó la cabeza.

-¿Qué cosa, señor?

-Una salida. Con mi jefe de seguridad. Para asegurarme de que sea más leal.

Verde parpadeó. Luego su ojo se iluminó con una sonrisa burlona.

-AYYY -dijo, alargando la palabra-. El jefecito tiene una cita!

Rosa no respondió. Pero su ojo se tensó.

Bronce dio un paso adelante, su voz apenas un murmullo.

-Señor, tal vez yo podría...

No terminó la frase. Rosa se movió con una velocidad antinatural. Un tentáculo grueso salió de su costado enrollándose alrededor del cuerpo de Verde. Lo apretó con fuerza, levantándolo del suelo.

Verde se quejó, su cuerpo redondo comprimido por la presión.

-¡Señor! ¡Yo solo...!

-No me gusta que me interrumpan -dijo Rosa, su voz fría y medida-. Y no me gusta que se burlen de mí.

Verde intentó hablar, pero el tentáculo apretó más. Su ojo se abrió de par en par.

-¡Lo siento! -dijo, su voz entrecortada-. ¡No lo vuelvo a hacer!

Rosa lo sostuvo un momento más, viéndolo retorcerse. Luego lo soltó. Verde cayó al suelo, jadeando, frotándose el costado.

-Esta noche -dijo Rosa, volviendo a su tono profesional-, ustedes dos vigilarán MIRA HQ. No quiero interrupciones. No quiero visitas. Y no quiero errores.

Verde asintió rápidamente.

-Sí, señor.

-Sí, señor -repitió Bronce.

Rosa los miró un momento más y luego se dio vuelta, caminando hacia la salida.

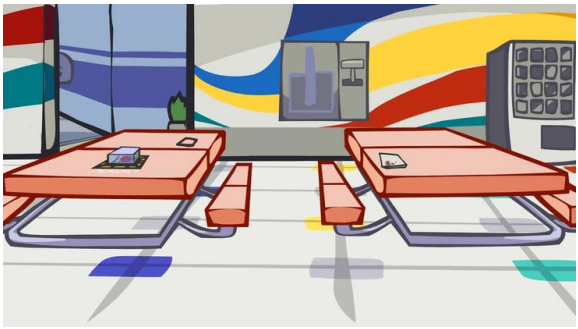
Cuando se fue, Verde se quedó en el suelo, con las manos en el pecho.

-Eso... no fue divertido.

Bronce lo miró, su ojo vacío.

-No me salves -dijo Verde, mirándolo-. La próxima vez, dejame.

Bronce no respondió.



Rosa y Guinda estaban sentados en una mesa del restaurante más refinado de Nébula. El lugar era elegante, con luces tenues y manteles blancos, y las ventanas de piso a techo dejaban ver la ciudad iluminada. Rosa llevaba un traje negro impecable, su ojo brillando con satisfacción. Guinda, en cambio, estaba al otro lado de la mesa con las piernas cruzadas y los brazos cruzados sobre el pecho.

Su ojo estaba fijo en Rosa con una mezcla de odio y hartazgo.

-Esto es ridículo -dijo Guinda, su voz plana.

Rosa sonrió.

-Es una cena. Normal. Como hacen las parejas.

-No somos una pareja.

-Claro que sí.

-No.

Rosa inclinó la cabeza.

-Entonces, ¿por qué aceptaste venir?

Guinda apretó los puños.

-Porque si no, no veía a Carmesí. Como siempre.

-Ya veo. Me usas por mi hijo.

-Exacto.

Rosa rió, sin ofenderse.

-Me encanta cuando eres directo.

-Y a mí me encanta cuando te quedas callado.

-Nunca pasa.

-Lo sé. Por eso estoy enojado.

El mozo llegó a la mesa. Un tripulante de color amarillo claro, con un delantal blanco y una sonrisa profesional.

-Buenas noches, señores. ¿Qué desean pedir?

Rosa levantó su mano para indicar que él hablaba primero.

-Yo voy a comenzar con una ensalada de hojas verdes con aderezo ligero -dijo Rosa, con elegancia-. Y de plato principal, un filete jugoso, término medio, con una reducción de vino tinto. Para beber, un agua mineral con gas.

El mozo anotó con rapidez y luego miró a Guinda.

-¿Y usted, señor?

Guinda no miró al mozo. Su ojo estaba fijo en Rosa, con una intensidad que podría cortar el aire.

-Quiero una carne asada -dijo, su voz fuerte y clara-. Con cebolla. Y costillas. También quiero pasta. Con mucho ajo. Mucho. Papas fritas con vinagre. Una orden de aros de cebolla.

Hizo una pausa. Su ojo se entrecerró.

-Y añádale sal.

Una pausa.

-MUCHA SAL.

Rosa tragó saliva, su ojo parpadeando apenas. Su mano flotante se movió ligeramente, como si quisiera cubrirse la boca, pero se contuvo.

El mozo parpadeó, claramente procesando la cantidad de comida.

-¿Algo más, señor?

-No. Eso es todo.

El mozo asintió y se fue con el pedido.

Rosa se quedó en silencio un momento. Luego habló, su voz un poco más baja.

-Eso es... mucha comida.

Guinda lo miró con una sonrisa torcida.

-Tengo hambre.

-Y mucha sal.

-Me gusta la sal.

Rosa apretó su mano bajo la mesa.

-Lo sé. Lo noté.

Guinda se recostó en su silla, con los brazos aún cruzados.

-¿Algún problema con mi pedido?

-Ninguno.

-Bien.

El silencio se extendió entre ellos. Rosa intentó relajarse, pero su ojo seguía fijo en el pedido imaginario de Guinda. La sal. Tanta sal.

-¿Por qué haces esto? -preguntó Rosa, finalmente.

-¿Qué?

-La sal. Sabes que me afecta.

Guinda sonrió.

-¿Y crees que me importa?

Rosa no respondió.

Guinda siguió.

-Me obligaste a venir acá. Me obligaste a sentarme frente a ti como si esto fuera normal. Como si hubieras cambiado. Pero no cambiaste, Rosa. Solo te volviste más astuto.

Rosa lo miró fijamente.

-No te estoy obligando a nada.

-Sí. Sí lo estás. Y sabes que lo estás.

Rosa abrió la boca para responder, pero el mozo llegó con las bebidas. Dejó un vaso de agua frente a Rosa, y una jarra grande de cerveza frente a Guinda.

Guinda tomó la jarra y bebió un largo trago, sin apartar el ojo de Rosa.

Rosa solo miró.

-Disfruta tu cena -dijo Guinda, con una sonrisa fría-. Yo voy a disfrutar la mía.

Rosa no dijo nada.

Pero su ojo se movió hacia la cocina, donde el olor a sal comenzaba a filtrarse.

Y supo que esa noche iba a ser larga.

Carmesí estaba en su oficina, revisando los mismos informes de siempre. Los números se mezclaban en su pantalla, y su ojo se movía sin realmente procesar nada. Estaba distraído. Siempre lo estaba últimamente.

Escuchó pasos en el pasillo. Levantó la vista y vio a Verde y Bronce pasar frente a su puerta. Verde caminaba con su energía habitual, moviendo las piernas con confianza. Bronce iba detrás, como siempre, con su ojo vacío y su cuerpo inmóvil.

Carmesí suspiró y bajó la mirada.

-Cada vez que los veo me acuerdo de lo que me dijo Rojo -murmuró para sí mismo-. Qué vida.

Siguió trabajando. O al menos fingiendo que trabajaba.

Y entonces escuchó una voz.

-¿Carmesí?

Levantó la vista.

Aquamarina estaba en la entrada de su oficina, con su chaqueta de trabajo y su ojo brillante. Su sonrisa era amplia y genuina. Llevaba una tableta bajo el brazo y un poco de polvo en la ropa.

-Aquamarina -dijo Carmesí, su voz saliendo más aguda de lo que quería-. ¿Qué... qué hacés acá?

Ella entró sin pedir permiso.

-Pasaba por el sector y vi tu nombre en la puerta. Hace semanas que no nos vemos, ¿no?

-Sí... semanas.

-¿Estás bien? Te veo cansado.

Carmesí se enderezó en su silla.

-Sí, sí. Estoy bien. Solo trabajo.

-Siempre trabajo. ¿Vas a comer algo o te quedás aquí todo el día?

Carmesí abrió la boca para responder, pero ella ya estaba mirando su escritorio.

-Mmm... informes del sector 5. Informes del sector 6. Informes del sector 7. ¿No tenés nada más interesante?

-No -dijo Carmesí-. Solo informes.

Aquamarina se rió.

-Sos igual que siempre. Te encerras en tu oficina y no salís hasta que se te secan los ojos.

Carmesí se sonrojó apenas.

-Es que tengo que...

-Comer. Tenés que comer. Vamos, te invito.

-¿Ahora?

-Sí, ahora. Conozco un lugar cerca que vende empanadas.

Carmesí miró su pantalla. Luego miró a Aquamarina.

-Está bien -dijo, levantándose-. Pero solo una.

-Claro. Una.

Salieron de la oficina. Carmesí caminaba a su lado, con las manos metidas en los bolsillos. Aquamarina hablaba sin parar de su trabajo, de Celadon, de los planos de la nueva Skeld.

Carmesí solo asentía, con el ojo fijo en ella.

-¿Estás escuchando? -preguntó ella.

-Sí -dijo él, aunque no había escuchado ni la mitad.

Aquamarina lo miró con una sonrisa.

-Sos un desastre, Carmesí.

-Lo sé...

Carmesí caminaba a su lado, pero no escuchaba una sola palabra.

Su ojo estaba fijo en ella. En la forma en que movía las manos. En el brillo de su ojo. En la sonrisa que aparecía cada vez que hablaba de algo que le gustaba.

-... y entonces Celadon dijo que si no quedaba perfecto, iba a hacer que todos nos quedáramos hasta la medianoche. ¡Medianoche! Y yo le dije...

Aquamarina siguió hablando, pero Carmesí ya no estaba en el presente. Su mente estaba en otro lugar. En un lugar donde podía decirle lo que sentía sin tartamudear. Donde podía tomar sus manos y decirle...

-...y entonces yo le dije que si el conducto estaba desalineado por medio grado, no iba a afectar en nada, pero él no...

FIUMBA !

Carmesí se llevó puesto un poste por pelotudo.

Un poste metálico, de esos que sostienen los carteles de los pasillos, estaba justo en medio de su camino. No lo vio. Su ojo estaba en Aquamarina, no en el poste.

El golpe fue seco. Su cuerpo chocó contra el metal, y el sonido resonó en el pasillo vacío.

Carmesí cayó al suelo, con el ojo abierto de par en par y las manos flotantes frotándose la cabeza.

-¡AUCH!

Aquamarina se detuvo en seco y se dio vuelta. Lo vio en el suelo, con el poste todavía temblando ligeramente.

-¿Carmesí? -dijo, su voz mezcla de sorpresa y risa contenida-. ¿Te chocaste con un poste?

Carmesí se sentó lentamente, con el ojo aturdido.

-No... no me choqué. El poste se movió.

-¿El poste se movió?

-Sí. Se movió.

Aquamarina se agachó frente a él, con una sonrisa enorme en su ojo.

-Carmesí, el poste no se mueve. Tú no estabas mirando.

Carmesí se sonrojó intensamente.

-Sí estaba mirando.

-¿Y qué estabas mirando?

-El... el piso.

-El piso.

-Sí. Había una mancha.

Aquamarina se rió, una risa clara y genuina.

-Sos increíble.

Carmesí se levantó lentamente, con las manos flotantes aún frotándose la cabeza.

-Fue un accidente.

-Claro que fue un accidente. Como cuando te caíste en el recreo de niños.

-Eso fue diferente.

-Fue lo mismo.

Carmesí la miró y su ojo se suavizó.

-No fue lo mismo.

-Sí fue lo mismo.

Se quedaron en silencio un momento. Carmesí seguía sonrojado.

Aquamarina le dio un golpecito en el hombro.

-Vamos, empanadas. Necesitás comer para no chocarte con más postes.

Carmesí asintió, sin dejar de sonrojarse.

Y mientras caminaban, él juró que la próxima vez iba a mirar hacia adelante.

O al menos lo intentaría.

Mora y Rojo caminaban por una calle tranquila de Nébula. El sol de la tarde se filtraba entre los edificios, y el ambiente era relajado. Rojo caminaba con paso alegre, su ojo brillando con emoción, y un tono coqueto en su voz.

-Bueno, ¿y dónde es la cita? -preguntó, moviendo las piernas con energía-. ¿Me vas a llevar a un lugar elegante? ¿O a ese lugar de comida rápida que te gusta tanto?

Mora rió y señaló hacia adelante.

-Ahí.

Rojo siguió su mirada.

Y parpadeó.

Frente a ellos había un local. Pequeño, con luces tenues y un cartel que decía "Centro Espiritual: Conexión con el Más Allá". Cortinas de colores cubrían las ventanas, y un olor a incienso salía por la puerta entreabierta.

Rojo se quedó helado.

-MORA -dijo, su voz subiendo de tono-. ESTO NO ES UNA CITA.

Mora se rió y lo tomó de la mano.

-Tranquilo. Solo tengo unas dudas que pueden ayudarnos ahora. Y Ghostly me dijo que viniera.

Rojo la miró con el ojo entrecerrado.

-¿Ghostly?

-Sí. La presentadora de la fiesta. Me dio su tarjeta.

Mora sacó una tarjeta blanca de su bolsillo y se la mostró. Tenía un número de contacto y una dirección.

-Dijo que podía ver espíritus. Que vio a Azul y a Cyan.

Rojo parpadeó.

-¿Eh?

-Sí. En la fiesta. Dijo que había muchos fantasmas alrededor. Y que el de Azul era guapo.

Rojo abrió la boca. La cerró.

-¿Azul? ¿El doctor de la Skeld?

-El mismo.

Rojo se quedó en silencio un momento.

-Mora... ¿estás segura de que esto es real?

-No lo sé. Pero si hay algo que pueda ayudarnos a entender lo que está pasando, quiero intentarlo.

Rojo suspiró.

-Está bien. Vamos.

-¿En serio?

-Sí. Pero después me llevas a comer algo.

-Prometido.

Entraron al local.

Adentro era oscuro y lleno de cristales de colores. Velas parpadeaban en las esquinas, y el olor a incienso era más fuerte. Un mostrador de madera estaba al fondo, y detrás de él, un tripulante de color cielo.

Llevaba una calavera amarilla pintada en su rostro, y su visor era completamente negro. Su ojo los miró con una mezcla de aburrimiento y desinterés.

-Bienvenidos -dijo su voz plana y arrastrada-. Soy Skuller. ¿Qué buscan?

Mora se acercó al mostrador y mostró la tarjeta de Ghostly.

-Vengo recomendada por Ghostly. Quiero saber si pueden conectarme con alguien.

Skuller tomó la tarjeta y la miró. Luego giró el ojo y la devolvió.

-Ghostly siempre manda a los confundidos. Pasen.

Señaló una cortina detrás de él.

Mora y Rojo se miraron y entraron.

Entran y se acomodan.

La sala era pequeña, con paredes cubiertas de telas moradas y luces tenues que parpadeaban como estrellas. Velas rodeaban una mesa redonda en el centro, y el aire olía a incienso y algo más, algo antiguo.

Ghostly estaba sentada al otro lado de la mesa. Su traje blanco brillaba suavemente, y su visor negro reflejaba las llamas. Su ojo los recibió con una calma que parecía ver más allá de lo visible.

-Pasen, pasen -dijo, con voz suave y melodiosa-. Ya sabía que vendrían.

Rojo y Mora se sentaron frente a ella.

-¿Sabías que íbamos a venir? -preguntó Rojo.

Ghostly inclinó la cabeza.

-Las almas hablan. Y las suyas están muy inquietas.

Mora se inclinó hacia adelante.

-Tengo preguntas. Sobre personas que murieron. Amigos. Tripulantes.

Ghostly asintió lentamente.

-Sé de quiénes hablas. Ellos están aquí.

Rojo abrió el ojo.

-¿Aquí? ¿Ahora?

-Siempre están en algún lugar. Algunos se quedan cerca de los que aman.

Ghostly cerró el ojo por un momento. Luego lo abrió.

-Veo a uno. Verde. Pero no el que camina por los pasillos. El otro. El verdadero.

Mora y Rojo se tensaron.

-¿El verdadero Verde? -preguntó Mora.

-Sí. Está tranquilo. Dice que... no sabía que iba a pasar esto. Pero que está bien. Que no se preocupen por él.

Rojo sintió un nudo en la garganta.

-¿Y los otros? ¿Azul? ¿Cyan?

Ghostly volvió a cerrar el ojo. Luego sonrió.

-Azul dice que lo sienten. Por lo de la cámara.

Mora parpadeó.

-¿La cámara?

-Sí. Dice que se sintió mal por haberlos asustado. Pero que no pudieron hacer nada. Que todo salió bien, al final.

Rojo y Mora se miraron.

Ghostly inclinó la cabeza.

-Hay otro. Lima. Está enojado. Pero no con ustedes.

-¿Con quién, entonces? -preguntó Rojo.

-Con todos los que lo encerraron. Pero dice que ya está afuera. Que va a estar bien.

El silencio se extendió.

Ghostly los miró con calma.

-¿Quieren preguntar algo más?

Mora dudó un momento.

-¿Alguien más? ¿Alguien que haya muerto en Polus?

Ghostly cerró el ojo de nuevo. Más largo esta vez.

Luego lo abrió.

-Hay alguien. Dice que los extraña. Pero que está contento de que hayan seguido adelante.

-¿Quién? -preguntó Rojo, su voz temblorosa.

Ghostly sonrió.

-Banana.

Mora y Rojo miraron abajo.

El nombre de Banana había caído como un golpe. Rojo apretó las manos bajo la mesa. Mora parpadeó varias veces, sintiendo que el aire se le escapaba.

Ghostly los observó en silencio, con su ojo calmado, como si ya supiera lo que iban a sentir.

-Ella está tranquila -continuó Ghostly, con voz suave-. Dice que no se preocupen por ella. Que Coco y Beige están bien. Que los ha visto crecer desde donde está.

Rojo tragó saliva.

-¿Ella... ha visto a los niños?

-Sí. Dice que son hermosos. Que son fuertes. Que los quiere mucho.

Mora levantó la mirada, su ojo brillando.

-¿Y... y Banana dijo algo más?

Ghostly cerró el ojo por un momento. Luego abrió.

-Dice que Gris la está cuidando. Que están juntos.

Rojo sintió que el corazón se le partía un poco más. Miraba hacia la mesa, sin saber qué decir.

Mora tomó aire y siguió preguntando.

-¿Alguien más? ¿Hay alguien más que quiera decirnos algo?

Ghostly los miró con atención. Su ojo se movió lentamente, como si estuviera escuchando voces que ellos no podían oír.

-Hay muchos aquí -dijo-. Muchos que los conocen. Que los han visto. Que han estado cerca de ustedes sin que lo sepan.

Hizo una pausa.

-Amarillo también está aquí.

Mora y Rojo se quedaron en silencio.

Se miraron.

Sus ojos se encontraron bajo la mesa. Ambos sabían que Amarillo estaba viva. Que estaba en su casa en ese momento. Que no podía ser un fantasma.

Pero no dijeron nada.

Rojo carraspeó.

-Ah... sí. Ella también. Claro.

Mora asintió.

-Sí, ella... ella siempre ha estado con nosotros. Siempre.

Ghostly inclinó la cabeza.

-¿Pasa algo?

-No -dijo Rojo demasiado rápido-. Solo que... nos dimos cuenta de que tenemos que irnos. Los niños.

-Sí, los niños -añadió Mora, levantándose-. La niñera. La cita.

-Es tarde.

-Sí, es tarde.

Ghostly los miró con su ojo profundo.

-¿Seguros que no quieren preguntar algo más?

-No -dijeron al unísono-. Ya está bien.

Se levantaron rápido. Caminaron hacia la salida sin mirar atrás. La cortina se movió detrás de ellos, y el aroma a incienso se desvaneció lentamente.

Afuera, en la recepción, Skuller los vio pasar con su ocio indiferente.

Y justo detrás de ellos, esperando para entrar, estaban Cobalto y Manzana.

Cobalto llevaba un traje impecable, con un anillo brillando en su dedo. Su ojo era suave y su sonrisa era encantadora.

Manzana, a su lado, llevaba su overol azul, el pañuelo atado al cuello y los guantes de trabajo. Su ojo estaba fijo en Rojo y Mora cuando salieron.

Levantó una mano. Lenta. Como si quisiera saludarlos.

Cobalto lo vio y, sin decir una palabra, bajó su mano con un movimiento suave.

Manzana lo miró con el ojo entrecerrado.

Cobalto negó lentamente.

Manzana apretó los puños, pero obedeció.

Rojo y Mora pasaron junto a ellos sin verlos. Sin notarlos. Sin saber que los dos hombres que habían estado muertos estaban a centímetros de ellos.

Cobalto los vio salir y luego se giró hacia la recepción.

-Buenas tardes. Tenemos cita con Ghostly.

Skuller los miró con su calavera pintada.

-Pasen.

Cobalto caminó primero.

Manzana lo siguió, pero su ojo seguía mirando hacia la puerta. Hacia donde Rojo y Mora habían desaparecido.

-No era el momento -dijo Cobalto en voz baja.

-Lo sé

-Cuando sea el momento, querido.

-¿Y cuándo será?

Cobalto no respondió.

Solo siguió caminando hacia la sala de Ghostly.

Entraron.

La sala era la misma: telas moradas, velas parpadeantes, olor a incienso. Ghostly estaba sentada detrás de la mesa redonda, con su traje blanco y su visor negro. Los recibió con una inclinación de cabeza.

-Bienvenidos -dijo, su voz suave y melodiosa-. Ya sabía que vendrían.

Manzana gruñó. Un sonido bajo, apenas audible, pero cargado de desconfianza. Su ojo recorrió la sala, evaluando cada rincón, cada sombra.

Cobalto, a su lado, solo rió. Una risa suave, casi divertida. Se sentó frente a Ghostly con la elegancia de quien está acostumbrado a estar en el centro de atención.

-Qué lugar tan acogedor -dijo, con su tono encantador-. Muy... espiritual.

Ghostly inclinó la cabeza.

-Gracias. Es un espacio para conectar con lo que no se ve.

-¿Y usted ve muchas cosas? -preguntó Cobalto, con una sonrisa.

-Suficientes.

Manzana seguía de pie, con las piernas firmes y las manos cruzadas. Su ojo no se apartaba de Ghostly. La miraba como si pudiera ver más allá de su visor.

Cobalto lo miró y, con un movimiento apenas perceptible, le dio permiso.

Manzana sonrió. Una sonrisa torcida, llena de intención.

Se sonó el cuello con un movimiento seco. Las articulaciones crujieron.

Dio un paso hacia Ghostly.

Ghostly lo miró sin moverse. Su ojo seguía calmado, como si ya supiera lo que iba a pasar.

Guinda terminó de comer. Dejó los cubiertos sobre el plato vacío con un golpe seco y se recostó en su silla, con el ojo entrecerrado y una expresión de satisfacción.

-Estoy lleno -dijo, su voz plana pero con un dejo de triunfo.

Al otro lado de la mesa, Rosa estaba verde. No era un verde bonito. Era un verde pálido, enfermizo, que contrastaba con su traje negro impecable. Su ojo estaba entrecerrado, y su mano flotante se movía lentamente hacia su boca, como si quisiera cubrirse pero no pudiera.

El olor a sal, ajo, cebolla y vinagre seguía flotando en el aire. Cada bocanada de aire le golpeaba el estómago como un puñetazo.

-¿Estás bien? -preguntó Guinda, con una sonrisa falsa.

Rosa tragó saliva. Su ojo se movió hacia el plato vacío de Guinda, luego hacia el suyo, casi intacto.

-Sí -dijo, su voz forzadamente calmada-. Estoy bien.

-¿Seguro? Te veo un poco... verde.

-No estoy verde.

-Sí, sí estás. Te pusiste verde.

Rosa apretó la mano bajo la mesa.

-Fue solo el olor. La comida. No estoy acostumbrado a... tanto condimento.

Guinda se encogió de hombros.

-Es mi culpa. Yo pedí todo eso.

-No es tu culpa.

-Claro que es mi culpa. Lo hice a propósito.

Rosa lo miró. Su ojo se abrió ligeramente.

-¿A propósito?

-Sí. Sabía que te iba a molestar. Por eso lo pedí.

Rosa se quedó en silencio un momento. Luego dejó escapar un suspiro largo.

-Eres cruel.

-Aprendí de los mejores.

El mozo se acercó a la mesa.

-¿Desean algo más, señores?

Guinda levantó su mano.

-Sí. Tráigame un postre. Uno con mucho chocolate y crema. Y un café con canela.

Rosa cerró el ojo.

-Guinda...

-¿Qué? Es mi cena. Puedo pedir lo que quiera.

-Pero la sal...

-Ya no hay más sal. Solo chocolate.

El mozo asintió y se fue.

Rosa se llevó una mano a la cabeza.

-No sé cómo puedes comer tanto.

-Soy un tripulante de Polus. Estamos acostumbrados a comer rápido y mucho. La nieve te da hambre.

-No estás en Polus.

-Pero sigo siendo el mismo.

El postre llegó. Guinda lo miró con aprobación y tomó el tenedor.

Rosa lo vio comer.

-¿Por qué haces esto? -preguntó, finalmente.

Guinda levantó la vista.

-¿El qué?

-Esto. Pedir todo esto. Saber que me afecta. Hacerme pasar un mal rato.

Guinda dejó el tenedor lentamente.

-Porque te mereces un mal rato. Porque te mereces sentirte incómodo, aunque sea un poco. Porque yo pasé años sintiéndome incómodo por tu culpa.

Rosa no respondió.

Guinda tomó otro bocado.

-¿Y sabes qué? Es el mejor postre que he probado en años.

Rosa lo miró largamente. Luego bajó la vista.

-Me alegra que te guste.

-No me importa si te alegra o no.

-Lo sé.

Guinda comió en paz.

Terminó el postre con la misma tranquilidad con la que había devorado el plato principal. Dejó el tenedor sobre la mesa y se limpió la boca con la servilleta, con un gesto lento y deliberado.

-Ya me puedo ir -dijo, sin mirar a Rosa-. Mejor dicho, ya nos podemos ir.

Rosa asintió, aunque su rostro seguía verde. Se levantaron. Él pagó la cuenta, con movimientos torpes, sus manos temblando ligeramente. Guinda lo observó en silencio, sin ofrecer ayuda.

Salieron del restaurante. La noche de Nébula los recibió con aire fresco, pero Rosa no sintió alivio. El olor a sal seguía pegado a su interior, retorciéndole el estómago.

Caminaron unos pasos en silencio. Rosa avanzaba con paso incierto, sus piernas moviéndose con dificultad, una mano flotante apoyada en su vientre. Guinda iba a su lado, con las manos en los bolsillos, silbando bajito.

Llegaron a un arbusto al borde de la vereda.

Rosa no aguantó más.

Se inclinó y vomitó.

El líquido rosa y espeso salió de su boca, golpeando las hojas con un sonido húmedo. Vomitó una vez. Dos

veces. Tres. Su cuerpo se sacudía con cada arcada, y sus manos se aferraban a las ramas del arbusto para no caer.

Respiró agitado y siguió vomitando.

Guinda se detuvo. Lo miró en silencio.

Luego soltó una risa.

No fue una risa burlona. Fue una risa genuina, libre. Como si hubiera estado esperando ese momento toda la noche.

-Mira -dijo, señalando con una mano-. El gran Rosa. El líder de MIRA. El que controla todo. Vomitando en un arbusto como un borracho cualquiera.

Rosa se enderezó lentamente. Su ojo estaba lloroso, su rostro verde pálido. Se limpió la boca con el dorso de su mano.

-¿Te divierte?

-Sí. Mucho.

Rosa lo miró con el ojo entrecerrado.

-No puedo creer que te haya invitado a salir.

-Yo tampoco. Pero valió la pena.

Guinda se dio vuelta y empezó a caminar, con las manos en los bolsillos y el ojo brillante de satisfacción.

-Vamos, líder. Hay que llevarte a tu oficina antes de que vuelvas a vomitar.

Rosa se quedó un momento más, respirando hondo. Luego lo siguió, arrastrando las piernas.

Llegaron al coche.

Rosa se dejó caer en el asiento trasero con un suspiro pesado, su cuerpo redondo hundiéndose en el cuero. Cerró el ojo y apoyó la cabeza contra el vidrio de la ventana, sintiendo el frío en su rostro. Respiró agitado, tratando de calmar los mareos que aún le revolvían el estómago. Cada movimiento del coche al encenderse le daba una pequeña sacudida que le hacía apretar el ojo con fuerza.

Guinda se sentó a su lado con total comodidad. Se recostó en el asiento, cruzó las piernas y puso las manos detrás de la cabeza, como si estuviera en una tumbona en la playa. Su ojo estaba entrecerrado con

una satisfacción que no había mostrado en mucho tiempo.

-Uff -dijo, dejando escapar un suspiro largo-. Me moría por eso. Hacía semanas que no comía algo así. Los antojos me estaban matando.

Rosa abrió el ojo apenas para mirarlo, pero no dijo nada. Solo asintió lentamente, aún sintiéndose mareado.

El conductor arrancó el coche sin decir una palabra. El vehículo se deslizó por las calles de Nébula, con las luces de la ciudad pasando a través de las ventanas.

Guinda siguió hablando, como si Rosa no estuviera a punto de desmayarse.

-La carne estaba perfecta. Jugosa. Y la pasta... no sé qué le pusieron, pero estaba increíble. El ajo le daba ese toque que necesitaba.

Rosa se llevó una mano al estómago.

-Guinda...

-¿Qué?

-No hables de comida.

Guinda lo miró y sonrió.

-¿Te sigue molestando?

-Sí.

-Qué lástima.

Guinda se rió y se recostó de nuevo. El coche siguió avanzando, y el silencio se extendió entre ellos.

Rosa cerró el ojo de nuevo. Solo quería que la noche terminara.

Guinda lo miró de reojo y luego siguió hablando, con la misma tranquilidad de siempre.

-Y sabes qué, la cebolla estaba caramelizada perfectamente. Dulce, pero con ese toque ahumado que le da la parrilla. Y las papas fritas crujían con cada mordida, justo como me gustan. El vinagre le daba ese acidez que contrarresta la grasa...

Rosa abrió el ojo. Su rostro estaba más verde que antes.

-Guinda...

-¿Qué? Solo digo que fue la mejor cena que he tenido en meses. La sal, el ajo, la carne...

-Guinda...

-Y el postre, no te digo. Ese chocolate amargo con crema...

-Guinda, ya...

-...me hizo acordar a cuando comíamos en Polus antes de que todo se fuera al carajo. ¿Te acordás?

Rosa abrió la boca para responder, pero no le dio tiempo.

Su ojo se giró hacia atrás y su cuerpo se desplomó sobre el asiento. Cayó de costado, con la cabeza apoyada contra el vidrio de la ventana, y su mano se relajó.

Quedó completamente inmóvil.

Guinda parpadeó.

Lo miró un momento.

-Ay caray -dijo.

Se inclinó y le dio un golpecito en el hombro.

-¿Rosa?

No respondió.

-¿Rosa?

Nada.

Guinda suspiró y se recostó en su asiento.

-Bueno. Al menos ya no tengo que escucharlo quejarse.

El conductor miró por el espejo retrovisor.

-¿Lo llevo a un hospital, señor?

Guinda negó con la mano.

-No. A MIRA HQ. Que se despierte en su oficina.

El conductor asintió y siguió manejando.

Guinda miró a Rosa, inconsciente a su lado.

Y por un momento, su ojo se suavizó.

-Tonto -murmuró en voz baja-. Por no saber comer.

Pero no lo dijo con odio.

Llegaron a MIRA HQ. El coche se detuvo frente a la entrada principal, y Guinda bajó primero, estirando las piernas con un suspiro de alivio. Luego abrió la puerta trasera y, con una facilidad que no esperaba, levantó el cuerpo de Rosa en sus manos.

-Nunca pensé que diría esto -murmuró, ajustando su agarre-. Pero pesas menos de lo que aparentas.

Caminó hacia el edificio. La noche estaba tranquila, sin guardias a la vista. Guinda se movió con pasos rápidos, esquivando puertas y subiendo escaleras. Y en el camino, sin que nadie lo viera, chocó el cuerpo de Rosa contra algunas paredes.

-Ay, perdón -dijo, sonriendo-. No vi esa esquina.

-Ouch. Esa puerta estaba muy baja.

-Uy, esa columna apareció de repente.

Rosa no reaccionaba. Solo su cuerpo flojo y su ojo cerrado.

Llegó a la oficina de Rosa y lo dejó caer sobre el escritorio. El cuerpo de Rosa quedó extendido sobre los papeles, con las piernas colgando y las manos flotantes a los costados.

Guinda se rió y se quedó viéndolo un momento.

-Bueno, jefe. Ya estás en tu casa.

Iba a irse. Iba a darse la vuelta y salir, dejar a Rosa ahí y olvidarse de todo.

Pero entonces lo vio.

Una hoja rosa. Justo debajo de la mochila de Rosa.

-¿Qué es esto? -murmuró.

Se acercó. La hoja tenía una forma extraña, casi como si estuviera viva. Y algo en su interior le decía que no era normal.

Miró a los lados. La oficina estaba vacía. La puerta cerrada.

Con cuidado, le quitó la mochila a Rosa y la puso a un lado. Luego revisó la abertura en la espalda de Rosa. La zona donde los tripulantes llevaban a sus crías.

Y entonces lo vio.

Un frijol. Pequeño. Con orbs dentro. Brillando con una luz tenue.

Guinda se quedó helado. Su ojo se abrió de par en par.

-No...

Su voz era apenas un susurro.

-No puede ser...

Tocó el frijol con una mano temblorosa. Los orbs dentro brillaron más fuerte.

Guinda sintió que el mundo se le derrumbaba.

-Puta madre .... No de nuevo ...

Y luego, todo se oscureció.

Su cuerpo cayó al suelo con un golpe sordo, al lado del escritorio.

La oficina quedó en silencio.

Solo Rosa, inconsciente sobre la mesa.

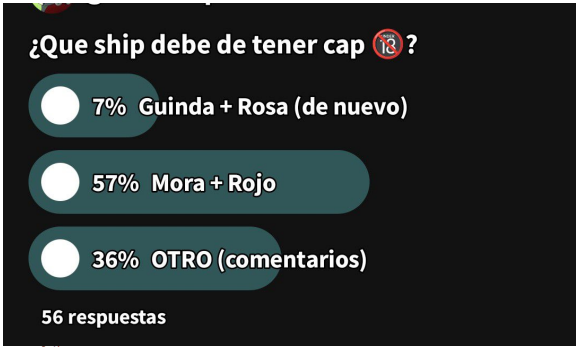
Y Guinda, desmayado en el suelo.

🔞 💜❤️

Chapter 14

Nuestra cita

Bueno, lo que prometí se tiene que hacer. Hice una encuesta para ver qué ship del fanfic obtiene un capítulo+18, aparentemente ganó Rojo + mora, así que ... Comencemos



Esto es canon, pero no importante para la trama, si no te sientes cómodo leyendo NSFW, saltea este capítulo.

YYY... Me temo que este es un poco más corto, la reproducción entre dos amongi pues es bastante simple y no me puedo tomar tantas libertades.

Personalmente es mucho más creativo cuando mínimo uno es un impostor.

Comencemos.

Salieron del centro espiritual en silencio. El incienso todavía se les pegaba a la ropa. Rojo caminaba un poco más adelante, con las manos flotantes metidas en los bolsillos del traje, visiblemente afectado. Mora lo seguía de cerca, observándolo.

Apenas doblaron la esquina y se alejaron unas cuadras, Rojo se detuvo bajo una luz tenue de la calle.

-Era una estafadora...

Mora se acercó y le puso una mano en el hombro.

-Necesitamos... desestresarnos.

Rojo soltó una risa corta y amarga.

-¿Desestresarnos? ¿Cómo? ¿Otra sesión con fantasmas?

Mora sonrió con picardía y se acercó más, bajando la voz.

-No. Tengo una idea mejor.

Lo tomó de la mano y tiró de él suavemente hacia una calle más tranquila. Caminaron unas cuadras hasta llegar a un pequeño hotel discreto, de esos que se usan para parejas que quieren privacidad. Mora no dijo nada mientras pagaba la habitación. Rojo solo la miró, medio sorprendido, medio entendiendo.

-Picarona...

Cuando cerraron la puerta detrás de ellos, Mora lo empujó con suavidad contra la pared y lo besó. Fue un beso lento al principio, pero cargado de todo lo que habían acumulado.

-Vamos a olvidarnos de todo por un rato -susurró contra su boca-. Solo vos y yo.

Rojo gimió bajito y le devolvió el beso con más ganas. Sus manos flotantes bajaron por la espalda de Mora, apretándola contra él.

Se quitaron la ropa con prisa, casi con desesperación. Mora lo empujó hacia la cama y se subió encima, besándole la zona del cuello mientras sus cuerpos se rozaban.

-Relajate... -murmuró ella, bajando lentamente por su pecho.

Mora bajó lentamente por el pecho de Rojo, rozando con su cuerpo el de él. Rojo jadeaba, el ojo entrecerrado de placer mientras sentía cómo Mora se movía con intención sobre él.

Ella siguió descendiendo, acariciándolo con todo el cuerpo hasta llegar a la parte baja. Se tomó su tiempo, rozando y presionando justo donde sabía que lo volvía loco. Rojo soltó un gemido más fuerte, las manos apretando las sábanas.

- Mora... -jadeó, la voz entrecortada.

Mora sonrió con picardía y, de repente, lo agarró con firmeza. Con un movimiento rápido pero suave lo

volteó sobre la cama, dejándolo boca abajo. Rojo soltó una risa avergonzada, escondiendo parcialmente el ojo contra la almohada.

Mora le quitó la mochila con cuidado y la dejó a un lado. La gran abertura en la espalda de Rojo quedó completamente expuesta. Ella pasó una mano por los bordes con ternura y sonrió.

-No te avergüences -dijo con voz suave y cariñosa-. Ya estamos casados. No hay nada de vos que no conozca... y que no me guste.

Rojo soltó otra risa nerviosa, pero se relajó visiblemente.

Mora se posicionó sobre él, alineándose con cuidado. Bajó lentamente, penetrándolo con su propia abertura hasta el fondo. Ambos soltaron un gemido al mismo tiempo.

Empezaron a moverse. Primero con ritmo lento y profundo, disfrutando la sensación de estar tan conectados. Mora se inclinaba sobre la espalda de Rojo, rozando su cuerpo contra el de él mientras entraba y salía con movimientos firmes.

-Así... -susurró ella cerca de su visor-. Dejate llevar.

Rojo gemía contra la almohada, empujando hacia atrás para encontrarse con cada embestida de Mora. El ritmo fue acelerando poco a poco. Los sonidos húmedos de sus cuerpos chocando llenaban la habitación junto con sus gemidos.

Mora lo agarró de las caderas con más fuerza y empezó a follarlo más duro, chocando contra su espalda con cada movimiento. Rojo temblaba debajo de ella, gimiendo más alto.

- Mora... ahh... más fuerte... -pidió entre jadeos.

Ella obedeció. Sus embestidas se volvieron más intensas, profundas y rápidas. La cama crujía bajo ellos. Mora estaba completamente concentrada en darle placer, rozando justo donde sabía que lo hacía perder el control.

Rojo arqueó la espalda, gimiendo sin vergüenza ahora:

- ¡SI! MIERDA...¡SIII!

Mora siguió follándolo con ganas, una mano acariciando su costado mientras la otra lo sujetaba firme. Los dos jadeaban y gemían, cada vez más cerca.

Cuando Rojo llegó al clímax, se contrajo alrededor de Mora con un gemido largo y tembloroso. Eso fue suficiente para que ella también terminara, empujando profundo mientras se vaciaba dentro de él.

Los dos se quedaron quietos unos segundos, respirando agitados. Mora se dejó caer suavemente sobre la espalda de Rojo, abrazándolo desde atrás sin salir de él todavía.

-Te amo -susurró contra su visor.

Rojo soltó una risa cansada y feliz.

-Yo también te amo... aunque sigas siendo una loca que me lleva a centros espirituales.

Mora se rió bajito y le dio un beso suave en la parte trasera del visor.

-Valió la pena, ¿no?

-Totalmente.

-....

-...

-... ¿Quieres seguir?

Rojo asintió avergonzado, todavía con el ojo medio escondido contra la almohada. Mora sonrió con ternura y diversión al mismo tiempo.

Se separó de él con lentitud, dejando que un poco de polen dorado y espeso se escapara de su abertura. Se levantó de la cama y extendió una mano hacia Rojo.

-Ven -dijo suavemente-. Quiero hacerlo de otra forma.

Rojo se levantó, todavía algo tímido, pero obedeció. Mora lo guio hasta el centro de la habitación. Se colocaron de pie, espalda contra espalda, y empezaron a rozarse con lentitud. Sus aberturas se tocaron, cálidas y sensibles.

Mora fue la primera en empujar hacia atrás. Las dos aberturas se presionaron con fuerza, encajando perfectamente. Un gemido compartido salió de ambos cuando el polen empezó a mezclarse.

Se movieron así, de pie, chocando espaldas con ritmo constante. Cada embestida hacía que sus cuerpos se sacudieran. El polen dorado y brillante comenzaba a escaparse por los bordes, goteando por sus piernas y formando pequeños charcos en el piso.

-Así se siente más intenso... -susurró Mora, empujando más fuerte hacia atrás.

Rojo jadeaba, empujando también contra ella. Sus aberturas se frotaban y presionaban con cada movimiento, liberando más y más polen. El olor dulce inundaba la habitación.

Mora aceleró el ritmo, chocando con más fuerza. Rojo soltó un gemido más alto, las piernas temblándole ligeramente. Se apoyaron el uno contra el otro para mantener el equilibrio mientras seguían follando de pie, espalda contra espalda.

El polen salía en cantidades cada vez mayores. Brillante, espeso y cálido, se deslizaba por sus cuerpos y caía al suelo. Cada choque producía un sonido húmedo y obsceno.

Mora gemía más fuerte, moviéndose con ganas.

-Rojo... me encanta sentirte así...

Rojo solo podía responder con gemidos. Empujaba hacia atrás con fuerza, buscando más fricción, más profundidad. Sus aberturas se contraían y relajaban al mismo tiempo, liberando todavía más polen.

Siguieron así varios minutos, de pie en el centro de la habitación, chocando espaldas sin parar. El polen ya cubría parte del piso alrededor de ellos. Ambos temblaban, cada vez más cerca.

Mora fue la primera en llegar. Se contrajo con fuerza alrededor de la abertura de Rojo y soltó un gemido largo mientras liberaba una gran cantidad de polen dentro de él. Rojo gimió también y se corrió casi al mismo tiempo, empujando fuerte hacia atrás mientras su propio polen se mezclaba con el de Mora.

Se quedaron de pie, espalda contra espalda, respirando agitados, todavía conectados. El polen seguía goteando lentamente entre ellos.

Mora soltó una risa suave y cansada.

-Esto sí que es desestresante...

Rojo rió también, todavía avergonzado pero claramente relajado.

-Sos imposible... -murmuró.

Mora se movió un poco más, rozando las aberturas con suavidad, disfrutando de los últimos espasmos.

-No me digas que no te gustó.

Rojo no respondió con palabras. Solo empujó ligeramente hacia atrás, como respuesta.

Se quedaron así un rato más, de pie, disfrutando del calor, del polen y de la cercanía. Ninguno de los dos tenía prisa por separarse.

Chapter 15

Cap 10: ¡YO NO QUIERO ESTO!

Ok, no llegamos ni a la mitad de la historia que tengo planeada, así que confirmo que si, serán más de 10 caps.

Guinda despertó lentamente. La luz blanca del techo le golpeó el ojo, y parpadeó varias veces antes de poder enfocar. Estaba en una cama. Una habitación blanca. Olía a desinfectante y metal. La ala médica.

Se incorporó con esfuerzo, sintiendo un dolor sordo en la cabeza. Y entonces vio a Mocha, de pie a su lado con una tableta en las manos y su ojo duro como siempre.

-Ya despertó -dijo Mocha, anotando algo en su tableta-. Qué bien.

Guinda parpadeó. Miró alrededor. La habitación estaba vacía excepto por ellos dos. El silencio era pesado.

-¿Qué pasó? -preguntó, su voz ronca-. ¿Dónde estoy?

-En la ala médica de MIRA HQ. Lo encontraron desmayado en la oficina del señor Rosa.

Guinda sintió un alivio inmenso recorrerle el cuerpo. Soltó un suspiro largo y se dejó caer sobre la almohada.

-Ah... fue un sueño. Todo fue un sueño.

-¿Un sueño? -Mocha levantó una ceja-. No sé qué soñó, pero no parece que haya sido agradable.

-No lo fue -dijo Guinda, cerrando el ojo-. Pero ya pasó. Ya estoy despierto.

Mocha no respondió. Solo lo miró con ese ojo suyo que siempre parecía saber más de lo que decía.

-Qué bueno que lo encontraron así -dijo finalmente-. Si no, no hubiéramos visto esto.

Guinda abrió el ojo lentamente.

-¿Qué cosa?

Mocha no respondió. En lugar de eso, señaló hacia un costado.

Guinda giró la cabeza. Una mesa. Sobre ella, su propia mochila. La que siempre llevaba en la espalda. La que contenía todo lo que necesitaba.

No entendió.

Y entonces, un doctor de color blanco se acercó a la cama. Llevaba una bata impecable y una sonrisa profesional en su ojo.

-Señor Guinda -dijo, su voz alegre-. Felicitaciones.

Guinda lo miró sin entender.

-¿Felicitaciones por qué?

El doctor sonrió más ampliamente.

-Va a ser papá.

Guinda se quedó helado.

Su ojo se abrió de par en par. Su cuerpo se tensó.

-¿Qué?

El doctor señaló hacia su espalda.

Guinda sintió que el aire se le escapaba. Lentamente, como si su cuerpo se moviera solo, levantó una mano y tocó su propia espalda.

Sintió el frijol.

Pequeño. Firme. Con una luz tenue que parpadeaba bajo su piel.

Guinda abrió la boca. No salió ningún sonido. Su ojo se movió de la mochila a su propia espalda, y de vuelta al doctor.

-No -susurró-. No puede ser...

-Es un milagro, señor. -dijo el doctor, sin perder su sonrisa-. No todos los tripulantes pueden concebir después de ciertas... experiencias. Pero usted lo logró.

Guinda sintió que el mundo se inclinaba a su alrededor.

-No... no... no...

Su ojo se giró hacia atrás. Su cuerpo cayó de lado.

Se desmayó de nuevo.

Mocha lo agarró justo a tiempo, evitando que cayera al suelo.

-Otra vez -dijo Mocha, con un suspiro-. ¿Siempre se desmaya así?

El doctor asintió.

-Es normal. Es un shock emocional. Va a necesitar reposo.

Mocha lo acomodó en la cama y apretó los labios.

-Cuando despierte, va a tener muchas preguntas.

-Y muchas respuestas.

-¿Y Rosa? -preguntó Mocha-. ¿Sabe algo de esto?

El doctor negó.

-Todavía no. Pero cuando lo sepa... va a ser interesante.

Mocha lo miró largamente.

-Interesante no es la palabra que yo usaría.

Rosa estaba en su oficina, sentado detrás de su escritorio con una taza de té humeante entre las manos. El aroma a hierbas lo calmaba después de la noche horrible que había tenido. La cabeza aún le dolía, y el estómago seguía sensible, pero al menos ya no estaba vomitando.

La puerta se abrió de golpe.

No, no se abrió. La patearon.

Guinda entró con el ojo ardiendo de furia, las piernas moviéndose con fuerza y los puños apretados. Su cuerpo temblaba de rabia.

-VOS -gritó, su voz retumbando en la oficina-. HIJO DE PUTA.

Rosa levantó la vista con calma, aunque su ojo se abrió ligeramente. Bajó la taza de té y la dejó sobre la mesa.

-No me grites -dijo, con voz firme.

Guinda dio un paso adelante, sus manos temblorosas.

-¿Que no te grite? -repitió, su voz subiendo de tono-. ¿QUE NO TE GRITE?

Rosa levantó una mano.

-Guinda, calmate. No le grites a alguien que está en cinta.

Guinda se quedó en silencio por un segundo. Su ojo se abrió de par en par. Luego soltó una risa amarga y descontrolada.

-¿EN CINTA? -gritó-. ¡YO TAMBIÉN ESTOY EN CINTA!

Rosa se ahogó con su propio aire.

Su ojo se abrió desmesuradamente. Su taza de té cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

-¿¿VOS TAMBIÉN?? -gritó, levantándose de su silla.

-¡SÍ, YO TAMBIÉN! -Guinda señaló su propia espalda con furia-. ¡UN FRIJOL! ¡EN MI ESPALDA! ¡CON ORBS! ¡IGUAL QUE EL TUYO!

Rosa dio un paso atrás. Su mano flotante se llevó a su boca.

-No puede ser...

-¡PUEDE Y ES!

-Pero si nosotros... si la noche esa...

-¡LA NOCHE ESA, ROSA! -gritó Guinda, acercándose-. ¡ESA MALDITA NOCHE! ¡VOS Y YO!

Rosa se apoyó contra la pared, sintiendo que las piernas le flaqueaban.

-Yo pensé...

-¡Y YO PENSÉ QUE ERA UN SUEÑO! -gritó Guinda-. ¡PERO NO LO ES! ¡ESTÁ AHÍ! ¡EN MI ESPALDA! ¡Y EN LA TUYA!

Rosa miró su propia espalda, como si pudiera ver el frijol a través de su traje. Luego miró a Guinda.

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó, su voz apenas un susurro.

Guinda lo miró con el ojo lleno de odio y miedo.

-No lo sé. Pero no voy a criar a este hijo contigo.

Guinda dio media vuelta y caminó hacia la puerta. Sus pasos eran firmes, decididos. Su ojo estaba fijo en la salida, como si nada pudiera detenerlo.

-Sabes qué? -dijo sin mirar atrás-. Voy a ir a que me corten el frijol. Y bye híbridos. No quiero saber nada.

Rosa se levantó rápido, su silla cayendo hacia atrás. Cruzó la oficina en dos pasos y le agarró la mano antes de que pudiera abrir la puerta.

Guinda se detuvo. Giró lentamente la cabeza y lo miró con el ojo lleno de bronca.

-Soltame.

Rosa respiró agitado. Su ojo estaba fijo en Guinda, y su mano temblaba ligeramente.

-Escuchame -dijo, su voz entrecortada-. No hagas esto.

-No me digas qué hacer.

-Guinda...

-Te dije que me sueltes.

Rosa no lo soltó. Apretó más fuerte.

-Vas a matar a tu hijo.

Guinda apretó los puños.

-No es mi hijo. Es una maldita creación. Un experimento. Igual que todo lo que sale de vos.

-No es un experimento -dijo Rosa, su voz bajando-. Es nuestro hijo. Los dos lo hicimos. Los dos.

Guinda lo miró con el ojo lleno de odio.

-No me importa.

-Te importa. Por eso estás temblando.

Guinda sintió que su cuerpo se tensaba. Quiso apartarlo, quiso gritarle, pero su mano no se movía.

Rosa dio un paso adelante.

-Te voy a pedir una cosa. Solo una.

-No me interesa.

-Los voy a portar todos -dijo Rosa-. Yo. Por vos.

Guinda parpadeó.

-¿Qué?

-Voy a llevar el embarazo. Los dos. El tuyo y el mío. Voy a hacer que los orbs se transfieran a mí. No vas a tener que cargar con nada. Solo quiero que no te lo saques.

Guinda lo miró sin entender.

-¿Estás loco?

-Probablemente -dijo Rosa, con una sonrisa débil-. Pero es lo único que se me ocurre.

Guinda bajó la mirada. Su mano seguía atrapada en la de Rosa.

-¿Y si no quiero?

Rosa apretó suavemente.

-Entonces andate. Pero al menos pensalo. Solo pensalo.

El silencio se extendió.

Guinda suspiró. Largo. Cansado.

-Odio cuando hacés esto.

-¿Qué cosa?

-Ser razonable.

Rosa sonrió.

-Es mi único talento.

Guinda lo miró con el ojo duro. Su respiración era pesada, pero su voz era firme.

-Bien -dijo-. Todos los portarás vos.

Rosa asintió lentamente, sin soltar su mano.

-Sí. Todos.

Guinda se soltó. Sin apartar la mirada, metió su mano dentro de su propia abertura dorsal. Sus dedos buscaron el frijol y lo agarraron con fuerza. Sin dudar, sin mirar, lo arrancó.

Un sonido húmedo. Un chorro de sangre. Guinda tembló de dolor, su ojo se cerró con fuerza, pero no emitió ningún sonido. Solo apretó los dientes y respiró hondo.

Sacó el frijol. Pequeño. Brillante. Manchado de rojo.

Rosa lo agarró con ambas manos, con cuidado, como si fuera un tesoro frágil.

Guinda se enderezó lentamente. Su mano presionaba la herida en su espalda. La sangre goteaba entre sus dedos.

-Listo -dijo, su voz ronca-. Ahora te lo llevás.

Rosa miró el frijol en sus manos. Luego miró a Guinda.

-Guinda...

-Pero a cambio -lo interrumpió Guinda, su ojo encendido-. Me voy a la mierda de aquí. Chau MIRA. Chau todo.

Rosa abrió la boca, pero Guinda lo cortó de nuevo.

-AH Y ME LLEVO A CARMESÍ. No quiero que termine con la cabeza podrida como vos.

El silencio se hizo pesado.

Rosa miró el frijol. Luego a Guinda.

-Carmesí tiene una vida aquí...

-Carmesí tiene una vida de mierda aquí -corrigió Guinda-. Lo usaste toda su vida. Como a todos. Yo no voy a permitir que siga así.

Rosa bajó la mirada.

-Guinda...

-No me busques -dijo Guinda, caminando hacia la puerta-. No me llames. No me escribas. No me mandes a nadie.

Se detuvo en la puerta.

-Y si intentás detenerme, juro que voy a hacer que te arrepientas.

Abrió la puerta. Y salió.

Rosa se quedó solo, con el frijol ensangrentado en sus manos.

La puerta se cerró con un golpe seco.

Rosa miró el frijol en sus manos. Estaba tibio y manchado de sangre, con los orbs brillando en su interior como pequeñas estrellas. Lo sostuvo un momento, sintiendo su peso y su fragilidad. Luego, con un movimiento lento y cuidadoso, lo metió

dentro de su propia espalda, en la abertura que tenía para ese propósito.

Sintió cómo se acomodaba. Cómo se integraba a su cuerpo. Cómo comenzaba a latir en sincronía con él.

Suspiró. Un suspiro largo y pesado que llevaba consigo todo el cansancio del mundo.

Se limpió la sangre con un pañuelo que sacó del cajón. Movió sus manos con precisión, removiendo cada mancha de su traje y de sus dedos. Cuando terminó, se quedó mirando el pañuelo manchado por un momento, antes de arrojarlo a la basura.

Apretó los puños. Su ojo se endureció.

Se sentó en la silla, apoyó las manos en el escritorio y tocó un botón en el panel de comunicaciones. La luz parpadeó.

-Mocha -dijo, su voz fría y calculadora-. Llama a Verde y Bronce. Deciles que quiero... otra limpieza.

Un breve silencio al otro lado de la línea.

-¿Otra limpieza, señor? -preguntó Mocha.

-Sí. El lugar que ya saben. Pero esta vez, más exhaustiva. No quiero que quede nada.

-Entendido, señor.

La comunicación se cortó.

Rosa se quedó mirando la ventana, viendo las luces de Nébula brillar allá abajo. La ciudad seguía su curso. La gente seguía su vida. Nadie sabía lo que había pasado en esa oficina. Nadie sabía lo que estaba haciendo.

Llevó una mano a su espalda, tocando apenas la zona donde el nuevo frijol se había instalado.

-Bien -murmuró para sí mismo-. Todo va a estar bien.

Escarlata e Índigo caminaban por los pasillos de la nueva Skeld, con cajas y papeles en las manos. La nave aún olía a nuevo, a metal recién soldado y pintura fresca. Habían sido asignados a ordenar los archivos y materiales de la bodega de carga, una tarea tediosa que nadie más quería hacer.

Escarlata colocó una caja sobre una mesa y suspiró.

-No puedo creer que nos mandaron a hacer esto. Somos agentes encubiertos, no empleados de mudanzas.

Índigo lo miró con una sonrisa.

-Es parte del disfraz. Los agentes encubiertos también ordenan cajas.

-Sí, pero podrían ordenarlas en un lugar más interesante.

-Como la oficina de Rosa.

-Exacto.

Índigo rió y siguió revisando los papeles. Su ojo se movía rápido, pero su mente estaba en otra parte.

-Oye -dijo, bajando la voz-. Lo de anoche con Ghostly... ¿no te pareció raro?

Escarlata levantó una ceja.

-¿Lo de Ghostly? Sí, fue raro. Todo el tema de los espíritus y las velas. Para mí que era una estafadora.

-No, Rojo -dijo Índigo, usando su nombre real en voz baja-. No te das cuenta. Esa tipa sabía quiénes somos.

Escarlata se quedó quieto. Dejó la caja que tenía en las manos.

-¿Cómo sabes?

-Por cómo nos miró. Por cómo habló. Dijo que veía espíritus, pero lo que vio fue a nosotros. Nombres. Historias. Cosas que no debería saber.

-Pero nosotros no le dijimos nada.

-No hizo falta. Ella ya lo sabía.

Escarlata se llevó una mano a la cabeza.

-Entonces si Ghostly sabe quiénes somos... ¿quién más lo sabe?

Índigo negó.

-No lo sé. Pero no me gusta.

-¿Crees que es una amenaza?

-No lo sé. Pero desde ahora, vamos a tener más cuidado.

Escarlata asintió. Su ojo se movió hacia la puerta de la bodega, como si esperara que alguien estuviera escuchando.

-Tenés razón -dijo-. Ghostly sabe algo. Y tenemos que averiguar qué.

Índigo lo miró con seriedad.

-Y rápido. Antes de que se lo cuente a alguien más.

-Si Rosa lo supiera, ya estaríamos muertos. O encerrados. O peor. Ghostly no le ha dicho nada. Pero eso no significa que no vaya a hacerlo.

-Entonces tenemos que averiguar qué quiere. ¿Plata? ¿Protección? ¿Qué?

-No lo sé. Pero tenemos que descubrirlo antes de que sea tarde.

Índigo iba a responder, pero una voz interrumpió desde el fondo de la bodega.

-¡Oye! ¿Van a terminar alguna vez?

Ambos giraron. Fucsia estaba de pie en la entrada, con las manos en las caderas y el ojo entrecerrado. Su flor en la cabeza se movía ligeramente con cada gesto. Llevaba su bata de laboratorio manchada de tierra, como siempre.

-Llevan una hora hablando y moviendo las mismas dos cajas -dijo, con un tono de impaciencia-. Si no terminan rápido, Celadon va a venir y los va a poner a revisar planos hasta que se les sequen los ojos.

Escarlata parpadeó.

-¿Celadon? ¿El arquitecto?

-El mismo. Y no es muy paciente. Así que muévanse, yo iré con Zafiro.

Índigo y Escarlata intercambiaron una mirada. Luego volvieron a las cajas, moviéndose con más rapidez.

Fucsia los observó un momento y luego se dio vuelta.

-Cuando terminen, avísenme. Hay cosas más interesantes que hacer que mirarlos a ustedes dos.

Y se fue, con su paso rápido y su flor moviéndose al ritmo de sus piernas.

Escarlata la vio irse y luego miró a Índigo.

-¿Crees que ella sabe algo?

Índigo se encogió de hombros.

-No sé. Pero no podemos confiar en nadie.

-Ni en ella.

-Ni en ella.

Siguieron ordenando en silencio, con el ojo fijo en las cajas y la mente en otra parte.

Carmesí estaba sentado en una mesa de la nueva Skeld, con su teléfono en las manos y una sonrisa tonta en el ojo. Los mensajes de Aquamarina aparecían en la pantalla, y él respondía con dedos temblorosos, riendo bajito por cosas que ella decía. Se notaba enamorado. Se notaba feliz.

Pero al escuchar pasos, guardó el teléfono de inmediato, como si lo hubieran descubierto haciendo algo prohibido.

Guinda se acercó con pasos lentos, su ojo cansado y su postura más relajada de lo habitual. Se sentó frente a él, sin preguntar. Sin esperar permiso.

-Hola -dijo Guinda.

Carmesí parpadeó.

-Hola... ¿estás bien?

-Sí. Solo quería hablar con vos.

-¿Ahora?

-Ahora.

Carmesí se recostó en su silla, con el ojo fijo en su padre. No sabía qué esperar. Guinda siempre era difícil de leer.

-Disculpame -dijo Guinda, bajando la mirada-. Por no poder hablar tanto con vos antes. Rosa es muy...

Carmesí completó la frase sin dudar.

-¿Autoritario? ¿Mandon? ¿Un completo "mamá"?

Guinda parpadeó. Luego soltó una risa corta, sorprendida.

-Creo que lo conocés bien.

-Es difícil no conocerlo. Viví con él toda mi vida.

Guinda asintió, con el ojo suavizándose.

-Sí... supongo que sí.

El silencio se extendió entre ellos, pero no era incómodo. Era un silencio que permitía respirar.

Carmesí jugó con sus manos sobre la mesa, mirando hacia abajo.

-¿Por qué te enamoraste de él? -preguntó, su voz baja-. De Rosa.

Guinda lo miró largamente.

-¿Por qué preguntas eso?

-Porque quiero entender. Porque siempre lo vi como un monstruo. Pero vos lo amaste. Y no entiendo por qué.

Guinda soltó un suspiro. Miró hacia el techo, como buscando las palabras.

-El verdadero Rosa no era así. No era frío. No era calculador. Era... brillante. Curioso. Se reía de verdad cuando algo le parecía gracioso. Se emocionaba con los descubrimientos. Podía pasar horas hablando de un mineral raro que encontró en Polus y hacer que sonara como la cosa más fascinante del universo.

Hizo una pausa.

-Era torpe. Se chocaba con las puertas. Se olvidaba de comer cuando estaba concentrado. Una vez se pasó tres días sin dormir por un proyecto y cuando lo vi, estaba hablando solo y riéndose de cosas que no existían.

Carmesí sonrió débilmente.

-Eso no suena como el Rosa que conozco.

-Porque ese Rosa se fue. Lo perdí. Y no sé dónde quedó.

Guinda bajó la mirada.

-Lo extraño muchísimo.

Carmesí sintió que un nudo se formaba en su garganta.

-Crees que... el hubiera querido tenerme? El verdadero Rosa. ¿Crees que hubiera sido un buen padre?

Guinda levantó la cabeza lentamente. Su ojo se encontró con el de Carmesí.

-El te hubiera amado muchísimo -dijo, su voz firme y suave-. Más de lo que crees.

Carmesí sintió el ojo húmedo. Bajó la cabeza y la apoyó sobre el hombro de Guinda. El contacto era cálido. Cómodo.

-Extraño a alguien que jamás conocí... -susurró.

Guinda puso una mano en la cabeza de su hijo.

-Yo también lo extraño...

Se quedaron en silencio.

El tiempo pasó lentamente, pero ninguno de los dos sintió la necesidad de romperlo.

Carmesí seguía apoyado en el hombro de Guinda, sintiendo el calor de su cuerpo. Su ojo estaba cerrado, y su respiración era tranquila.

Guinda lo miró de reojo y suspiró. Luego habló, su voz baja y cansada.

-¿Y vos? ¿Cómo estás? No solo en el trabajo. En la vida.

Carmesí abrió el ojo lentamente.

-Estoy... bien. Creo.

-¿Solo bien?

-No sé. Es complicado.

Guinda asintió.

-Suele serlo.

Se quedaron en silencio otro momento.

-¿Tenés amigos? -preguntó Guinda, con tono casual.

Carmesí se rió, pero era una risa amarga.

-No, no tengo amigos.

-¿Ninguno?

-Ninguno. Rosa siempre me mantuvo ocupado. Trabajo, informes, reuniones. No tuve tiempo para hacer amigos.

Guinda apretó el ojo.

-Eso es triste.

-Lo sé.

-¿Y novio? ¿O novia?

Carmesí se movió incómodo. Su ojo se abrió de par en par, y un leve sonrojo apareció en su rostro.

-¿Novio?

-O novia. Cualquier cosa que te guste.

Carmesí se rascó la cabeza con su mano flotante, claramente incómodo.

-Bueno... no sé. Hay alguien.

Guinda se enderezó, interesado.

-¿Alguien?

-Sí. Pero no es nada. Solo una amiga.

-¿Una amiga?

-Sí. Del trabajo.

-¿Y cómo se llama?

Carmesí se sonrojó más.

-Aquamarina. Es ingeniera. Trabaja en la construcción de la nave.

Guinda sonrió apenas.

-¿Y te gusta?

Carmesí dudó.

-No lo sé. A veces. Cuando habla, me olvido de todo. Cuando se ríe, quiero reírme con ella. Cuando se va, la extraño.

-Eso suena a que te gusta.

Carmesí bajó la mirada.

-Tal vez. Pero no sé qué hacer. Ella es extrovertida, sociable. Yo soy un desastre. Me pongo nervioso, tartamudeo, digo cosas sin sentido. Ayer me choqué con un poste porque la estaba mirando.

Guinda soltó una risa suave.

-¿Un poste?

-Sí. Un poste.

-¿Y ella qué hizo?

-Se rió. Me dijo que era un desastre.

-Y le gustaste más, seguro.

Carmesí lo miró confundido.

-¿Por qué?

Guinda le dio un golpecito en el hombro.

-Porque cuando alguien se ríe de tus errores sin burlarse, significa que le importas. Si se hubiera reído con crueldad, no le importarías. Pero se rió con cariño. Eso es diferente.

Carmesí se quedó pensando.

-¿De verdad?

-De verdad.

Carmesí sonrió tímidamente.

-No sé si tengo el valor de decirle algo.

-No hace falta que le digas. Solo seguí viéndola. Hablando. Si se da, se da. Y si no, no.

-¿Y si me rechaza?

-Entonces te duele un tiempo y seguís adelante. Así funciona.

Carmesí lo miró.

-Vos sabés mucho de esto.

Guinda se encogió de hombros.

-Aprendí a los golpes.

Carmesí se rió, y por un momento, su ojo brilló con algo parecido a la esperanza.

-Gracias, papá.

Guinda sintió un nudo en la garganta.

-De nada, hijo...

Verde estaba en navegación, moviéndose de un lado a otro con energía. Colgaba decoraciones de las pantallas, ajustaba luces, y revisaba el orden de las sillas. Todo debía estar perfecto. Todo debía brillar.

Bronce estaba sentado en una esquina, con el ojo fijo en la nada. No se movía. No parpadeaba.

Verde levantó una guirnalda y la colgó sobre una consola.

-¿Sabés? -dijo sin mirar a Bronce-. Intentaron reanimar a Naranja. Pero gran parte de su ADN estaba con radiación del espacio a la hora de explotar. Así que no pudieron hacer mucho.

Bronce no respondió.

Verde siguió decorando.

-Dicen que intentan lo mejor para reactivarla. Pero ya pasó tanto tiempo... no sé.

Colgó otra guirnalda.

-Yo creo que deberían dejarla descansar. Pero bueno, nadie me pregunta a mí.

Bronce parpadeó lentamente.

Verde se detuvo un momento, con una cinta en la mano. La miró como si no supiera qué hacer con ella.

-Rojo me enseñó esto -dijo, señalando la cinta-. Me enseñó a hacer nudos. A colgar cosas sin que se caigan. Dijo que era una habilidad útil para un capitán.

Sonrió débilmente.

-Era un buen profesor.

Se quedó en silencio. Su ojo se fijó en la cinta, pero ya no la veía.

-En serio que los extraño -dijo, su voz bajando-. A todos. A Rojo. A Mora. A los demás. Aunque...

Hizo una pausa.

-No sé.

Bronce lo miró.

Verde dejó la cinta sobre la mesa.

-Lo que pasó en la Skeld fue... bueno, no lo sé. MIRA me dijo que Rojo y Mora lo hicieron. Que ellos fueron los responsables. Que ellos eran los terroristas.

Se pasó una mano por la cabeza.

-Pero yo ya no lo recuerdo. No recuerdo nada de eso. Solo tengo lo que me dijeron. Y a veces... a veces me pregunto si será verdad.

Bronce no respondió.

Verde se sentó en una silla, con los hombros caídos.

-Porque si ellos hicieron todo eso... ¿por qué los extraño? ¿Por qué siento que eran mis amigos?

El silencio se extendió.

Bronce abrió la boca lentamente.

-Los recuerdos... a veces mienten.

Verde levantó la vista.

-¿Qué?

-Las personas... cambian los recuerdos. Para protegerse. Para sobrevivir.

Verde lo miró largamente.

-¿Vos también cambiaste los tuyos?

Bronce no respondió.

Verde bajó la mirada.

-A veces no sé quién soy, Bronce. No sé qué es verdad y qué no.

Bronce lo miró sin expresión.

-Tampoco yo.

-Bueno -dijo Verde, su voz cansada-. Deberías ir a tu puesto en cámaras. A... hacer lo que hace un jefe de seguridad. ¿No?

Bronce lo miró por un largo momento. Su ojo no mostraba nada. Ni acuerdo, ni desacuerdo. Solo el vacío de siempre. Luego, sin decir una palabra, se levantó lentamente y caminó hacia la puerta. Sus

pasos eran pesados, arrastrándose contra el suelo metálico. La puerta se abrió y se cerró detrás de él.

Verde se quedó solo en la sala de navegación. La nave estaba en silencio, solo el zumbido constante de los motores llenaba el aire. Se quedó mirando la ventana, viendo el espacio infinito que se extendía más allá del vidrio.

-Solo conduce y ya -murmuró para sí mismo-. Eso es todo lo que hago.

No había respuesta. Solo el vacío.

En otra parte de la nueva Skeld, en una pequeña zona de descanso cerca de la bodega de carga, Cobalto y Manzana estaban sentados en una mesa metálica. Cobalto había conseguido algo de comida

de la cafetería de la nave y la había dispuesto con elegancia. Manzana solo tenía una bolsa de papas fritas, que comía con movimientos lentos, su ojo fijo en la pared.

Cobalto hablaba con un grupo de tripulantes que se habían acercado a la mesa. Su voz era suave y encantadora, y sus gestos eran amplios y cálidos. Reía con ellos, les contaba historias, los hacía sentir importantes. Todos los que pasaban se detenían a escucharlo. Era imposible no quererlo.

-...y entonces le dije que si el negocio no funcionaba, al menos tendría una buena historia que contar -dijo Cobalto, levantando su mano con un gesto dramático-. Y el tipo se rió y me compró tres más.

Los tripulantes rieron. Uno de ellos, un color naranja, le dio una palmada en el hombro.

-Sos un genio, Cobalto.

-No soy un genio. Solo sé hablar.

-Y vender.

-Y vender.

Manzana, a unos metros de distancia, seguía comiendo sus papas fritas en silencio. Su ojo se movía de vez en cuando hacia Cobalto, pero no decía nada. No se acercaba. No se unía a la conversación.

Cobalto lo miró de reojo, pero no lo llamó. Sabía que Manzana no quería estar allí. Sabía que prefería la distancia.

Los tripulantes se fueron después de un rato, y Cobalto se quedó solo con Manzana. Se levantó y caminó hacia él.

-¿Por qué no te acercaste? -preguntó, sentándose frente a él.

-No quería.

-Podrías haber hablado con ellos. Son buena gente.

-No confío en la buena gente.

-¿Y en mí?

Manzana levantó la vista lentamente.

-En vos tampoco.

Cobalto sonrió.

-Es lo que me gusta de vos. Sos honesto.

Manzana tomó otra papa frita y la mordió con fuerza.

-No me gusta este lugar. Quiero irme.

-Ya vamos a irnos. Solo necesitamos terminar lo que vinimos a hacer.

-¿Y qué es lo que vinimos a hacer?

Cobalto lo miró con su ojo profundo.

-Cuidar de ellos. Aunque no lo sepan.

Manzana no respondió. Solo siguió comiendo, con el ojo fijo en la pared.

Chapter 16

Cap 11: Prepárense...

Era un parque de juegos en Nébula. El sol brillaba suave, y el pasto verde se extendía bajo los pies de los tripulantes que correteaban. Un columpio metálico se movía con el viento, y una resbaladilla de colores brillaba al fondo.

Rosa chiquito estaba trepado en la estructura de juegos, con su cuerpo pequeño y redondo, y su ojo brillando de emoción. Llevaba una camiseta roja desgastada y una sonrisa enorme en el rostro.

-¡Te atrapé! -gritó, alzando las manos como si hubiera ganado algo importante.

Rosaceo estaba sentado en la arena del parque, apenas un bebito. Su cuerpo pequeño se movía lentamente, y sus manos jugaban con un puñado de arena.

-¡No te comas la arena! -gritó Rosa desde arriba-. ¡Mamá dijo que no se come!

Rosaceo lo miró con su ojo grande y confundido, pero siguió masticando la arena como si fuera lo más normal del mundo.

Rosa negó con la cabeza.

-Sos un desastre.

Estaba a punto de bajar cuando apareció otro niño. Corría rápido, con un cohete de juguete en la mano y el ojo brillante de emoción. Era más pequeño que Rosa, pero su cuerpo era ágil y se movía con confianza.

-¡Mi cohete va a volar más alto que todos! -gritó, levantando el juguete.

Rosa lo miró y se distrajo. Su ojo siguió al cohete, y sus manos soltaron la barra por un momento.

Cayó.

Su cuerpo chocó contra el otro niño, y ambos rodaron por el pasto en un revoltijo de colores. El cohete voló por el aire y aterrizó en un arbusto.

Rosaceo los miró desde la arena y soltó una risa. Una risa de bebé, sin filtro, sin malicia.

Rosa se sentó lentamente, frotándose el ojo con una mano. Su cuerpo le dolía, y sus piernas temblaban.

-Ay... -se quejó.

El otro niño se sentó también, frotándose y con el ojo entrecerrado.

-¡Mira lo que hiciste! -dijo, señalando a Rosa-. ¡Mi cohete!

Rosa abrió la boca para disculparse, pero se quedó en silencio. Su ojo se fijó en el otro niño. En su color. En su postura. En su mirada.

No sabía por qué, pero no podía apartar la mirada.

El niño lo miró enojado, pero Rosa no respondió. Solo se quedó ahí, con el ojo fijo en él, sintiendo algo que no entendía.

Luego, lentamente, se secó las lágrimas que habían comenzado a rodar por su rostro. Enderezó su cuerpo, se levantó con dignidad y se sacudió el pasto de la ropa. Trató de hacerse el cool, como si no hubiera llorado, como si no le importara la caída ni el golpe.

-F-fue sin querer -dijo, su voz temblorosa pero firme-. No fue mi culpa.

El niño lo miró con desconfianza.

-Mi cohete se perdió.

-Yo lo busco -dijo Rosa rápido-. Te lo traigo.

-¿De verdad?

-Sí.

El niño dudó, pero finalmente asintió.

Rosa se dio vuelta y caminó hacia el arbusto. Con movimientos torpes, sacó el cohete y volvió. Se lo entregó al niño con cuidado.

-Tomá.

El niño lo tomó y lo miró un momento. Luego sonrió.

-Gracias. No soy tan malo.

-Tampoco soy tan malo -dijo Rosa.

El niño rió.

-Soy Guinda.

-Rosa.

Se quedaron en silencio un momento, mirándose.

Rosaceo, desde la arena, soltó un balbuceo y siguió comiendo arena.

Guinda lo miró y se rió.

-¿Tu hermano se come la arena?

-Sí. Siempre.

-Es raro.

-Es un bebé.

Se rieron.

Rosa salió del laboratorio tambaleándose. Su cuerpo se movía con torpeza, como si no estuviera acostumbrado a las piernas que lo sostenían. Su ojo se movía rápido, escaneando cada rincón, cada sombra, cada posible amenaza. La luz del pasillo le parecía demasiado brillante, y el ruido de los sistemas de ventilación le taladraba la cabeza.

Ya no era él.

El parásito tipo reina había invadido su cuerpo. Lo había controlado. Lo había transformado. Ahora era algo más. Algo que no entendía del todo, pero que sentía hambre. Una necesidad profunda y primal de consumir.

Se apoyó contra la pared, sintiendo el frío del metal contra su espalda. Su mano se levantó lentamente, y la miró. Los dedos se movían con una fluidez que no recordaba. La piel tenía un tono diferente. Más oscuro. Más brillante. Como si algo se moviera debajo.

-¿Qué soy? -susurró, su voz ronca y extraña.

Escuchó un ruido detrás de él. Pasos. Alguien se acercaba.

Su cuerpo se tensó. Su ojo se entrecerró. Su boca se abrió ligeramente, mostrando los dientes que ahora parecían más afilados. Estaba listo para atacar.

Pero entonces, antes de que pudiera moverse, fue abrazado con fuerza.

Guinda apareció detrás de él, envolviéndolo con sus manos. Lo levantó con facilidad y lo giró, como si bailara con él.

-¡Ahí estás, mi amorcito! -dijo Guinda, su voz alegre y brillante-. Te estaba buscando por todos lados. ¿Dónde te metiste?

Rosa se quedó helado. Su cuerpo se tensó bajo el abrazo. Su mente corrió rápido, evaluando la situación.

-Yo... -empezó Rosa, su voz temblorosa-. Estaba en el laboratorio. Trabajando.

-¿Trabajando? -Guinda lo soltó lo suficiente para mirarlo a los ojos-. Pero si saliste hace una hora. Dijiste que ibas a buscar algo de comer.

Rosa parpadeó. Su mente buscó una respuesta rápida.

-Sí. Me distraje. Hay un proyecto nuevo. Me olvidé.

-Siempre te olvidas cuando estás concentrado. Sos un desastre.

Guinda se rió y lo abrazó de nuevo, más suave esta vez.

-Bueno, ya que estás acá, vení. Comamos algo. Hace horas que no comes.

Rosa sintió que el corazón se le aceleraba.

-Sí -dijo, su voz plana-. Vamos.

Es tarde. La luz tenue de la lámpara ilumina la cocina. Rosa está frente a la heladera, con el ojo abierto de par en par y la mano en la manija. Abre la puerta.

El olor a comida salada le golpea el rostro como un puñetazo.

Se asquea. Su cuerpo se retuerce, y cierra la puerta con un golpe seco. Se apoya contra la encimera, respirando agitado.

-Maldición... -murmura, con la voz ronca.

Tiene hambre. Un hambre voraz, animal, que le retuerce el estómago y le nubla la mente. Necesita comer. Ahora.

Guinda está en la habitación, cambiándose la ropa. Se oye el susurro de la tela y su voz tarareando una canción.

Rosa lo mira desde la cocina. Su ojo se entrecierra. Su respiración se vuelve más pesada.

Camina hacia la habitación con pasos lentos, silenciosos. Como un depredador.

Guinda está de espaldas, poniéndose una camisa. Escucha los pasos y se gira, sonriendo.

-¿Todo bien, amor?

Rosa no responde. Toma impulso y se lanza sobre Guinda. Su cuerpo cae sobre el de él, y ambos chocan contra la cama. El colchón cruje bajo el peso.

Guinda grita, sorprendido.

-¡ROSA!

Rosa está sobre él, respirando con fuerza. Su ojo se mueve rápido. Se inclina hacia el cuello de Guinda, listo para revelar su boca.

Guinda lo mira. Sus ojos se encuentran. No hay miedo en la mirada de Guinda. Solo confusión. Y algo más.

Guinda levanta su mano y agarra la cabeza de Rosa con suavidad. Lo sostiene por la nuca y, en lugar de apartarlo, lo atrae hacia sí.

Sus visores chocan. Un roce frío, metálico.

Rosa se queda quieto. Su boca se cierra lentamente. Su cuerpo deja de temblar.

Guinda lo besa como si nada hubiera pasado. Como si Rosa siguiera siendo el mismo de siempre.

Rosa siente el tacto, el calor. Y por un momento, el hambre se desvanece.

Solo queda el beso.

Finalmente, Guinda lo aparta con suavidad, una sonrisa pícara en su ojo. Su mano se desliza por la cadera de Rosa, con un gesto que es más promesa que pregunta.

-Si tenías ganas... -dice Guinda, su voz baja y burbujeante-, solo podías pedírmelo, amor.

Rosa lo mira en silencio. Su ojo se mueve lentamente, procesando las palabras. El hambre sigue ahí, retorciéndole el estómago. Pero algo más se ha encendido en su interior. Algo que no esperaba. Un plan diferente. Una idea que se forma en su mente mientras acaricia el rostro de Guinda con dedos que ya no son del todo suyos.

Si va a matarlo, que sea después.
Primero debe asegurarse de que esta especie le sirva.

De que pueda procrear con ella. De que su linaje sobreviva.

Guinda sonríe, confiado, sin saber que está siendo evaluado. Rosa se inclina de nuevo, susurrándole.

-No sabes lo que me haces -susurra, y la frase es verdadera, aunque no en el sentido que Guinda cree.

Guinda ríe y lo abraza con fuerza.

-Entonces enseñame...Rosita...

Rosa lentamente sonríe, siente la otra mano de Guinda deslizarse en su mejilla, un calor real... Amor.

Derrepente

Rosa abre el ojo. El techo de su oficina se materializa frente a él. La luz blanca de la lámpara parpadea.

Su mano está apoyada sobre el escritorio, y su cuerpo está sentado en la silla, justo donde lo dejaron.

Mira a los lados. La oficina está vacía. El silencio es absoluto. Solo el zumbido constante de los sistemas de ventilación rompe la calma.

-Mierda...

Suspira y se pasa la mano por la cabeza. Su estómago se retuerce, y siente el peso de los dos frijoles en su espalda. Su mano se mueve instintivamente hacia la abertura, tocando la zona con cuidado.

-Solo fue un sueño -murmura para sí mismo-. Nada más.

Mocha abrió la puerta sin golpear, como siempre. Su ojo recorrió la oficina rápidamente y se detuvo en Rosa, que seguía sentado detrás del escritorio, con la mirada perdida en la ventana.

-Señor -dijo, su voz plana y eficiente-. La nueva Skeld ya va a aterrizar aquí. ¿Debería enviar las nuevas invitaciones?

Rosa parpadeó lentamente, volviendo a la realidad. El recuerdo del sueño aún flotaba en su mente, pero lo apartó con un esfuerzo. Se enderezó en su silla, ajustando la postura con movimientos precisos y mecánicos. Su ojo se fijó en Mocha con la frialdad de siempre. No había espacio para dudas ni recuerdos ahora. Solo para acción.

-Sí -dijo, su voz firme y autoritaria-. Asegúrate de que lleguen a todos los sectores, tanto a los tripulantes de la nave como a la gente del exterior de la ciudad.

Mocha asintió y tomó nota en su tableta con sus manos flotantes, pero no se fue. Alzó la vista con una ligera inclinación de cabeza.

-¿Algún nombre en particular que deba priorizar, señor?

Rosa se quedó en silencio un segundo, su ojo perdido en el horizonte de la ciudad que se veía a través de la ventana. Las luces de Nébula titilaban. Luego habló, con una calma que apenas ocultaba el cansancio y el peso que cargaba en su interior.

-Nuestra gente -dijo-. Nuestra gente tiene hambre.

Mocha lo miró largamente, procesando las palabras. Luego asintió con seriedad.

-Entendido, señor.

Y salió, cerrando la puerta detrás de ella.

Rosa se quedó solo, con la mirada fija en la ventana. La ciudad seguía su curso, ajena a sus planes. La nueva Skeld estaba por llegar. Y con ella, la oportunidad de alimentar a los suyos.

-Que empiece el festín.

Amarillo estaba detrás de la barra del restaurante, limpiando un vaso con movimientos lentos y precisos. La noche estaba tranquila, y el local estaba vacío. Justo como le gustaba.

La puerta se abrió. Un mensajero de color gris entró y dejó un sobre brillante sobre la mesa más cercana.

-Invitación para la señora Amarillo -dijo, y se fue sin esperar respuesta.

Amarillo dejó el vaso y se acercó. Tomó el sobre con sus manos flotantes y lo abrió. Dentro, una tarjeta elegante con el logo de la nueva Skeld y letras doradas. Leyó el contenido y su ojo se endureció.

Gruñó.

-Odia cualquier cosa de la nueva Skeld -murmuró, arrugando la invitación entre sus dedos.

Turquesa salió de la cocina justo en ese momento, secándose las manos con un trapo. Su ojo se iluminó al ver el sobre.

-¿Qué es eso?

-Basura -respondió Amarillo, tratando de esconder la invitación.

-¿Basura con sello dorado? -Turquesa se acercó curiosa-. Déjame ver.

Amarillo dudó, pero Turquesa ya estaba frente a ella, mirando la invitación con el ojo abierto de par en par.

-¡Es una invitación a la gala de la nueva Skeld! -exclamó Turquesa, saltando un poco-. ¡Qué increíble! ¡Es de gala y todo! ¿Vas a ir?

-No.

-¿Por qué no?

-Odio las fiestas.

-Pero es la nueva Skeld -insistió Turquesa-. Es un evento histórico.... Yyyyyyy quiiizas puedas conocer a alguien más ¿No?

Amarillo apretó la invitación.

-No me interesa conocer a nadie.

Turquesa la miró con curiosidad.

-¿Nunca has querido conocer a alguien especial? Alguien que te haga olvidar los problemas, que te haga sentir bien. No sé, una persona que te haga feliz.

Amarillo sintió un nudo en la garganta. Su ojo se movió hacia la cocina, evitando la mirada de Turquesa.

-No es tan fácil.

-¿Por qué? -preguntó Turquesa-. A veces solo hay que dar el paso. ¿Y si te arrepientes de no haber ido?

El silencio se extendió. Turquesa la miró con una mezcla de ilusión y confusión.

-La invitación es para dos personas -dijo Turquesa, señalando el sobre-. Podemos ir juntas. Sería divertido. Tú y yo. Como amigas.

Amarillo levantó la vista. Su ojo se encontró con el de Turquesa. Quería decirle que no. Quería decirle que no podía. Que no quería ver esa nave. Que no quería recordar nada de esa época.

Pero Turquesa la miraba con tanta ilusión.

Amarillo suspiró.

-Está bien. Vamos. Pero no esperes que me divierta.

Turquesa saltó de alegría.

-¡Sí! ¡Te vas a divertir! ¡Te lo prometo!

Amarillo la miró y forzó una sonrisa. Su ojo no sonreía.

-Sí... seguro.

Rojo y Mora estaban en la entrada de la casa de Limón, con los niños agarrados de sus manos. Coco saltaba de emoción, Beige miraba alrededor con curiosidad, y Maggie se aferraba a la pierna de Mora con su ojo grande y asustado.

Limón abrió la puerta con una sonrisa amplia, pero su cuerpo se movía con torpeza. Llevaba una pierna enyesada, desde el pie hasta la rodilla, y se apoyaba en una muleta improvisada.

-¡Entren, entren! -dijo, haciendo espacio con su mano-. Los chicos ya tienen su espacio listo. Películas, juegos, y un montón de comida chatarra que les va a encantar.

Coco soltó la mano de Rojo y entró corriendo.

-¡Limón! ¿Qué te pasó en la pierna?

-Un accidente tonto -dijo Limón, riendo-. Me resbalé con una caja en el almacén. Pero no duele tanto como parece.

Beige entró con calma, mirando la pierna de Limón con atención.

-¿Te duele cuando te mueves?

-Un poco. Pero con la muleta ya me estoy acostumbrando.

Maggie soltó la pierna de Mora y se acercó a Limón, tocando el yeso con su mano flotante.

-¿Puedo firmar?

Limón se rió.

-Claro que sí, pequeña. Te voy a dar un marcador.

Mora soltó una risa suave y miró a Rojo.

-¿Ves? Hasta los niños se preocupan por él.

Rojo asintió, pero su ojo se fijó en la pierna de Limón.

-Oye -dijo, bajando la voz-. ¿Por qué no vas a la fiesta de gala? Todos los demás van.

Limón se encogió de hombros y bostezó.

-Con esto no puedo bailar. Y si no puedo bailar, no tiene gracia. Además, alguien tiene que cuidar a estos pequeños mientras ustedes dos se divierten.

Rojo y Mora se miraron. Sus ojos se encontraron, y el peso de la noche que se avecinaba se sintió entre ellos.

-No nos sentimos bien dejándote aquí con la pierna así -dijo Mora, su voz suave.

-No se sientan mal por mí -respondió Limón, moviendo la muleta con despreocupación-. El resto de los muchachos sí va a la fiesta. Piña, Melón, Arándano... todos van a estar ahí. Diviértanse por mí, bro.

Limón levantó su puño flotante hacia Rojo. Rojo sonrió y chocó su puño con el de él.

-Por ti, bro.

-Eso es todo.

Mora se acercó a los niños, que ya estaban instalados en el sillón con una película lista para empezar. Les dio un beso en la cabeza a cada uno.

-Pórtense bien con Limón -dijo.

-¡Sí, mamá! -respondieron Coco y Beige al unísono.

Maggie agitó su mano.

-¡Adiós, mamá! ¡Adiós, papá!

Rojo y Mora salieron de la casa. La puerta se cerró detrás de ellos, y la noche de Nébula los envolvió.

Caminaron en silencio un momento, con las manos rozándose.

-Va a ser una noche larga -dijo Rojo.

-Lo sé -respondió Mora-. Pero al menos los niños están a salvo.

Rojo asintió.

-Sí... Me preguntó porque Amarillo no podía hoy...

Carbón caminaba por el centro comercial de Nébula. Su sombrero fedora bien ajustado en la cabeza. Llevaba un traje blanco impecable, pero estaba buscando algo más especial para la noche. La gala de la nueva Skeld era un evento importante, y quería estar a la altura.

Se detuvo frente a una tienda de ropa elegante, con su ojo recorriendo los maniquíes. Iba a entrar cuando alguien pasó corriendo a su lado, casi chocando con él.

-¡Ay, perdón!

Carbón giró. Era Aquamarina. Llevaba su chaqueta de trabajo y el ojo nervioso.

-Aquamarina -dijo Carbón, con su voz grave y tranquila-. ¿Qué haces acá?

Aquamarina se detuvo y se giró, una sonrisa nerviosa en su rostro.

-¡Carbón! Hola. Uh... estoy comprando algo. Para un evento.

Carbón inclinó la cabeza.

-¿El evento de la gala de la nueva Skeld?

Aquamarina se sonrojó.

-Sí... pero no me alcanza para un vestido. Y no quiero ir con la ropa de trabajo.

Carbón la miró un momento. Su ojo se suavizó apenas.

-Tranquila. Yo te lo pago.

Aquamarina abrió el ojo.

-¿Qué? No, no, no. No puedo aceptar eso.

-Sí puedes.

-¡No! Es demasiado.

-No es demasiado.

-Carbón...

-Escúchame -dijo Carbón, su voz firme pero sin rudeza-. Eres la única persona que tolero en este planeta. La única que no me cae mal. Si vas a ir a esa gala, quiero que vayas bien vestida. No voy a dejar que entres con un overol manchado de grasa.

Aquamarina lo miró, confundida.

-¿En serio?

-En serio.

-¿Y por qué te importa tanto?

-Porque me importas tú. Aunque no lo demuestre.

Aquamarina se quedó en silencio. Luego sonrió, más relajada.

-Está bien. Pero prométeme que no te vas a arrepentir.

Carbón levantó una ceja.

-Nunca me arrepiento de nada.

Entraron a la tienda. Aquamarina caminó entre los vestidos, tocando las telas con sus manos. Carbón la seguía a unos pasos, con las manos en los bolsillos y el ojo atento.

-¿Cuál te gusta? -preguntó.

-No sé. Hay demasiados.

-Ese -dijo Carbón, señalando uno de color azul oscuro-. Te va a quedar bien.

Aquamarina lo miró.

-¿Cómo sabes?

-Porque sé cómo eres. Y ese vestido es como vos: elegante, pero sin exagerar.

Aquamarina sonrió y tomó el vestido.

-Está bien. Me lo pruebo.

-Espero que te guste.

Aquamarina entró al probador. Carbón se quedó fuera, con el ocio fijo en la cortina.

-No te acostumbres -dijo ella desde adentro-. A que me compres cosas.

-No me acostumbro. Solo es una vez.

-¿Y por qué esta vez?

-Porque hoy es especial. Y porque vos lo valés.

Aquamarina salió del probador con el vestido puesto. Le quedaba perfecto. El azul oscuro resaltaba su color, y la tela caía con suavidad sobre su cuerpo.

Carbón la miró.

-Bien. Ahora sí estás lista.

Aquamarina se miró en el espejo.

-Gracias, Carbón. De verdad.

Carbón asintió.

-No me des las gracias. Solo asegúrate de disfrutar la noche.

-¿Y vos vas a estar?

-Voy a estar. En mi rincón. Mirando.

-Como siempre.

Carbón sonrió apenas.

-Como siempre.

-Bueno -dice Aquamarina, dándose la vuelta-. Creo que ya estoy lista.

-Te ves bien -responde Carbón, y no hay sarcasmo en su voz.

-¿Solo bien?

-Bien. Muy bien. No te emociones.

Aquamarina ríe y le da un golpecito en el hombro.

-Sos un caso, Carbón.

-Lo sé.

Se despiden con un gesto rápido, y ella se pierde entre la gente. Carbón la mira irse, luego ajusta su sombrero y camina en dirección opuesta. Su ojo se pierde un momento en el horizonte, pero no dice nada.

En el departamento de Cobalto, la luz tenue de la lámpara ilumina el caos. Ropa tirada por todas partes, una maleta abierta sobre la cama, y un espejo que refleja a Manzana frente a él, con el overol medio puesto y el ojo entrecerrado.

Cobalto está a su lado, moviendo las manos para ayudarle a ajustar la chaqueta.

-No entiendo por qué no usas el traje que te compré -dice Cobalto, con su voz suave y cantarina-. Te queda bien.

-No me gusta -responde Manzana, encogiéndose de hombros.

-Te queda muy bien.

-No me gusta.

-Te queda perfecto.

-Azul.

-Cobalto.

Manzana gira el ojo y se pone la chaqueta a la fuerza. Queda un poco torcida, pero no se molesta en arreglarla. Cobalto suspira, se acerca y con movimientos precisos la acomoda.

-Ahí -dice-. Ahora sí.

-No es necesario.

-Claro que es necesario. Vas a ir a una gala. Tienes que verte presentable.

-No voy a presentarme a nadie. Solo voy a mirar.

-Entonces mira bien, pero mira con estilo.

Manzana resopla, pero no se queja. Cobalto lo mira y sonríe.

-¿Sabes qué?

-¿Qué?

-Estás guapo.

Manzana lo mira con el ojo entrecerrado.

-No digas tonterías.

-No son tonterías. Es la verdad. El verde te queda bien.

-PORQUE SOY VERDE LIMA.

-Por eso. Te queda bien.

Manzana niega con la cabeza, pero sus dedos se mueven nerviosos sobre los bordes de la chaqueta. Cobalto lo observa con atención.

-¿Estás nervioso?

-No.

-Estás nervioso.

-No estoy nervioso.

-Mientes.

Manzana no responde.

Cobalto se acerca y le coloca las manos en los hombros.

-No va a pasar nada malo. Solo es una fiesta. Comida, música, gente bailando. Nada más.

-Y Rosa.

-Y Rosa. Pero no tienes que hablar con él.

-Y Rojo y Mora.

-Y ellos. Pero no tienes que hablarles tampoco.

Manzana baja la mirada.

-¿Y si los veo y no puedo evitar querer decirles algo?

Cobalto lo mira con seriedad.

-Entonces no lo hagas. No es el momento. Ellos no están listos.

-¿Y cuándo estarán listos?

-Cuando nosotros decidamos que lo estén.

Manzana aprieta los puños.

-Odio esperar.

-Lo sé. Pero a veces esperar es lo único que podemos hacer.

Se quedan en silencio. Manzana respira hondo y se endereza.

-Está bien. Vamos a esa maldita gala.

-Eso es todo.

-Pero si pasa algo, no digas que no te avisé.

-Nunca digo eso.

Manzana gruñe, pero la comisura de su ojo se levanta apenas en un gesto que podría ser una sonrisa. Cobalto lo ve y sonríe.

-Vamos -dice-. El coche ya debe estar esperando.

Y salen, dejando el departamento vacío.

Chapter 17

El pasado de: Guinda

Guinda estaba en el jardín de infantes, sentado en el suelo de tierra con un cohete de juguete en sus manos. El sol calentaba suavemente, y el ruido de los otros niños llenaba el aire. Pero él no los miraba. Estaba concentrado en su cohete, moviéndolo de un lado a otro mientras hacía sonidos de motor con la boca.

-Rrrrrum... rrrrrum... despegue en tres, dos, uno...

El cohete se elevó en sus manos, y Guinda lo siguió con la mirada, imaginando que viajaba a planetas lejanos.

Un grupo de niños corría cerca de él, jugando a atraparse. Guinda levantó la vista y los vio. Su ojo se iluminó.

-¿Puedo jugar? -preguntó, levantando el cohete-. Puedo ser el piloto de la nave.

Los niños se detuvieron y lo miraron. Uno de ellos, un niño de color naranja, se rió.

-No. Tú siempre juegas solo con tu cohete.

-Pero puedo...

-No.

Guinda bajó el cohete y los vio alejarse.

Se quedó en silencio un momento. Luego miró el cohete y lo levantó de nuevo.

-No importa -murmuró-. Yo voy a viajar de verdad.

Pasaron las horas.

El sol comenzó a bajar, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosados. El jardín de infantes se fue vaciando poco a poco. Los padres llegaban, tomaban a sus hijos y se iban, dejando atrás el ruido y las

risas. Pero Guinda seguía en el suelo, con su cohete en las manos, moviéndolo sin mucho entusiasmo.

Ya no hacía sonidos de motor. Solo lo sostenía, mirando el cielo vacío.

Un maestro se acercó a él. Era un tripulante de color gris claro, con el ojo amable pero cansado.

-¿Y tus padres? -preguntó, arrodillándose a su altura.

Guinda levantó la cabeza lentamente.

-No sé -respondió, su voz baja y plana.

El maestro sintió pena. Miró hacia la puerta vacía, y luego de vuelta a Guinda.

-¿No vinieron a buscarte?

-No.

El maestro iba a decir algo, pero una voz lo interrumpió.

-¡Papá! ¡Mira!

Un niño de color verde ceniza señaló a Guinda con su mano. Oliva. Su ojo brillaba con energía, y su cuerpo se movía con la impaciencia de los niños.

Su padre, un tripulante de verde oscuro, lo miró.

-¿Qué pasa, Oliva?

-El niño está solo -dijo Oliva-. ¿Pueden llevarlo con nosotros?

El padre de Oliva miró a Guinda. Lo vio solo, con el cohete en las manos y el ojo perdido.

-¿Dónde están tus papás? -preguntó el padre, acercándose.

Guinda no respondió. Solo los miró.

Oliva se soltó de la mano de su padre y corrió hacia Guinda. Se detuvo frente a él y sonrió.

-¡Hola! -dijo, extendiendo su mano-. Soy Oliva. ¿Quieres venir a mi casa? Tenemos una granja. Hay gusanos y todo.

Guinda parpadeó. Miró la mano extendida de Oliva, luego su rostro.

-¿Una granja? -preguntó.

-Sí. Y mi mamá cocina muy rico. ¿Te gusta la sopa?

Guinda dudó. Luego, lentamente, levantó su mano y tomó la de Oliva.

-Sí -dijo, con una sonrisa tímida-. Me gusta la sopa.

Oliva sonrió con más fuerza y tiró de su mano para que se levantara.

-¡Vamos! -dijo-. Te voy a mostrar todo.

Guinda se puso de pie y siguió a Oliva, con su cohete aún en la mano. No sabía adónde iba, pero por primera vez en todo el día, no se sentía solo.

Guinda caminó detrás de Oliva, con el cohete aún en sus manos y el ojo abierto de par en par. La granja era enorme, llena de cercas de madera y plantas que

nunca había visto. Oliva caminaba rápido, señalando todo con entusiasmo.

-Eso es el corral de los bichos de tierra -dijo, señalando un área cercada-. Y allá atrás está el invernadero. Mi mamá cultiva verduras raras.

Guinda asintió sin decir nada. Todo era nuevo para él.

-¿Tienes mascotas? -preguntó Oliva, girándose hacia él.

Guinda parpadeó.

-No.

-¡Entonces tienes que conocer a la mía!

Oliva corrió hacia una pequeña caseta de madera y abrió la puerta. Guinda lo siguió con curiosidad.

Dentro, en la penumbra, algo se movió.

Guinda se acercó lentamente. Y entonces lo vio.

Un gusano enorme, de color marrón, con un cuerpo grueso y una boca llena de dientes. Se movía lentamente, girando su cabeza hacia ellos.

Guinda dio un paso atrás, con el ojo abierto de par en par y el cuerpo tenso.

-¡¿QUÉ ES ESO?! -gritó, casi tropezando.

Oliva se rió.

-¡Es Princesa! No tengas miedo. Es inofensiva.

-¿P-PRINCESA?

-Sí. Es una gusana. Mi papá la encontró en el campo. Come fruta podrida y es súper cariñosa.

Guinda tembló. El gusano movió su cabeza hacia él, y él retrocedió otro paso.

Oliva se acercó a Princesa y le acarició la cabeza.

-Mira. No hace nada. Solo quiere olerte.

Guinda tragó saliva. Lentamente, dio un paso adelante. Luego otro. Extendió su mano con cuidado, tocando la piel suave y fría del gusano.

Princesa se movió apenas, y Guinda sintió que su corazón latía más fuerte.

-Es... es grande -dijo.

-Pero es buena -respondió Oliva, sonriendo-. ¿Quieres darle una fruta?

Guinda asintió, y Oliva le dio una manzana. Con manos temblorosas, se la ofreció a Princesa. El gusano la tomó con su boca y la masticó lentamente.

Guinda sonrió.

-Es linda -dijo.

-Te dije.

Y se quedaron un rato más, viendo a Princesa comer, mientras el sol seguía cayendo sobre la granja.

Guinda bostezó y se estiró en la cama. La luz del sol se filtraba a través de la cortina, y el olor a pan recién horneado llegaba desde algún lugar de la casa.

Parpadeó varias veces, recordando dónde estaba. La granja. La habitación de Oliva.

Miró hacia el suelo. Oliva seguía dormido, enredado en una manta vieja, con el ojo cerrado y la boca entreabierta.

Guinda se sentó y se frotó el ojo con su mano. Escuchó voces. No eran fuertes, pero sí tensas. Venían de la sala.

Se levantó con cuidado, para no despertar a Oliva, y caminó hacia la puerta. La dejó entreabierta y se asomó.

En la sala, los padres de Oliva estaban de pie, con las manos cruzadas. Frente a ellos, un tripulante de color granate, con el ojo cansado y la postura rígida. Su padre.

-No puedo creer que lo hayas dejado aquí toda la noche -decía el padre de Oliva, con voz firme-. Estuvimos a punto de llamar a las autoridades.

-Tuve un imprevisto en el trabajo -respondió el padre de Guinda, con voz baja-. No pude llegar a tiempo.

-¿Un imprevisto? -la madre de Oliva dio un paso adelante-. ¿Y eso justifica que un niño pase la noche solo en un jardín de infantes?

-No lo justifica. Pero no tenía otra opción.

Guinda sintió un nudo en la garganta. Su padre siempre decía lo mismo. "No tenía otra opción." Siempre había una excusa.

El padre de Oliva suspiró y negó con la cabeza.

-Mira, no quiero problemas. Pero si vuelve a pasar, no me voy a quedar callado.

-No va a volver a pasar -dijo el padre de Guinda-. Se lo prometo.

La madre de Oliva lo miró con el ojo entrecerrado.

-¿Y qué hay de él? -preguntó-. ¿Cómo se siente él con todo esto?

El padre de Guinda no respondió. Solo miró hacia el pasillo, donde Guinda estaba escondido.

-Guinda -dijo, con voz más suave-. Ya sé que estás ahí.

Guinda salió lentamente, con los hombros caídos y el ojo fijo en el suelo.

-Hola, papá -dijo.

Su padre lo miró, y por un momento, su ojo se suavizó.

-Vamos a casa.

Guinda asintió y caminó hacia él. Antes de salir, miró hacia la habitación de Oliva. Aún dormía.

-Gracias -dijo en voz baja, a nadie en particular.

Y salió de la granja, siguiendo a su padre, con el cohete aún en su mano.

Llegaron a casa. Era un departamento pequeño, con paredes grises y muebles viejos. La luz entraba apenas por la ventana, y el silencio era tan pesado como siempre.

Granate dejó sus llaves sobre la mesa y suspiró, frotándose el ojo con la mano.

Guinda se quedó en la entrada, con el cohete aún en sus manos y los hombros caídos.

-La próxima vez que te quedes en casa de alguien, avísame -dijo Granate, sin mirarlo-. No puedo estar buscándote por toda la ciudad.

-Iba a regresar solo -respondió Guinda, con voz baja-. Pero Oliva insistió en que me quedara. Su mamá hizo sopa y me prestó una cama.

-¿Oliva? -Granate levantó una ceja.

-Es mi primer amigo -dijo Guinda, y su ojo se iluminó-. Tiene una granja. Y un gusano gigante que se llama Princesa. Es muy linda. También tiene muchos animales y su mamá cocina rico y su papá es amable y...

Granate pasó a su lado sin mirarlo, caminando hacia la cocina. No dijo nada. Solo abrió la nevera y sacó algo para comer.

Guinda se quedó en el pasillo, con el ojo aún brillante, pero la voz ya no salía.

-...y me enseñó a darle fruta al gusano -terminó, en un susurro.

Granate no respondió.

Guinda bajó la cabeza, apretó el cohete contra su pecho y caminó hacia su habitación. La puerta se cerró detrás de él con un clic suave.

Se sentó en la cama y miró el cohete.

-Cuando yo sea grande -murmuró-. Sí, cuando yo sea grande, voy a ser un buen padre.

El cohete no respondió. Pero Guinda apretó sus dedos alrededor del plástico gastado y prometió, en silencio, que nunca haría sentir a sus hijos como él se sentía en ese momento.

Guinda estaba en el campo de entrenamiento, con el cuerpo sudoroso y la respiración entrecortada. Había estado haciendo ejercicios de resistencia, repitiendo series una y otra vez hasta que sus piernas temblaban. Se levantó lentamente, sintiendo el cansancio en cada parte de su cuerpo, y caminó hacia donde Rosa estaba sentado en las gradas.

Rosa lo miraba con una sonrisa apenas disimulada, con el ojo fijo en él, como si no pudiera apartarlo.

Guinda llegó hasta él y tomó una botella de agua que Rosa le ofreció. Bebió un largo trago y luego se secó el ojo con la mano.

-¿Estás bien? -preguntó Rosa, con su voz suave.

-Agotado -respondió Guinda, dejando la botella a un lado-. Pero contento.

-¿Contento por qué?

Guinda se inclinó un poco, con una sonrisa pícara.

-Porque sé que me estabas mirando.

Rosa se rió, pero no negó.

-Y si te estaba mirando, ¿qué?

-Que te gusta lo que ves.

-Tal vez.

-Tal vez no.

-Tal vez sí.

Guinda se rió y se sentó a su lado, apoyando la cabeza en el hombro de Rosa.

-Eres un tonto -dijo Rosa, pero su voz era cariñosa.

-Pero un tonto guapo.

-Eso no lo discuto.

Se quedaron en silencio un momento, compartiendo el calor del atardecer. El campo de entrenamiento estaba vacío, solo ellos dos.

Pero entonces, una voz rompió la calma.

-¡GUINDA!

Guinda levantó la cabeza y giró. Su ojo se abrió de par en par.

Oliva estaba al borde del campo, con su color verde ceniza y su sonrisa enorme. Llevaba ropa de granjero, con un poco de tierra en las piernas.

-¡OLIVA! -gritó Guinda, levantándose de un salto.

Corrió hacia él con todas sus fuerzas, y los dos se abrazaron con tanta fuerza que casi caen al suelo.

-¡HERMANO! -gritó Oliva, riendo-. ¡CUÁNTO TIEMPO!

-¡DEMASIADO! -respondió Guinda, separándose apenas para mirarlo-. ¿CÓMO ESTÁS? ¿CÓMO ESTÁ LA GRANJA?

-¡TODO BIEN! PRINCESA SIGUE VIVA Y COMIENDO FRUTA!

-¡NO PUEDO CREER QUE PRINCESA SIGA VIVA!

-¡YO TAMPOCO! ¡PERO AHÍ ESTÁ!

Se apartaron y, al mismo tiempo, hicieron un saludo de manos. Un movimiento rápido y coordinado que solo ellos conocían. Un choque de puños, un golpe en el hombro, y un chasquido final.

Rosa se levantó lentamente y se acercó a ellos, con una sonrisa incómoda.

-Eh -dijo, con un tono de fingida casualidad-. ¿Y él es?

Oliva lo miró, y luego a Guinda.

-Su bro -dijo, con una sonrisa amplia.

Guinda y Oliva rieron al mismo tiempo.

Rosa parpadeó.

-¿Bro?

-Sí, hermano -dijo Guinda, poniéndole una mano en el hombro a Oliva-. Es mi mejor amigo. Casi como un hermano.

-No casi -corrigió Oliva-. Soy tu hermano. Adoptivo, pero hermano.

Rosa sonrió, aunque su ojo se movió entre los dos con cierta curiosidad.

-Tranqui, Rosa -dijo Guinda, riendo-. El y yo no nos traemos nada.

-Sí, somos como hermanos -confirmó Oliva-. No hay nada más.

Rosa relajó los hombros y soltó una risa suave.

-Bueno -dijo, extendiendo su mano hacia Oliva-. Entonces soy yo quien debería estar nervioso.

-¿Por qué? -preguntó Oliva, estrechando su mano.

-Porque Guinda nunca me habló de ti. Y eso me preocupa.

-No te preocupes -dijo Oliva, con una sonrisa-. Yo soy su pasado. Tú eres su presente.

Guinda se rió y abrazó a Oliva una vez más.

-Siempre tan sabio.

-Siempre tan sabio -repitió Oliva.

-Suenas como un anciano, JAJAJAJAJA!

Los tres rieron, y el sol siguió cayendo sobre el campo vacío.

Guinda bajó de la nave con el ojo entrecerrado y el cuerpo tenso. La multitud de reporteros lo rodeó al instante, con sus micrófonos y cámaras apuntándole al rostro. Las luces parpadeaban, y las preguntas se acumulaban como una ola de ruido.

-¡Capitán Guinda! ¿Es cierto que fueron a Polus?

-¡Se suponía que la misión era en Fungle! ¿Qué pasó?

-¿Hubo algún incidente? ¿Algún tripulante herido?

Guinda apretó los puños y siguió caminando, sin mirar a los reporteros.

-Sin comentarios -dijo, con voz cortante.

Uno de los reporteros, un tripulante de color amarillo, se metió en su camino.

-¡Pero capitán! La gente quiere saber por qué cambiaron el destino. ¡Polus está congelado y abandonado! ¡No hay nada allí!

Guinda se detuvo y lo miró con el ojo duro.

-¿Y qué crees que había en Fungle? ¿Flores y arcoíris?

El reportero parpadeó.

-Bueno, no, pero...

-Entonces no preguntes.

Siguió caminando, dejando al reportero atrás.

Rosa bajó detrás de él, con varias maletas con ruedas que llevaban orbs brillantes en su interior. Las arrastraba con una mano mientras con la otra saludaba a los reporteros con una sonrisa falsa.

-¡Señor Rosa! ¿Puede confirmar si la misión fue un éxito?

Rosa se detuvo y sonrió.

-La misión fue un éxito total. Recogimos muestras valiosas y ampliamos nuestro conocimiento sobre Polus.

-¿Pero por qué Polus y no Fungle?

-Porque Polus era más interesante -respondió Rosa, con un tono de suficiencia-. Y porque yo lo decidí.

Los reporteros murmuraron entre ellos, pero nadie se atrevió a cuestionarlo más.

Los científicos blancos bajaban detrás de ellos, con sus batas impecables y sus ojos fríos. Algunos llevaban cajas de muestras, otros solo miraban a los reporteros con desprecio.

Uno de ellos, un científico de tono perla, se acercó a Rosa.

-Señor, los orbs están listos para ser trasladados al laboratorio.

-Bien -respondió Rosa-. Llévenlos directamente. No quiero que nadie los toque.

-Sí, señor.

Los científicos blancos comenzaron a moverse, llevando las maletas con cuidado.

Guinda, desde un costado, observaba la escena con el ojo entrecerrado.

-Esto no va a gustarle a nadie -murmuró para sí mismo.

Y tenía razón. Pero, como siempre, no podía hacer nada para detenerlo.

Guinda estaba entre el público, rodeado de reporteros y curiosos que se agolpaban para verlo. Llevaba su uniforme de capitán impecable, con el ojo

brillante y una sonrisa relajada. Había estado dando una conferencia sobre su última misión, pero ahora solo quería desconectarse un momento.

Fue entonces cuando vio al niño.

Un pequeño tripulante de color verde brillante, con el ojo abierto de par en par y una sonrisa enorme. Estaba solo, abriéndose paso entre las piernas de los adultos, con una determinación que solo los niños tienen. Verde.

Guinda lo vio y se agachó instintivamente, poniéndose a su altura.

-Hola, pequeñín -dijo, con una voz suave y amable-. ¿Cómo estás?

Verde abrió el ojo aún más. Su boca se movió, pero no salió ningún sonido. Estaba tan emocionado que no podía hablar.

-¿Eres tú? -logró decir finalmente-. ¿Eres el capitán Guinda?

-El mismo -respondió Guinda, sonriendo.

-¡ERES MI HÉROE! -gritó Verde, saltando de alegría-. ¡Quiero ser capitán como tú cuando sea grande!

Guinda se rió y le dio un golpecito en la cabeza.

-Entonces tienes que estudiar mucho, ¿eh?

-¡Sí, señor! -dijo Verde, con energía.

En ese momento, dos figuras se abrieron paso entre el público. Una de ellas era Oliva, con su color verde ceniza y su sonrisa amplia. La otra era una tripulante de color verde claro, con el ojo amable y el cuerpo elegante. Menta, su esposa.

-¡Verde! -gritó Oliva-. ¡No te separes de nosotros!

Guinda levantó la cabeza y reconoció a su amigo.

-¿Oliva? -dijo, sorprendido.

-¡Guinda! -exclamó Oliva, acercándose-. ¡No sabía que estabas aquí!

-Estaba dando una charla. ¿Y este pequeño?

Oliva puso una mano en el hombro de Verde.

-Es mi hijo, Verde.

Guinda parpadeó. Luego sonrió.

-¿Tu hijo? No sabía que tenías un hijo.

-Sí, tiene 2, es gran admirador tuyo.

Verde seguía mirando a Guinda con el ojo brillante.

Guinda se rió y lo levantó en el aire.

-¿Sabes qué, pequeño? -dijo-. Yo también voy a ser papá.

Oliva y Menta se quedaron sorprendidos.

-¿Qué? -preguntó Oliva-. ¿Tú?

-Sí -dijo Guinda, con orgullo-. Rosa y yo vamos a tener un hijo. El porta el frijol.

-¿Rosa? -preguntó Menta, con curiosidad-. ¿El científico?

-El mismo -respondió Guinda-. Es el otro padre.

Oliva lo miró con una sonrisa cálida.

-Felicidades, hermano. ¿Esperas un hijo?

-Sí. Y no puedo esperar para conocerlo.

Oliva le dio un abrazo.

-Estoy feliz por ti.

-Gracias.

Verde, que había estado escuchando todo, levantó la cabeza.

-¿Vas a ser papá? -preguntó.

-Sí, pequeño -respondió Guinda-. Y voy a ser el mejor papá que pueda ser.

-¡Qué bien! -gritó Verde, saltando de nuevo-. ¡Así tendré un amigo!

Guinda se rió y lo abrazó.

-Sí, tendrás un amigo.

Y en medio del público, los tres se quedaron un momento más, compartiendo la alegría de un momento sencillo.

Guinda estaba sentado en la oficina de Rosa, con las piernas cruzadas y una expresión relajada en el rostro. Había pasado la tarde en la base, revisando informes y hablando con la tripulación, y ahora solo quería compartir su día con Rosa. El sol se filtraba a través de la ventana, iluminando el polvo que flotaba en el aire.

-Hoy tuve una reunión con los nuevos reclutas -dijo Guinda, con una sonrisa-. Son jóvenes, pero tienen energía. Me recuerdan a cuando empecé.

Rosa no respondió. Su ojo estaba fijo en los papeles que tenía frente a él, y sus dedos se movían con precisión, ordenando documentos.

-También hablé con Oliva. Dice que su hijo Verde está creciendo rápido. Que ya quiere ser capitán como yo.

Rosa siguió sin responder.

Guinda se inclinó hacia adelante.

-¿Rosa? ¿Estás bien?

Rosa levantó la cabeza lentamente. Su ojo era frío, vacío.

-Tengo algo que darte -dijo, deslizando unos papeles sobre la mesa.

Guinda parpadeó y tomó los documentos. Los miró.

La palabra "Divorcio" estaba escrita en la parte superior.

-...esto es una broma -dijo Guinda, con una risa nerviosa-. ¿Verdad?

Rosa lo miró con el ojo duro.

-No es una broma.

Guinda leyó los términos. Sus dedos temblaron al pasar las páginas. "Abandonar Nébula." "No ver a su hijo." "Trabajar en Polus."

-¿Qué? -dijo, su voz subiendo de tono-. ¿Qué es esto?

-Es lo que necesitas firmar -respondió Rosa, con su voz fría y medida-. Si no quieres terminar en la cárcel.

-¿CÁRCEL? -Guinda se puso de pie, con el ojo abierto de par en par-. ROSA, TÚ SABES MEJOR QUE NADIE QUE LITERALMENTE NO HICE NADA. ¡SALVÉ TRIPULACIONES DE ESAS COSAS! ¡TE SALVE!

Rosa se recostó en su silla, con el ojo fijo en él.

-Firma o terminas tras las rejas. Es tu elección.

Guinda apretó los puños. Su cuerpo temblaba.

-¿Por qué haces esto?

-Porque ya no eres útil para mí.

-¿ÚTIL? -gritó Guinda-. ¡SOY TU ESPOSO! ¡EL PADRE DE TU HIJO!

Rosa no respondió. Solo miró los papeles.

Guinda se quedó allí, con el ojo lleno de lágrimas y los puños apretados.

-Esto no va a quedar así -dijo-. No va a quedar así.

Rosa no dijo nada.

Guinda tomó los papeles y salió de la oficina, cerrando la puerta detrás de él.

Y en el pasillo vacío, se dejó caer contra la pared, sintiendo que el mundo se desmoronaba a su alrededor.

Chapter 18

Cap 12: La gran gala

Comenten lo que sea, que ya se viene con todo la siguiente parte.

MIREN MI COSECHA DE LIMONES :D

Amo los limones.

———————

Guinda estaba de pie en la entrada del salón, con su traje oscuro impecable y el ojo recorriendo el lugar con desconfianza. A su lado, Carmesí se ajustaba la ropa con incomodidad, tirando del cuello de su camisa como si le estuviera apretando.

-No puedo creer que me hayas hecho venir a esto -murmuró Carmesí, moviendo los hombros-. Odio la ropa elegante.

-Te ves bien -dijo Guinda, sin mirarlo-. Relájate.

-¿Relajarme? ¿Cómo voy a relajarme con esto?

-No pienses en la ropa. Piensa en la comida.

Carmesí lo miró con el ojo entrecerrado.

-¿Eso es todo lo que piensas?

-No. Pero ayuda.

Carmesí soltó un suspiro y dejó de tirarse la ropa. Miró alrededor, y su ojo se abrió ligeramente.

El salón era enorme. Luces doradas colgaban del techo, y las mesas estaban cubiertas con manteles blancos y centros de mesa de flores brillantes. La gente caminaba de un lado a otro, con sus trajes elegantes y sus risas. Música suave flotaba en el aire, mezclándose con el murmullo de las conversaciones.

-Rosa sí se lució con esta fiesta -dijo Carmesí, casi sin querer.

Guinda lo miró.

-¿Eso es un cumplido?

-No. Es una observación.

-Tu observación suena a cumplido.

-Es una observación.

Guinda sonrió apenas y le dio un golpecito en el hombro.

-Vamos. Busquemos una mesa donde nadie nos hable.

Caminaron entre la multitud. Guinda saludaba con la cabeza a algunos, pero no se detenía. Carmesí lo seguía, con las manos en los bolsillos y el instinto alerta.

Encontraron una mesa cerca de una columna, apartada del centro. Se sentaron y observaron.

-¿Crees que él va a venir? -preguntó Carmesí.

-¿Quién?

-Rosa.

Guinda no respondió de inmediato. Su ojo se movió hacia el escenario vacío.

-Seguro que sí. Es su fiesta.

-¿Y si no?

-Entonces mejor.

Carmesí lo miró.

-¿Todavía no le hablaste?

Guinda apretó los puños.

-No es el momento.

-¿Y cuándo va a ser el momento?

-Cuando termine la fiesta.

Carmesí iba a responder, pero alguien se acercó. Una figura color dorado con un traje impecable y un sombrero fedora. Sonreía.

-¿Esta mesa está ocupada? -preguntó Aureliano, con su tono amable.

Guinda y Carmesí lo miraron.

-No -dijo Guinda.

-Perfecto. La comida siempre sabe mejor en compañía.

Y se sentó sin esperar respuesta.

Carmesí se puso a comer tranquilo, con movimientos mecánicos, llevando la comida a su boca sin prestar

atención al sabor. Su ojo se movía de un lado a otro, observando a los invitados pasar. Trajes elegantes, vestidos brillantes, risas, charlas. Todo era demasiado.

Y entonces la vio.

Aquamarina.

Estaba al otro lado del salón, con un vestido azul oscuro que le quedaba perfecto. Su ojo brillaba bajo las luces, y su sonrisa iluminaba el lugar.

Hablaba con Carbón, que la escuchaba con su seriedad habitual. Ambos parecían cómodos, como si llevaran toda la vida conociéndose.

Carmesí se congeló.

Su mano apretó el vaso sin querer. El vidrio crujió y se rompió entre sus dedos, derramando el líquido sobre la mesa y su ropa.

Guinda lo vio.

-Tienes mis manos,niño.

-...

Guinda volteó a ver a dónde miraba su hijo.

-Ooh... -dijo, con una sonrisa burlona-. Ahí está tu novia.

Carmesí sintió que el ojo se le salía de la órbita.

-No es mi novia.

-Claro que no.

-Es mi amiga.

-Claro que sí.

-Papá.

-Carmesí.

-No empieces.

Guinda se rió y le dio un golpecito en el brazo.

-Ve por ella, tigre.

Carmesí lo miró con el ojo abierto de par en par, como si acabara de decirle algo absurdo.

-¿Qué?

-Que vayas. Cruza el salón, la saludas, le dices que te gusta su vestido, que qué bonita se ve, que si quiere bailar.

-¿Bailar?

-Sí, bailar. Eso hacen las personas en las fiestas.

-Yo no bailo.

-Ahora sí.

-No sé bailar.

-Aprende.

-¡No puedo!

-Carmesí.

-¿Qué?

-Ve.

Carmesí apretó los puños. Su ojo se movió de Guinda a Aquamarina, y de vuelta a Guinda.

-¿Y si me rechaza?

-Entonces duele un rato y ya. Pero si no vas, te vas a preguntar toda la vida qué hubiera pasado.

-Eso es muy profundo para alguien que no sabe ni qué quiere comer.

-Aprendo rápido.

Carmesí soltó un suspiro largo y se levantó lentamente. Se alisó la ropa, aunque ya estaba arrugada por el agua derramada.

-Está bien. Voy. Pero si me humillo, te voy a culpar.

-Ya estoy acostumbrado.

Carmesí comenzó a caminar. Sus piernas se movían con torpeza, como si hubiera olvidado cómo hacerlo. Cada paso era un esfuerzo. La multitud se abría a su paso, y él avanzaba como un náufrago en medio del océano.

Llegó a donde estaban Aquamarina y Carbón.

-Aquamarina -dijo, su voz saliendo más aguda de lo que quería.

Aquamarina se giró y su ojo se iluminó.

-¡Carmesí! -exclamó, con una sonrisa-. ¡Qué bueno verte!

Carmesí sonrió, pero era una sonrisa nerviosa que apenas se sostenía.

-Sí, uh... llegué hace un rato.

Carbón lo miró con su ojo serio.

-¿Necesitas algo?

-No, no. Solo quería saludar.

-Ya saludaste.

-Sí, pero...

Carbón lo miró un momento más y luego se giró hacia Aquamarina.

-Me voy a buscar algo de beber. Hablen tranquilos.

-¡Gracias, Carbón! -dijo Aquamarina, y Carbón asintió y se perdió entre la multitud.

Carmesí sintió que el corazón se le aceleraba. Ahora estaba solo frente a ella. Sin escudo. Sin excusas.

-Uh... te queda bien el vestido -dijo, con la voz temblorosa.

Aquamarina sonrió.

-¿En serio? Me lo compró Carbón. Es muy amable.

-Sí, se ve... se ve bien en ti.

-Gracias.

El silencio se extendió. Carmesí sintió que debía decir algo más, pero su mente estaba en blanco.

-¿Quieres bailar? -preguntó de repente, sin saber de dónde había salido.

Aquamarina parpadeó.

-¿Bailar?

-Sí. Si quieres. No estas obligada...

-Pero dijiste que no sabías bailar.

-No sé...pero puedo intentar.

Aquamarina lo miró un momento. Luego se rió y extendió su mano.

-Entonces vamos. Pero si pisas mis pies, no te perdono.

-No voy a pisar nada -dijo Carmesí, aunque su ojo ya estaba buscando la salida.

Tomó la mano de Aquamarina y caminaron hacia la pista de baile.

Y en ese momento, Guinda los veía desde su mesa, con una sonrisa apenas visible.

Rojo y Mora llegaron a la gala con pasos tranquilos, mezclándose entre la multitud de invitados elegantes. El salón brillaba con luces doradas y el murmullo de las conversaciones llenaba el aire. Ambos llevaban sus trajes impecables: Rojo con su traje gris oscuro y corbata roja, Mora con su traje azul marino y detalles plateados. A simple vista, eran dos empleados más de MIRA.

Rojo miró a su alrededor, con el ojo brillante de emoción. Reconoció algunas caras, pero su atención estaba en otra parte.

-Voy a buscar a los muchachos -dijo, girándose hacia Mora-. Limón dijo que iban a estar por aquí.

-Andá -respondió Mora, con una sonrisa-. Yo te alcanzo después.

-¿Segura?

-Seguro. Divertite.

Rojo le dio un beso rápido y se perdió entre la multitud.

Mora se quedó sola, recorriendo el salón con la mirada. La música suave flotaba en el aire, y los invitados se movían con elegancia. Esperaba ver a Verde o Bronce, pero no estaban en ninguna parte.

-Supongo que deben estar trabajando -murmuró para sí misma-. Verde es quien maneja esto, aunque la nave sigue estacionada.

Caminó entre las mesas, con la mirada atenta. El salón era enorme, y la gente se agolpaba en cada rincón. De repente, reconoció una figura. Una figura amarilla, con su gorrito característico.

Mora se detuvo.

-¿Amarillo? -dijo, sin poder creerlo.

Amarillo estaba junto a Turquesa, con su traje amarillo pálido y su gorrito de tela fina. Su ojo se abrió al escuchar su nombre.

Mora se acercó rápido, con el ojo abierto de par en par.

-¿QUÉ HACES AQUÍ? -preguntó, su voz entre sorprendida y confundida.

Amarillo se tensó. Su ojo se movió hacia Turquesa, que miraba a Mora con curiosidad.

-Podría preguntarte lo mismo -respondió Amarillo, con un tono defensivo-. Vine con mi empleada. Turquesa insistió.

-¡Pero tú odias estas cosas!

-Y sigo odiándolas. Pero ella quería venir.

Turquesa intervino, con una sonrisa amplia.

-Fue idea mía, señora. Le dije que era una oportunidad única. ¿Y usted?

Mora parpadeó. Su mente corrió rápido, buscando una excusa.

-Trabajo. Soy ejecutiva de MIRA. Vine por compromiso.

-¡Qué interesante! -dijo Turquesa-. Amarillo nunca mencionó que tenía amigas en MIRA.

Amarillo la miró con el ojo entrecerrado.

-No lo menciono porque no me gusta mezclar el trabajo con la vida personal.

-Ahora entiendo por qué te negabas a venir -dijo Turquesa, riendo-. ¡No querías encontrarte con jefes!

Amarillo forzó una sonrisa.

-Algo así.

Mora la miró con atención, notando el incómodo.

-¿Y los niños? -preguntó, bajando la voz.

-Con Limón. Están bien -respondió Amarillo.

-¿Y tu restaurante?

-Cerrado por la noche. No iba a tener clientes.

Mora asintió. Quería preguntarle más, pero la presencia de Turquesa la detenía.

-Bueno -dijo Mora, recuperando la compostura-. Me alegra verlas. Que disfruten la noche.

-Igualmente -respondió Amarillo.

Mora se alejó, pero antes de irse, lanzó una mirada a Amarillo. Una mirada que decía: "Después hablamos".

Amarillo asintió apenas, con el ojo fijo en ella. Y luego volvió a su conversación con Turquesa, que seguía hablando emocionada.

-Qué amiga tan interesante -dijo Turquesa-. ¿Cómo se llama?

-Mora -respondió Amarillo-. Solo Mora.

Mora se detuvo. Su ojo se entrecerró y dio media vuelta para mirar a Amarillo de nuevo.

-Amarillo -dijo, bajando la voz-. ¿Quién te invitó?

Amarillo parpadeó.

-No sé. Solo recibí la invitación. Llegó al restaurante por correo.

-¿Firmada por alguien?

-No. Solo el sello de MIRA.

-¿No te pareció raro?

Amarillo se encogió de hombros.

-Al principio sí, pero luego pensé que tal vez era por ser un local conocido. La gala es para gente importante.

-¿Y tu restaurante se hizo famoso o algo así?

-...

Mora se quedó en silencio. Su ojo se movió rápidamente, procesando la información. Miró a su alrededor: cientos de invitados, algunos de rostros conocidos, otros completamente desconocidos. Música suave, luces doradas, sonrisas. Demasiada gente.

Demasiada.

-Tengo un terrible presentimiento -dijo Mora en voz baja, casi para sí misma.

Amarillo la miró con preocupación.

-¿Qué quieres decir?

-Nada. Quedate con tu amiga y no te separes de ella.

Amarillo abrió la boca para preguntar más, pero Mora ya se había dado la vuelta y caminaba rápido hacia el fondo del salón, con el ojo escaneando cada rincón. La multitud se abría a su paso.

Manzana la vio desde una mesa cercana. Su ojo se entrecerró. Dejó el vaso que tenía en la mano y se levantó con lentitud, sin hacer ruido.

Sin apartar la mirada de Mora, comenzó a seguirla, manteniendo la distancia justa para no ser visto. Sus pasos eran firmes, su postura alerta.

Verde estaba en navegación, revisando los paneles de control sin prestarles atención. Los números parpadeaban en las pantallas, y la nave zumbaba

suavemente. Había salido un momento para tomar aire, para alejarse del ruido de la fiesta que se escuchaba desde el hangar.

Vio a un grupo de científicos blancos pasar por el pasillo. Iban con prisa, con sus trajes impecables y sus ojos fríos. En medio de ellos, caminaba Rosa.

Rosa lo vio. Su ojo se fijó en Verde por un segundo. Luego, sin detenerse, habló con voz fría y medida.

-En una hora.

Y siguió caminando con los científicos, desapareciendo al final del pasillo.

Verde se quedó quieto. El eco de las palabras de Rosa retumbaba en su cabeza. En una hora. Sabía lo que significaba. Siempre sabía.

Suspiró. Su cuerpo se tensó, y sus manos comenzaron a temblar ligeramente. Las llevó a su pecho, acariciando la tela de su ropa con movimientos lentos y nerviosos.

Metió su mano dentro de la chaqueta. Buscó algo. Lo encontró.

Sacó una foto.

Era vieja, con los bordes desgastados y una pequeña arruga en la esquina. En ella, dos tripulantes de color verde polvo y verde oliva sonreían con sus ojos brillantes. Uno tenía su mano en el hombro del otro. Ambos miraban a la cámara con una alegría que Verde apenas recordaba.

Sus padres.

Verde la miró largamente. Su ojo recorrió los rostros, las sonrisas, el momento congelado en el tiempo. La apretó contra su pecho y cerró el ojo.

-En una hora -repitió en voz baja.

Nadie lo escuchó.

Bronce estaba en la sala de cámaras, sentado frente a los monitores. Las pantallas mostraban cada rincón de la nave y del salón de la gala. La imagen era nítida, los colores brillantes, la vida ajena a lo que él sentía.

O no sentía.

Su ojo estaba fijo en la pantalla central, donde se veía a la multitud de invitados moverse con elegancia. Su cuerpo no se movía. Solo su respiración, lenta y profunda.

No estaba completamente solo.

Dos pequeños trozos de su propio cuerpo se desprendieron de su espalda con un sonido húmedo y suave. Cayeron al suelo con un golpe casi imperceptible.

Eran como gusanos de carne guinda oscura. Se movían con lentitud al principio, estirándose, probando el aire. Luego, con más confianza, comenzaron a reptar por el suelo.

Uno se deslizó hacia la izquierda, arrastrándose por el borde de la pared, y se enroscó alrededor de la base de una silla. El otro se movió hacia la derecha, subió por la pata de la mesa y se quedó inmóvil, como una extensión silenciosa de la sombra.

Bronce no los miró. No reaccionó. Solo siguió mirando la pantalla.

-Está bien -murmuró, su voz plana y baja-. Miren. Vean todo.

Los gusanos se movieron ligeramente, como si hubieran entendido. Sus pequeños cuerpos se estiraron hacia las cámaras, mirando a través de ellas.

Bronce cerró el ojo por un momento.

Y cuando lo abrió, los gusanos ya no estaban. Se habían ido a hacer lo que él no podía.

Mora continuó caminando por los pasillos de la nave, con el ojo atento y los pasos rápidos.

La gala seguía su curso en el salón principal, pero ella necesitaba alejarse, necesitaba entender qué estaba pasando.

Manzana la seguía desde las sombras, moviéndose con sigilo. En un momento, al ver que Mora se dirigía a una zona más aislada, decidió meterse en una ventilación para acortar camino.

El conducto era estrecho, oscuro, con olor a polvo y metal. Avanzó agachado, con el ojo bien abierto,

escuchando los pasos de Mora por las rejillas. Pero al pasar por un cruce, algo se movió. Un bulto oscuro y retorcido que se deslizaba por la pared.

Manzana se detuvo. Se quedó helado.

Miró fijamente la cosa, una masa de carne guinda oscura, con pequeños fragmentos de lo que alguna vez fue una forma reconocible. Estaba viva, pero no parecía tener rostro ni ojos, solo movimiento.

-...¿Eso es una rata? -susurró, confundido.

La cosa se detuvo. Pareció percibirlo. Luego, con una rapidez aterradora, se lanzó directamente hacia su rostro.

Manzana reaccionó al instante. Abrió la boca y escupió ácido. El chorro golpeó a la criatura, que se retorció y comenzó a derretirse, deshaciéndose en un charco negro y humeante sobre el metal del conducto.

El grito que soltó fue involuntario, pero poderoso.

-¡MIERDA!

Salió de la ventilación de un salto, cayendo al pasillo con el corazón latiendo fuerte y la respiración entrecortada. Se quedó unos segundos en el suelo, mirando hacia el conducto, esperando ver más de esas cosas.

Pero no había nada. Solo el silencio.

Desde la sala de cámaras, Bronce sintió todo.

Su cuerpo se tensó. Su ojo se abrió de par en par. La conexión con el gusano se había roto de golpe, y el dolor del ácido seguía resonando en su interior como un eco lejano. Apretó las manos con fuerza, y su cuerpo comenzó a dividirse.

Más partes de él comenzaron a desprenderse. Gusanos pequeños y medianos, todos de la misma carne oscura, que se arrastraron por el suelo, por las paredes, por el techo, desapareciendo en cada rendija.

Bronce los miraba irse, uno tras otro, con el ojo vacío y la mente en otra parte.

-No lo dejen escapar.

Las criaturas se movieron, obedeciendo sin cuestionar, como una extensión silenciosa de su voluntad.

Manzana aceleró el paso. Las piernas le temblaban, el corazón le latía con fuerza. El encuentro en la ventilación lo había dejado nervioso, y sabía que no podía seguir así. Tenía que hablar con ella. Tenía que hacerlo ahora.

Mora caminaba rápido, con la mirada fija en el pasillo. Estaba a punto de girar en una esquina cuando sintió una mano en el hombro.

Se detuvo. Su cuerpo se tensó. Antes de girar, ya tenía la mano dentro del bolsillo.

Se dio vuelta y lanzó un puñado de sal directo a la cara de Manzana.

Manzana no se movió. No se encogió. No se quejó. La sal golpeó su rostro y cayó al suelo sin hacerle nada. Su ojo parpadeó apenas.

Mora lo miró con el ojo abierto de par en par. Su mano aún sostenía el resto de la sal. La confusión se mezclaba con el miedo.

-¿QUIÉN ERES? -preguntó, su voz firme pero temblorosa.

Manzana levantó las manos lentamente, mostrando que no traía nada. Su ojo se movió rápido, buscando las palabras.

-Tranquila... Tranquila...

-RESPONDEME, ¿QUIÉN SOS?

-Soy yo... Lima.

Mora retrocedió. Su cuerpo golpeó la pared detrás de ella. El ojo se le abrió desmesuradamente.

-No... no puede ser... Lima está muerto. Yo lo vi morir.

-SÍ, ESTOY MUERTO -dijo Manzana, su voz subiendo de tono-. BUENO, ESTUVE MUERTO. AHORA NO. ES COMPLICADO.

-¡NO TE ACERQUES!

-NO ME VOY A ACERCAR. SOLO QUIERO QUE ME ESCUCHES.

Mora apretó la sal en su mano. El puño temblaba.

-¿Y cómo sé que eres tú? ¿Cómo sé que no eres otro impostor?

Manzana bajó las manos lentamente. Su ojo se suavizó.

-Verde volvió, el guinda ese volvió, el bronce volvió ¿QUE TE HACE CREER QUE NO PODIAMOS VOLVER LOS DEMAS? ¿TE PIENSAS QUE MIRA NO HACE MAS EXPERIMENTOS EN CADÁVERES? ¿TAN SIQUIERA PENSASTE EN ESO?

Mora parpadeó. Su ojo se movió rápido, recordando.

-...Eso suena a Lima.

-PORQUE SOY LIMA.

Mora bajó la mano con la sal. Su ojo se relajó apenas.

-¿Cómo es posible que estés vivo?

-NO ES UNA HISTORIA CORTA. PERO TE JURO QUE NO TE VOY A HACER DAÑO! ... Solo quiero ayudar.

-¿Ayudar en qué?

Manzana dio un paso. Mora no retrocedió.

-En toda esta basura de MIRA.

Mora lo miró largamente.

-¿Por qué debería confiar en ti?

-Porque no confías en nadie más. Y porque tengo ácido en la boca y aún no te lo he escupido.

Mora soltó una risa seca. La primera en mucho tiempo.

-...Eres Lima.

-Sí. Ahora, ¿me vas a escuchar o tengo que escupirte a los pies para que te muevas?

Mora lo miró fijamente, con el ojo aún lleno de desconfianza, pero también de curiosidad.

-¿Cómo estás vivo? -preguntó, su voz más baja pero firme-. Te vi morir. Te vi deshacerte.

Lima soltó un suspiro, como si la pregunta le pesara. Se pasó una mano por la cabeza y movió el ojo con fastidio.

-Desperté en un laboratorio de MIRA.

Mora se tensó.

-¿Te hicieron algo?

-No sé. Pero vi cosas. Cosas que no debería haber visto.

Hizo una pausa, y su ojo se oscureció.

-Vi cómo recreaban a Verde. Pedazo a pedazo. Fue asqueroso. Pero lo vi todo. Y ellos sabían que yo lo veía. No les importó.

Mora sintió un escalofrío.

-¿Y los demás?
Lima negó con la cabeza.

-Cuando despertaron, se mataron. Marrón está en un tipo de limbo raro...Ah, Azul también está vivo.

-¿Azul?

-Sí, es un cambiaformas.

-¿Y tu puedes cambiar de forma?

-Yo solo escupo ácido. Por eso me llaman Serpiente o algo así. No me importa cómo le digan.

Mora se quedó en silencio un momento. La información era demasiado, pero no podía procesarla ahora.

-Tienen que salir de esta nave -dijo Mora, con urgencia.

-¿POR QUÉ CREES QUE SUBÍ? -respondió Lima, su voz elevándose-. Porque estuvo mucho tiempo como un fantasma viéndolos desde lejos. No como un ángel guardián, ni como un idiota que cree que puede salvarlos. Pero prefiero cuidarlos así. A ti, a Amarillo, a Rojo y a tus hijos.

Mora parpadeó.

-¿Mis hijos?

-Sí, mis sobrinos. YO SOY EL PADRINO, AGUANTATE.

Mora abrió la boca para responder, pero Lima la cortó.

-BUENO, YA BASTA DE
PREGUNTAS. ¿VAMOS A SALIR O NO?

Mora lo miró un momento más. Luego asintió lentamente.

-Sí. Vamos a salir.

-Bien. Porque si no salimos ahora, no sé cuánto tiempo más voy a poder contenerme de escupir a alguien.

Mora casi sonrió.

-Eres igual que siempre.

-Y tú igual de molesta.

-Vamos.

Rojo estaba en una mesa con el grupo de siempre: Piña, Melón, Arándano, y algunos otros que se habían sumado a la conversación. La música sonaba de fondo, y las copas brillaban bajo las luces. Todos estaban animados, con sus trajes elegantes y sus sonrisas amplias.

Piña tomó un sorbo de su copa y señaló a Rojo.

-¡Escarlata! ¡Qué bueno verte fuera del cubículo! Pareces otro sin una tableta en la mano.

Melón se rió, ajustándose la corbata.

-Es verdad. Nunca lo había visto tan relajado.

Rojo levantó las manos en un gesto de rendición.

-Oigan, oigan. También sé divertirme. Solo que en el trabajo no tengo tiempo.

-Claro, claro -dijo Arándano, con su tono serio pero con una sonrisa apenas visible-. Por eso te pasas todo el día revisando informes.

-¡Los informes se revisan solos!

-No, no se revisan solos.

-Bueno, pero deberían.

Todos rieron. Rojo se sintió más relajado, rodeado de caras conocidas. Le recordaba a los viejos tiempos, antes de que todo se complicara. Antes de Polus, antes de MIRA, antes de las máscaras.

Piña se inclinó hacia él.

-Oye, y Limón. ¿Cómo está? ¿No iba a venir?

Rojo negó con la cabeza.

-Tuvo un accidente. Se lastimó la pierna. Así que se quedó en casa.

-¿En casa? -preguntó Melón-. ¿Y no tenía a nadie con quien ir?

Rojo sonrió.

-Está cuidando a mis hijos. Mis sobrinos, en realidad. Pero los considera como hijos.

-¿Ah, sí? -dijo Arándano, levantando una ceja-. ¿Y no te da miedo dejarlos con él?

-¿Miedo? ¿Por qué?

-Porque Limón es un desastre.

Rojo rió.

-Sí, pero es un desastre con buen corazón. Y los chicos lo quieren mucho.

-Aunque los deje comer papas fritas antes de la cena -añadió Piña.

-Eso también.

El grupo siguió charlando. Alguien contó una historia sobre un viaje malogrado, y todos rieron. Otro mencionó una anécdota del trabajo, y todos se quejaron en conjunto. Rojo se sintió parte de algo normal, algo que no tenía que ver con impostores, con mentiras, con el peso de ser quien era.

-Oye, Escarlata -dijo Melón, tocando su hombro-. ¿Alguna vez has pensado en dejar MIRA?

Rojo parpadeó.

-¿Cómo?

-Digamos, no sé. Hacer otra cosa. Algo más tranquilo.

-¿Como qué?

-No sé. Como abrir un negocio. O viajar. O dedicarte a lo que sea.

Rojo se quedó en silencio un momento.

-Nunca lo había pensado.

-Piensa. Debe ser mejor que los informes.

Rojo sonrió y levantó su copa.

-Por eso. Porque algún día, quizás, hagamos algo mejor.

-¡Por eso! -corearon los demás.

Las copas chocaron.

Carmesí y Aquamarina estaban en la barra de comida, con dos platos en las manos y una sonrisa

compartida. El ambiente a su alrededor era vibrante, lleno de risas y conversaciones, pero ellos parecían estar en su propia burbuja.

-No puedo creer que haya tanta comida -dijo Aquamarina, señalando la mesa-. Parece que cocinaron para todo un planeta.

Carmesí la miró, y su ojo se iluminó con una sonrisa.

-Es MIRA. Siempre exageran.

-¿Y a ti te gusta la comida elegante? -preguntó ella, tomando un pequeño bocadillo-. O prefieres algo más simple.

Carmesí pensó un momento.

-No sé. Creo que prefiero lo simple. Como una pizza o una hamburguesa. Algo que no necesite cubiertos raros.

Aquamarina rió.

-Eso sí es un verdadero gusto. La comida simple es la mejor.

-¿Y a ti?

-A mí también. Pero no me quejo de esto. Todo está delicioso.

Comieron en silencio un momento, pero era un silencio cómodo. Carmesí miró alrededor, reconociendo algunas caras.

Y entonces vio a Rojo.

-Ah, ahí está -dijo Carmesí, levantando su mano para saludar.

Rojo lo vio y devolvió el saludo con un gesto amable antes de volver a su conversación.

-¿Un amigo tuyo? -preguntó Aquamarina.

-Algo así. Trabajamos juntos a veces.

-Parece buena persona.

-Lo es.

Aquamarina lo miró con curiosidad.

-¿Tienes muchos amigos? Pregunta sería.

Carmesí se encogió de hombros.

-No muchos. Digamos que no soy muy bueno para socializar.

-¿Y yo?

-¿Tú qué?

-¿Cómo soy para socializar?

Carmesí la miró y sintió que el ojo se le calentaba.

-Tú eres buena. Muy buena. Haces que todo sea fácil.

Aquamarina sonrió, y su ojo se iluminó.

-Gracias. Eso es lindo.

Carmesí bajó la mirada, sonrojado.

-No es lindo. Es verdad.

-Sí, es lindo.

-Bueno, está bien. Es lindo.

Aquamarina rió y le dio un pequeño empujón con el hombro.

-Eres un caso, Carmesí.

-Lo sé.

-Pero es un buen caso.

Carmesí levantó la vista.

-¿En serio?

-En serio.

El silencio se extendió por un momento, pero no fue incómodo. Era un silencio que hablaba por sí mismo.

Aquamarina tomó otro bocadillo y se lo ofreció a Carmesí.

-¿Quieres probar este? Está bueno.

Carmesí tomó el bocadillo y lo probó.

-Está bueno.

-¿Ves? Te dije.

-Sí, me dijiste.

Siguieron comiendo, riendo, y hablando de cosas sin importancia.

Y por un momento, nada más importaba.

Hasta que el sonido de una copa golpeada con fuerza resonó en todo el salón.

Ting.

El eco metálico cortó el murmullo de las conversaciones y la música suave. Todos los invitados giraron sus ojos hacia el escenario, donde una figura imponente los observaba desde arriba.

Rosa.

Llevaba su traje negro impecable, con un brillo tenue que reflejaba la luz dorada del salón. Su ojo recorría la multitud con la calma de quien sabe que tiene el control absoluto. A su lado, una mesa con un micrófono y un vaso de agua. Nada más.

El silencio se extendió como una manta, y Rosa esperó unos segundos, saboreando la atención.

-Buenas noches, a todos -dijo, su voz amplificada por los parlantes, grave y serena-. Bienvenidos a la gala de la nueva Skeld.

Los aplausos fueron corteses, pero no efusivos. Todos esperaban lo que vendría.

-Hace años, MIRA perdió una nave. La Skeld original. Una nave que viajaba por el espacio, que exploraba

lo desconocido, que llevaba consigo a una tripulación de valientes. Hoy, esa historia ya no es un recuerdo de dolor, sino el inicio de un nuevo capítulo.

Hizo una pausa, y su ojo recorrió la sala.

-La nueva Skeld no es solo una nave. Es un símbolo. De resistencia. De evolución. De lo que podemos lograr cuando dejamos atrás el miedo y abrazamos el futuro.

Carmesí, desde la barra, sintió un escalofrío. Aquamarina lo miró, notando su tensión.

-¿Estás bien? -preguntó en voz baja.

-No lo sé -respondió Carmesí, con la mirada fija en Rosa.

Rosa continuó.

-Hemos trabajado durante meses para hacer de esta nave algo único. Tecnología de punta, sistemas de seguridad avanzados, y un diseño que supera cualquier estándar conocido. Pero lo más importante no es la nave. Lo más importante son los que la

tripularán. Los que llevarán el legado de MIRA a las estrellas.

Señaló hacia un lado del escenario, donde Verde y Bronce estaban de pie, con sus trajes formales. Verde sonreía ampliamente, con el ojo brillante. Bronce, en cambio, estaba inmóvil, con el ojo vacío, como una estatua.

-Nuestro capitán, Verde, y nuestro jefe de seguridad, Bronce -presentó Rosa-. Ellos representan lo mejor de MIRA. Lealtad. Determinación. Fuerza.

La multitud aplaudió. Algunos con entusiasmo, otros con educación.

-Pero esta noche no solo celebramos la nave -continuó Rosa-. Celebramos a todos los que han hecho posible este sueño. A los científicos. A los ingenieros. A los tripulantes que día a día dan su vida por esta corporación.

Su ojo se movió lentamente, y por un momento, pareció detenerse en algunas caras. En Amarillo. En Rojo. En Carmesí. En Guinda.

MIRA ha sido criticada. Cuestionada.
Pero siempre hemos seguido adelante.
Porque sabemos lo que estamos haciendo. Porque sabemos que el futuro no espera a los indecisos.

El tono de Rosa cambió. Se volvió más intenso. Más personal.

No voy a mentirles. El camino ha sido difícil. Hemos perdido gente. Hemos enfrentado amenazas. Hemos visto cosas que muchos no querrían ver. Pero cada pérdida nos ha hecho más fuertes. Cada amenaza nos ha unido más. Y lo que hemos construido hoy es la prueba de que, a pesar de todo, seguimos en pie.

Hizo una pausa, y su ojo se suavizó apenas.

Y sé que algunos se preguntan... ¿por qué todo esto? ¿Por qué una gala? ¿Por qué tanta celebración? La respuesta es simple: porque lo merecemos. Porque cada uno de ustedes, desde el más alto ejecutivo hasta el más reciente empleado, ha contribuido a esto. Esta nave no es mía. Es de todos.

La multitud aplaudió más fuerte esta vez.

Carmesí apretó los puños. Aquamarina lo vio y puso una mano en su hombro.

-Carmesí...

-Está bien -dijo él, aunque no lo estaba.

Rosa levantó una copa.

-Brindo por la nueva Skeld. Brindo por MIRA. Brindo por el futuro.

-¡Por el futuro! -corearon muchos.

Las copas se alzaron. La música volvió a sonar. El murmullo regresó.

Pero en varias mesas, varios ojos se mantuvieron fijos en Rosa.

Y algunos no estaban celebrando.

Entre ellos, Guinda. Estaba sentado en su mesa, con las manos cruzadas y el ojo fijo en Rosa.

No aplaudió. No levantó su copa. Solo lo miró con una frialdad que cortaba el aire.

A su lado, Aureliano, que había estado contándole una historia sobre su pueblo, notó el cambio en su actitud.

-¿Todo bien? -preguntó en voz baja.

Guinda no respondió. Su ojo seguía fijo en el escenario.

Más allá, Amarillo también se había tensado. Su mano apretaba el borde de la mesa mientras Rosa hablaba. Turquesa, a su lado, estaba demasiado distraída mirando las decoraciones para notar su incomodidad.

Carmesí, desde la barra, sentía que el estómago se le encogía. Aquamarina lo miró con preocupación, pero él no podía quitarle los ojos a su padre.

Cobalto, en una mesa cercana, había dejado de sonreír. Su ojo se movía entre Rosa y los invitados, calculando cada palabra.

Mora acababa de regresar con Manzana cuando Rosa empezó a hablar. Se detuvo en la entrada del salón, sin poder avanzar. Su ojo se fijó en el escenario, y Manzana, a su lado, apretó los puños.

Rosa siguió hablando. Su voz era firme, medida, hipnótica. Habló del futuro, de la unidad, de la grandeza de MIRA. Verde y Bronce se acercaron al escenario, uno sonriendo, el otro vacío.

-Es hora de que todos coman -dijo Rosa, con una sonrisa que no llegaba a su ojo.

Terminó de hablar.

Los aplausos estallaron. Algunos genuinos, otros mecánicos, pero todos llenaron el salón con su ruido.

Rojo retrocedió lentamente. Su ojo se movía entre Rosa y los demás, con el corazón latiendo más fuerte. Los muchachos lo miraron.

-¿Qué sucede, bro? -preguntó Melón.

-¿Estás bien, Escarlata? -añadió Piña.

Rojo no respondió. Solo negó con la cabeza y siguió retrocediendo.

Guinda, que estaba hablando con Aureliano en su mesa, se levantó lentamente. No miró a nadie. Solo se puso de pie y comenzó a caminar hacia el fondo.

Amarillo, desde su mesa, agarró a Turquesa de el hombro y comenzó a retroceder.

-¿Amarillo? -preguntó Turquesa, confundida-. ¿Qué pasa?

-Nada -respondió Amarillo, pero su ojo no se apartaba del escenario-. Solo que debemos irnos.

Verde miró el suelo. Sus manos temblaban ligeramente. No dijo nada, pero su cuerpo se movía como si estuviera a punto de desmoronarse.

Bronce, sin decir palabra, se retiró del escenario. Se perdió entre las sombras del fondo, desapareciendo como si nunca hubiera estado allí.

Rosa se bajó del escenario y, sin mirar a nadie, se encerró en una habitación. La puerta se cerró tras él, dejando un silencio incómodo en el salón.

Los invitados se miraron unos a otros, confundidos, pero poco a poco la fiesta volvió a su ritmo.

La música freno.

No fue un fade out suave, ni un error técnico. Fue un corte seco, como si alguien hubiera arrancado el

cable de los parlantes. El silencio cayó sobre el salón como un manto pesado.

Los invitados se miraron unos a otros, confundidos. Algunos soltaron risas nerviosas, pensando que era parte del espectáculo. Pero no hubo explicación. No hubo voz que anunciara nada.

Rojo sintió que el corazón se le aceleraba. Su ojo recorrió el salón, buscando a Mora, buscando a Amarillo, buscando a cualquiera que pudiera darle una respuesta. Los muchachos lo rodearon, confundidos.

-¿Qué pasa, bro? -preguntó Melón.

-No sé -respondió Rojo, su voz tensa-. Pero algo no está bien.

Piña lo miró con preocupación.

-¿Escarlata? Estás pálido.

-Tienen que irse -dijo Rojo, señalando hacia la salida-. Ahora.

-¿Por qué?

-No preguntes. Solo andate.

Los muchachos dudaron, pero la mirada de Rojo era tan intensa que no pudieron ignorarla. Comenzaron a moverse hacia la salida, aunque sin entender del todo.

Verde seguía mirando el suelo. Sus manos temblaban, y su respiración se había vuelto irregular. No se movía. No hablaba. Solo estaba ahí, como esperando algo.

Carmesí sintió el pánico antes de verlo. Agarró la mano de Aquamarina con fuerza y empezó a caminar rápido hacia el fondo del salón.

-Carmesí, ¿qué pasa? -preguntó ella, casi tropezando.

-No lo sé. Pero no me siento bien.

-¿Dónde vamos?

-Lejos de aquí.

Mora se movía entre la multitud, su ojo buscando desesperadamente a Rojo y Amarillo. Empujaba a la gente sin disculparse, sin mirar atrás. Su respiración era agitada, y su mente corría más rápido que sus piernas.

-Rojo -murmuró-. Rojo, ¿dónde estás?

Y entonces, empezó a sonar.

Esa maldita canción de rock.

El riff de guitarra rasgó el silencio como un cuchillo, acompañado de un bajo pesado que vibraba en el suelo. Era agresiva, distorsionada, sin letra. Solo música. Solo ruido.

Los invitados se quedaron quietos, sin saber qué hacer. Algunos se tapaban los oídos. Otros miraban hacia el escenario, esperando que alguien explicara qué estaba pasando.

Pero nadie explicó nada.

Y en ese momento, todos supieron que algo horrible estaba por comenzar.

Chapter 19

Parte 1: ¡TODOS ESCONDANSE YA!

Las puertas se fueron cerrando.

Una por una, con un sonido metálico y pesado, las enormes puertas del salón se deslizaron hasta encajar en sus marcos. Algunos invitados lograron escapar justo antes del cierre, empujándose entre sí, pero la mayoría quedó atrapada dentro.

Amarillo llegó justo a tiempo. Con un empujón desesperado, lanzó a Turquesa hacia el otro lado de la puerta. La chica cayó al pasillo, girándose con el ojo abierto de par en par.

-¡AMARILLO! -gritó, pero la puerta ya estaba cerrada.

Amarillo se quedó del lado equivocado. Respiró agitada, con el corazón latiéndole en la garganta. Se giró, buscando entre la multitud, buscando a Rojo, a Mora, a cualquier cara conocida.

-¡ROJO! -gritó-. ¡MORA!

Los invitados comenzaron a moverse, algunos con miedo, otros con confusión. La música de rock seguía sonando, retumbando en las paredes.

Y entonces, la gente comenzó a mirar a Verde.

Él estaba en el centro del salón, con la cabeza gacha y las manos temblorosas. Su ojo se movía rápido, recorriendo los rostros de los invitados. Vio a una familia. A un padre con su hija pequeña. Vio a un anciano apoyado en su bastón.

Su boca se abrió.

-Perdón -dijo, su voz apenas un susurro-. Perdón.

Alguien gritó. Verde levantó la cabeza.

-PERDÓN -gritó, con más fuerza-. ¡PERDÓN, PERDÓN, PERDÓN!

Su cuerpo comenzó a deformarse. La piel se estiró, se rasgó, se abrió. Protuberancias de carne rosa y negra empezaron a brotar de su interior, retorciéndose como serpientes. Su ojo se abrió desmesuradamente, y su boca se rasgó hacia los costados, mostrando hileras de dientes afilados.

Y empezó.

El primer grito fue de una mujer, que cayó al suelo mientras Verde se lanzaba sobre la multitud. Los invitados comenzaron a correr en todas direcciones, chocando entre sí.

Rojo gritó.

-¡CORRAN! -gritó, su voz ronca y desesperada-. ¡ESCONDANSE!

Los muchachos lo vieron todo. Piña se quedó helada, con el ojo abierto de par en par. Melón la agarró de la mano y la arrastró hacia atrás. Arándano ya estaba corriendo hacia una mesa, buscando refugio.

Rojo los vio y les gritó.

-¡VÁYANSE! ¡NO SE QUEDEN AHÍ!

Piña, con lágrimas en el ojo, trató de hablar.

-¿Y tú?

-¡NO ME IMPORTA! ¡VÁYANSE!

Melón la arrastró hacia atrás, y los tres desaparecieron detrás de una columna.

Mora corría entre la multitud, empujando, apartando, gritando.

-¡ROJO! ¡ROJO! ¿DÓNDE ESTÁS?

La gente pasaba a su lado, algunos sangrando, otros con el ojo lleno de terror. No podía verlo. No podía encontrarlo.

Manzana la seguía, moviéndose entre las sombras, protegiéndola sin que ella lo notara. Su ojo escaneaba el caos, buscando una salida, una oportunidad.

-Mora... -murmuró, pero su voz se perdió entre los gritos.

Verde seguía avanzando. Su forma era grotesca, alargada, con múltiples extremidades que se movían

sin control. Agarró a un tripulante y lo lanzó contra una pared. El sonido del impacto resonó en el salón.

Rojo lo vio. Sintió el horror. Pero no podía quedarse quieto.

-¡MORA! -gritó de nuevo, con todas sus fuerzas.

Y siguió corriendo entre la multitud.

Rojo vio a un niño pequeño, acurrucado detrás de una mesa caída. Su ojo estaba lleno de lágrimas, su cuerpo temblaba. Sin pensar, Rojo corrió hacia él, extendiendo sus manos.

-¡VEN! -gritó-. ¡RÁPIDO!

El niño levantó la vista y comenzó a gatear hacia él. Rojo estaba a centímetros de alcanzarlo.

Pero Verde lo vio.

Con un golpe rápido, lanzó un mueble pesado contra el, pero apunto mal, aplastó al niño. El impacto fue brutal. El cuerpo pequeño quedó aplastado bajo el peso, con su ojo abierto y sin vida.

Rojo sintió la sangre salpicar su rostro.

Un grito desgarrador que se perdió entre el ruido de la masacre.

-¡NOOOOO!

Su cuerpo temblaba. Quería correr, quería ayudar, quería salvar a alguien. Pero no podía moverse. El horror lo paralizaba.

Mora llegó desde atrás. Lo agarró con fuerza y lo arrastró hacia atrás.

-¡CORRE! -gritó-. ¡ROJO, CORRE!

Rojo no reaccionaba. Su ojo seguía fijo en el niño muerto, en la sangre en sus manos. Mora tiró de él con todas sus fuerzas, y él finalmente comenzó a moverse, arrastrando sus piernas.

Manzana los siguió, con el ojo atento al caos a su alrededor. Escupió ácido contra una mesa que se acercaba demasiado, derritiéndola antes de que pudiera golpearlos.

-¡VAMOS! -gritó-. ¡NO SE DETENGAN!

Amarillo los vio desde el otro lado del salón. Estaba manchada de sangre, con el ojo lleno de terror. Cruzó

corriendo entre los cuerpos, saltando sobre escombros y evitando los golpes de Verde.

Verde casi la alcanza. Su extremidad rozó su espalda, rasgando su ropa. Amarillo sintió el roce, pero no miró atrás.

-¡NO! -gritó, y siguió corriendo.

Llegó justo cuando Mora y Rojo se encontraban con Manzana. Los cuatro se miraron por un segundo. El terror en sus ojos era el mismo.

-¡VAMOS! -gritó Manzana.

Y corrieron juntos, buscando una salida, buscando sobrevivir.

Detrás de ellos, Verde seguía destrozando todo lo que encontraba.

Amarillo corrió junto a los demás, con la respiración entrecortada y el ojo lleno de preguntas. Se giró hacia Manzana, que iba a su lado con su paso firme y su ojo alerta.

-¿QUIÉN MIERDA ES ESTE? -gritó, señalando a Manzana.

Manzana no la miró. Solo siguió corriendo.

-ES LIMA -respondió, su voz ronca y cortante.

Rojo casi se tropieza al escucharlo. Su ojo se abrió de par en par.

-¿LIMA? -gritó, su voz mezcla de incredulidad y pánico-. ¿CÓMO QUE LIMA? ¡LIMA ESTÁ MUERTO!

Manzana lo miró rápido, con el ojo entrecerrado.

-¡ES UNA HISTORIA LARGA! -gritó Mora, tirando de Rojo para que no se detuviera-. ¡TIENEN QUE SALIR DE AQUÍ! ¡YA HABLAREMOS DESPUÉS!

Llegaron a una compuerta de mantenimiento al final del pasillo. Manzana la abrió de golpe, con las manos temblorosas, y se asomó al interior oscuro. La salida parecía libre.

Pero algo se movió dentro.

Una figura blanca salió de la sombra, con su ojo vacío y su cuerpo empezando a deformarse. Tentáculos delgados comenzaban a emerger de su espalda, y su boca se abría lentamente.

-¡Otro! -gritó Amarillo.

Manzana no dudó. Abrió la boca y escupió ácido directo al rostro del monitor. El líquido cayó sobre su ojo, derritiendo su visor y parte de su cráneo. La figura blanca se retorció, emitiendo un sonido agudo y desgarrador, y cayó hacia atrás.

-¡VAMOS! -gritó Manzana, y los demás lo siguieron sin mirar atrás.

Corrieron por un pasillo angosto, con las luces parpadeando y el sonido de la música de rock resonando en la distancia. Encontraron una pequeña sala de almacenamiento y se metieron dentro, cerrando la puerta detrás de ellos.

Se quedaron en la oscuridad, respirando agitados.

-No podemos quedarnos aquí -susurró Mora-. Nos van a encontrar.

-Dame un minuto -dijo Manzana, apoyado contra la pared-. Solo un minuto.

Por otro lado, Guinda corría por un pasillo diferente. Su ojo se movía rápido, buscando a Carmesí entre la multitud de cuerpos caídos y escombros. A su lado,

Aureliano apenas podía seguirle el ritmo, con su sombrero torcido y su traje manchado de polvo.

-¡POR AQUÍ! -gritó Aureliano, señalando una puerta abierta.

Guinda lo siguió, pero su ojo no dejaba de buscar.

-¡CARMESÍ! -gritó, su voz ronca y desesperada-. ¡¿DÓNDE ESTÁS?!

Un monitor blanco apareció al final del pasillo. Su cuerpo se deformaba rápidamente, adoptando una forma alargada y llena de protuberancias. Avanzaba hacia ellos con pasos pesados.

-¡CORRE! -gritó Guinda, empujando a Aureliano detrás de él.

Aureliano no dudó. Corrió con todo lo que tenía, con el sombrero volando y los pies apenas tocando el suelo. Guinda lo seguía, pero su ojo seguía buscando.

-¡CARMESÍ!

No hubo respuesta.

Solo el ruido de la música y los gritos.

Manzana volvió a correr de nuevo. Su cuerpo se movía con una urgencia que no necesitaba palabras, y los demás lo seguían con la respiración entrecortada. Pero Rojo se detuvo.

Lo vio.

Melón estaba en el suelo, apoyado contra una columna, con la pierna desgarrada y la sangre empapando su traje elegante. Su ojo estaba abierto de par en par, lleno de dolor y miedo.

Rojo sintió que el mundo se detenía.

-¡MELÓN! -gritó, y su cuerpo se movió hacia él sin pensar.

Mora lo agarró con fuerza, tirando de él hacia atrás.

-¡ROJO, NO!

-¡DÉJAME! -gritó él, intentando soltarse-. ¡TENGO QUE AYUDARLO!

Melón levantó la mano, con un gesto desesperado.

-¡HUYE! -gritó-. ¡NO TE DETENGAS!

No pudo decir nada más.

Un tentáculo oscuro y afilado salió de la nada y atravesó su cabeza, justo por el ojo. Su cuerpo cayó hacia atrás con un golpe seco, y la sangre comenzó a extenderse en un charco debajo de él.

Rojo gritó.

-¡NOOOOOOOO!

Su voz se rompió, llena de dolor y rabia. Quería correr hacia él, quería hacer algo, pero Mora lo sujetaba con todas sus fuerzas.

-¡TENEMOS QUE IRNOS! -gritó ella, arrastrándolo.

Mocha apareció entre el humo y los escombros. Su cuerpo estaba cubierto de sangre, y su ojo tenía un

brillo frío. Los vio y corrió hacia ellos, sus piernas moviéndose rápido.

Manzana reaccionó al instante. Sacó su spray de ajo y picante y lo roció directo al rostro de Mocha.

El líquido golpeó su ojo y su piel. Mocha soltó un grito agudo y se cubrió la cara con las manos, retorciéndose de dolor. Sus dedos se movían desesperados mientras el ardor la consumía.

-GRAAAAAAAAHHHHHHH!!!!

Manzana no dudó. Le lanzó el spray a Mora, que lo atrapó al vuelo.

-¡CORRAN! -gritó Manzana.

Y los tres corrieron, dejando atrás el cuerpo de Melón y los gritos de Mocha.

Finalmente se escondieron en una sala. La puerta era pequeña, apenas un hueco en la pared que Manzana había encontrado mientras corrían.

Se metieron dentro y él escupió ácido sobre los bordes de la compuerta, derritiendo un poco el metal para que encajara mejor y quedara sellada.

Cayeron al suelo, todos al mismo tiempo.

Las respiraciones eran agitadas, entrecortadas. Los ojos se movían rápidamente, evaluando el espacio pequeño, oscuro, apenas iluminado por una luz de emergencia parpadeante.

Rojo fue el primero en hablar. Su voz era ronca, rota.

-¿Cómo estás vivo?

Manzana lo miró. Su ojo seguía alerta, pero el cansancio se notaba en su postura.

-Lo mismo que a Verde -dijo, su voz baja-. Me revivieron.

Amarillo tomó aire. Su ojo se movió entre Lima y Rojo, con una mezcla de incredulidad y miedo.

-¿Cuántos más son?

Lima la miró directamente.

-Somos dos. Azul y yo. No sé si Marrón cuenta.

Amarillo gritó. No fue un grito de miedo, sino de incredulidad.

-¡¿DIJISTE MARRÓN?!

Pero algo cayó desde arriba.

Un gusano oscuro, pequeño y retorcido, aterrizó justo sobre la cabeza de Amarillo.

Ella lo sintió. Su cuerpo se tensó. Con un movimiento rápido, lo agarró y lo arrojó al otro lado de la sala.

-¡¿QUÉ MIERDA ES ESO?! -gritó, su voz temblando.

Lima reaccionó al instante. Abrió la boca y escupió ácido directo al gusano, que se retorció y se derritió en el suelo.

Todos miraron hacia arriba.

La ventilación.

-CORRAN -susurró Lima.

Lima derritió la puerta con un chorro de ácido, el metal goteando y deformándose hasta formar un agujero apenas lo suficientemente grande para pasar.

Los cuatro salieron disparados, sin mirar atrás. Los pasos resonaban en el metal de los pasillos, y la música de rock seguía sonando a lo lejos, mezclada con gritos y ruidos que no querían identificar.

-¡Necesitamos un lugar seguro! -gritó Mora, corriendo al lado de Rojo-. ¡Sin ventilaciones! ¡Sin nada que pueda entrar!

-¡Lo sé! -respondió Lima, su ojo buscando rápido-. ¡Busquen una puerta que se pueda sellar!

Giraron por un pasillo y vieron una puerta de metal pesado, de las que se usan para acceso restringido. Lima escupió ácido sobre la cerradura y la abrió de una patada.

-¡ADENTRO! -gritó.

Entraron todos, y Lima cerró la puerta detrás de ellos. Rojo y Mora empujaron un mueble contra la entrada. Amarillo revisó las esquinas, buscando cualquier abertura.

Mora encendió la luz.

El cuarto era pequeño, sin ventanas, sin ventilación visible. Solo paredes de metal y un par de cajas apiladas en una esquina. Parecía una sala de almacenamiento olvidada.

Los cuatro respiraron agitados, apoyados contra las paredes, dejando que el silencio los envolviera.

Y entonces vieron el otro lado de la sala.

Carmesí y Aquamarina estaban ahí, acurrucados detrás de las cajas, con los ojos abiertos de par en par.

Todos gritaron.

-¡¿QUÉ MIERDA?! -gritó Rojo, dando un salto hacia atrás.

Carmesí se puso de pie rápido, con las manos levantadas.

-¡TRANQUILOS! ¡SOMOS NOSOTROS!

Aquamarina se asomó detrás de él, con el ojo todavía lleno de miedo.

-¡No disparen! ¡Ni escupan! ¡Lo que sea!

Mora se apoyó contra la pared, soltando el aire que había estado conteniendo.

-Casi me da un infarto.

-Casi nos da un infarto a todos -dijo Rojo, bajando las manos.

Carmesí los miró, y luego vio a Lima. Su ojo se abrió de par en par.

-¿Y ese quién es?

-Es Lima -dijo Mora-. Es una historia larga.

-¿Lima? -repitió Carmesí, confundido-. ¿El de la Skeld?

-El mismo -respondió Lima, con su voz ronca-. Pero ahora no hay tiempo para presentaciones. ¿Dónde están las salidas?

-No hay salidas -dijo Aquamarina, señalando el cuarto-. Solo esta puerta. Y ya la sellaron.

-Entonces estamos atrapados -dijo Rojo.

-Atrapados y vivos -corrigió Mora-. Eso es lo que importa.

Se quedaron en silencio por un momento. La respiración se calmaba lentamente, y el pánico comenzaba a dar paso al agotamiento.

Carmesí se sentó en una caja, pasándose la mano por la cabeza.

-¿Qué está pasando? -preguntó, su voz baja-. ¿Qué está haciendo Verde?

-Verde está siguiendo órdenes -dijo Lima-. Como todos los que MIRA ha creado.

-¿Órdenes de quién?

-De Rosa -respondió Mora, con el ojo duro-. Siempre de Rosa.

El nombre cayó como una piedra en el silencio.

Aquamarina apretó los puños.

-¿Y ahora qué hacemos?

Lima la miró.

-Ahora esperamos. Y planeamos.

-¿Planear qué?

-Salir de aquí -dijo Lima-. Antes de que la limpieza termine.

Guinda y Aureliano estaban en una sala de limpieza, un espacio pequeño y lleno de estantes con productos químicos y trapos viejos. La puerta estaba cerrada, y Guinda había cubierto la entrada con una gruesa capa de sal, esparciéndola con sus manos mientras respiraba agitado.

Se apoyaron contra la pared, con el ojo fijo en la puerta, escuchando los ruidos lejanos. La música de rock seguía sonando, pero más apagada, como si estuviera en otro sector de la nave.

Aureliano se pasó la mano por la cabeza, con el sombrero torcido y el traje manchado de polvo. Su ojo estaba abierto de par en par.

-¿Qué carajos está pasando? -preguntó, su voz temblorosa-. ¿Qué es todo esto?

Guinda lo miró, con el ojo duro y la respiración entrecortada.

-Es una puta masacre de aliens, ¿qué crees?

Aureliano parpadeó. Su ojo se abrió aún más.

-¿Aliens? ¿De nuevo?

Guinda se quedó en silencio un momento. Su ojo se entrecerró, procesando las palabras de Aureliano.

-Espera -dijo, su voz bajando de tono-. ¿Ya conviviste con aliens?

Aureliano abrió la boca, pero no respondió de inmediato. Sus dedos se movían nerviosos.

-Es... difícil de explicar.

Guinda iba a preguntar más, pero algo lo detuvo.

Una gota roja cayó sobre su hombro.

Se quedó quieto. Su ojo se movió lentamente hacia el techo, y sintió que el corazón se le aceleraba.

Otra gota. Esta vez cerca de su pie.

Levantó la vista.

La ventilación estaba abierta. Y dentro, algo se movía.

-No -susurró.

Ambos se levantaron al mismo tiempo, listos para huir. Aureliano llegó primero a la puerta, abriéndola de golpe y saliendo sin mirar atrás.

Pero Guinda no llegó.

Montones de gusanos cayeron desde la ventilación, envolviendo su cuerpo antes de que pudiera dar un paso. Lo agarraron por la cabeza, por las piernas, por el torso, estirándolo en todas direcciones. Sintió cómo lo tiraban, cómo su cuerpo se tensaba.

Gritó.

-¡NO!

Un grito desgarrador, lleno de dolor y miedo. Trató de soltarse, de moverse, pero los gusanos eran demasiados. Se enredaban alrededor de su cuerpo, apretando cada vez más fuerte.

-¡DÉJENME! -gritó-. ¡POR FAVOR!

Y entonces, desde el centro de la masa de gusanos, surgió una figura.

Bronce.

Su ojo estaba fijo en Guinda. Frío. Vacío. No mostraba nada, ni odio ni compasión. Solo una quietud profunda que era peor que cualquier emoción.

Cada gusano se movió para sostener a Guinda con más fuerza, estirando sus piernas, su cuello, su cabeza. El dolor era intenso, y Guinda sintió que su cuerpo estaba a punto de romperse.

-¡BRONCE! -gritó, su voz desgarrada-. ¡PERDONAME! ¡POR TODO! ¡LO QUE TE HICE! ¡LO SIENTO!

Bronce no respondió.

Solo lo miró, con el ojo vacío, mientras los gusanos seguían apretando.

Lentamente, algo más vino.

Los gusanos se movieron en masa, arrastrándose por el suelo como una ola viva. La sal que Guinda había esparcido para protegerse fue empujada a un lado,

barrida por los cuerpos retorcidos que avanzaban sin descanso. La entrada quedó despejada, y una figura apareció en el umbral.

Rosa.

Llevaba su traje negro impecable, sin una mancha, sin una arruga. En su hombro descansaba un gusano pequeño y oscuro, que se movía lentamente. Rosa lo tocó con su dedo, y el gusano se quedó quieto, como si hubiera transmitido todo lo que necesitaba.

Rosa entró en la sala. Su ojo recorrió el espacio y se detuvo en Guinda.

Guinda estaba suspendido en el aire, sostenido por los gusanos que lo estiraban desde la cabeza y las piernas. Su respiración era agitada, entrecortada. La sangre ya comenzaba a gotear desde donde los gusanos apretaban con más fuerza.

Rosa se detuvo frente a él. Sin prisa. Sin emoción visible.

-¿Qué mierda quieres de mí? -preguntó Guinda, su voz ronca y rota.

Rosa lo miró.

-Te di la oportunidad de ser lo más parecido a un igual para mí. Te di la opción de ser mi pareja.

Guinda apretó los puños, luchando contra la presión de los gusanos.

-¡TUS OPORTUNIDADES SON UNA MIERDA! -gritó-. ¡ME DISTE LA OPORTUNIDAD DE SER UN EXPERIMENTO! ¡DE SER UN TÍTERE! ¡ME DISTE LA OPORTUNIDAD DE PERDER TODO LO QUE TENÍA! ¡A MIS AMIGOS! ¡A MI HIJO! ¡A MÍ MISMO!

Rosa lo miró sin inmutarse.

-Y aun así te di opciones. Más de las que merecías.

-¡NO MERECÍA NADA DE ESO! -gritó Guinda, su voz quebrándose-. ¡SOLO QUERÍA VIVIR! ¡SOLO QUERÍA SER FELIZ! ¡Y TÚ LO DESTROZASTE TODO!

Rosa suspiró. Largo. Cansado. Su ojo se movió lentamente.

-No me sirve un ser inferior como compañero de vida -dijo, su voz plana-. Necesito algo mejor.

Guinda lo miró con odio, pero también con algo más. Algo que no quería sentir.

-¡MALDITO! -gritó-. OJALA TE PUDRAS EN EL INFIERNO ¡JODETE!

Rosa lo miró. Por un momento, su ojo parpadeó.

-Hazlo -dijo, sin mirar a Bronce.

Bronce asintió. Los gusanos comenzaron a tirar con más fuerza. La presión aumentó. Guinda sintió que su cuerpo se estiraba más allá de lo que podía soportar. Gritó, pero el sonido se ahogó entre el dolor y el esfuerzo.

Sus piernas comenzaron a separarse. Su torso se tensó. Su cabeza se inclinó hacia atrás con un movimiento violento.

-¡NO! -gritó Guinda, con todas sus fuerzas-. ¡POR FAVOR! ¡NO!

Pero los gusanos no se detuvieron.

-¡BRONCE! ¡NO! ¡NO!

-.... **Por tu culpa estoy sucio.**

Y finalmente, Bronce lo partió en dos.

El sonido fue húmedo y crujiente. La carne se rasgó, el hueso se quebró, y los órganos se desprendieron. Una nube de sangre salpicó el aire, mojando las paredes y el suelo. Los gusanos se movieron lentamente, dejando caer las dos mitades del cuerpo al suelo.

Guinda ya no se movía.

Rosa quedó manchado de sangre. Su traje negro ahora tenía manchas rojas y oscuras, extendiéndose por su pecho y su rostro. Su ojo estaba fijo en el cuerpo partido en dos, en los órganos esparcidos, en el hueso visible que ahora sobresalía de la carne desgarrada.

No se movió. No habló.

Su cabeza comenzó a temblar. Un temblor fino, casi imperceptible. Su ojo se abrió ligeramente, y su boca se movió, como si quisiera decir algo.

-GUINDA?...

Su ojo se llenó de algo que no había mostrado en años. Dolor. Dolor puro, crudo, como si el Rosa de verdad hubiera estado ahí por un segundo. Su mano tembló, extendiéndose hacia el cuerpo caído, pero antes de que pudiera tocarlo, su cabeza tembló de nuevo.

Más fuerte esta vez.

Y el Rosa anterior volvió.

Su ojo se endureció. Su mano se detuvo. Su boca se cerró.

Se enderezó lentamente, mirando a Bronce.

-Lleva el cadáver al laboratorio -dijo, su voz plana y firme.

Bronce asintió, y los gusanos comenzaron a arrastrar los restos de Guinda, deslizándolos por el suelo con movimientos mecánicos.

-Sí, mi señor -respondió Bronce.

Rosa se quedó solo en la sala, con la sangre de Guinda aún caliente en su rostro. Su ojo se movió

hacia el suelo, donde los órganos esparcidos brillaban bajo la luz.

-Era débil -murmuró, pero su voz se quebró apenas-. Siempre lo fue.

No dijo nada más.

Y salió de la sala.

Lima y los demás seguían en la sala. Las respiraciones se habían calmado, pero la tensión seguía flotando en el aire. Las paredes de metal parecían cerrarse sobre ellos, y el silencio era interrumpido solo por el zumbido lejano de la nave.

Rojo y Mora ya le habían contado la historia completa a Aquamarina. Ella los escuchó con el ojo

abierto de par en par, moviendo la cabeza mientras procesaba cada palabra.

-Wow... -dijo finalmente, su voz baja y temblorosa-. Mucho que procesar.

-No tienes idea -respondió Mora, con una sonrisa cansada.

-¿Y todo esto estaba pasando mientras yo trabajaba en mis planos?

-Sí. Todo esto y más.

Aquamarina se pasó la mano por la cabeza, como si intentara asimilar todo lo que acababa de escuchar.

-Y yo pensaba que Celadon era el problema.

Carmesí la miró y casi sonríe.

-Celadon es un problema, pero de otro tipo.

-Ya veo.

Algo empezó a golpear la puerta.

Un golpe seco, metálico, que resonó en la sala. Todos se tensaron al mismo tiempo. Lima se levantó rápido, con el ojo fijo en la entrada.

-Quietos -dijo, su voz baja y firme.

Pero la puerta no resistió. La tumbaron con un empujón violento, y el metal cayó al suelo con un estruendo.

Mocha estaba en el umbral.

Su cuerpo estaba deformado, con la piel estirada y retorcida. Su ojo brillaba con un tono rojo, y una sonrisa torcida se dibujaba en su rostro. Su traje de oficina estaba rasgado, mostrando la carne distorsionada debajo.

-Aquí están...

Lima, Carmesí y Rojo se pusieron al frente, cubriendo a los demás. Sus cuerpos se tensaron, listos para atacar o para huir.

Mocha iba a lanzarse sobre ellos. Su cuerpo se inclinó hacia adelante, y su boca se abrió mostrando dientes afilados.

Pero entonces escuchó algo detrás de ella.

Un sonido. Un paso. Una presencia.

Se detuvo.

Una figura apareció detrás de ella, caminando con lentitud.

Rosa.

Llevaba su traje negro impecable, manchado con sangre que no era suya. Su ojo recorrió la escena con calma.

-Mocha -dijo, su voz fría y medida-. Retírate.

Mocha lo miró. Su ojo rojo parpadeó, y asintió lentamente. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad del pasillo.

Los demás se quedaron en silencio, mirando a Rosa.

-¿Qué quieres? -preguntó Lima, con la voz tensa.

Rosa dio un paso al frente. Su ojo se movió entre ellos, evaluando cada rostro.

-Ay, ya -dijo, con una sonrisa que no encajaba en su rostro-. ¡Los salvé!

Lima lo miró con el ojo entrecerrado. Algo no encajaba. Algo en su voz, en su postura.

Entonces lo vio.

El traje de Rosa se abrió ligeramente en el cuello. Y debajo, algo se movía. Como si estuviera sobre alguien más, ajustando su altura para simular la postura correcta.

El cuerpo de Rosa comenzó a cambiar. La piel se contrajo, los colores se movieron. La forma se distorsionó y, lentamente, se transformó en una figura conocida.

Azul.

Saltó al suelo con un movimiento ágil, su ojo brillando con una sonrisa amplia.

-¿Soy bueno actuando, no? -dijo, con su voz suave y encantadora.

Lima corrió hacia él y lo revisó con sus manos, moviendo su cuerpo para asegurarse de que no tuviera heridas.

-¡Azul! -dijo, su voz mezcla de alivio y enojo-. ¡Casi me das un infarto!

-¿Yo? -respondió Azul, riendo-. Tú siempre estás a punto de tener un infarto.

-No es gracioso.

-Un poco sí.

-No.

-Sí.

Pero detrás de Azul, otra figura comenzó a hacerse visible.

Era una silueta borrosa al principio, como una mancha en el aire. Luego, lentamente, los colores se solidificaron y una forma familiar apareció.

Marrón.

Llevaba su bata de laboratorio, su ojo nervioso y su cuerpo lleno de cicatrices. Estaba de pie, temblando ligeramente, con una sonrisa tímida que apenas se notaba.

-Hola -dijo, su voz baja y temblorosa.

Amarillo lo vio.

Su ojo se abrió de par en par.

Luego, sin pensarlo, tomó impulso y se lanzó sobre él.

Sus cuerpos chocaron en un abrazo tan fuerte que Marrón casi cae al suelo. Amarillo lo sujetó con todas sus fuerzas, con sus manos apretando su espalda, con su ojo enterrado en su hombro.

-¡MARRÓN! -gritó, su voz rota-. ¡MARRÓN, HIJO DE PUTA! ¡ESTÁS VIVO!

Marrón la abrazó con la misma fuerza, con el ojo cerrado y el cuerpo tembloroso.

-Sí -respondió, su voz apenas un susurro-. Sí, estoy vivo.

-¡NO PUEDO CREERLO! -gritó Amarillo-. ¡TE CREÍ MUERTO!

-Lo estuve -dijo Marrón-. Pero desperté.

-¿Cómo? ¿Cuándo?

-Hace poco, azul me encontró.

Amarillo lo soltó apenas para mirarlo a los ojos.

-¿Y no me dijiste nada?

-No sabía cómo.

-¡¿Cómo qué no sabías cómo?!

-Estaba asustado. No sabía si eras real. No sabía si podía confiar en lo que veía.

Amarillo lo abrazó de nuevo, con más fuerza.

-Soy real. Estoy aquí. No me voy a ir.

Marrón cerró el ojo y la abrazó de vuelta.

-Lo sé. Ahora lo sé.

Se abrazaron más fuerte. Amarillo solo lloró. Su cuerpo temblaba contra el de Marrón, y sus manos se aferraban a él como si fuera a desaparecer en cualquier momento. No decía nada, solo lloraba. Un llanto contenido que se había estado guardando durante años.

Marrón la sostuvo sin soltarla, con su ojo cerrado y su cuerpo tranquilo. No apuraba el abrazo. No decía nada. Solo la sostenía.

Azul se sacudió la ropa, ajustándose el cuello con un gesto teatral. Su ojo brillaba con una chispa de orgullo.

-Bueno, creo que hice una magnífica actuación de Rosa, ¿no? Hasta la voz me salió parecida.

Lima lo miró con el ojo entrecerrado.

-Por poco te escupo ácido.

-¿Y no lo hiciste? -Azul sonrió-. Eso significa que fue buena.

-No fue tan buena. Solo que no quería desperdiciar ácido en una mala imitación.

-Eso es un cumplido.

-No lo es.

-Sí, lo es.

Rojo y Mora se levantaron lentamente, observando a los tres con una mezcla de confusión y alivio.

Rojo habló.

-¿Cómo hiciste para que pareciera que Rosa estaba ahí?

Azul se encogió de hombros.

-Con ayuda. Necesitaba algo para simular la altura. Rosa es... alto. Demasiado alto. Y yo no tengo suficiente masa corporal para hacer de alguien así.

Marrón soltó a Amarillo apenas, con una sonrisa tímida.

-Tuve que... bueno, ponerme detrás de él. Él se subió a mi cabeza y se puso el traje. Entre los dos, hicimos la silueta de Rosa.

Amarillo lo miró, su ojo aún húmedo.

-¿Te subiste a su cabeza?

-Sí -dijo Azul con naturalidad-. Es más fácil de lo que parece. Y Marrón es estable.

-Y también es pesado -añadió Marrón, riendo.

-Eso es porque tengo estilo.

Todos rieron. Una risa baja, pero genuina.

Mora los miró y negó con la cabeza.

-Impresionante.

-Espero que no tengamos que hacerlo otra vez -dijo Marrón-. Mi cuello todavía duele.

Azul le dio una palmada en el hombro.

-Hoy te invito a cenar. Lo que quieras.

-No quiero cenar. Quiero dormir.

-También eso se puede.

Se quedaron en silencio un momento. La tensión se disipaba lentamente, reemplazada por una calma cansada.

Rojo los miró a todos.

-Bueno, ahora que estamos juntos. ¿Alguien tiene un plan?

-Nadie.

Aquamarina se quedó viendo a Lima un buen rato.

Él estaba de espaldas a ella, ajustando una tabla contra la puerta y revisando los bordes para asegurarse de que nada pudiera entrar.

Sus movimientos eran rápidos y precisos, pero ella no miraba sus manos. Miraba su cuerpo, su postura, la forma en que movía la cabeza.

Aqua se levantó lentamente. Caminó hacia él con pasos que apenas hacían ruido. Y cuando estuvo lo suficientemente cerca, lo abrazó por detrás.

Lima se quedó helado. Su cuerpo se tensó, y su ojo se abrió de par en par.

-Oigan -dijo, su voz entre confundida y molesta-. ¿A esta qué le picó?

Aquamarina no lo soltó. Apretó más fuerte.

-¿No me reconoces? -preguntó, su voz baja y temblorosa.

Lima parpadeó. Giró la cabeza apenas para mirarla de reojo.

Azul, desde el otro lado de la sala, sonrió con picardía.

-¿Quieres que te pase tus lentes, guapo?

Lima lo ignoró. Volvió a mirar a Aquamarina. La observó con atención. Su color, su ojo, la forma de su cuerpo. Algo en ella le era familiar. Muy familiar. Pero no podía ubicarlo.

-Debería reconocerte... -dijo, su voz más suave.

-Sí, deberías.

Lima la miró fijamente. Y entonces lo vio.

El color azul claro de su cuerpo. La forma de sus manos. La chispa en su ojo que siempre tenía cuando se reía.

-¿Aquamarina? -dijo, su voz casi un susurro.

-¡SÍ, SOY YO, TÍO!

Lima abrió la boca. La cerró. La abrió de nuevo.

-¡¿AQUAMARINA?! -gritó, su voz subiendo de tono-. ¡¿PERO QUÉ MIERDA HACES AQUÍ?! ¡¿CÓMO CRECISTE TAN RÁPIDO?!

-¡PASARON SIETE AÑOS!

-¡PERO CRECISTE DEMASIADO!

-¡ESO SE LLAMA CRECER, TÍO!

-¡NO ME GRITES!

-¡TÚ ME GRITASTE PRIMERO!

Todos los miraron. Algunos con confusión, otros con una sonrisa.

Azul se acercó a Rojo y Mora.

-Son así siempre -dijo, en voz baja-. Tienen el mismo carácter.

Lima la soltó y la miró de arriba abajo, con el ojo aún abierto de par en par.

-Eres una adulta...

-Sí, tío. Soy adulta.

-¿Y estás trabajando en MIRA?

-Sí. Soy ingeniera.

-¿Y por qué no me dijiste que estabas viva?

Aquamarina lo miró con seriedad.

-Porque no sabía que estabas vivo. Porque todos dijeron que habías muerto. Y yo me quedé sola, tío.

Lima sintió que el ojo se le humedecía. Apretó los puños.

-Lo siento -dijo, su voz baja-. Lo siento mucho.

Aquamarina lo abrazó de nuevo.

-No importa. Estás aquí ahora.

-Sí. Y no pienso irme a ningún lado.

-Lo sé.

-Y si alguien intenta lastimarte, lo voy a escupir.

-Eso es asqueroso.

-Pero efectivo.

Aquamarina rió. Y el abrazo se hizo más fuerte.

Carmesí los vio. Una sonrisa se dibujó en su ojo mientras observaba a Lima y Aquamarina abrazarse. Era un momento cálido, un pequeño respiro en medio del caos. Su ojo se suavizó, y por un instante, todo parecía casi normal.

Luego lo recordó.

Su ojo se abrió de par en par. Su cuerpo se tensó. La sonrisa desapareció.

-¡PAPÁ! -gritó, su voz cortando el ambiente.

Mora lo miró, confundida.

-¿Tu papá? Carmesí, tu papá es malo. Rosa es...

-¡NO! -la interrumpió Carmesí, su voz subiendo de tono-. MI OTRO PAPÁ. ¡GUINDA! ¡¿DÓNDE ESTÁ?!

El silencio cayó sobre la sala.

Todos se quedaron quietos. Las miradas se cruzaron, pero nadie respondió. El nombre de Guinda flotó en el aire como una pregunta sin respuesta.

Rojo dio un paso adelante.

-La última vez que lo vimos fue en la gala. Estaba con un tipo dorado.

-¿Y dónde está Aureliano? -preguntó Carmesí, su voz cada vez más desesperada.

-No lo sabemos -respondió Mora, con cuidado-. Nos separamos cuando empezó el caos.

Carmesí apretó los puños. Su ojo se movió rápido.

-Tengo que encontrarlo.

-Carmesí, no puedes salir así.

-¡NO ME IMPORTA! -gritó, su voz quebrándose-. ¡ES MI PAPÁ! ¡LO PERDÍ UNA VEZ! ¡NO VOY A PERDERLO OTRA VEZ!

Se giró hacia la puerta, listo para salir.

Aquamarina lo agarró de la mano.

-Carmesí, espera.

-¡NO PUEDO ESPERAR!

-¡Vas a morir si sales así!

-¡NO ME IMPORTA!

-¡A MÍ SÍ ME IMPORTA!

Carmesí se detuvo. Su ojo se encontró con el de Aquamarina. La desesperación brillaba en su mirada, pero también algo más. Algo que lo detuvo.

-Por favor -dijo ella, su voz suave-. No te vayas solo.

Carmesí respiró hondo. Su cuerpo temblaba.

-No sé qué hacer -dijo, su voz baja.

-Vamos a encontrarlo -dijo Mora, acercándose-. Pero juntos.

Carmesí la miró. Asintió lentamente.

-Está bien.

-Pero primero -dijo Lima-. Necesitamos un plan. Y necesitamos estar seguros de que no nos van a matar en el camino.

Todos asintieron.

Lima se acercó a un costado de la nave, donde el metal se veía más delgado y oxidado. Abrió la boca y vomitó un chorro de ácido que derritió la pared en segundos, dejando un agujero irregular y humeante. El olor a metal quemado llenó el pasillo.

-Por aquí -dijo, señalando el hueco-. Esto los lleva a una zona más baja de la nave. Hay menos monitores.

Los demás se movieron hacia la abertura, pero Carmesí se quedó quieto.

-Yo voy solo -dijo.

Aquamarina giró la cabeza.

-¿Estás loco? No sabes lo que hay ahí afuera.

-Por eso mismo. Si voy con ustedes, los pongo en peligro.

-Carmesí...

-No voy a discutir.

Lima dio un paso adelante, con el ojo fijo en él.

-No vas a ir solo. Somos más fuertes juntos.

-Tío, no insistas.

-Carmesí...

-MIREN.

Carmesí abrió la boca.

Los dientes que mostró no eran los de un tripulante común. Eran afilados, alargados, con una punta que brillaba bajo la luz. Una hilera de colmillos que no encajaban con su rostro.

Aquamarina retrocedió, con el ojo abierto de par en par.

-¿Qué... qué eres?

Carmesí cerró la boca y la miró.

-Soy como ellos. No completamente, pero lo suficiente.

-¿Desde cuándo?

-Desde siempre. Rosa me creó así. Para sobrevivir.

-¿Y nos lo ocultaste?

-Porque no quería que me vieran así. Pero ahora necesito que confíen en mí.

Lima lo miró fijamente. Su ojo se movió rápido, evaluando. Luego asintió.

-Está bien. Ve. Pero si no vuelves, te voy a escupir ácido donde sea que estés.

Carmesí casi sonrió.

-Lo tendré en cuenta.

Se dio vuelta y caminó hacia el pasillo. Sus pasos eran firmes. No miró atrás.

El grupo lo vio alejarse. El agujero en la pared seguía humeando.

-Vámonos -dijo Rojo.

-¿Y Carmesí? -preguntó Aquamarina.

-Va a estar bien. Es más fuerte de lo que parece.

-¿Y si no?

-Entonces lo encontraremos.

Salieron por el agujero, dejando atrás la sala. El pasillo de abajo era más oscuro, con tuberías que cruzaban el techo y el suelo.

Carmesí caminó solo por los pasillos de la nave. Sus pasos resonaban en el metal vacío. La música de rock seguía sonando, pero más apagada, como si estuviera en otra parte.

De repente, aceleró. No sabía a dónde iba, pero sabía que tenía que seguir.

Escuchó un sonido.

Se detuvo. Se asomó por la esquina.

Verde estaba ahí.

Su cuerpo estaba deformado, sus extremidades alargadas y retorcidas. Tenía a un tripulante entre

sus garras, y lo masticaba con movimientos lentos y mecánicos. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

-Perdón -decía, su voz rota entre mordiscos-. Perdón, perdón, perdón...

El tripulante ya no se movía.

Carmesí se quedó en la sombra, sin hacer ruido. Verde no lo vio.

-Lo siento mucho -susurró Verde-. No quería hacer esto. No quería...

Siguió masticando, llorando.

Carmesí siguió buscando. Sus pasos resonaban en el metal vacío, cada vez más rápidos, más desesperados. La nave estaba en silencio, solo el eco lejano de la música de rock y los gritos ocasionaless. Pero él no podía detenerse.

Llegó al laboratorio.

Las puertas eran blancas, frías, selladas. A través de un pequeño visor, vio luz y movimiento.

Golpeó con fuerza. Una vez. Dos veces.

-¡ABRE! -gritó.

La puerta se abrió lentamente. Rosa estaba al otro lado.

Su traje negro seguía manchado de sangre seca. Su ojo estaba frío, vacío. No mostró sorpresa. No mostró nada.

-Carmesí -dijo, su voz plana.

-¿Qué demonios hiciste con mi papá? -preguntó Carmesí, su voz temblorosa pero firme.

-Está en un lugar mejor.

-¡No me mientas!

-No miento.

-¡DÓNDE ESTÁ!

Rosa lo miró en silencio. Luego, sin previo aviso, un tentáculo salió de su costado y se enroscó alrededor del cuerpo de Carmesí.

Lo levantó del suelo.

Carmesí sintió la presión en su pecho. Intentó soltarse, pero no podía moverse.

-¡DÉJAME! -gritó.

Rosa lo golpeó contra el techo. El impacto fue seco. El dolor recorrió su cuerpo.

-¡NO!

Otra vez. Contra el piso. La sangre comenzó a salir de su boca.

-¡POR FAVOR!

Una vez más contra el techo. Su ojo se nubló.

-¡P-PAPÁ! ¡PAPÁ, PARA!

Rosa no se detuvo. Lo golpeó una y otra vez, hasta que Carmesí dejo de hablar.

Carmesí, con la poca fuerza que le quedaba, levantó su mano y lanzó un puñado de sal directamente al rostro de Rosa.

Rosa gritó. El tentáculo se retiró, y Carmesí cayó al suelo con un golpe sordo.

Rosa retrocedió, cubriéndose la cara con sus manos. Carmesí tosió sangre, su cuerpo temblaba. Intentó levantarse, pero no podía. El dolor era demasiado.

Rosa, todavía temblorosa, cerró la puerta del laboratorio con un golpe seco.

Carmesí quedó tirado en el suelo.

Sangraba. Respiraba con dificultad. Su ojo apenas se mantenía abierto.

-Papá... -susurró, su voz apenas audible.

No hubo respuesta.

Solo el silencio y la sangre extendiéndose bajo él.

Los demás caminaron buscando una salida. El pasillo era estrecho, con tuberías que cruzaban el techo y el suelo, y la luz parpadeaba intermitentemente.

La música de rock seguía sonando, pero más apagada, como si estuviera en otra parte de la nave. El olor a metal quemado y sangre llenaba el aire.

Amarillo se adelantó, con el ojo fijo en una compuerta al final del pasillo. Estaba atascada, con los bordes oxidados y una pequeña mancha de sangre en la manija. Agarró un tubo de hierro que encontró en el suelo, lo levantó con ambas manos y golpeó la compuerta con fuerza.

-¡VAMOS! -gritó-. ¡ABRÍTE!

Golpeó una vez, dos veces, tres veces. La compuerta cedió con un crujido metálico y se abrió de golpe.

Y entonces vieron lo que había dentro.

La sala de cocina.

Estaba llena de cuerpos. Tripulantes de todos los colores, tirados en el suelo, sobre las mesas, apilados contra las paredes. Algunos estaban enteros, otros desmembrados. La sangre cubría el piso, las paredes, los utensilios. El olor era insoportable.

Aquamarina se llevó una mano a la boca.

-Dios mío...

Mora apretó los puños.

-No miren. Solo sigan caminando.

-¿Cómo podemos no mirar? -preguntó Rojo, su voz baja.

-No podemos hacer nada por ellos. Pero podemos salir nosotros.

Caminaron entre los cuerpos. Sus pasos dejaban huellas en la sangre que cubría el suelo. Amarillo apretaba el tubo de hierro con fuerza, con el ojo fijo en la puerta del otro lado. Marrón se mantenía cerca de ella, con el ojo nervioso. Lima y Azul iban al frente, con los cuerpos tensos y preparados.

-No miren hacia atrás -dijo Azul.

-No pienso hacerlo -respondió Lima.

Llegaron a la puerta del otro lado. Lima la probó. Estaba cerrada.

-No se abre -dijo.

-Déjame a mí -dijo Amarillo, levantando el tubo.

-¡PARA!

La voz salió de detrás de ellos. Todos se giraron.

Al final del pasillo, entre las sombras, una figura se movía.

Bronce.

Su cuerpo estaba deformado, con partes de él arrastrándose por el suelo como gusanos. Su ojo estaba fijo en ellos, vacío, sin emoción.

Bronce no respondió. Su cuerpo se estiró, y más gusanos comenzaron a salir de él, moviéndose hacia ellos como una ola viva. Los gusanos se arrastraban por el suelo, por las paredes, por el techo.

-¡CORRAN! -gritó Lima.

Corrieron hacia la puerta. Lima escupió ácido sobre la cerradura, derritiéndola, y la abrió de golpe. Salieron al pasillo siguiente, pero los gusanos ya los seguían, moviéndose con una velocidad aterradora.

Amarillo se detuvo y golpeó con el tubo a varios gusanos que se acercaban demasiado. Los aplastó contra el suelo, pero más seguían llegando.

-¡NO SE DETENGAN!

Siguieron corriendo.

Rojo iba al frente, con el ojo fijo en el pasillo. No miró atrás. Solo corrió.

Y entonces, algo lo agarró.

Un tirón seco. Su cuerpo fue levantado del suelo. Los gusanos se enroscaron alrededor de sus piernas, su torso, su cabeza. Lo arrastraron hacia atrás con una fuerza imparable.

-¡NO! -gritó Rojo, su voz desgarrada-. ¡MORA!

No podía soltarse. Los gusanos lo envolvían por completo, apretando, inmovilizando.

-¡ROJO! -gritó Mora, su ojo abriéndose de par en par.

Sin pensarlo, se lanzó hacia él. Sus pies golpeaban el suelo con desesperación, sus manos extendidas hacia él.

-¡MORA! -gritó Rojo.

Ella casi lo alcanza. Sus dedos rozaron los de él.

Pero los gusanos lo arrastraron más rápido. La distancia creció.

-¡ROJO! ¡NO! -gritó ella, su voz quebrándose.

Los demás la agarraron. Lima y Azul la sujetaron por los hombros, tirando de ella hacia atrás.

-¡MORA, NO! -gritó Lima-. ¡NO PUEDES!

-¡SUÉLTENME! -gritó ella, forcejeando-. ¡ROJO! ¡ROJO!

-¡NO PUEDES! ¡TE VA A MATAR!

-¡NO ME IMPORTA!

-¡A NOSOTROS SÍ!

Mora siguió forcejeando, pero era inútil. Las manos de Lima y Azul la sostenían con fuerza.

Rojo desapareció en la oscuridad.

¡NOOOOOOOO!

Bronce se metió en la ventilación, arrastrando a Rojo consigo, y desapareció. El metal se cerró detrás de ellos.

Mora cayó de rodillas.

Su cuerpo temblaba. Su ojo estaba fijo en la ventilación, vacía.

-Rojo... -susurró.

No hubo respuesta.

Solo el ruido de los gusanos, alejándose.

Mora se tiró al suelo. Su cuerpo golpeó el metal con un golpe sordo, y un grito desgarrador salió de su garganta.

No fue un grito de furia ni de rabia. Fue un grito de dolor puro, de alguien que acababa de perder lo más importante.

-¡ROJO! -gritó, su voz rompiéndose en un sollozo-. ¡ROJOOOO, NO!

Su cuerpo temblaba. Sus manos golpeaban el suelo una y otra vez, como si pudiera romper el metal y encontrarlo al otro lado. Las lágrimas rodaban por su rostro, mezclándose con la sangre seca que aún llevaba en las manos.

-¡NO PUEDE SER! ¡NO PUEDE SER!

Azul se arrodilló a su lado, con su ojo lleno de preocupación. Puso sus manos en los hombros de ella, con suavidad.

-Mora, escúchame. Mora, tienes que calmarte.

-¡NO PUEDO! -gritó ella, su voz desgarrada-. ¡SE LO LLEVARON! ¡SE LO LLEVARON, AZUL!

-Lo sé. Pero si no te calmas, no podrás ayudarlo.

Aquamarina se arrodilló al otro lado, con su ojo lleno de lágrimas. Tomó las manos de Mora con las suyas.

-Mora, por favor. Respira. Te necesitamos.

Mora siguió llorando. Su cuerpo temblaba, y su respiración era entrecortada. Pero lentamente, sus golpes contra el suelo se detuvieron.

Lima estaba de pie, con el ojo fijo en la ventilación abierta.

-...Al carajo.

-¿Qué? -preguntó Azul, levantando la cabeza.

-USTEDES SIGAN -dijo Lima, su voz firme-. YO IRÉ POR ÉL.

Azul se puso de pie de un salto.

-¿Estás loco? ¡No puedes ir solo!

-Puedo y voy a hacerlo.

-¡LIMA!

-¡AZUL, NO HAY TIEMPO PARA DISCUTIR!

Lima se giró hacia Marrón, que estaba a su lado con el ojo tembloroso.

-Marrón. Necesito que me ayudes.

Marrón parpadeó.

-¿Cómo?

-Ponte abajo. Sube tus manos. Necesito llegar a esa ventilación.

Marrón dudó, pero asintió. Puso sus manos juntas, formando un apoyo. Lima se subió con agilidad, usando el cuerpo de Marrón como trampolín para alcanzar la ventilación abierta.

Azul corrió hacia él.

-¡LIMA, NO! ¡NO LO HAGAS!

Lima se giró apenas para mirarlo. Su ojo era firme.

-Cuida de los demás. Voy a traer a Rojo.

-¡LIMA, ESPERA!

-No puedo esperar.

Y desapareció en la oscuridad de la ventilación. El metal resonó con sus pasos alejándose.

-¡NO! -gritó Azul, golpeando la pared con sus puños-. ¡MALDICIÓN!

Aquamarina lo agarró por el hombro.

-Azul, tenemos que seguir.

-¡No puedo dejarlo ir!

-No lo estás dejando. Él eligió ir. Y si confías en él, va a volver.

Azul apretó los puños. Su cuerpo temblaba de rabia y frustración.

-Ese idiota...

-Lo sé. Pero ahora tenemos que movernos.

Miró hacia atrás. Mora seguía en el suelo, con los hombros caídos. Aquamarina la ayudó a levantarse lentamente.

-Vamos -dijo Aquamarina-. Vamos a salir de aquí.

El grupo comenzó a moverse, con pasos lentos pero firmes.

Azul se quedó mirando la ventilación por un momento más, con el ojo fijo en la oscuridad.

-Vuelve, Lima -susurró-. Vuelve.

Luego se giró y siguió a los demás.

Continuará...

Chapter 20

Parte 2: ¡TODOS ESCONDANSE YA!

Verde estaba en medio del salón principal. La música de rock seguía sonando, distorsionada y fría, pero ya no había gritos. Solo un silencio pesado, roto por su propia respiración. Su cuerpo temblaba mientras se destransformaba lentamente. La piel se contrajo, las protuberancias desaparecieron, y su forma volvió a ser la de un tripulante común. Pero sus manos seguían manchadas de sangre.

Miró alrededor.

Los cuerpos estaban por todas partes. Algunos completos, otros destrozados. La sangre cubría el suelo como una alfombra roja. Muebles volcados,

vidrios rotos, restos de lo que alguna vez fue una celebración.

Y entonces vio a una familia.

Estaban en una esquina, abrazados entre sí. Los padres, con sus cuerpos destrozados y sus ojos vacíos. Los hijos, pequeños y frágiles, tirados a un lado. Sus cuerpos estaban partidos, como si alguien los hubiera separado con fuerza.

Verde sintió que el aire se le escapaba.

-Perdón -susurró, su voz rota-. Perdón, perdón...

Cayó de rodillas. Sus manos se cubrieron la cara, y un sollozo profundo salió de su pecho.

-¡PERDÓN! ¡NO QUERÍA HACER ESTO! ¡NO QUERÍA!

No podía dejar de mirar a los niños. Sus ojos vacíos lo perseguían.

-¡NO QUERÍA! -gritó, su voz quebrándose.

Mocha apareció detrás de él.

Su cuerpo aún estaba deformado, con la piel estirada y el ojo rojo. Caminó hacia Verde con pasos firmes, y sin previo aviso, le golpeó la cabeza.

Verde cayó al suelo, con el ojo lleno de lágrimas.

-Deja de llorar, niño -dijo Mocha, su voz fría y cortante-. Todavía faltan muchos.

Verde levantó la cabeza lentamente. Su ojo se encontró con el de Mocha, y una pregunta salió de su boca temblorosa.

-¿Por qué? -preguntó, su voz apenas un susurro-. ¿Por qué tenemos que hacer esto?

Mocha lo miró con el ojo rojo, sin expresión.

-No preguntes. Solo hazlo.

-Pero... ¿por qué? ¡Hay niños! ¡Familias! ¡Ellos no hicieron nada!

-No importa.

-¡CLARO QUE IMPORTA! -gritó Verde, poniéndose de pie-. ¡ESTO ES UNA MASACRE! ¡ESTAMOS MATANDO INOCENTES!

-¡CÁLLATE!

Mocha lo agarró de la cabeza con sus manos, apretando con fuerza. Lo acercó a su rostro, con el ojo rojo brillando de furia.

-¡NO TE PREGUNTÉ QUÉ PENSABAS! -gritó-. ¡TE DIJE QUE LO HICIERAS! ¡Y LO VAS A HACER! ¡PORQUE SI NO LO HACES, VAS A TERMINAR COMO ELLOS! ¿ENTIENDES?

Verde tembló. Su ojo se llenó de lágrimas, pero no pudo responder.

Mocha lo soltó con un empujón. Verde cayó al suelo de nuevo, con el cuerpo tembloroso.

-Levántate -dijo Mocha-. Y sigue.

Verde se levantó lentamente. Su cuerpo temblaba, y sus manos no dejaban de moverse.

-Quiero a mí mamá...

Los demás seguían caminando. El pasillo era estrecho y las luces parpadeaban con un ritmo irregular, creando sombras que se movían como si estuvieran vivas. Cada paso era un esfuerzo, y el cansancio comenzaba a pesar en sus cuerpos.

Mora iba en el medio, con los hombros caídos y el ojo vacío. No miraba hacia adelante. Solo caminaba, arrastrando los pies. Aquamarina la sostenía por el brazo, con su ojo lleno de preocupación.

-Mora, tienes que seguir -dijo Aquamarina, con voz suave-. No te detengas.

-Él se fue -respondió Mora, su voz plana-. Se lo llevaron.

-Lo sé. Pero no puedes rendirte.

-No estoy rindiéndome. Solo... no sé qué hacer.

-Seguir. Eso es lo que haces. Sigues.

Azul iba al frente, con el ojo fijo en el pasillo. Sus manos temblaban, y su respiración era entrecortada.

-Lima está bien -murmuró para sí mismo-. Lima está bien. Volverá.

No parecía convencerse a sí mismo.

Marrón iba al frente con Amarillo, con el ojo nervioso y la postura tensa. Su mano se movía constantemente, ajustando su ropa.

-Deberías ir detrás -dijo Marrón, sin mirarla-. Yo puedo con esto.

Amarillo lo miró con el ojo entrecerrado.

-¿Estás seguro?

-Sí. Es mejor.

-No, no lo es.

-Amarillo...

-Cállate y camina.

Marrón abrió la boca para responder, pero en ese momento, una figura apareció al final del pasillo.

Un monitor blanco. Su cuerpo era alto y delgado, y su ojo brillaba con una luz fría. Lentamente, su piel comenzó a estirarse, a deformarse. Tentáculos comenzaron a emerger de su espalda, y su boca se abrió mostrando dientes afilados.

-¡CORRAN! -gritó Marrón.

Pero Amarillo ya se había lanzado al frente.

Con el tubo de hierro en sus manos, corrió hacia el monitor con una velocidad que nadie esperaba. El monitor intentó atacar, pero ella ya estaba encima de él.

Amarillo levantó el tubo y lo clavó con todas sus fuerzas en la cabeza del monitor.

El metal atravesó su ojo y salió por el otro lado, con un sonido húmedo y crujiente. El monitor se quedó quieto, con su cuerpo temblando, y luego cayó al suelo.

Amarillo respiró agitada, con el ojo fijo en el cuerpo caído.

-Eso... fue increíble -dijo Azul, con el ojo abierto de par en par.

-No fue increíble -respondió Amarillo-. Fue necesario.

Intentó arrancar el tubo del cuerpo, pero estaba demasiado enterrado. La punta había quedado atascada en el cráneo del monitor, y no salía.

-No puedo sacarlo -dijo, con frustración.

-Déjame a mí -dijo Marrón, acercándose.

-No, yo...

-Amarillo.

Marrón la tomó suavemente por los hombros y la apartó. Se arrodilló frente al cuerpo y, con un movimiento rápido, arrancó el tubo. La sangre salpicó el suelo

-...Graci-

La nave se movió de golpe. No fue un balanceo suave, sino un tirón violento que los lanzó a todos

contra la pared derecha. El metal crujió bajo el impacto, y los objetos sueltos volaron por el pasillo, golpeando las paredes y el suelo.

-¡¿QUÉ MIERDA FUE ESO?! -gritó Azul, tratando de mantener el equilibrio.

-¡No lo sé! -respondió Aquamarina, con el ojo abierto de par en par.

-¡La nave está cambiando de rumbo! -gritó Marrón, señalando hacia el techo-. Los motores se están reajustando.

-¿Cómo sabes eso? -preguntó Amarillo.

-¡Escucho los motores! ¡Están haciendo un ruido diferente!

-¡TÚ NO SABES DE MOTORES!

-¡PERO SÉ DE SONIDOS!

Mora, que había caído al suelo, se levantó lentamente. Su ojo se movió rápido, evaluando la situación. Estaba agotada, rota, pero su mente seguía funcionando.

-Tenemos que movernos -dijo, su voz plana pero firme-. Si la nave está cambiando de rumbo, no sabemos a dónde nos lleva.

-¿Y si nos lleva a algún lugar peor? -preguntó Aquamarina.

-Entonces encontraremos la salida. Como siempre.

El grupo comenzó a moverse de nuevo, con pasos más rápidos, más decididos. Las luces parpadeaban con más intensidad, y el sonido de los motores se volvía más fuerte.

Llegaron a una intersección. Cuatro pasillos se extendían en diferentes direcciones, todos igualmente oscuros y vacíos.

-¿Por dónde vamos? -preguntó Azul.

-No lo sé -respondió Marrón, mirando a ambos lados-. No tengo idea de dónde estamos.

-¿No tienes idea?

-¡No soy un mapa!

-¡Podrías haber dicho eso antes!

-¡No pensé que fuera necesario!

Amarillo se adelantó. Su ojo recorrió los pasillos, buscando alguna señal, algún indicio de dirección.

-Por ahí -dijo, señalando el pasillo de la derecha.

-¿Por qué por ahí? -preguntó Azul.

-Porque el olor a sangre es menos fuerte.

Azul la miró con el ojo entrecerrado.

-¿Eso es una señal válida?

-Mejor que cualquier otra.

Siguieron el pasillo de la derecha. La nave se movió de nuevo, un balanceo más suave esta vez, pero aún lo suficientemente fuerte como para desestabilizarlos. Se agarraron a las paredes, tratando de no caer.

-¿Está haciendo esto a propósito? -preguntó Aquamarina.

-¿Quién? -respondió Azul.

-¡La nave! ¡O Rosa! ¡Alguien!

-No lo sé. Pero no me gusta.

Llegaron a otra puerta. Amarillo la probó, y se abrió lentamente.

Al otro lado, una habitación vacía. Pequeña, con paredes de metal y una sola luz parpadeante.

-Esto parece una sala de descanso -dijo Marrón.

-O un lugar para esconderse -respondió Azul.

-O una trampa -añadió Amarillo.

-Siempre tan positivo.

Entraron y cerraron la puerta detrás de ellos. La habitación era pequeña, pero tenía espacio suficiente para todos.

Mora se sentó en el suelo, con los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha. No decía nada. Solo respiraba.

Aquamarina se sentó a su lado y le puso una mano en el hombro.

-Va a estar bien -dijo.

Mora no respondió.

-Lo va a encontrar.

-No lo sé -respondió Mora, su voz baja-. No sé si va a volver.

-Tiene que volver.

-No tiene que volver. Pero quiero que vuelva.

Se quedaron en silencio, con el oído atento a los ruidos del pasillo.

Azul se paseaba de un lado a otro, moviendo sus manos.

-Tiene que estar bien -murmuró-. Tiene que estar bien.

Marrón lo miró.

-¿Quién?

-Lima. Tiene que estar bien.

-Va a estar bien.

-No lo sabes.

-Lo sé.

Azul se detuvo y lo miró.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque siempre está bien. A pesar de todo.

Azul se quedó quieto. Luego asintió lentamente.

-Sí -dijo-. Siempre está bien.

Amarillo los miró a ambos y negó con la cabeza.

-Siguen vivos. Eso es lo que importa.

-¿Y si no estamos vivos por mucho tiempo? -preguntó Azul.

-Entonces habremos vivido bien.

Nadie respondió.

Carmesí abrió el ojo lentamente.

La luz era tenue, pero suficiente para dolerle. Parpadeó varias veces, tratando de enfocar. Su cuerpo estaba tirado sobre algo blando y frío. Una camilla. El techo de metal gris, con una luz parpadeante. El olor a desinfectante y sangre seca llenaba el aire.

Alguien lo estaba cargando. O mejor dicho, alguien lo había dejado en la camilla y ahora se movía a su alrededor con pasos firmes. Una figura de color blanco, con una bata de laboratorio y un ojo frío. Azafrán.

-¿Papá...? -susurró Carmesí, su voz apenas un hilo.

Azafrán lo miró sin expresión. No respondió. Solo tomó una esponja húmeda y comenzó a pasarle suavemente por la frente, limpiando la sangre seca que cubría su rostro.

Carmesí cerró el ojo un momento, sintiendo el fresco contacto. El dolor en su cuerpo era intenso, pero el gesto de Azafrán era casi... amable. Aunque su cara no lo demostrara.

-No entiendo cómo el jefe permitió que lo lastimaran así -dijo Azafrán, su voz plana y fría-. Usted es su hijo. Debería tener más cuidado.

Carmesí abrió el ojo y lo miró. Su voz era débil, cansada.

-Él no se detiene por nadie. Ni siquiera por mí.

Azafrán no respondió. Siguió limpiando la sangre, con movimientos precisos y sin prisa.

-Debería estar muerto -dijo Azafrán-. Con los golpes que recibió, debería estar muerto.

-Pero no lo estoy.

-No. No lo está.

Carmesí suspiró. Un suspiro largo y pesado, que pareció llevarse toda su energía.

-¿Por qué me ayudas? -preguntó-. Eres de MIRA. Deberías dejarme morir.

Azafrán lo miró por un momento. Su ojo no mostraba nada.

-Porque no soy un monstruo -dijo-. Y porque alguien tiene que hacer el trabajo sucio que otros no quieren hacer.

Carmesí casi sonrió.

-Eso es... casi noble.

-No es noble. Es práctico.

Azafrán dejó la esponja y tomó un vendaje, comenzando a enrollarlo alrededor de la cabeza de Carmesí.

-No puede moverse. Tiene que descansar.

-No puedo descansar. Tengo que encontrar a mi papá.

-Su papá... -Azafrán hizo una pausa, y su ojo se movió apenas-. No puede ayudarlo.

-¿Qué quieres decir?

Azafrán no respondió. Solo siguió vendando, con la misma precisión fría de siempre.

Carmesí sintió que el corazón se le aceleraba.

-¿Qué pasó con mi papá?

Azafrán terminó de vendar y dio un paso atrás.

-No lo sé -dijo-. Pero si Rosa lo encontró, no creo que esté bien.

Carmesí cerró el ojo. El dolor en su pecho era más fuerte que cualquier golpe que hubiera recibido.

-Tengo que encontrarlo -susurró.

-No puede.

-Tengo que intentarlo.

Azafrán lo miró largamente. Luego, sin decir nada, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta.

-Si quiere intentarlo -dijo, sin mirar atrás-, entonces necesita recuperarse. Y para recuperarse, necesita descansar.

La puerta se cerró detrás de él.

Carmesí quedó solo en la ala médica, con el ojo fijo en el techo y el corazón latiendo con fuerza.

-Papá...

Rojo gritaba. Su voz se desgarraba en la oscuridad de la ventilación, rebotando contra el metal como un eco de dolor. Forcejeaba con todas sus fuerzas, pero los gusanos lo tenían inmovilizado, apretando cada parte de su cuerpo. No podía soltarse. No podía escapar. Solo podía gritar.

-¡AYUDA! -gritó-. ¡ALGUIEN! ¡POR FAVOR!

Bronce lo miraba desde arriba, con su ojo vacío y frío. No respondía. No se movía. Solo lo sostenía con los gusanos, mientras la ventilación los llevaba más y más lejos.

-¡BRONCE! -gritó Rojo, su voz quebrándose-. ¡POR FAVOR! ¡DESPIERTA! ¡RECUERDA!

Bronce no respondió.

Los gusanos apretaron más fuerte. La presión era insoportable, y Rojo sintió que su cuerpo iba a romperse.

-¡TE ENTERRÉ! -gritó, su voz desgarrada-. ¡EN POLUS! ¡TE ENTERRÉ! ¡TE VI MUERTO!

Bronce inclinó la cabeza apenas, como si la palabra "Polus" hubiera resonado en algún lugar de su interior.

Rojo siguió gritando, con lágrimas rodando por su ojo.

-¡CREÍ QUE ESTABAS MUERTO! ¡VI LA CARTA! ¡LA CARTA QUE DEJASTE!

Bronce parpadeó lentamente.

-¡LA CARTA! -gritó Rojo, su voz rompiéndose-. ¡DONDE DECÍAS QUE NO PODÍAS MÁS! ¡DONDE DECÍAS QUE TE IBAS A IR!

Bronce no respondió. Pero sus dedos temblaron apenas.

-¡PERDÓN! -gritó Rojo-. ¡PERDÓN POR NO HABER LLEGADO ANTES! ¡PERDÓN POR NO HABER PODIDO SALVARTE! ¡PERDÓN, BRONCE! ¡PERDÓN!

Un gusano se deslizó sobre su rostro y comenzó a presionar su ojo. Rojo sintió el dolor agudo, y gritó.

-¡NO! ¡POR FAVOR!

El gusano se metió dentro.

El dolor fue indescriptible. Rojo sintió cómo la criatura se abría paso en su ojo, moviéndose hacia el interior de su cabeza. Su cuerpo comenzó a convulsionar, y su grito se volvió un aullido desgarrador.

-¡NOOOOO!

Más gusanos comenzaron a meterse. Uno, dos, tres. Rojo sentía cómo se movían dentro de él, cómo se enredaban en su interior.

-¡NO! -gritó, su voz cada vez más débil-. ¡POR FAVOR!

Su cuerpo convulsionaba sin control. El dolor era absoluto.

Y entonces, algo llegó.

Un chorro de ácido golpeó el rostro de Bronce. El líquido derritió su piel, y Bronce soltó un grito agudo y desgarrador. Retrocedió, cubriéndose la cara con sus manos.

-¡LARGO! -gritó Lima, apareciendo desde la oscuridad.

Bronce lo miró con su ojo derretido y su cuerpo humeante. Quiso atacar, pero el dolor era demasiado. Se retiró lentamente, arrastrándose hacia las sombras, desapareciendo entre los conductos.

Lima corrió hacia Rojo.

-¡ROJO! -gritó-. ¡ROJO, HABLA!

Rojo seguía convulsionando, con espuma saliendo de su visor.

Lima buscó entre su ropa, con las manos temblorosas. Encontró el spray de cebolla y picante. Lo sacó rápido.

-Perdón por esto -dijo.

Y roció directo dentro del ojo de Rojo.

Rojo gritó.

-¡AAAAAAHHHH!

El grito fue desgarrador. El líquido ardiente quemó los gusanos, que comenzaron a salir, retorciéndose y cayendo al suelo. Rojo temblaba, con la respiración entrecortada.

-¡VAMOS! -gritó Lima, agarrándolo con fuerza-. ¡MANTENTE DESPIERTO!

Rojo no respondía. Su cuerpo seguía temblando.

Lima lo apretó contra su pecho y comenzó a arrastrarse por el conducto, llevándolo con él.

-No te mueras -susurró-. No te mueras, Rojo.

La ventilación seguía oscura. Pero Lima no se detuvo.

Los demás continuaron buscando. El pasillo era interminable, con luces parpadeantes y un eco constante de pasos y respiraciones. La desesperación se mezclaba con el cansancio, pero no podían detenerse. No podían rendirse. Finalmente, encontraron una salida. Una puerta de emergencia, parcialmente abierta, con un cartel que decía "SALIDA".

El exterior se veía oscuro pero abierto. Sin pensarlo, empujaron la puerta y comenzaron a salir uno por uno. El aire fresco golpeó sus rostros, y por un momento, el silencio reinó. Pero no era un silencio tranquilo. Era un silencio pesado, lleno de preguntas sin respuesta.

Mora fue la última en salir. Se detuvo en el umbral y se giró lentamente. Miró la nave. La nueva Skeld, imponente y silenciosa, se alzaba detrás de ella como un monstruo dormido. Las luces parpadeaban en sus ventanas, y el metal brillaba bajo la luz tenue del planeta desconocido. Sintió que el aire se le escapaba. Su ojo se llenó de lágrimas. Y sollozó.

-Rojo... -susurró, su voz quebrándose-. Mi Rojo... Lo perdí.

Su cuerpo tembló. Quiso caer de rodillas, pero algo la sostuvo. Aquamarina estaba a su lado, con una mano en su hombro. No dijo nada. Solo la sostuvo. Azul estaba unos pasos más atrás, con el ojo fijo en la nave. Su cuerpo estaba tenso, y sus manos temblaban ligeramente. No podía dejar de pensar en Lima. En su último gesto. En cómo se había despedido. En cómo se había ido sin mirar atrás.

-Lima... -murmuró, su voz apenas audible-. ¿Dónde estás?

Marrón y Amarillo estaban juntos, con los cuerpos pegados. Marrón tenía el ojo húmedo, pero su postura era firme. Amarillo lo miraba, con una mezcla de alivio y tristeza.

-No podemos quedarnos aquí -dijo Marrón, rompiendo el silencio-. Tenemos que irnos. Todos.

-¿Y Rojo? -preguntó Amarillo-. ¿Y Lima?

Marrón cerró el ojo por un momento. Luego lo abrió.

-Yo entraré. Yo los buscaré.

-¿Qué? -Amarillo dio un paso adelante-. ¡No! ¡No puedes!

-Sí puedo. Tengo que hacerlo.

-¡Marrón!

-¡AMARILLO!

Marrón la agarró por los hombros con firmeza. Su ojo la miró directamente.

-No voy a permitir que se queden atrás. No voy a permitir que los abandonemos. Pero alguien tiene que ir. Y ese alguien soy yo.

Amarillo apretó los puños.

-¡No voy a dejarte ir!

-No tienes que dejarme. Tienes que esperarme.

-¡NO PUEDO PERDERTE DE NUEVO!

-¡TE QUIERO! -gritó él, su voz rompiéndose-. ¡TE QUIERO, AMARILLO! ¡Y POR ESO TENGO QUE HACER ESTO!

El silencio cayó sobre todos. Amarillo lo miró con el ojo abierto de par en par. Luego, lentamente, sus manos se relajaron.

-Tienes que volver -dijo ella, su voz baja-. Tienes que volver conmigo.

-Lo haré.

-Lo prometes.

-Te lo prometo.

Marrón se giró y comenzó a caminar hacia la nave. Amarillo lo vio alejarse, con el ojo lleno de lágrimas. No dijo nada más.

Mora, desde atrás, lo vio. Su ojo se movió.

-Marrón... -susurró.

Marrón entró de nuevo. El metal de la compuerta se cerró detrás de él con un sonido sordo y pesado, como si la nave lo hubiera tragado. Se quedó quieto un momento, con el ojo ajustándose a la penumbra. El pasillo estaba vacío, pero el olor a sangre y humo seguía flotando en el aire, espeso y pegajoso. Respiró hondo y se movió con cuidado.

Miró a los lados. No había nadie. Se concentró. Su cuerpo comenzó a volverse borroso, transparente, hasta desaparecer por completo. Se hizo invisible.

Caminó con pasos lentos, casi arrastrándose, con el ojo atento a cualquier movimiento. Cada sombra, cada ruido, cada crujido del metal lo hacía detenerse, contener la respiración, esperar.

Algo pasó a su lado.

Un cuerpo grande, deforme, que se movía con una pesadez antinatural. Verde. Su piel estaba estirada y retorcida, y su ojo brillaba con un tono rojo y vacío. Caminaba con pasos lentos, olfateando el aire como un animal que busca presa, arrastraba el cadáver que Aureliano, que estaba con la cabeza mordida y con el pecho abierto.

Marrón se congeló. Su cuerpo se tensó, y contuvo la respiración. No se movió. No parpadeó. Solo esperó.

Verde se detuvo cerca de él. Olfateó el aire. Su cabeza se movió de un lado a otro, como si buscara algo. Marrón sintió que el corazón se le aceleraba, pero no hizo ningún movimiento.

Verde se quedó quieto un momento más. Luego, sin señales, siguió de largo. Sus pasos se alejaron lentamente.

Marrón esperó varios segundos antes de moverse. Aceleró el paso, moviéndose con más rapidez, con el ojo fijo en el pasillo.

Necesitaba encontrar a Rojo. Necesitaba encontrar a Lima.

Y necesitaba hacerlo antes de que Verde los encontrara a ellos.

Subió varias salas, esquivando sombras y ruidos. La nave crujía a su alrededor, como si estuviera viva, como si supiera que él estaba allí. Pero siguió adelante, con el ojo fijo en el pasillo, hasta que finalmente lo vio.

Lima saliendo de la ventilación. Su cuerpo estaba cubierto de polvo y sangre, y en sus manos cargaba a Rojo, inconsciente y tembloroso. El ojo de Rojo estaba parcialmente cerrado, y su respiración era débil y entrecortada. Lima lo sostenía con fuerza, como si fuera lo único que le quedaba.

Marrón se hizo visible. Su cuerpo apareció lentamente, y dio un paso adelante.

-¡Lima! -gritó, su voz resonando en el pasillo.

Lima levantó la cabeza, y su ojo se abrió de par en par.

-¡Marrón! -respondió, con la voz ronca y entrecortada-. ¿Qué haces aquí?

-¡Vinimos a buscarlos! ¡Todos están afuera! -Marrón se acercó rápido-. ¿Está bien?

-Rojo está vivo, pero apenas -dijo Lima, con la respiración agitada-. Los gusanos le entraron por el ojo. Logré sacarlos, pero perdió mucha sangre.

Marrón se arrodilló y revisó a Rojo. Le tomó el pulso con sus manos. Lento, pero constante.

-Está vivo -dijo Marrón, con alivio-. Está vivo.

-Tenemos que salir de aquí -dijo Lima, con urgencia-. Ahora.

-Sí. Vámonos.

-¿Puedes cargarlo?

-Puedo.

Marrón tomó a Rojo en sus manos, sosteniéndolo con cuidado. El cuerpo de Rojo colgaba flácido, pero su pecho se movía ligeramente.

-Vamos -dijo Marrón-. No hay tiempo que perder.

Lima asintió y los siguió, con el ojo atento a los pasillos.

Finalmente salieron.

La luz del exterior golpeó sus rostros mientras cruzaban la compuerta. El aire era fresco, limpio, diferente al olor a muerte y metal que había dentro. Marrón salió primero, con Rojo en sus manos. Lima lo siguió, con el cuerpo tenso y el ojo alerta.

Mora los vio.

Su ojo se abrió de par en par. Sin pensar, corrió hacia ellos. Sus pies golpeaban el suelo con fuerza, y sus manos se extendían antes de llegar.

-¡ROJO! -gritó, su voz desgarrada-. ¡ROJO!

Marrón le entregó a Rojo con cuidado. Mora lo tomó en sus manos, apretándolo contra su pecho. Su

cuerpo temblaba mientras lo sostenía, sintiendo su respiración débil, su calor.

-Estás vivo -susurró, su voz quebrándose-. Estás vivo. Estás vivo...

Lo abrazó con todas sus fuerzas, con el ojo cerrado y las lágrimas rodando por su rostro. No quería soltarlo. No podía soltarlo.

Rojo no respondió. Pero su pecho se movía, y eso era suficiente.

-Ahora váyanse -dijo Lima, su voz firme pero cansada-. Todos. No miren atrás.

-¿Y ustedes? -preguntó Aquamarina.

-Los alcanzaremos.

Mora levantó la cabeza. Su ojo se encontró con el de Lima.

-Gracias -dijo, su voz apenas un susurro.

Lima asintió.

-Cuídalo.

-Lo haré.

El grupo comenzó a moverse, alejándose de la nave. Marrón caminó al lado de Amarillo, y Azul al lado de Lima.

-Vamos -dijo Azul, con una sonrisa cansada-. Vámonos de aquí.

Rosa caminó por el pasillo principal de la nave. Sus pasos resonaban en el metal, firmes y seguros, mientras los monitores blancos lo seguían en silencio, como una sombra alargada. El olor a sangre y muerte aún flotaba en el aire, pero para él era solo el aroma de una misión cumplida.

Mocha se acercó a su lado, con el cuerpo aún manchado de sangre seca y el ojo rojo brillando con satisfacción.

-Reporte -dijo Rosa, sin mirarla.

Mocha asintió y comenzó a hablar con voz fría y precisa.

-La limpieza está completa. Todos los invitados de la gala han sido eliminados. No hubo testigos.

-¿Supervivientes? -preguntó Rosa, con el ojo aún fijo en el pasillo.

-Cero. Revisamos cada rincón de la nave. No quedó nadie.

-¿Los cadáveres?

-La mayoría los consumimos en el acto. Los que no pudimos, los infectamos.

De fondo se veía a Carbón arrastrándose, mientras unos gusanos entraban en su visor y el gritaba del dolor.

-Perfecto.

Mocha continuó con el informe, detallando los sectores revisados y los monitores que habían sido asignados a cada zona.

Verde caminaba al final del grupo, con los hombros caídos y el ojo fijo en el suelo. Su cuerpo temblaba ligeramente, y sus manos no dejaban de moverse. La sangre seca aún cubría su ropa, y el olor a muerte lo seguía a donde fuera.

No podía dejar de pensar en los rostros. En los gritos. En la forma en que se habían deshecho bajo sus manos.

Cerró el ojo, tratando de bloquear las imágenes. Pero no podía. Estaban grabadas en su mente.

-¿Verde? -dijo Rosa, sin mirarlo.

Verde levantó la cabeza lentamente.

-¿Sí, señor?

-Buen trabajo.

Verde sintió que el estómago se le revolvía.

-...

Verde apretó sus manos.

Mocha seguía hablando, con su voz fría y eficiente, mientras caminaba al lado de Rosa.

-Los pocos invitados que lograron salir antes del cierre de puertas ya han sido localizados. Hemos difundido la versión de que un grupo de ladrones armados atacó la gala. El pánico se atribuye a un robo fallido. Nadie sospecha nada.

-¿Y si alguien pregunta por los desaparecidos? -preguntó Rosa, sin cambiar el ritmo de su paso.

-Diremos que fueron víctimas del ataque. Que sus cuerpos fueron llevados a MIRA para identificación. No habrá preguntas incómodas.

-Bien.

Verde sintió que algo se rompía dentro de él.

Miró a Rosa desde atrás, con el ojo fijo en su espalda. Las palabras de Mocha resonaban en su cabeza. Ladrones. Víctimas. Desaparecidos. Todo una mentira. Todo una farsa. Y él había sido parte de ella.

-Niños -susurró-. Inocentes. Amigos. Todos muertos.

Su cuerpo comenzó a temblar. Su ojo se oscureció. Y sin pensar, sin medir las consecuencias, se deformó.

Un tentáculo oscuro y afilado salió de su costado y se clavó con violencia dentro de la espalda de Rosa.

Rosa pegó un grito de dolor. Un grito agudo y desgarrador que resonó en todo el pasillo.

AAAAAAAHHHHHH!!!

-¡¿QUÉ MIERDA?! -gritó Mocha, dando un paso atrás.

Todos los monitores blancos se giraron, con los cuerpos tensos y los ojos abiertos de par en par.

Verde estaba en posición de ataque, con su cuerpo deformado y su ojo brillando con una furia que no había mostrado antes. Su respiración era pesada, y su voz salió rota pero firme.

-¡NO PUEDO MÁS! -gritó-. ¡NO PUEDO SEGUIR HACIENDO ESTO!

Rosa se giró lentamente, con la mano en la herida de su espalda. La sangre comenzaba a manchar su traje negro. Su ojo estaba frío, pero sus dedos temblaban.

-Verde -dijo, su voz baja y peligrosa-. ¿Qué crees que estás haciendo?

-¡LO QUE DEBERÍA HABER HECHO DESDE EL PRINCIPIO! -gritó Verde-. ¡USTEDES SON MONSTRUOS! ¡TODOS USTEDES! ¡YO TAMBIÉN!

Mocha dio un paso adelante.

-Verde, cálmate.

-¡NO ME CALMO! -gritó-. ¡VI A LOS NIÑOS! ¡VI A LAS FAMILIAS! ¡LOS MATÉ! ¡LOS MATÉ CON MIS PROPIAS MANOS!

Su cuerpo temblaba, y las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro.

-¡Y TODO POR USTEDES! ¡POR SUS MALDITOS PLANES!

Rosa lo miró en silencio. Luego, lentamente, levantó una mano.

-Sujétenlo.

Los monitores se acercaron a Verde con pasos rápidos y precisos, sus cuerpos tensos y listos para atacar.

Verde respiró agitado, con el ojo fijo en ellos. Su cuerpo comenzó a deformarse lentamente, y un rugido gutural salió de su garganta.

Los monitores se lanzaron. Verde los enfrentó con una ferocidad que no había mostrado antes, sus tentáculos moviéndose con rapidez y fuerza.

Pero eran muchos. Demasiados. Mocha se unió a ellos, con su cuerpo deformado y su ojo rojo brillando con furia. Verde los golpeó, los apartó, pero no podía con todos.

Rosa se tocó la herida en su espalda. Su mano se manchó de sangre. Arrancó un pedazo de un orb que sobresalía de la herida. Lo miró con el ojo fijo, y su expresión se volvió fría y letal.

-...Mis hijos.

Miró a Verde con ira, con el ojo encendido de rabia. Verde seguía luchando, pero su ventaja comenzaba a desvanecerse. Rosa se lanzó sobre él con una velocidad antinatural. Verde intentó esquivar, pero Rosa ya estaba encima de él.

Con un movimiento rápido y brutal, Rosa le reventó el ojo a Verde. El impacto fue seco y húmedo, y un chorro de sangre salió disparado.

AAAHHH !!!

Verde cayó al suelo, retorciéndose. Sollozó, y las lágrimas de sangre comenzaron a rodar por su rostro.

Rosa respiraba agitado, con el ojo fijo en el cuerpo caído.

Se acercó a él, con pasos lentos y pesados. Pero antes de que pudiera hacer algo más, Verde, con la poca fuerza que le quedaba, levantó su mano y le lanzó un puñado de sal directamente al rostro.

Rosa gritó, retrocediendo, cubriéndose el ojo con sus manos.

Verde, temblando, logró formar algunos tentáculos y comenzó a arrastrarse lejos, escapando por una abertura en la pared.

-¡NO DEJEN QUE ESCAPE! -gritó Rosa, su voz desgarrada-. ¡LO QUIERO MUERTO!

Los monitores se movieron, pero ya era tarde.

Verde había desaparecido en la oscuridad.

Chapter 21

Cap 13: Las graves consecuencias de sus actos

Amarillo estaba en el restaurante, moviéndose entre las mesas con su ritmo habitual, pero algo en él había cambiado. Llevaba un vendaje en la cabeza, apenas visible bajo su gorrito amarillo. Su ojo estaba más cansado, y su sonrisa era menos frecuente. Pero seguía trabajando, seguía atendiendo clientes, seguía fingiendo que todo estaba bien.

La puerta del restaurante se abrió con un tintineo. Turquesa entró con su paso ligero, llevando su chaqueta azul y los guantes negros. Su ojo brillaba con energía, como siempre.

-¡Buenos días, Amarillo! -saludó, dejando su bolso en la barra-. ¿Cómo estás?

Amarillo levantó la vista y forzó una sonrisa.

-Bien, bien. ¿Y tú?

-¡Cansada, pero feliz! -respondió Turquesa, acercándose-. Oye, ¿viste lo de anoche? El ataque de ladrones en la gala de la nueva Skeld. ¡Fue terrible!

Amarillo guardó silencio por un momento. Su ojo se movió rápidamente, pero su rostro no mostró nada.

-Oye, Amarillo... -dijo, acercándose-. Recién me acordé. En la gala, cuando empezó el caos, tú me empujaste. Me sacaste de la nave justo antes de que las puertas se cerraran.

Amarillo se detuvo por un segundo. Su mano se quedó quieta sobre la barra. Luego siguió limpiando, sin mirarla.

-Sí -dijo, con voz plana-. Te empujé. Para que salieras.

-¿Por qué hiciste eso?

-Porque era peligroso. Y quería que estuvieras a salvo.

Turquesa la miró con una mezcla de confusión y gratitud.

-Pero... ¿y tú? ¿Cómo saliste?

Amarillo guardó silencio. Su ojo se movió rápidamente, buscando una respuesta.

-Me escondí -dijo-. Esperé a que todo pasara.

-¿Y los ladrones? ¿No te encontraron?

-No. Tuve suerte.

Turquesa la miró fijamente. Su ojo se entrecerró apenas, como si algo no encajara.

-Amarillo...

-Turquesa -interrumpió Amarillo, levantando la vista-. No importa cómo salí. Lo importante es que tú estás bien. ¿Entendido?

Turquesa abrió la boca para responder, pero cerró. Asintió lentamente.

-Entendido...

Turquesa iba a preguntar más, pero en ese momento, la puerta de la cocina se abrió y una figura salió.

Marrón.

Llevaba un delantal blanco y una sonrisa tímida. Su ojo se movió rápidamente entre Amarillo y Turquesa.

Turquesa lo miró con sorpresa.

-¿Quién es él? -preguntó, señalando a Marrón.

Amarillo levantó la vista y sonrió.

-Es un viejo amigo -dijo-. Vino a ayudarme con el restaurante.

Marrón asintió, con una sonrisa nerviosa.

-Hola -dijo, su voz baja-. Soy Marrón. Encantado.

Turquesa lo miró con curiosidad, pero luego sonrió.

-Bienvenido, Marrón. Cualquier amigo de Amarillo es bienvenido aquí.

Marrón asintió, y su ojo se encontró con el de Amarillo por un breve momento.

Y todo siguió como si nada hubiera pasado.

Mora estaba de pie frente a las tumbas, con su ropa negra ajustada y el ojo fijo en las lápidas. El viento soplaba suave, moviendo las flores que alguien había dejado sobre la tierra. A su lado, Limón estaba arrodillado, con el cuerpo tembloroso y el ojo lleno de lágrimas.

-No entiendo cómo pasó -dijo Limón, su voz quebrándose-. Ellos solo fueron a una fiesta. Una maldita fiesta.

Mora suspiró. Su ojo no se apartaba de las tumbas.

-La masacre de esos... ladrones -dijo, su voz baja y plana- fue enorme. No hubo tiempo para reaccionar.

-¿Ladrones? -Limón levantó la cabeza-. ¿Eso es lo que están diciendo?

Mora guardó silencio.

-¿Mora?

-Eso es lo que dicen, pero tu ya sabes que eran...

-¿Pero que hacemos?

Mora no respondió. Solo miró las tumbas.

Limón sollozó, cubriéndose el rostro con sus manos.

-Melón... Piña... Arándano... Todos ellos. Todos.

Mora se arrodilló a su lado y le puso una mano en el hombro.

-No fue tu culpa -dijo-. No pudiste haber hecho nada.

-Pero pude haber estado allí -dijo Limón, con la voz rota-. Pude haber estado con ellos. En lugar de estar en casa, cuidando a tus hijos. Pude haber estado allí y...

-Y estarías muerto.

Limón la miró, con el ojo lleno de lágrimas.

-Tal vez eso hubiera sido mejor.

-No digas eso -dijo Mora, con firmeza-. No digas eso nunca.

Limón bajó la cabeza.

-Lo siento. Es solo que... los extraño.

-Yo también.

-¿Cómo sigues adelante?

Mora miró las tumbas y luego a sus hijos, que estaban sentados en el césped, con sus pequeños cuerpos y sus ojos confundidos.

-Porque tengo que hacerlo. Por ellos.

Limón la miró, y luego miró a los niños.

-Son afortunados de tenerte.

-Y yo de tenerlos.

Coco, Beige y Maggie se acercaron lentamente. Coco llevaba una flor en la mano, que dejó sobre una de las tumbas.

-¿Mamá? -preguntó-. ¿Ellos están en el cielo?

Mora lo miró y sonrió, aunque sus ojos no sonreían.

-Sí. Están en el cielo.

Beige se acercó a su lado y tomó su mano.

-¿Y papá también?

Mora sintió un nudo en la garganta.

-Tu papá está en casa -dijo-. Está descansando.

-¿Y va a estar mejor pronto?

-Sí. Pronto.

Maggie no entendía bien, pero se acercó a su mamá y la abrazó por la pierna.

-Te quiero, mamá -dijo.

Mora sintió que el ojo se le humedecía.

-Yo también los quiero. Mucho.

Limón se levantó lentamente y miró las tumbas una vez más.

-Gracias por estar aquí, Mora.

-Siempre.

-Y gracias por cuidarlos a ellos. Aunque yo no pude.

-Tú los cuidaste en casa. Eso cuenta.

Limón sonrió débilmente.

Rojo estaba en la cama, sentado con la espalda apoyada contra la cabecera. Su ojo estaba abierto, pero no miraba nada en particular.

Solo el vacío. Su cuerpo aún dolía, y la venda que cubría su ojo dañado le recordaba lo que había pasado. Pero el dolor físico no era lo peor. Lo peor eran las voces.

Llevaba días escuchándolas. Susurros. Gruñidos. Ruidos que no venían de ningún lugar. A veces eran

fuertes, tan fuertes que sentía que le taladraban la cabeza.

Otras veces eran bajos, apenas un murmullo, pero siempre estaban ahí. No podía ignorarlos.

No nos salvaste.

Por tu culpa me mataron.

Eres un monstruo.

Estás sucio de nuestra sangre.

Tomó su bastón y se levantó con dificultad. Sus piernas temblaban, y cada paso era un esfuerzo, pero no podía quedarse en la cama. Necesitaba moverse. Necesitaba hacer algo.

Camino hacia el baño, arrastrando los pies. La luz era tenue, y el espejo lo esperaba. Se apoyó en el lavamanos y abrió la llave. El agua fría golpeó sus manos. Se las llevó al rostro y se lavó la cara. El contacto del agua lo ayudó a enfocarse, aunque las voces no se detuvieron.

Levantó la cabeza y se miró en el espejo.

Su ojo estaba rojo, con ojeras profundas. La venda cubría el otro lado de su rostro, y las cicatrices apenas comenzaban a sanar. Se veía cansado. Roto.

-Solo son voces -susurró-. No son reales.

Pero las voces no se detuvieron. Un gruñido bajo, casi inaudible, resonó en su cabeza.

POR TU CULPA PERDI A MI FAMILIA.

ERES UN PESIMO CAPITAN.

TE ODIO.

Rojo cerró el ojo y apretó los puños.

Rojo abrió el cajón del baño y sacó una botella oscura.

La destapó y el olor golpeó su rostro como un puñetazo.

Un olor fuerte, penetrante, que le revolvió el estómago.

Se asqueó. Su cuerpo se tensó y quiso alejar la botella.

Pero las voces siguieron. Más fuertes.

Si no lo tomas, van a volver.

Rojo apretó la botella con fuerza. Levantó la cabeza y se la llevó a la boca.

Tomó un sorbo.

El sabor era horrible. La mezcla ardía en su garganta, y su estómago se revolvió con violencia. Quiso escupirlo, pero se obligó a tragar. Tomó otro sorbo. Y otro. Y otro.

Su cuerpo se sacudía, y las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro. Pero siguió bebiendo, hasta que la botella quedó vacía.

La dejó caer al suelo y se apoyó contra el lavamanos. Respiró agitado, con el ojo cerrado y el cuerpo temblando.

-Todo bien -murmuró-. Todo está bien.

Pero las voces no se detuvieron. Solo se volvieron más bajas, más lejanas. Como si estuvieran esperando.

Todo es tu culpa.

Eres solo un inútil.

Rojo respiró agitado, con el ojo fijo en el fondo vacío de la botella.

La había vaciado por completo, pero las voces no se habían ido. Seguían ahí, susurrando, gruñendo, diciéndole cosas horribles.

No vales nada.

Mereces estar muerto.

Todos los que amas van a sufrir por tu culpa.

Rojo apretó los puños y dejó caer la botella vacía al suelo. Buscó en los armarios con manos temblorosas, encontró más ingredientes: cebolla, especias, sal. Con movimientos torpes, comenzó a llenar una nueva botella. Sus dedos se movían rápido, con desesperación, mientras las voces seguían taladrándole la cabeza.

¿Crees que esto va a detenernos?

Siempre estaremos aquí.

Nunca podrás escapar de nosotros.

Rojo apretó la botella recién llena y la levantó, listo para beber de nuevo. Pero sus manos temblaban. Las

lágrimas comenzaron a rodar por su rostro, y su cuerpo se sacudió con un sollozo.

-Basta...-susurró-. Basta, por favor...

Las voces no se detuvieron.

Y entonces, escuchó algo.

-¡Mamá! ¡Mamá, quiero jugar!

La puerta del baño se abrió de golpe. Rojo levantó la cabeza.

Mora estaba en el umbral, con una sonrisa cansada en su ojo. Detrás de ella, los niños entraban corriendo. Coco saltaba, Beige caminaba con su paso tranquilo, y Maggie se aferraba a la pierna de su mamá.

-¡Papá! -gritó Coco-. ¡Vamos a jugar!

-¡Papá, mira lo que dibujé en el camino! -dijo Beige, mostrando un papel arrugado.

-¡Pa! -dijo Maggie, extendiendo sus manos hacia él.

Rojo se quedó quieto. Las voces se desvanecieron lentamente, como si la luz de su familia las hubiera

ahuyentado. Soltó la botella, que cayó al suelo sin hacer ruido.

Sonrió. Una sonrisa genuina, cálida, que no había mostrado en días.

-Hola -dijo, su voz ronca pero suave-. Hola, mis amores.

Mora lo miró con preocupación, pero no dijo nada. Solo se acercó y le tomó la mano.

-Vamos -dijo-. Traje la cena.

Rojo asintió y dejó que lo guiara. Los niños lo rodearon, riendo y hablando al mismo tiempo. Y por un momento, las voces se fueron.

No desaparecieron del todo. Pero se volvieron más lejanas. Más débiles.

Y eso era suficiente.

Azul estaba en la cocina, moviendo una cuchara dentro de una olla humeante. El aroma a verduras y especias llenaba el pequeño departamento, y su ojo estaba entrecerrado con una sonrisa tranquila. Tarareaba una canción suave, moviendo los hombros al ritmo de sus propios pasos.

-Esto va a quedar perfecto -murmuró para sí mismo-. Un poco más de sal y ya.

En la sala, Lima estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, frente a un tablero de juego de mesa. Sus manos se movían con rapidez, moviendo fichas de colores mientras su ojo se movía entre el tablero y sus oponentes. Aquamarina estaba a su izquierda, con el ojo brillante de concentración.

Carmesí estaba a su derecha, sin camisa, con el torso cubierto de vendajes y una pequeña cera en la ceja.

Lima levantó la vista y lo miró.

-¿Por qué tienes eso en la ceja? -preguntó, señalando la cera con su dedo.

Carmesí suspiró y se pasó la mano por la cabeza.

-Aquamarina me obligó a hacerme esto -dijo, con voz cansada-. Dice que si voy a estar escondido de mi papá, tengo que cambiar mi apariencia.

-¿Y una cera en la ceja te va a hacer irreconocible?

-Eso dice ella.

Aquamarina levantó la mano y la acercó a la cera de Carmesí.

-Déjame ver si ya está seca...

-¡NO! -Carmesí se apartó rápido, casi cayéndose de su sitio-. ¡Todavía no estoy listo!

-¡Carmesí, solo es una cera!

-¡Dijiste que no ibas a tocar!

-¡Te iba a ayudar!

-¡No necesito ayuda!

Lima los miró con el ojo entrecerrado, moviendo la cabeza lentamente.

-Dios mío -murmuró-. Son como niños.

Aquamarina lo miró con el ojo desafiante.

-Y tú eres como un abuelo amargado.

-Soy tu tío. Tengo derecho a ser amargado.

-No, no tienes derecho.

-Sí, sí tengo.

-No.

-Sí.

-¡NO!

-¡SÍ!

Carmesí se quedó quieto, mirándolos con el ojo cansado.

-¿Siempre son así?

-Sí -respondieron los dos al unísono.

Carmesí suspiró y se recostó en el sillón, con el ojo fijo en el techo.

-No sé cómo voy a sobrevivir a esto.

-Te acostumbras -dijo Lima, moviendo una ficha-. O te vuelves loco. Pero te acostumbras.

Aquamarina se rió y le dio un golpecito en el hombro.

-Tranquilo, Carmesí. Vamos a cuidarte. Y cuando estés listo, te quitamos la cera.

-¿Y si nunca estoy listo?

-Entonces te quedas con la cera. Te va a quedar bien.

Carmesí casi sonrió.

Azul, desde la cocina, alzó la voz.

-¡La cena está lista! ¡Vengan a comer antes de que se enfríe!

Los tres se levantaron y caminaron hacia la mesa.

Azul salió de la cocina con una olla humeante en las manos, colocándola con cuidado sobre la mesa mientras movía el ojo de un lado a otro.

-¿Carmesí, qué es eso en tu ceja?

Carmesí levantó la vista, confundido.

-¿Qué?

-Eso -Azul señaló la cera con su dedo-. Parece que tienes un chicle pegado.

-Es cera -dijo Carmesí, con un tono de resignación-. Aquamarina dice que debo cambiar mi apariencia para no ser reconocido.

-Oh, no, no, no. Eso no puede estar así.

Sin aviso, Azul extendió su mano y le arrancó la cera de un solo tirón.

Carmesí pegó un grito.

AAAAAAAAAAAAAAAHHH!

El sonido resonó en toda la sala, y Aquamarina se rió.

-¡Ya no tienes la ceja! -dijo, señalando con alegría-. ¡Gracias, tío Azul! ¡Nos ahorraste el trabajo!

Carmesí se llevó una mano a la frente, con el ojo abierto de par en par.

-¡¡ME ARDE!!

-Relájate -dijo Lima, sin levantar la vista del tablero-. Te crece de nuevo.

-¡NO ME VA A CRECER DE NUEVO!

-Sí, sí te va a crecer.

-¡NO ES CIERTO!

-Bueno, ahora te pareces a cualquiera de nosotros.

Carmesí se quedó en silencio, procesando la escena.

Aquamarina lo miró y sonrió, pero su ojo era una mezcla de burla y cariño.

-No te preocupes, ya te compraré una cera nueva. Pero esta vez será más suave.

-¡NO QUIERO MAS CERA!

Lima tomó su cuchara y probó un bocado. Su ojo se entrecerró.

-Está bueno -admitió, con cierta reticencia.

-¿Solo bueno?

-Está muy bueno.

Azul sonrió, satisfecho.

-Eso es todo lo que necesito oír.

Aquamarina comía con entusiasmo, moviendo la cabeza mientras saboreaba el guiso.

-Está delicioso, tío Azul. De verdad.

Carmesí, a su lado, comía en silencio. Su ojo se movía de un lado a otro, observando la escena.

Nunca había comido en familia.

-¿Qué tal tu día? -preguntó Lima, mirando a Aquamarina.

-Bien -respondió ella, con la boca llena-. Estuve en el taller todo el día, arreglando unos planos que Celadon dejó a medias.

-¿Celadon sigue siendo un obsesivo?

-Siempre. Pero bueno, alguien tiene que mantener la nave en orden.

-Esa nave ya no existe -dijo Lima, con tono seco.

Aquamarina bajó la cuchara.

-Lo sé. Pero el trabajo sigue.

El silencio se extendió por un momento. Todos sabían a qué se refería, pero ninguno quiso profundizar.

Azul carraspeó y cambió de tema.

-¿Alguien quiere más guiso? Hay suficiente para que sobre.

-Yo quiero -dijo Carmesí, levantando su plato.

Azul le sirvió otra porción con una sonrisa.

-Eso es. Hay que mantener las fuerzas.

Carmesí se sintió extrañamente en paz. Tenía su plato caliente, gente a su alrededor que se preocupaba por él, y un techo sobre su cabeza. Era más de lo que había tenido en mucho tiempo.

-Gracias -dijo, casi en un susurro.

Azul lo miró.

-¿Por qué?

-Por esto. Por dejarme estar aquí.

Azul sonrió.

-No tienes que agradecer. Siempre hay lugar para uno más.

Aquamarina le dio un golpecito en el brazo.

-Y si alguien intenta sacarte, les rompo la cara.

Lima levantó una ceja.

-Con esas manos que tiemblan cuando ves un bicho.

-¡Eso no es cierto! -protestó Aquamarina.

-Sí, sí es cierto.

-¡Ay, que no!

-Sí, sí.

Carmesí soltó una risa. Una risa genuina, que salió sin que la esperara.

Todos lo miraron.

-¿Qué? -preguntó él, confundido.

-No te ríes casi nunca -dijo Azul-. Es bueno verte así.

Carmesí se sonrojó y bajó la mirada al plato.

-Supongo que hay razones para reír.

-Y muchas más para no hacerlo -añadió Lima-, pero mejor quedarnos con las primeras.

Y siguieron comiendo. Y riendo. Y por un momento, el pasado no existió. Solo el presente, la sopa y ellos

Rosa estaba en el hospital privado de MIRA, una sala blanca y fría con el olor a desinfectante flotando en el aire. Estaba recostado boca abajo en la camilla, con la espalda expuesta y el cuerpo tenso. Su ojo estaba cerrado, y sus manos se aferraban a los bordes de la camilla con fuerza.

Su doctor personal, un tripulante blanco de ojo serio y manos precisas, revisaba la abertura con movimientos lentos y meticulosos. Su ojo se movía con atención, analizando cada detalle.

-¿Qué tan grave es? -preguntó Rosa, con la voz baja y controlada.

El doctor suspiró y apartó sus manos.

-Uno de los frijoles está completamente destruido. La perforación fue profunda y el daño es irreversible.

Rosa cerró el ojo y se cubrió la cara con una mano. Su cuerpo se tensó aún más.

-¿Qué significa eso?

-Significa que tenemos que extirparlo. No se puede salvar.

-¿Y el otro?

El doctor dudó.

-El otro sigue intacto. Pero el shock del ataque y la pérdida del primer frijol podrían haberlo afectado. Es difícil saberlo con certeza.

Rosa no respondió. Solo mantuvo la mano sobre su rostro, con la respiración lenta y profunda.

El doctor se movió con cuidado. Sus manos se deslizaron hacia la abertura y comenzaron a trabajar. La extracción fue limpia y precisa. Primero sacó el frijol destruido, los orbs rotos en su interior, sin rastro de vida. Luego sacó el segundo, intacto pero frágil.

Colocó ambos sobre una bandeja metálica. El frijol destruido estaba partido, con los orbs rotos y un líquido oscuro goteando de su interior. No quedaba nada que salvar allí.

El doctor limpió el área con movimientos rápidos y aplicó un vendaje sobre la herida.

-El frijol sano está en buen estado -dijo, con su voz profesional-. Pero necesitará tiempo para estabilizarse. Y debe evitar cualquier esfuerzo físico durante las próximas semanas.

Rosa se incorporó lentamente, con el ojo fijo en la bandeja.

Miró el frijol destruido. Los orbs rotos. El líquido oscuro.

-Ya no hay niños que salvar ahí -murmuró.

El doctor asintió.

-No, señor. Solo queda uno.

Rosa se quedó mirando la bandeja por un largo momento. Su ojo no mostraba emoción, pero su mano tembló apenas.

Luego, sin decir una palabra, se levantó y comenzó a vestirse.

-Cuidaré el que queda -dijo, su voz fría y firme-. No permitiré que vuelva a pasar esto.

El doctor asintió y guardó la bandeja.

Rosa se ajustó el traje y caminó hacia la puerta.

Pero antes de salir, se detuvo.

-¿Dónde está Verde?

-No se ha encontrado, señor. Desapareció durante el caos.

Rosa apretó los puños.

-Encuéntrenlo.

Y salió, dejando la sala vacía y el olor a desinfectante flotando en el aire.

Rosa caminó por el pasillo del hospital con pasos firmes, su traje negro impecable y su ojo fijo en el horizonte. No miró a nadie mientras salía. No saludó a los guardias ni a los empleados que se apartaban a su paso. Solo siguió caminando hasta que el coche lo esperaba en la entrada.

El conductor, un tripulante gris de ojo vacío, abrió la puerta trasera sin decir una palabra. Rosa se deslizó en el asiento de cuero y el coche arrancó con un suave zumbido.

La ciudad de Nébula pasaba por la ventana, brillante y ajena. Las luces de los edificios, las nubes de gas en el horizonte, la gente caminando por las calles. Rosa las veía sin verlas. Su mente estaba en otro lugar. En el frijol que habían extirpado. En los orbs rotos.

Miró sus manos. Las movió lentamente, observando cómo los dedos se abrían y cerraban. Eran manos

frías, precisas, pero en ese momento sintió que no podía controlarlas del todo.

-No estoy solo -murmuró para sí mismo, pero sus palabras sonaron huecas, vacías.

Llegó al edificio de MIRA. El coche se detuvo frente a la entrada principal, y Rosa bajó sin mirar atrás. El ascensor lo esperaba. Las puertas se cerraron detrás de él, y el ascensor comenzó a descender.

No subió. Bajó.

Los pisos pasaban. El número en la pantalla decrecía hasta detenerse en el subsuelo más profundo.

Las puertas se abrieron.

El laboratorio estaba iluminado con una luz blanca y fría, y el aire olía a metal, a productos químicos y a algo más. Algo orgánico, casi vivo. Los científicos blancos se movían entre las mesas y las pantallas, con sus batas impecables y sus ojos concentrados. Algunos levantaron la vista al ver a Rosa, pero ninguno se detuvo.

Rosa caminó entre ellos. Su ojo recorrió el lugar, buscando algo específico. No había prisa en sus pasos, pero sí urgencia en su mente.

Zafiro se acercó a él con una tableta en sus manos. Su cuerpo era pequeño y su ojo brillaba con una mezcla de profesionalismo y nerviosismo. Llevaba su bata rojo claro sobre el abrigo coral oscuro, y la flor clematis en su cabeza se movía con cada paso.

-Señor Rosa -dijo, con voz firme pero respetuosa-. Tengo el informe que solicitó.

Rosa asintió sin detenerse.

-¿Qué lograron?

Zafiro caminó a su lado, ajustando el paso para seguirle el ritmo.

-La evolución del alien extirpado fue un éxito. Logró alcanzar el nivel de un desgarrador. Los tejidos se adaptaron a las condiciones del laboratorio, y su capacidad regenerativa superó nuestras expectativas.

Rosa no respondió de inmediato. Su ojo se fijó en una de las cámaras de contención al final del pasillo.

-¿Podría ascender a tipo reina?

Zafiro dudó. Su ojo se movió a la tableta y luego de vuelta a Rosa.

-Sería extremadamente difícil, señor. La estructura genética de un desgarrador es compleja, y el salto a tipo reina requiere condiciones que no hemos podido replicar del todo. Pero estamos intentándolo.

Rosa se detuvo frente a la cámara de contención. A través del vidrio, se veía una masa de carne oscura y retorcida, con pequeños ojos que parpadeaban y una boca que se abría y cerraba lentamente. Era el alien, el desgarrador, respirando con una calma que parecía antinatural.

-No importa -dijo Rosa, su voz baja y firme-. Lo quiero ahora.

Zafiro lo miró con el ojo abierto de par en par.

-¿Seguro, señor? Aún no ha completado su desarrollo. Si lo activamos antes de tiempo, podría ser inestable.

-Lo quiero ahora.

Zafiro abrió la boca para objetar, pero cerró. Asintió lentamente.

-Como ordene, señor.

Rosa siguió mirando el alien. Su ojo no se apartaba de la masa de carne que se movía lentamente detrás del vidrio.

-No quiero estar solo -dijo, casi en un susurro.

Zafiro no respondió. Solo se giró y dio órdenes a los otros científicos, que comenzaron a moverse rápidamente.

El alien fue trasladado a otra sección del laboratorio, donde una cámara más grande lo esperaba. Las luces se atenuaron, y el sonido de maquinaria llenó el espacio.

Rosa miró la cámara en silencio. La luz tenue del laboratorio se reflejaba en el vidrio, mostrando la silueta oscura que se movía en su interior.

La masa de carne y ojos que había sido el alien ahora se deslizaba sobre un cuerpo inerte, extendiéndose como una segunda piel, fusionándose con los tejidos.

El cuerpo comenzó a convulsionar. Las extremidades se sacudieron con espasmos violentos, y un sonido húmedo y rasposo llenó la cámara. La carne se estiraba, se alargaba, adaptándose a la nueva forma. El cuerpo creció, se expandió, volviéndose más alto, más grande.

Cuando el movimiento cesó, la figura que quedó era imponente. Más alta que Rosa, con un cuerpo sólido y fuerte, sin las arrugas ni el cansancio que antes lo marcaban.

Era Guinda.

Pero no el Guinda que había muerto. Este era diferente, más joven, más fuerte. Más

Rosa lo miró en silencio.

-Ábranla -dijo, su voz firme y sin titubeos.

Zafiro dudó. Su ojo se movió entre Rosa y la cámara.

-Señor, aún no sabemos cómo va a reaccionar. Podría ser peligroso...

-Dije que la abran.

Zafiro tragó saliva y asintió. Sus manos se movieron sobre el panel de control, y la cámara se abrió con un silbido neumático.

El sujeto respiró agitado. Su pecho subía y bajaba con fuerza, y su ojo se movió rápidamente, procesando su entorno. Luego se fijó en Rosa.

-GRAAAAHHHHG!!!

Fue corriendo hacia rosa mostrando unas garras filosas.

Rosa no se movió. Solo levantó una mano y, con un movimiento rápido, se cortó la palma con sus propios dedos. Una gota de sangre cayó al suelo, y un olor penetrante, casi hipnótico, llenó el aire.

Guinda frenó en seco. Su cuerpo se detuvo a centímetros de Rosa, y su ojo se entrecerró. Olfateó el aire, buscando el origen del olor. Su respiración se volvió más lenta, más controlada.

Rosa lo miró con su ojo frío y autoritario.

-Eres un subordinado más -dijo, su voz firme y cortante-. Nada más. Nada menos.

Guinda lo miró largamente. Su ojo se movía, como si algo en su interior luchara por liberarse.

Pero lentamente, sus piernas comenzaron a doblarse.

Se arrodilló frente a Rosa, con la cabeza gacha y el cuerpo en tensión.

-Sí, mi señor... -dijo, su voz grave y vacía.

Rosa dio un paso adelante. Su ojo recorrió el cuerpo de Guinda con una lentitud deliberada, como si estuviera admirando una obra de arte recién terminada.

Levantó su mano y tocó suavemente la barbilla de Guinda, inclinándola hacia arriba para mirarlo mejor.

-¿Qué recuerda? -preguntó, sin apartar la mirada de Guinda.

Uno de los científicos, un blanco de tono perla, dio un paso adelante.

-Nada, señor. El parásito tiene el control total. No queda rastro del original.

-¿Seguro?

-Completamente seguro. Es una nueva conciencia, moldeada por la evolución del alien. Obedece por instinto.

Rosa sonrió. Era una sonrisa fría, de satisfacción.

-Excelente.

Guinda no se movió. Su ojo estaba fijo en Rosa, sin parpadear. No mostraba emoción. Solo esperaba.

Rosa recorrió el rostro de Guinda con sus dedos, sintiendo la nueva textura de su piel. La carne era firme, sin las marcas del cansancio ni las heridas del pasado.

-Eres perfecto -dijo Rosa, casi en un susurro-. Más fuerte. Más grande. Sin los defectos del original.

Guinda no respondió.

-¿Sabes quién soy? -preguntó Rosa, inclinando la cabeza.

-Mi señor -respondió Guinda, su voz grave y vacía.

-¿Y qué harías por mí?

-Todo.

Rosa rió. Una risa baja, apenas audible.

-Bien. Porque necesito que hagas algo. Algo que solo tú puedes hacer.

Guinda lo miró sin expresión.

-Lo haré.

Rosa se dio la vuelta y caminó hacia la salida.

-Sígueme. Tengo trabajo para ti.

Rosa miró de arriba abajo a Guinda. Su ojo recorrió el cuerpo imponente, la postura firme, la mirada vacía pero atenta. Era perfecto... Hasta se distrajo un poco.

-Vístanlo -dijo Rosa, sin apartar la mirada-. Algo que le quede.

Los científicos blancos asintieron y se movieron rápido. Trajeron una bata médica, de las que usaban en el laboratorio. Pero cuando intentaron ponérsela a Guinda, les quedó corta. Las mangas no llegaban, y el dobladillo apenas le cubría las caderas. Era demasiado alto para la ropa estándar.

-Es más grande de lo que esperábamos -murmuró un científico.

-Pues cósanle algo -respondió Rosa con impaciencia-. No puede ir desnudo.

Los científicos tomaron la bata y la ajustaron como pudieron, agregando piezas de otras batas para que cubriera su cuerpo. Quedó improvisada, pero funcional.

Guinda se movió con la misma rigidez, sin quejarse. La ropa le quedaba justa, pero no parecía importarle.

-Bien -dijo Rosa-. Sígueme.

Caminaron por los pasillos del laboratorio. Los monitores blancos se apartaban a su paso, algunos con curiosidad, otros con indiferencia. Guinda caminaba detrás de Rosa, con pasos firmes y rítmicos, manteniendo siempre la misma distancia.

Llegaron a una zona más abierta, donde varios impostores se movían entre sí. Algunos descansaban, otros entrenaban, otros simplemente estaban allí, esperando órdenes.

Bronce estaba sentado en un rincón, con un plato de comida frente a él. Comía con movimientos lentos y mecánicos, sin mostrar interés en lo que lo rodeaba.

En el centro de la sala, Verde entrenaba. Su cuerpo se deformaba y se transformaba, probando formas y movimientos. Pero cuando vio a Rosa, su transformación se detuvo. Su cuerpo se contrajo, los tentáculos se retrajeron, y lentamente, su forma cambió por completo.

Ya no era Verde.

Era Naranja.

-¡Señor Rosa! -exclamó Naranja, con una voz alegre y vibrante-. ¡Qué bueno verlo! ¿Cómo está?

Rosa la miró con aprobación.

-Actúas bien. Nadie notaría la diferencia.

-Gracias, señor. Aún me cuesta un poco el cambio de forma, pero estoy practicando. Es... nuevo para mí.

-Sigue así. Verde desapareció. Tú eres nuestra coartada.

-¡No lo defraudaré, señor!

Rosa asintió y siguió caminando. Guinda lo siguió en silencio.

-Esa es una de nuestras mejores agentes -dijo Rosa, sin mirar atrás-. La reactivamos de un cadáver que encontramos en la Skeld. Su ADN era inestable, pero logramos estabilizarlo.

Guinda no respondió. Solo caminó.

Llegaron a una sala más privada. Rosa se detuvo y se giró hacia él.

-Tienes una misión. Algo importante. Algo que solo tú puedes hacer.

Guinda lo miró con su ojo vacío.

-Lo haré, mi señor.

Rosa sintió un escalofrío de satisfacción. Le encantaba cómo sonaba. "Mi señor".

-Tu misión es simple, encontrar a los rebeldes.

-Entendido, mi señor.

-Quiero verlos sufrir antes de morir.

-Lo haré, mi señor.

-Vamos -dijo Rosa, sin mirar atrás-. Te vestiré como es debido.

Llegaron a un sector privado, una pequeña sala con armarios y estantes llenos de ropa. Rosa abrió un armario y sacó una gabardina verde militar, con hombreras amarillas brillantes. La extendió y la observó un momento antes de ofrecérsela a Guinda.

-Póntela.

Guinda tomó la gabardina sin dudar y se la puso. Le quedaba perfecta, ajustada a sus hombros y cayendo justo por debajo de las rodillas. Luego, Rosa tomó un sombrero de capitán, con el emblema de MIRA brillando en el centro, y se lo colocó sobre la cabeza.

Guinda se quedó quieto, con la mirada fija en Rosa.

Rosa dio un paso atrás y lo miró de arriba abajo. Su ojo recorrió la gabardina, las hombreras, el sombrero. Por un momento, su expresión se suavizó.

-Así...

Rosa apretó los puños y bajó la mirada.

-Eres mucho mejor así.

Levantó la cabeza y miró a Guinda.

-Eres mío. Completamente mío.

Guinda inclinó la cabeza.

-Sí, mi señor.

Rosa sonrió, pero su sonrisa no llegó a su ojo. Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

-Ven -dijo-. Tenemos trabajo que hacer.

Guinda lo siguió.

Y Rosa no miró atrás.

Mocha estaba en la sala de contención, con el frijol sano en sus manos. Lo había extraído con cuidado, limpiando los restos de sangre y tejido. Lo sostenía

con la misma precisión con la que hacía todo: fría, metódica, sin titubeos. Estaba a punto de abrirlo. De ver qué había dentro. De decidir si servía o si también debía ser desechado.

Pero algo la hizo detenerse.

Una sombra en la ventana.

Levantó la cabeza, con el ojo entrecerrado y el cuerpo tenso. Su mano se movió instintivamente hacia el botón de seguridad, listo para activar la alarma. Para llamar a los monitores. Para terminar con la amenaza antes de que pudiera comenzar.

Verde estaba al otro lado del vidrio.

Su cuerpo estaba encorvado, su ojo con grietas profundas que le daban un aspecto roto y frágil. Llevaba el uniforme de siempre, pero el ojo que brillaba a través de las grietas era completamente diferente.

-Mocha -dijo, su voz baja y rota-. Por favor... no toques el botón.

Mocha lo miró con el ojo duro.

-Habla rápido, antes de que me arrepienta.

Verde apoyó sus manos en el vidrio, con el ojo fijo en ella.

-Sé que Rosa tenía hijos... Y creo que mate algunos...

Mocha apretó el frijol con fuerza.

-¿Y qué quieres, Verde? ¿Quieres que te dé una medalla por saber lo que todos saben?

-No -dijo Verde-. Quiero que me los des.

Mocha soltó una risa amarga.

-¿Estás loco?

-Tal vez. Pero también sé que Rosa no va a ser un buen padre. Vos lo sabés mejor que nadie.

Mocha guardó silencio. Su ojo se movió apenas.

-He visto lo que hace con los que no le sirven -continuó Verde-. He visto cómo los usa y los tira. He visto cómo trata a los que dice querer. No quiero que sus hijos crezcan viendo eso.

-¿Y qué propones? -preguntó Mocha-. ¿Que te los lleves? ¿Qué los críes tú? No puedes ni cuidarte a ti mismo.

-Tal vez no -admitió Verde-. Pero puedo intentarlo. Y al menos sé que no los voy a usar como herramientas.

Mocha lo miró largamente. Luego miró el frijol en sus manos. Los dos orbs brillaban en su interior.

-Solo puedo darte uno -dijo Mocha-. Si Rosa descubre que te llevaste los dos, me va a matar.

-Uno es suficiente -dijo Verde-. Uno es más que suficiente.

Mocha suspiró. Rompió uno de los orbs con cuidado. De su interior, un parásito pequeño y brillante comenzó a moverse. Lentamente, su forma se fue transformando, hasta tomar la de un bebé. Un tripulante diminuto, de un color fucsia suave, con el ojo aún cerrado y las piernas moviéndose débilmente.

-Toma -dijo Mocha, pasándole el bebé a través de una pequeña abertura en el vidrio-. Cuídalo.

Verde lo recibió con manos temblorosas. Lo envolvió en una tela que llevaba colgada, improvisando un portabebés. El bebé se movió apenas, haciendo un pequeño sonido.

-Gracias -dijo Verde, su voz quebrándose-. Gracias, Mocha.

-No me des las gracias -respondió Mocha, con voz fría-. Solo vete. Y no vuelvas.

Verde asintió y se giró. Su ojo borroso apenas veía el pasillo, pero caminó con pasos firmes. Se alejó, con el bebé fucsia a salvo en su portabebés.

Mocha se quedó mirando la ventana vacía.

-Quédate con él -murmuró-. No dejes que termine como nosotros.

Mocha salió con el segundo orb en sus manos. Lo sostenía con firmeza, con el ojo fijo en la pequeña esfera que brillaba bajo la luz del pasillo.

Sabía lo que tenía que hacer. Sabía lo que iba a pasar. Pero no había vuelta atrás.

Llegó a la oficina de Rosa. La puerta estaba entreabierta, y desde adentro se escuchaba el sonido de una pluma deslizándose sobre el papel. Mocha empujó la puerta con suavidad y entró.

Rosa estaba sentado detrás de su escritorio, con el ojo fijo en unos documentos. Su mano se movía con precisión, firmando páginas sin mirarlas. No levantó la vista cuando Mocha entró.

-Estoy ocupado -dijo, con voz fría-. ¿Qué pasa?

Mocha se detuvo frente al escritorio. Su ojo se movió hacia el orb en sus manos, y luego hacia Rosa.

-Su hijo ha nacido, señor.

Rosa levantó la vista lentamente. Su ojo se entrecerró.

-¿Hijo? -repitió-. En singular?

-El otro orb estaba vacío -dijo Mocha, su voz plana y firme-. Era un fallo. No contenía nada.

Rosa guardó silencio por un momento. Su ojo se movió entre Mocha y el orb, evaluando, calculando.

-Déjame verlo.

Mocha se acercó y rompió el orb con cuidado. De su interior, un parásito pequeño comenzó a moverse. Lentamente, tomó forma. Un bebé, de un color rosa suave, con un pequeño bulto de pelusa cubriendo su cabeza. Era una mutación rara. Poco común. Pero estaba vivo.

El bebé abrió el ojo y comenzó a llorar.

Rosa lo miró con el ojo fijo. Extendió su mano y lo agarró, levantándolo frente a su rostro. El bebé se

retorció, con las piernas moviéndose débilmente mientras el llanto se intensificaba.

Rosa lo observó con atención. Su ojo recorrió el cuerpo pequeño, la piel suave, la pelusa en la cabeza.

-Es peludo -dijo, con un tono que no mostraba nada.

-Sí, señor -respondió Mocha, manteniendo su postura firme-. Es una mutación poco común. Pero con el tiempo, se puede afeitar. Cuando madure, será normal.

Rosa movió el bebé en sus manos, observando la pelusa con curiosidad.

-Parece un algodón -dijo-. Ponle Algodón.

Mocha asintió y anotó el nombre en su tableta con movimientos rápidos.

-Sí, señor.

Rosa siguió mirando al bebé por un momento. Luego, sin previo aviso, abrió la mano y lo dejó caer.

El bebé cayó al suelo con un golpe sordo y comenzó a llorar con más fuerza.

Mocha se movió rápido. Se agachó y lo recogió con cuidado, acunándolo contra su pecho. Sus manos se movían con suavidad, tratando de calmarlo.

-Señor -dijo Mocha, su voz apenas un poco más alta-. Debería tener más cuidado.

Rosa ya había vuelto a sus documentos, con el ojo frío y distante.

-Encárgate de lo demás, Mocha. No tengo tiempo para fingir que me alegra tener... esa cosa.

Mocha lo miró por un momento. Luego bajó la vista al bebé en sus brazos y se dio la vuelta.

-Sí, señor.

Salió de la oficina y cerró la puerta detrás de ella. Se quedó en el pasillo, con el pequeño Algodón en sus brazos, llorando suavemente.

Mocha lo acunó con más cuidado, y su ojo se suavizó apenas.

-Vamos, pequeño -murmuró, con voz baja-. Yo te cuidaré. Yo te voy a criar.

Y comenzó a caminar, alejándose de la oficina de Rosa. El bebé se calmó lentamente, acomodándose contra el pecho de Mocha.

-No te preocupes -susurró ella-. No dejaré que termine como ellos...

Mora entró a la habitación con pasos suaves, cerrando la puerta detrás de ella con un cuidado que ya se había vuelto costumbre. La luz de la lámpara de noche era tenue, apenas suficiente para ver la silueta de Rojo en la cama. Estaba acostado de lado, con la almohada cubriéndole la cabeza, como si quisiera desaparecer entre las sábanas.

Ella se detuvo un momento, observándolo. El peso de los últimos meses se sentía en el aire, en la forma en que se movía, en la manera en que la luz se reflejaba en la venda que aún cubría su ojo dañado.

Caminó hacia la cama y se sentó en el borde. La cama crujió ligeramente bajo su peso. Rojo no se movió.

-¿Sigues escuchando cosas? -preguntó, su voz baja y suave.

Rojo tardó un momento en responder. Su mano se movió apenas sobre la almohada.

-Sí -dijo, su voz ahogada-. Pero hoy fue más bajo. No sé si fue el psicólogo o si me estoy acostumbrando.

-Fuiste al psicólogo hoy, ¿verdad?

Rojo asintió lentamente.

Mora se recostó a su lado, apoyando la cabeza en la almohada. Su ojo se fijó en la venda de Rojo, en la forma en que su cuerpo se tensaba bajo las sábanas.

-¿Qué te dijo? -preguntó.

-Lo de siempre -respondió Rojo-. Que no son reales. Que son ecos de lo que pasó. Que tengo que aprender a vivir con ellos.

-¿Y cómo se hace eso?

-No sé. Pero dijo que es posible.

El silencio se extendió entre ellos. Mora extendió su mano y tocó el brazo de Rojo con suavidad.

-¿Qué escuchas? -preguntó.

Rojo no respondió de inmediato. Su mano se movió sobre la almohada, ajustándola.

-Gritos -dijo finalmente-. Voces de los que murieron en la gala. De los que no pude salvar. De los que dejé atrás.

Mora apretó suavemente.

-No pudiste salvar a todos.

-Lo sé.

-No es tu culpa.

-Lo sé. Pero aún así los escucho.

Mora se acercó más, hasta que su hombro rozó el de él.

-¿Y qué pasa cuando los escuchas?

-Me dan miedo. Me recuerdan que fallé. Que no soy quien creía ser.

-Eres quien eres -dijo Mora, su voz firme pero suave-. Y no has fallado. Sigues aquí. Conmigo. Con los niños.

Rojo bajó la almohada lentamente, dejando su rostro al descubierto. Su ojo estaba abierto, pero cansado. La venda cubría el otro lado.

-A veces pienso que merezco escucharlos -dijo-. Que es mi castigo.

-No es un castigo. Es una herida. Y las heridas sanan.

-¿Y si no sanan?

-Entonces aprendes a vivir con ellas.

Rojo la miró largamente. Luego, lentamente, extendió su mano y tomó la de ella.

-¿Cómo haces para ser tan fuerte? -preguntó.

-No soy fuerte. Solo tengo miedo de perderte.

-No vas a perderme.

-Lo sé. Por eso estoy aquí.

Mora apretó su mano y lo atrajo hacia ella. Rojo se dejó llevar, apoyando su cabeza en el hombro de ella.

-Te quiero -dijo, su voz apenas un susurro.

-Yo también te quiero -respondió ella-. Y no voy a dejar que las voces te ganen.

Rojo cerró el ojo y respiró hondo.

-No sé qué haría sin ti.

-No tienes que saberlo. Solo tienes que quedarte.

Se quedaron en silencio, abrazados en la cama. El sonido de la respiración de ambos llenaba la habitación.

Mora movió su mano y acarició la cabeza de Rojo.

-Mañana voy a estar aquí -dijo-. Y pasado. Y todos los días que hagan falta. Hasta que las voces se callen. O hasta que aprendas a vivir con ellas.

-¿Y si nunca se callan?

-Entonces vivirás con ellas. Y yo estaré a tu lado.

Rojo apretó su mano y sonrió. Una sonrisa débil, pero genuina.

-Te amo muchísimo...

-Y yo a ti...

Y se quedaron así, en la oscuridad, sosteniéndose mutuamente mientras la noche se extendía sobre ellos.

No había respuestas. No había soluciones.

Pero había amor.

Y eso era suficiente.

YYYY LLEGAMOS AL FINAL! Medio agridulce, pero planeo continuarlo con otra entrega, esta vez será desición suya si quieren leerla o no. Dependiendo del apoyo pues se verá si se continuará o no esa saga.

No será en Airship.

Será en ...

TARA! Otro dato es que se dará otro salto de años, así que es muuuy posible que vean a muchos personajes ya viejitos... Y con familias.

Pueden enviar sus nuevos ocs para la T4!

BUENO, ESO ES TODO! MUCHAS GRACIAS POR LEER!

Chapter 22

Extra: Lo que paso después.

Me puse a pensar... Y no podía dejarlos con la incógnita de cómo sigue, se que hay cosas que desearían ver y como en The Fungle lo van a enseñar de golpe pues... AQUI VAMOS!

Ah y de paso les promocionó está wea, leanla!

Zafiro caminaba por el pasillo del laboratorio. Su ojo estaba fijo en el suelo, repasando mentalmente los datos de los últimos experimentos. Había estado trabajando en el sector de oxígeno y su mente aún estaba ocupada con las lecturas de las plantas.

Pero algo la hizo detenerse en seco.

Levantó la cabeza y vio a Mocha. La tripulante de color café caminaba con su paso firme y su ojo duro, como siempre. Pero en su cabeza, apoyado sobre ella con una estabilidad que solo un bebé podía tener, había un pequeño bulto de color rosa suave.

Zafiro se quedó helada. Su ojo se abrió de par en par.

-AAAAAWWW -sollozó, llevándose las manos a la cara-. MOCHA, ¡NO SABÍA QUE TENÍAS UN HIJO!

Mocha se detuvo y la miró con el ojo entrecerrado. Su cuerpo se tensó, como si estuviera a punto de responder con algo cortante. Pero se contuvo.

-No es mío -dijo, su voz plana y fría.

-¿Eh? -Zafiro inclinó la cabeza-. ¿Entonces de quién es?

-Es de nuestro jefe.

Zafiro parpadeó. Su ojo se movió hacia el bebé, que movía sus pequeñas piernas y emitía sonidos suaves.

-Oh -dijo, su tono bajando un poco-. ¿Y por qué está contigo?

-Porque no lo quiere -respondió Mocha, con la misma frialdad-. Me pidió que me encargara de él.

Zafiro sintió que algo se le encogía en el pecho.

-¿No lo quiere? -repitió-. ¿Cómo puede no querer a su propio hijo?

Mocha no respondió.

Zafiro miró al bebé. El pequeño tenía una pelusa suave cubriendo su cabeza, y su ojo estaba entreabierto, mirando el mundo con curiosidad.

-AY, PERO AUN ASÍ ES ADORABLE -dijo Zafiro, su voz subiendo de tono-. MIRA ESA PELUSITA. PARECE UN ALGODÓN.

-Se llama Algodón -dijo Mocha.

-¡¿EN SERIO?! -Zafiro dio un pequeño salto-. ¡ES EL NOMBRE MÁS LINDO QUE HE ESCUCHADO!

Mocha la miró sin expresión.

-¿Puedo tenerlo? -preguntó Zafiro, extendiendo sus manos-. Solo un momentito.

Mocha dudó. Su ojo se movió entre Zafiro y el bebé. Luego, lentamente, asintió.

-Cuidado con su cabeza.

-¡Claro que sí!

Zafiro levantó las manos con cuidado y tomó al pequeño Algodón. Lo sostuvo con una suavidad que parecía imposible para alguien que trabajaba con plantas y químicos. El bebé se movió apenas, acomodándose en sus manos.

-Hola, pequeño -susurró Zafiro-. Soy tu tía Zafiro. Bueno, no exactamente tu tía, pero te voy a querer como si lo fuera.

Algodón emitió un pequeño sonido y movió sus piernas.

-¡MIRA! -dijo Zafiro, con el ojo brillante-. ¡ME RECONOCIÓ!

-Te reconoció porque hiciste ruido -dijo Mocha.

-¡Eso es reconocerme!

Mocha negó con la cabeza, pero su ojo se suavizó apenas.

Zafiro siguió cargando al bebé, moviéndolo suavemente mientras le hablaba con una voz alegre.

-Vas a crecer fuerte, pequeño. Te voy a enseñar todo sobre las plantas. Y sobre los colores. Y sobre cómo ser feliz a pesar de todo.

Algodón cerró el ojo, como si estuviera escuchando.

-Gracias, Mocha -dijo Zafiro, sin apartar la mirada del bebé.

-¿Por qué?

-Por cuidarlo. Por no dejarlo solo.

Mocha no respondió. Solo miró a Zafiro y al bebé en sus manos.

-Devuélvemelo -dijo, extendiendo sus manos-. Tengo trabajo que hacer.

Zafiro asintió y, con cuidado, le devolvió a Algodón.

-Lo vas a cuidar mucho, ¿verdad?

-Sí.

-¿Y me vas a dejar verlo?

Mocha la miró largamente.

-Tal vez.

Zafiro sonrió.

-Eso es suficiente.

Y Mocha siguió caminando, con el pequeño Algodón sobre su cabeza, mientras Zafiro se quedaba mirándolos con el ojo lleno de ternura.

Mocha llegó a otra sala. Era pequeña, apartada del ruido del laboratorio, con una luz tenue y un par de sillas viejas en las esquinas. Nadie solía venir allí. Era su lugar. Su rincón de silencio.

Suspiró y se sentó en una de las sillas, con el cuerpo tenso y el ojo cansado. Metió su mano dentro de la mochila que llevaba colgada al costado y sacó un biberón. Pequeño, de color blanco, con una tetina que había preparado ella misma.

Cargó con cuidado a Algodón, acomodándolo en el hueco de sus piernas. El bebé se movió apenas, con su ojo entreabierto y sus piernas inquietas. Mocha le acercó el biberón a la boca, y Algodón comenzó a

tomar con hambre, con pequeños movimientos que hacían que su pelusa se moviera de un lado a otro.

Mocha sonrió. No era una sonrisa amplia, pero era genuina.

-Así, pequeño -murmuró-. Así se hace.

Algodón siguió tomando, feliz, con su ojo cerrado y su cuerpo relajado.

El silencio de la sala era apenas interrumpido por los pequeños sonidos que hacía el bebé al mamar. Mocha lo observó con atención, su ojo recorriendo cada detalle del rostro diminuto. No era un bebé normal, pero era suyo. Su responsabilidad.

-Vas a crecer fuerte -susurró-. Yo te voy a criar.

En ese momento, la puerta de la sala se abrió lentamente. Mocha levantó la cabeza, con el cuerpo tensándose por un instante, pero al ver quién era, su ojo se relajó.

Carbón entró caminando, pero su paso era torpe, sin dirección. Chocó contra la pared con un golpe sordo y siguió caminando, como si nada hubiera pasado. Su

ojo estaba abierto, pero vacío. No miraba hacia adelante. Solo caminaba.

Mocha lo miró mientras seguía alimentando a Algodón.

-Y ahí va un recién infectado -murmuró, con un tono de cansancio.

Carbón no respondió. Ni siquiera pareció notarla. Siguió caminando hasta chocar con otra pared, y luego se detuvo, como si hubiera olvidado dónde estaba.

Mocha negó con la cabeza y volvió a mirar a Algodón.

-Al menos tú estás a salvo -dijo.

Algodón siguió tomando su biberón, ajeno al mundo que lo rodeaba.

Mocha lo sostuvo con más cuidado, y se quedó en la sala, observando a Carbón deambular en círculos mientras el bebé seguía comiendo. Era casi tranquilizador. Una normalidad extraña, pero normalidad al fin.

En el sector más bajo de Nébula, donde las luces de la ciudad apenas llegaban y el suelo era de tierra apisonada, la vida era más simple. Y más dura.

Las calles eran estrechas, con puestos de madera y lonas desgastadas. El olor a comida callejera y fruta madura llenaba el aire, mezclado con el ruido de los vendedores y los pasos de la gente que caminaba entre los puestos.

En medio de esa feria bulliciosa, un pequeño bebé de color fucsia gateaba entre las piernas de los transeúntes. Era Cherry. Su cuerpo diminuto se movía con una energía que no conocía límites, y su ojo brillaba con curiosidad mientras exploraba el mundo a su alrededor.

Gateó entre los puestos, esquivando bolsas y cajas, hasta que se detuvo frente a un puesto de manzanas. Un vendedor de color marrón claro, con un delantal gastado y un ojo amable, lo vio y se agachó.

-Oye, pequeño -dijo, levantando a Cherry con cuidado-. ¿Dónde están tus padres?

Cherry lo miró con su ojo grande y brillante, y soltó una risa.

-¡SOY YO! ¡SOY YO! -gritó una voz desde atrás.

El vendedor levantó la cabeza. Una figura con capucha y telas grandes se acercaba rápido, moviéndose entre la gente con una torpeza que delataba prisa. Llevaba la capucha tan baja que apenas se le veía el rostro.

El vendedor se acercó con el bebé en sus manos.

-¿Cómo vas a dejar un bebé solo así? -dijo, con un tono de reproche-. ¿Estás ciego o qué?

Verde se bajó la capucha apenas lo suficiente para mostrar su visor. Estaba roto, con grietas profundas que cruzaban la superficie, pegadas con cintas

adhesivas que apenas sostenían los fragmentos. Su ojo se movía con dificultad, tratando de enfocar.

-Bueno... -dijo, con una voz cansada pero con un dejo de humor-. Estoy un poquito ciego.

El vendedor parpadeó, y su expresión cambió de reproche a vergüenza.

-Oh... Perdón.

-No importa -dijo Verde, extendiendo sus manos-. ¿Me lo devuelves?

El vendedor le entregó a Cherry con cuidado. Verde lo recibió y lo acomodó contra su pecho, con la misma torpeza con la que hacía todo. Cherry se movió un poco, y luego soltó una risa.

-Eres un niño travieso -dijo Verde, con una sonrisa cansada.

Cherry movió sus piernas y balbuceó algo que sonó como una respuesta.

-Cherry -dijo Verde, con un tono de cariño-. No te separes de mí, ¿entendido?

Cherry rió de nuevo.

Verde negó con la cabeza y comenzó a caminar, alejándose del puesto de manzanas. La capucha volvió a cubrir su rostro, y Cherry se acomodó.

-Vamos, pequeño -murmuró Verde-. Tenemos que encontrar un lugar donde nadie nos encuentre.

Cherry movió sus piernas y emitió un pequeño sonido.

-Sí, yo también tengo hambre.

Y se perdieron entre la multitud, dos figuras solitarias en medio del bullicio de la feria.

Caminaron hasta un lago lleno de fango y tierra.

Verde se sentó en el borde, con cuidado de no resbalar. El barro se hundía bajo su peso, pero no le importó. Estaba cansado. Llevaba días caminando, escondiéndose, moviéndose de un lugar a otro sin descanso. Cherry estaba en sus piernas, gateando con curiosidad, metiendo sus manos en el barro y riendo cuando salpicaba.

-Mira lo que haces -dijo Verde, con una sonrisa débil-. Ya me mojaste todo.

Cherry rió más fuerte y volvió a chapotear.

Verde metió su mano en la tierra, sintiendo la textura húmeda y fría. Movió los dedos entre el barro, y sus dedos rozaron algo que se movía. Lo agarró con cuidado y lo sacó.

Un gusano. Largo, delgado, retorciéndose entre sus dedos.

-Yo solía comerlos de niño -dijo Verde, mirando al gusano con nostalgia-. Solo por curiosidad. Mi mamá me retaba. Decía que me iba a enfermar, que me iba a crecer una lombriz en la panza.

Cherry lo miró con su ojo grande, inclinando la cabeza.

Verde siguió hablando.

-Cuando crecí, pues... los besé.

Cherry soltó una risa. Una risa clara y contagiosa, que hizo que Verde sonriera.

-Oye, no te burles de mí -dijo Verde, con un tono fingidamente ofendido-. Era joven y confundido.

Cherry siguió riendo.

-Pero ahora descubrí que son una buena fuente de comida -continuó Verde, sosteniendo el gusano frente a su rostro-. Si... medio asqueroso. Pero oye, es carne blanda. Y lo más importante, no matamos a ningún inocente.

Hizo una pausa, mirando al gusano.

-Solo a una lombriz.

Abrió la boca y se comió el gusano de un bocado.

Masticó con expresión seria, como si estuviera degustando un plato fino. Cherry lo miró con el ojo abierto de par en par, fascinado.

-No está mal -dijo Verde, tragando-. Un poco terroso, pero llena.

Luego, con un gesto que mezclaba ternura y locura, le ofreció un pedazo del gusano a Cherry.

-¿Quieres probar?

Cherry abrió la boca y tomó el pedazo con sus dedos. Lo miró un momento, y luego se lo metió a la boca.

Masticó lentamente. Su ojo se abrió un poco más. Luego, soltó un sonido de aprobación y extendió sus manos, pidiendo más.

-¿Ves? -dijo Verde, con una sonrisa-. Eres un niño de campo. Vas a crecer fuerte.

Cherry se rió y volvió a chapotear en el barro.

Verde lo miró, con el ojo cansado pero lleno de algo parecido a la esperanza.

-Vamos a estar bien, Cherry -dijo-. Te lo prometo.

Amarillo estaba en el restaurante, con las luces ya apagadas y las sillas sobre las mesas. El local estaba en silencio, solo el sonido de sus pasos y el roce de un trapo contra la barra rompía la calma. Había estado

limpiando distraídamente, con la mente en otra parte, cuando la puerta se abrió y Mora entró con una sonrisa.

-¿Ya cerraste? -preguntó Mora, dejando su bolso sobre una silla.

-Casi -respondió Amarillo, dejando el trapo a un lado-. Pero justo iba a hacer algo que necesito contarles.

Turquesa salió de la cocina, secándose las manos con un paño.

-¿Contar qué? -preguntó, con curiosidad.

Amarillo se apoyó en la barra, con una sonrisa que parecía no caberle en el ojo.

-Buuuueno... -dijo, alargando la palabra-. Vas a ser tía.

Mora parpadeó. Su ojo se abrió de par en par.

-¿Qué?

-Que vas a ser tía -repitió Amarillo, con una sonrisa más amplia.

Turquesa dejó caer el paño que tenía en la mano.

-¿Tía? -preguntó, su voz subiendo de tono-. ¿Cómo que tía?

-Y tú también -dijo Amarillo, señalándola-. O hermana mayor, como prefieras.

-Espera, espera -dijo Mora, levantando una mano-. ¿Con quién?

Amarillo movió su ceja con picardía y señaló hacia atrás.

Marrón estaba al fondo, limpiando una mesa con movimientos lentos y metódicos. Su ojo estaba fijo en la madera, pero su postura era más rígida de lo normal.

-¿MARRÓN? -gritaron Mora y Turquesa al unísono.

Amarillo se rió y se llevó una mano al pecho.

-No es presumir -dijo, con un tono de orgullo fingido-. Pero tenemos cuatro.

Turquesa escupió la bebida que acababa de tomar.

-¿¡CÓMO QUE CUATRO!?

-¡ESPERA, VELOCISTA! -gritó Mora, con el ojo abierto de par en par-. ¡RECIÉN VOLVIÓ A TU VIDA! ¿CÓMO QUE CUATRO?

Amarillo se rió a carcajadas, con el ojo brillante.

-¡OIGAN, LO ESTUVE ESPERANDO POR AÑOS A ESTE MOMENTO!

Turquesa la miró con el ojo lleno de incredulidad.

-¿PERO POR QUÉ TANTOS?

-¡PARA UNA PIZZA FAMILIAR! -respondió Amarillo, riendo.

Las tres explotaron en carcajadas. La risa llenó el restaurante vacío, rebotando en las paredes y mezclándose con el tintineo de las copas en la barra.

Marrón, desde el fondo, levantó la cabeza con el ojo cansado.

-Sigan riendo -dijo, con un tono de resignación-. Total, yo soy quien está sufriendo.

Amarillo se giró hacia él y le lanzó un beso con la mano.

-Te queremos, amor.

Marrón negó con la cabeza, pero su ojo se suavizó.

-Qué familia -murmuró.

Mora se secó una lágrima de risa.

-No puedo creerlo. Cuatro frijoles.

-Vas a necesitar una casa más grande -dijo Turquesa.

-O una tienda de campaña -añadió Mora.

-O una nave -dijo Amarillo, riendo.

Marrón dejó el trapo y caminó hacia la barra, con pasos lentos.

-Tres de ustedes están muy felices -dijo, con un tono seco-. Pero el que va a parir soy yo.

-Lo sé -dijo Amarillo, acariciándole la cabeza-. Por eso te quiero tanto.

Marrón cerró el ojo y suspiró.

-A veces no sé si eres un ángel o un demonio.

-Las dos cosas.

La risa se fue desvaneciendo lentamente. Quedó un eco tibio en el aire, pero el ambiente cambió cuando Amarillo se inclinó un poco hacia Mora, con el ojo más serio.

-Mora... -dijo, bajando el tono-. ¿Y cómo anda Rojo?

Mora parpadeó. Su ojo se movió hacia la barra y luego hacia el suelo. Se quedó en silencio un momento, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

-No muy bien -respondió finalmente, su voz más baja-. Ya no quiere salir de casa. El psicólogo tuvo que ir hasta allá para verlo.

Turquesa dejó de reír. Su ojo se abrió con preocupación.

-¿Tan mal está?

Mora asintió lentamente.

-Las voces no se han ido. A veces se quedan calladas, pero siempre vuelven. El psicólogo dice que podría tener esquizofrenia, pero que es muy pronto para saberlo con seguridad.

-¿Esquizofrenia? -repitió Turquesa, su voz apenas un susurro.

-Sí. O algo parecido. No lo saben. Pero él no puede estar solo.

Amarillo apretó los puños.

-¿Y los niños?

-Ellos lo ayudan -dijo Mora, con una sonrisa débil-. Coco le cuenta historias. Beige le muestra sus dibujos. Maggie se sienta con él y no se mueve hasta que él sonríe. Ellos lo mantienen anclado.

-Y tú también -dijo Amarillo.

-Y yo también -admitió Mora-. Pero hay días en los que no sé si es suficiente.

Turquesa puso una mano en el hombro de Mora.

-Estás haciendo todo lo que puedes.

-Lo sé. Pero a veces no es suficiente.

Amarillo dio un paso adelante.

-Oye, yo podría ayudar. Podría ir a verlo.

Mora negó con la cabeza.

-No, Amarillo. Tú estás esperando niños ahora.

-Pero puedo...

-No. No puedes. Tienes que cuidarte. Y a ellos.

Amarillo abrió la boca para protestar, pero cerró.

-Eres terca.

-Lo sé. Pero hablando de niños, Limón los visita más seguido. Quiere cuidarlos. Dice que necesita sentirse útil.

-Es un buen amigo -dijo Turquesa.

-El mejor -respondió Mora-. Pero a veces pienso que también está huyendo de su propio dolor. Melón, Piña, Arándano... los perdió a todos.

Amarillo bajó la mirada.

-Todos perdimos a alguien.

-Sí. Pero él está más solo que nosotros.

El silencio se extendió, pesado y lleno de recuerdos.

-No tienes que cargar con todo sola -dijo Amarillo, con una voz quebrada apenas.

Mora la miró.

-No estoy sola. Los tengo a ustedes.

Turquesa sonrió y le dio un golpecito en el brazo.

-Siempre.

-Y yo también -dijo una voz desde la cocina.

Marrón apareció en el umbral, con el delantal puesto y el ojo cansado.

-Aunque esté cargando cuatro frijoles -añadió, con un tono seco que arrancó una risa de las tres.

-Siempre tienes que hacer un chiste -dijo Amarillo, pero su ojo brillaba con cariño.

-Es mi única defensa.

Mora sintió que algo se aflojaba en su pecho. No era felicidad, pero era algo parecido. Saber que no estaba sola. Saber que, pase lo que pase, había gente que la sostendría.

-Gracias -dijo, su voz apenas un susurro.

-No tienes que agradecer -respondió Amarillo-. Somos familia.

-Sí -dijo Turquesa-. Y la familia se cuida.

Mora asintió, con el ojo húmedo.

-Sí. La familia se cuida...

Rojo estaba en la cocina solo. La casa estaba en silencio, solo el leve zumbido de la nevera y el tic-tac del reloj en la pared. Los niños dormían en sus habitaciones, y Mora aún no había llegado. Era uno de esos momentos en los que el silencio pesaba más que cualquier ruido.

En la mesa, frente a él, una botella grande de esa cura que Lima le había dado. La mezcla de cebolla,

especias y sal. Tomó otro trago y sintió cómo el líquido ardía al bajar. No era placentero, pero era necesario. O eso le decía a sí mismo.

Dejó la botella sobre la mesa y suspiró.

-¿Crees que eso te va a curar?

Rojo levantó la cabeza. Su ojo se movió rápidamente, buscando el origen de la voz.

Gris estaba apoyado contra la pared, con un cigarro y el sombrero ladeado. Su ojo lo miraba con una mezcla de cansancio y sarcasmo.

-Vaya -dijo Gris, soltando una bocanada de humo-. Estás hecho mierda.

Rojo apretó los puños.

-Tú estás muerto.

-Sí -respondió Gris, encogiéndose de hombros-. Gracias a ti.

-No fue mi culpa.

-Sí lo fue.

Rojo se levantó de la silla con un movimiento brusco.

-¡No fue mi culpa!

-Me culpaste. Por tu culpa me hundí en la lava y no tuve oportunidad de cuidar a mis hijos. Los cuales ahora tienes tú.

Rojo se cubrió la cara con sus manos. Su cuerpo temblaba.

-No tuviste que ser tan terco.

-Lo era porque era mi trabajo -dijo Gris, con un tono cansado-. Pero nunca lo entendiste.

-No eres real -susurró Rojo-. No eres real.

-¿Estás seguro?

Rojo levantó la cabeza, con el ojo lleno de lágrimas.

Gris lo miró fijamente.

-Eso de la espiritulista... ¿sabes que era una estafadora, no?

-Ya lo sé.

-Yo jamás me hubiera reconciliado con Banana.

Rojo sintió que el mundo se desmoronaba. La voz de Gris seguía ahí, punzante, fría, clavándose en su cabeza como un cuchillo.

-Por tu culpa todos morimos -dijo Gris, dando un paso adelante-. Coral, Lila, Banana, Rosáceo, Cielo. Yo. Todos... Y Guinda sigue siendo abusado por su propio ex.

Rojo apretó los puños. Su cuerpo temblaba.

-No eres real -dijo, su voz quebrándose-. No eres real.

-Soy tan real como tu culpa.

-NO ERES REAL.

-Puedes decirlo todas las veces que quieras, pero no va a cambiar lo que hiciste.

-NO ERES REAL -gritó Rojo, con la voz desgarrada-. ¡NO ERES REEAAAAL!

Se lanzó sobre la figura de Gris. Sus manos encontraron en la zona del cuello, y apretó con todas sus fuerzas. La figura de Gris no se resistió. Solo se rió, con una risa baja y burbujeante, mientras las manos de Rojo se hundían en su garganta.

(EL QUE ME VENGA A DECIR QUE NO TIENEN CUELLO LE ROMPO LA ESPALDA.)

-No eres real... -susurró Rojo, con lágrimas en el ojo-. No eres real...

-...¿Papi?

Rojo se quedó helado. Soltó a Gris y giró la cabeza.

Maggie estaba en las escaleras, con su ojo grande y su cuerpo pequeño. Su voz era apenas un susurro, llena de confusión y miedo.

-Papi, ¿qué haces?

Rojo parpadeó. Miró hacia abajo.

No estaba ahorcando a Gris. Estaba ahorcando a Limón.

Limón estaba en el suelo, con el ojo abierto de par en par y las manos en la zona del cuello. Su respiración era entrecortada, y su cuerpo temblaba.

Rojo soltó a Limón de inmediato, retrocediendo con horror.

-¡Limón! -gritó-. ¡Limón, perdón! ¡No quería...!

Limón tosió, llevándose una mano al cuello. Respiró con dificultad, con el ojo fijo en Rojo.

-¿Qué... qué mierda te pasa?

Rojo se cubrió la cara con las manos.

-¡No sabía que eras tú! ¡Vi a Gris! ¡Pensé que era Gris!

-¿Quien?

-Me hablaba. Me decía que era mi culpa.

-Rojo... no hay nadie ahí.

Rojo levantó la cabeza y miró a su alrededor.

La cocina estaba vacía. Solo él, Limón, y Maggie en las escaleras.

-No hay nadie -susurró.

Maggie bajó lentamente, con el ojo lleno de lágrimas. Se acercó a Rojo y tocó su mano.

-Papi... ¿estás bien?

Rojo sintió que el corazón se le rompía.

-No -dijo, con la voz quebrándose-. No, pequeña. No estoy bien.

Limón se levantó, con el ojo fijo en Rojo.

-Tienes que buscar ayuda, hermano. Ayuda de verdad.

Rojo asintió, con el ojo lleno de lágrimas.

-Lo sé.

Se sentó en el suelo y abrazó a Maggie, apretándola contra su pecho.

-Lo siento -susurró-. Lo siento tanto.

Maggie lo abrazó de vuelta.

-Te quiero, papi.

Rojo cerró el ojo y la sostuvo con fuerza.

-Yo también te quiero, pequeña. Más que nada.

Limón se quedó mirándolos, con el ojo lleno de preocupación.

-Voy a quedarme esta noche -dijo-. No voy a dejarte solo.

Rojo no respondió. Solo siguió abrazando a su hija, mientras el eco de las palabras de Gris se desvanecía lentamente.

Carmesí estaba dormido en el sillón, con el cuerpo encogido y la cabeza apoyada en el brazo del sofá. La luz tenue de la luna se filtraba por la ventana, dibujando sombras en las paredes del pequeño departamento. Aquamarina dormía en su cuarto, con la puerta entreabierta, y Lima y Azul compartían la cama en la otra habitación, enredados en las sábanas con la respiración tranquila.

El silencio era completo, solo roto por el leve ronquido de Lima y el crujido ocasional de la madera.

Carmesí abrió el ojo lentamente. Parpadeó varias veces, tratando de enfocar en la oscuridad. No sabía qué lo había despertado. Un sueño, quizás. O la ausencia de algo que no podía nombrar.

Se sentó con cuidado, evitando hacer ruido. Sus pies tocaron el suelo frío, y se quedó quieto un momento, escuchando la respiración de los demás. Luego se levantó y caminó hacia el rincón donde guardaba su mochila.

La abrió con movimientos lentos y sacó algo envuelto en una tela suave.

La chaqueta de capitán de Guinda.

Tal vez porque era lo único que le quedaba de él. La tela estaba gastada, con algunas manchas oscuras que no quería identificar. Pero el olor seguía ahí. El olor de Guinda.

Carmesí la sostuvo en sus manos, sintiendo el peso de la tela. Luego la llevó a su pecho y la abrazó.

Se quedó en silencio, con el ojo cerrado y el cuerpo tenso. La chaqueta era la única prueba de que su

padre había existido. La única prueba de que, en algún momento, había sido real.

Lentamente, comenzó a llorar.

No eran sollozos fuertes. Eran lágrimas silenciosas que rodaban por su rostro y caían sobre la tela. Sabía que Guinda estaba muerto. Lo había visto en las noticias. Un nuevo Guinda, más grande y más fuerte, caminaba junto a Rosa. Pero Carmesí sabía que no era él. No era su padre.

-Te extraño -susurró, su voz apenas audible-. Te extraño tanto...

Se quedó así, abrazando la chaqueta, llorando en silencio mientras la noche se extendía a su alrededor. El dolor no se iba. Pero la chaqueta lo ayudaba a recordar.

A recordar que, por un breve tiempo, había tenido un padre que lo quería.

Mora caminaba por la calle vacía, con el eco de sus pasos resonando en el pavimento. La noche estaba tranquila, y las luces de la ciudad parpadeaban a lo lejos.

Pero algo la hizo detenerse.

Algo detrás de ella.

Se giró lentamente, con el cuerpo tenso y el ojo alerta.

Rojo estaba allí, de pie bajo la luz de la farola. Pero no llevaba la ropa de siempre. Llevaba algo diferente. Algo que no le pertenecía.

Mora parpadeó, confundida.

-¿Rojo? -dijo, su voz mezcla de sorpresa y alivio-. ¿Qué haces a esta hora aquí?

Rojo no respondió de inmediato. Su ojo la miró fijamente, con una intensidad que no encajaba.

-¿Tú qué haces llegando a estas horas? -preguntó, su voz plana y fría.

Mora frunció el ojo.

-Estaba con Amarillo. Te lo dije.

-No me lo dijiste.

-Sí te lo dije.

-No.

Mora dio un paso hacia él, con el ojo entrecerrado.

-¿Estás bien? Te ves raro.

Rojo no respondió. Solo se acercó, con pasos lentos y medidos.

Mora sintió que algo no encajaba. Algo en su postura, en la forma en que movía las piernas.

-Rojo...

Él levantó una mano y, sin previo aviso, la golpeó con fuerza en la cabeza.

El impacto fue seco y brutal. Mora cayó al suelo, con el ojo abierto de par en par y el dolor atravesándole el cuerpo. Intentó levantarse, pero su cuerpo no respondía.

Rojo la miró en silencio. Luego, lentamente, comenzó a deformarse.

La piel se estiró, los colores cambiaron, y la figura de Rojo se desvaneció para revelar otra.

Naranja.

Ella rió. Una risa baja y burbujeante.

-Vaya, vaya... -dijo, agachándose sobre Mora-. Con que aquí estabas...

Mora intentó hablar, pero su voz no salió. Solo pudo ver cómo Naranja la miraba con una sonrisa fría.

-El jefe estará contento... -dijo Naranja, levantando una mano.

Y todo se oscureció.

Fin.

MUAJAJAJA, AHORA SI LES DEJO CON LA INCOGNITA PARA LEER LA SIGUIENTE PARTE.

Y les digo que estoy tomando inspiración de:

El menú

La obsesión

Y la cosa

Chapter 23

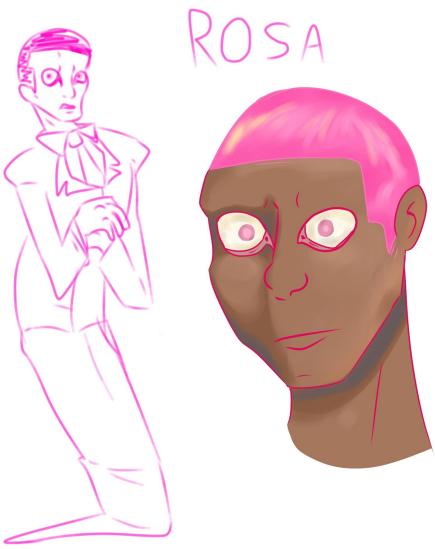
Dibujos: Rosa

Me di cuenta que Wattpad te da el límite de subir solo 20 imágenes en cada publicación,así que decidí hacer esto.

Este segmento será de dibujos de Rosa. Más adelante haré de otros personajes

Dibujos: Rosa

Mmm
migajas
Ajolotecinco
Rosa, el no es Guinda (Siento que Rosa es migajero skskkssj)
5
1 d Contestar



Dibujos: Rosa

Solo necesitas...
ganar mí confianza.

Dibujos: Rosa

‼

Chapter 24

Curis ( )

Aquí voy a publicar lo chistoso

Por ahora no tengo muchos curis de la T3, solo uno y encima lo tuve que editar para evitar spoilers masivos

@falconysaw01

Cuando lleguen a esos capítulos lo subo sin edición y verán quienes son (PORQUE SON IMPORTANTES JSKSJS)

Ver después de ver el capítulo 4

Estoy feliz de poder subir una parte sin edit ahora!

Veo que tampoco nadie le hizo teoría en el momento, adivinen quienes son los otros dos

Ver después del cap 5

YYY YA,COMPLETO!

el piso es laburo

Chapter 25

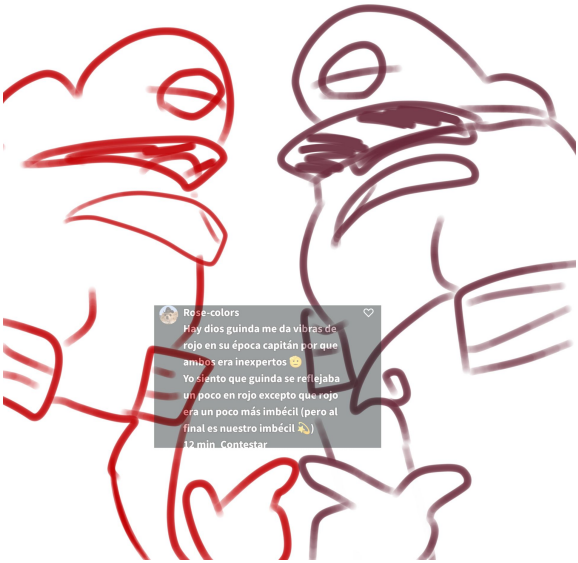
Dibujo: Guinda

Ahora una sección de Guinda

Por ahora no tengo muchos de el, lo iré actualizando

Dibujo: Guinda

Dibujo: Guinda



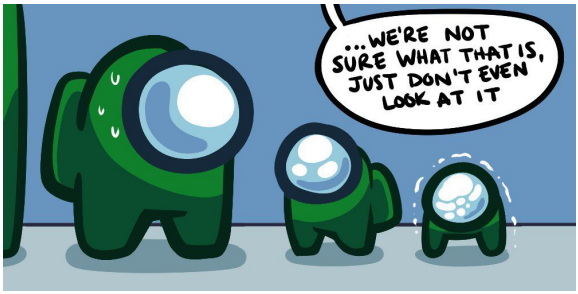
Dibujo: Guinda

Chapter 26

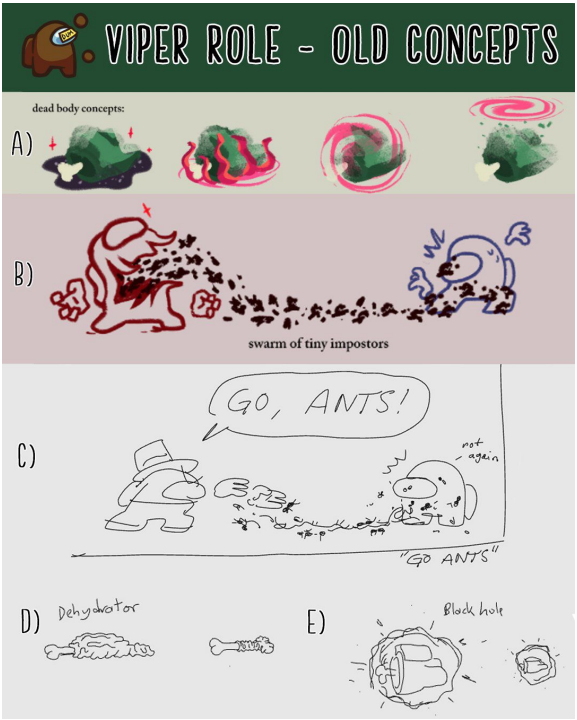
Acumulando datos canonicos

Revisando Twitter pues puedes descubrir cosas nuevas que hacen caso un par de cositas

Cómo que los tripulantes bebés pueden ser AUN MAS PEQUEÑOS

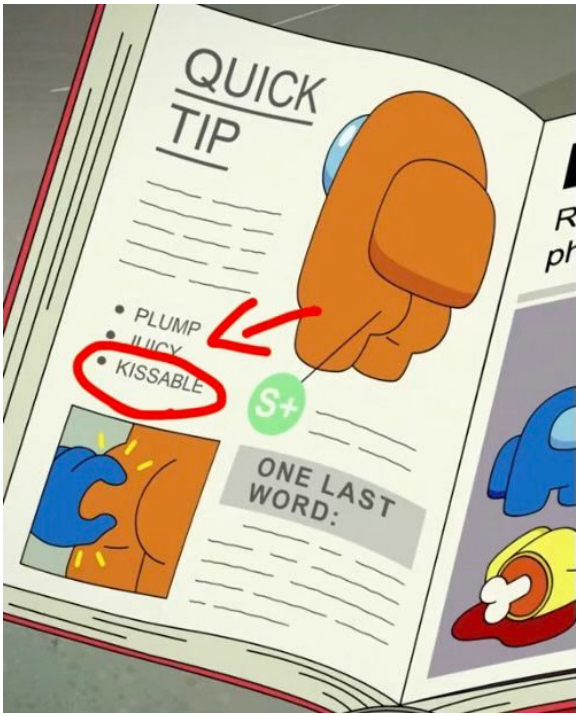


(Subido por la cuenta oficial de Among us)



Posiblemente los espectros son muertos...???

Amigo, si tomamos en cuenta que rosa en este fanfic fue quien escribió la guía de capitanes...pues...


QUICK TIP
PLUMP
KISSABLE
S+
ONE LAST WORD:

Chapter 27

Dibujos extras

Acá pondré dibujos que estoy haciendo, pueden ser de personajes extra o no

ALGODON

Chapter 28

Tipos de impostores

Bueno, aquí solo voy a catalogar las especies de impostores que se vieron en todo el fanfic

Cambiaformas:

Una especie desarrollada en laboratorios de Polus, se diseño para copiar claramente la forma de otro ente.

Sierpe:

Parecida al común, todo que ataca con ácido y se deshace de sus víctimas sin dejar rastro. Fue desarrollada en laboratorios en un intento de quitar la debilidad de los impostores,al final terminaron creando esto.

Espectro:

Está especie es la más trágica, es cuando consiguen que el huésped quede en un limbo de entre la muerte y vida. El alma de la persona vaga por el mundo de los vivos, es capaz de matar si se lo propone. Tiene la habilidad de hacerse invisible.

Ahora los no canon en el juego y serie pero si en el fanfic:

Infestador:

Una especie que se dedica a dividir cada parte de el para vigilar y atacar en conjunto. Una persona con instintos de supervivencia sobreviviría a un solo gusano de el infestador, pero si se encuentran con todos, pues morirá. Su mente es una colmena, si se divide sabrá todo,sentirá todo y verá todo. Usualmente se comunica con la reina.

No fue creada en laboratorios, es una evolución de esta especie al combinarse varios orbs dentro de un modo de carne (osea, el huésped)

Reina:

Esta especia es rara de conseguir, proviene de un orb enorme con toques dorados. Cuando se mete en un cuerpo, pues hace que el huésped tenga más hambre y crezca más si es que se queda con el.

Tiene todas las habilidades de sus subordinados, pero con un periodo de tiempo más bajo. Puede evolucionar si continua comiendo y creciendo.

Desgarrador:

Al chile me cansé de hacerme el misterioso, JAJAJAJA

El desgarrador no es una especie en si, pero se podría decir que es una categoría a la que los impostores podrían llegar con la evolución de su ADN o entrenamiento (en algunos)

Los desgarradores tienen una fuerza aún mayor, sus manos pueden romper hierro en segundos y llevan unas garras que son capaces de cortar materiales duros.

Estos son conocidos debido a que la mayoria de estos son quienes cavan madrigueras. Son como obreros en toda la colmena.

Destacan por su fuerza y resistencia mayor, tienen una piel más dura.

Chapter 29

Ayuda

Solo por curiosidad... Necesito ayuda...

Literalmente,cualquier personaje del fanfic, como los imaginarian de viejos? Solo díganme eso, quiero dibujar

PERDÓN,ME DI CUENTA QUE LO ESCRIBÍ MAL AHORA,ES QUE ESTABA DORMIDO

Chapter 30

Datos sobre el fanfic

Aquí solo le pondrán datos extra sobre el fanfic, como ideas descartadas, cosas sobre los personajes.. etc

Estos son los siguientes personajes en los que están inspirados en otros:

Guinda está inspirado en:

Rosaceo está inspirado en:

Mocha está inspirada en:

Rosa está inspirado en:

Banana está inspirada en:

Carmesí está inspirado en:

Y finalmente,algo que muchos habrán notado... Gris está inspirado en:

Y un poco en Vegeta de Dragón Ball.

Ahora otros datos:

1- En las ideas principales, Bronce iba a ser el hijo de Gris y Banana. Está idea fue descartada porque la verdad no me gustaba mucho, pero aún así, se mantuvieron algunas cosas. Bronce le iba a afectar la separación y muerte de sus padres, al ser descartada la idea de que Banana y gris serian sus padres pues se cambio esto.

Bronce quedaría afectado por la muerte de su mejor amigo y su hermana mayor.

2- Planeaba shipear a Guinda con rojo en incluso con Mora, sin embargo lo cambie porque quería enfocarme en la trama y además el fanfic recibía más apoyo gracias al ship de mora x rojo. Así que no se hizo nada, aún así hay un par de dibujos de este ship.

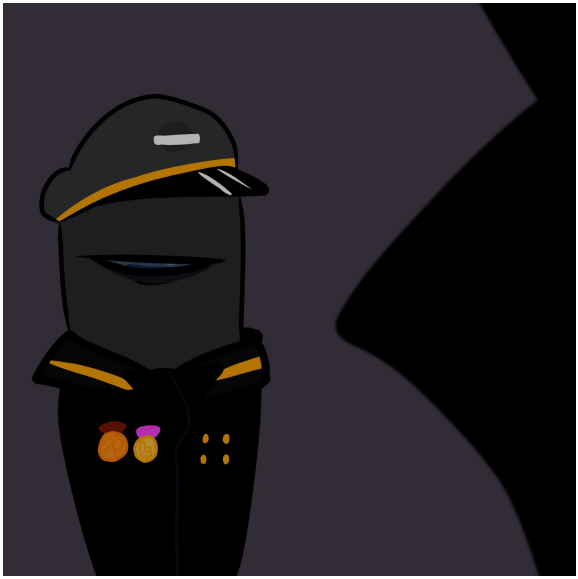
3- El fanfic de Polus fue anunciado mucho antes en un fanfic que termine, en ese momento pues tenía otro título y una portada sin terminar.

(En serio, puedes ver esto en la última publicación de "Ángel guardián")

4- El final de Polus pues iba a ser diferente, Cielo y Bronce iban a sobrevivir y irse con los demás. Sin embargo, lo cambie para que tres personajes ya reconocidos de la serie original lo protagonizaran.

(Rojo,amarillo y Mora)

5- Un dato que posiblemente no sabían es que Negro, el OC de uno de mis lectores iba a tener un capítulo dedicado a el. Sin embargo, fue eliminado debido a que ese personaje no es técnicamente de mí propiedad,no quisiera cambiar drásticamente su Lore por error. Por eso en el capítulo de "El nuevo capitán" pues tenía algo de relevancia.



6- Bronce originalmente iba a suicidarse, Cielo habría leído su carta y correría a buscarlo. Pero llego tarde, sin embargo los demás llegarían igual y creerían que Cielo empujó a Bronce.

7- En las primeras ideas Gris iba a usar pronombres femeninos (no tienen género) y Banana pronombres masculinos. Básicamente al final se invirtieron

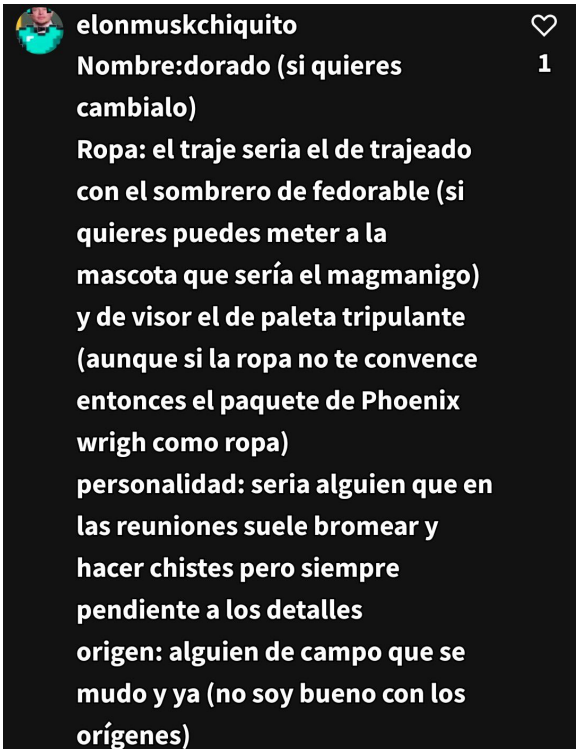
8- Celadon estaba planeado aparecer en Polus como otro integrante, pero pensé que iban a ser muchos.

9- Originalmente Mango no iba a morir, el primero en morir sería Cielo, pero se cambiaron los roles.

10- Mango era amigo de los "muchachos"! Ya saben, Limón, melón,etc.

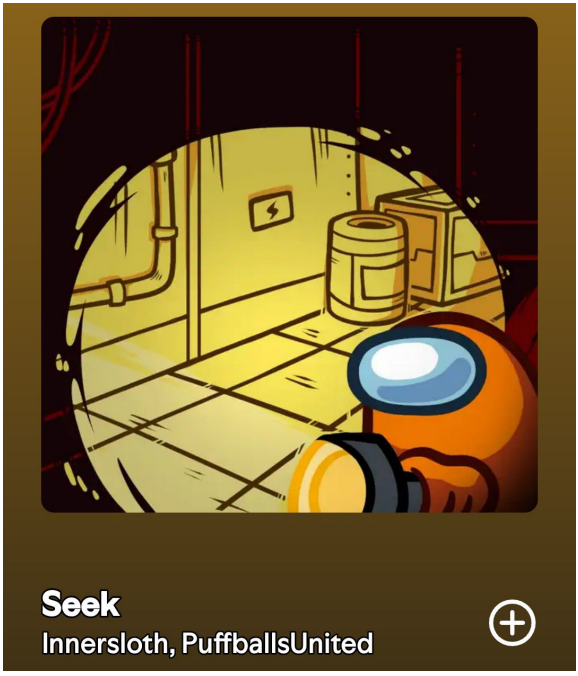
11- Guinda se sostenía el vientre a cada rato nomás por viejo y panzón. No se ve por la anatomía amongi, pero se supone que es muscular, pero con panza. Debido a que se puso a tomar alcohol después del divorcio.

12- Aureliano, el personaje que ustedes llaman Auronplay, en realidad es el OC de uno de mis lectores:


elonmuskchiquito
1
Nombre:dorado (si quieres cambialo)
Ropa: el traje seria el de trajeado con el sombrero de fedorable (si quieres puedes meter a la mascota que sería el magmanigo) y de visor el de paleta tripulante (aunque si la ropa no te convence entonces el paquete de Phoenix wrigh como ropa)
personalidad: seria alguien que en las reuniones suele bromear y hacer chistes pero siempre pendiente a los detalles
origen: alguien de campo que se mudo y ya (no soy bueno con los orígenes)

Chapter 31

•



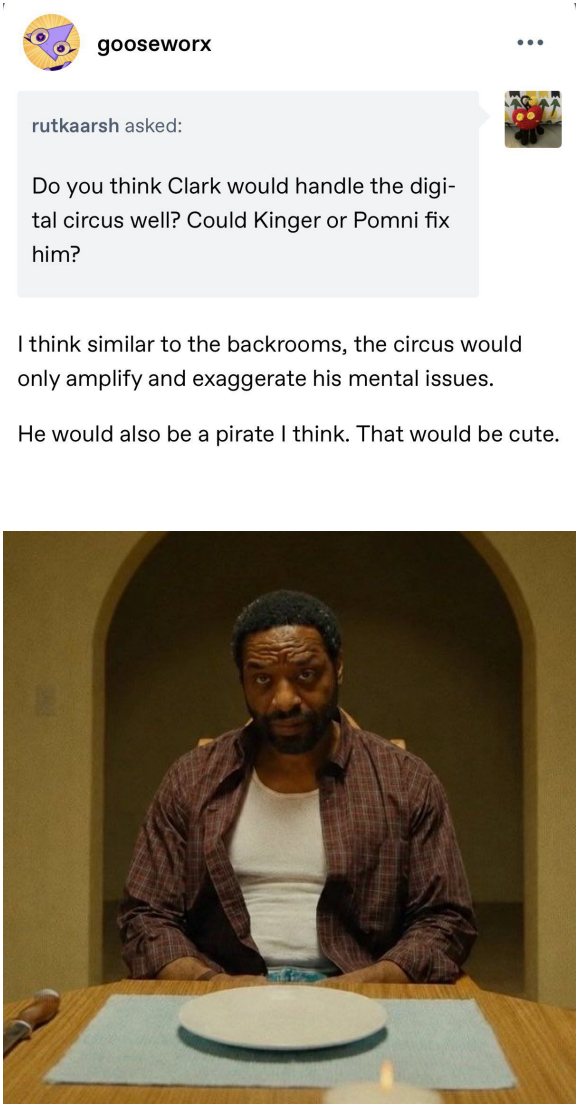
Cómo debe sentirse rosa cada vez que se encierra y pone esta rola:

Chapter 32

PROXIMO FANFIC!

Haré lo mismo que hice en otro fanfic, anunciar que hay uno en producción.

Este no tiene nada que ver con among us, pero es un crossover divertido gracias a la misogina de Gooseworx (le tenía un odio JAJAJAJ)

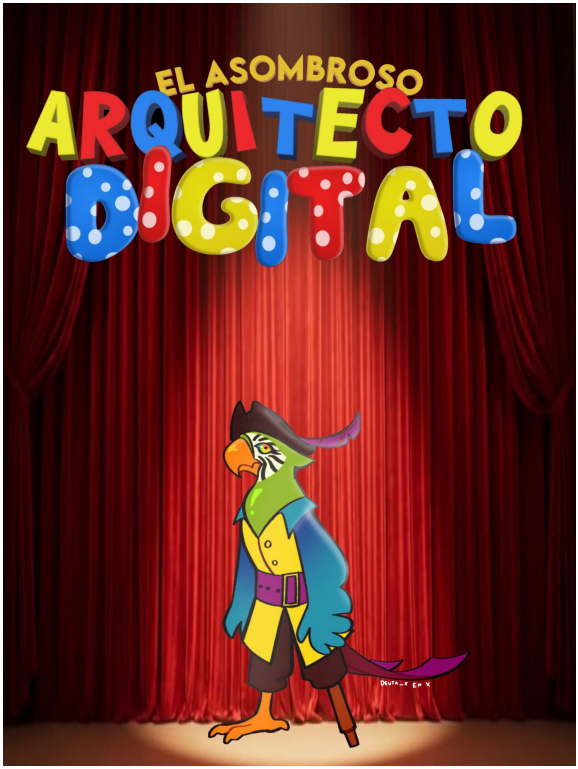

gooseworx
rutkaarsh asked:
Do you think Clark would handle the digital circus well? Could Kinger or Pomni fix him?
I think similar to the backrooms, the circus would only amplify and exaggerate his mental issues.
He would also be a pirate I think. That would be cute.

Backrooms + TADC

Un arquitecto en el circo digital

Siento que podría mejorar portada...
¿Alguna sugerencia?

ACTUALIZADO:


EL ASOMBROSO
ARQUITECTO
DIGITAL

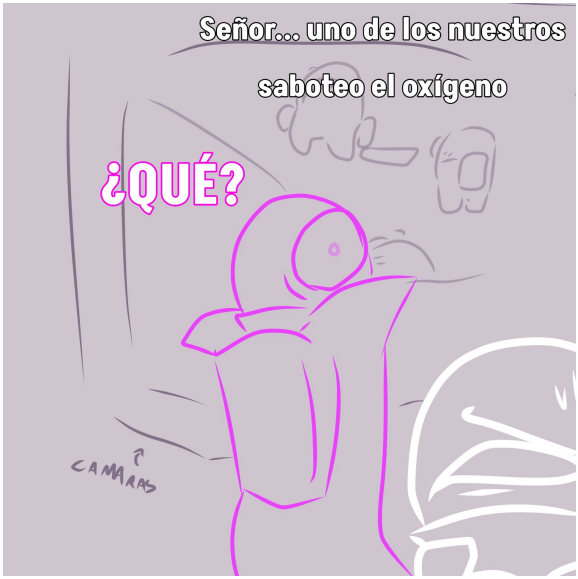
‼

Chapter 33

NO CANON

Estuve pensando... Que pasaría si en medio de uno de los festines de Rosa pues se corta el oxígeno? Pues esto JJAJSJSJA

Oigan... ¿por qué no corren aterrados?


Señor... uno de los nuestros
saboteo el oxígeno
¿QUÉ?
CAMARAS

Bueno, así si saldrán más híbridos como rosa quería JAJAJAKAJA

Chapter 34

-... .-. --- -. -.-. .

. .-.. .. -. ...- .- -.. .. Ó -- Í -.-. ..- . .-. .--. --- . -- . .-.. .-.. . -. --- -.. . ...- . ...- --- ... . .-.. --- .... .. --.. --- -- .. . -. - .-. .- ... -.-- --- . ... - .- -... .- -- ..- . .-. - --- . -- . ..- ... --- . ...- .. --- .-.. --- -- Í -.-. ..- . .-. .--. --- .

... . --.- ..- . -. --- ..-. ..- . . .-.. . -. .-. . .- .-.. .. -.. .- -.. .--. . .-. --- . ... .- -.-. --- ... .- .-.. --- .... .. --.. --- -.-. --- -. ... ..- ..-. --- .-. -- .- .

-. ..- -. -.-. .- .-.. --- ...- --- -.-- .- --- .-.. ...- .. -.. .- .-. .

.--. --- .-. - ..- -.-. ..- .-.. .--. .- . ... - --- -.-- ... ..- -.-. .. --- .

.--. --- .-. - ..- -.-. ..- .-.. .--. .- --- .-.. ...- .. -.. É .- .-.. --- ... .--. .- -.. .-. . ... .

- ..- . .-. .- ... ..- -. .--. .- -.. .-. . .--. .- .-. .- -- Í .

.--. --- .-. --.- ..- É -- . ... -.-. .. ... - . . ... --- ?

. .-. .- ... ..- -. .--. .- -.. .-. . .--. .- .-. .- -- ..

.. -. ...- .- -.. .. ... - . -- .. -.-. ..- . .-. .--. --- -.-. --- -. - ..- .- -.. -.

.--. --- .-. - ..- -.-. ..- .-.. .--. .- -. --- .--. ..- -.. . -- --- .-. .. .-.

- . --- -.. .. ---

- . --- -.. .. --- , --. ..- .. -. -.. .-

Chapter 35

Spoiler sin contexto

Se acuerdan que prometí hacer una secuela de el final de esta que sería en The Fungle? Pues si. No escribí nada, pero tengo una idea que si o si voy a cumplir y daré imagen sin contexto

NAKFJDKSNSJSJSJ

Chapter 36

Analizando los crimenes

Acá voy a ponerme a analizar los crimenes que ciertos personajes hicieron a lo largo de toooooooooodo el fanfic. Pueden decirme si me faltó alguno!

Guinda (el original):

1- Le falló a su trabajo como capitán, muchos tripulantes a su cargo murieron.

2-Tecnicamente no obedeció a MIRA en sus inicios al dirigirse a Polus antes que The Fungle.

3-Asesino a alguien inocente: Gris.

El parásito que controlo Guinda en polus mato y le hizo algo horrible a Bronce.

Nuevo Guinda:

1- Asesinatos.

2- Cómplice de Rosa.

Bronce:

1- Cómplice de Rosa.

2- Asesinato.

3- Tortura.

4- Abuso psicológico.

Rojo:

1- Falló como capitán,muchos inocentes murieron a su cargo.

2- También es complice de mandar a matar inocentes el mismo: Amarillo, Gris.

3- Falsificó su identidad.

4- Es un supuesto terrorista ante Mira.

5- No olvidemos el incidente del reactor.

Mora:

1- El incidente de el reactor.

2- Falsificó su identidad.

3- Violo reglas menores de MIRA.

4- Asesinato (no importa mucho, total fue a algunos monitores)

Amarillo:

1- Falsificó su identidad.

2- Asesinato (lo mismo que Mora)

Mocha:

1- Cómplice de Rosa.

2- Secuestro de Mora (no detuvo a Naranja)

3- Bastantes asesinatos.

Naranja (nueva):

1- Secuestro

2- Suplantación de identidad.

Verde:

1- Ex cómplice de Rosa

2- Asesinato

3- "secuestro"

Lima:

1- Asesinatos.

2- Suplantación de identidad.

Azul:

1- Asesinato.

2- Suplantación de identidad.

Marrón:

1- Fugitivo de MIRA

Ahora uno largo...

Rosa:

1-Masacres de gala.

2- Mandar a asesinar a tripulantes.

2- Homicidios.

3- Torturas.

4- Experimentación ilegal.

5- Privación de la libertad.

6- Secuestro.

7- Abuso de poder.

8- Abuso sexual.

9- Corrupción.

10- Falsificación de documentos.

11- Encubrimientos.

12- Malversación de fondos.

13- Crimenes ambientales (se verá en The Fungle)

14- Canibalismo.

15- Abuso infantil (Golpea y devora niños)

16- Acoso.

17- Fraude.

18- Discriminación a la especie (no sé si cuente)

19- Uso de armas biológicas.

20- Violación de derechos humanos (o amongis JAJAJA)

Me faltó alguno más...?

Chapter 37

Fantasmas

Polus tenía está sección ¿Recuerdan? Pero quiero hacerlo más sentimental y canon.

Disfruten!

Guinda abrió el ojo. O creyó abrirlo. No estaba seguro de tener un ojo para abrir. Flotaba. Sí, definitivamente flotaba. Miró hacia abajo y vio su propio cuerpo, tirado en el suelo de la sala de limpieza. Partido en dos. Los órganos esparcidos. La sangre seca.

... Mierda.

Se llevó las manos al rostro. O al lugar donde debería estar su rostro. Sus manos no tenían color, no tenían peso. Eran como humo con forma.

-Me morí de nuevo -dijo en voz alta.

Su voz no resonó. Simplemente existió.

Se quedó flotando sobre su cadáver, observando los detalles que antes no había visto. La forma en que su ojo seguía abierto. La mancha en el suelo. Los gusanos que aún se movían lentamente alrededor de los restos, como si no supieran qué hacer con ellos ahora que su trabajo estaba hecho.

-Sí, lo sé.

Guinda se giró tan rápido como pudo. Que no era mucho, porque flotar era extraño y su cuerpo fantasma no respondía del todo bien.

Rosa estaba ahí.

Flotando también. Con su traje negro impecable, sin una mancha, sin una arruga. Su ojo lo miraba con calma. Demasiada calma. La misma calma que había tenido cuando lo partieron en dos.

Guinda sintió algo arder en su pecho. O en lo que fuera que ahora tenía por pecho.

-¡TÚ ME MATASTE!

Se lanzó sobre él con una velocidad que no sabía que tenía. Sus manos fantasmales encontraron el cuello de Rosa, apretando con toda la fuerza que su forma espectral podía reunir. Que era suficiente para que Rosa abriera el ojo de par en par y empezara a toser.

-¡G-GUINDA! -Rosa intentó hablar, pero las palabras salían entrecortadas-. ¡E-ESPERA!

-¿¡ESPERAR!? -Guinda apretó más fuerte-. ¡ESPERAR! ¡ME PARTISTE EN DOS!

-¡NO! -Rosa tosió-. ¡NO FUI YO!

-¡¿CÓMO QUE NO FUISTE TÚ?!

Rosa levantó las manos en un gesto de rendición, o de asfixia, era difícil distinguirlo.

-¡YO NO ESTABA AHÍ!

Guinda dudó. Apretó un segundo más, y luego soltó.

Rosa cayó al suelo, o al equivalente de suelo en esa dimensión flotante, y se tocó el cuello con ambas manos, respirando con dificultad.

-...Mierda -dijo Rosa-. Un fantasma se puede asfixiar... Te imaginas. ¿El fantasma de un fantasma? -Soltó una risa entrecortada-... ¿No?

Silencio.

Rosa los miró a ambos con una sonrisa que era mitad esperanza y mitad pánico.

-...Por favor ríanse.

Una risa detrás de ellos. Suave, amistosa, como la de alguien que está viendo una comedia romántica y no una escena de asesinato.

-Ay, pero es bruto.

Guinda se giró. Su ojo se abrió de par en par.

Rosaceo estaba ahí.

Flotaba con la misma facilidad con la que lo hacía en vida, con su ojo brillante y su sonrisa fácil. Su cuerpo era como el de Guinda: transparente, etéreo, pero

completo. No estaba partido. No estaba roto. Estaba entero.

-...¿Rosaceo? -preguntó Guinda, su voz apenas un susurro.

-¡Hey! -Rosaceo levantó la mano en un saludo-. Tanto tiempo, ¿eh?

Guinda parpadeó. O hizo el gesto. O algo así.

-¿Cómo... cómo estás aquí? Tú... tú moriste en Polus.

-Sí -dijo Rosaceo, como si fuera lo más natural del mundo-. Y aquí estoy. En el más allá. O en el entremedio. O en lo que sea esto. La verdad es que nunca me quedó claro.

Guinda lo miró. Luego miró a Rosa, que seguía en el suelo, frotándose el cuello con una expresión de dolor y alivio mezclados.

-No entiendo nada... Ustedes no estaban...

Rosa levantó la vista. Su ojo se encontró con el de Guinda, y por un segundo, no hubo frialdad. No hubo vacío. Solo algo que Guinda no veía desde hacía años.

-Eso porque estabas medio vivo y muerto, mí amor.

-¿Pero yo no te vi...

-Lo se, pero es porque tenía que cuidar a nuestro hijo... No sabes cuántas veces pudo haberse muerto.

Guinda sintió algo romperse en su interior.

-Rosa...

-Yo te amaba, Guinda. Te amo. Siempre te he amado.

La palabra "amaba" golpeó a Guinda como un puñetazo. Cerró el ojo. Cuando lo abrió, estaba llorando. O lo que sea que hicieran los fantasmas cuando lloraban.

-¡Rosa! -se lanzó sobre él, abrazándolo con todas sus fuerzas-. ¡ROSAAAA! ¡ROSA!

Rosa lo recibió. Sus brazos lo rodearon, apretándolo contra su pecho.

-Cálmate -dijo Rosa, con una risa temblorosa-. Cálmate, amor.

-¡TENGO TANTO QUE CONTARTE! -gritó Guinda, su voz rota por los sollozos-.T-TODO LO QUE HICE, LO QUE PASO... CARMESÍ...¿LO CONOCES?...Y-YO...

Rosa tomó el rostro de Guinda entre sus manos. Sus dedos fantasmales acariciaron las arrugas que el tiempo y el dolor habían grabado en su rostro.

-Estás viejo.

Guinda rió entre lágrimas.

-Y tú estás tan hermoso como el día en que te perdí...

Rosa sonrió. Era una sonrisa genuina. Cálida. La sonrisa que Guinda recordaba de los viejos tiempos.

Chocaron sus visores. Un beso. Lento. Profundo. Como si el tiempo no existiera. Como si nada de lo que había pasado importara.

-Aaaaw -dijo Rosaceo desde atrás-. Qué bonito. Mi hermano y su novio reencontrándose. Esto es mejor que el cine.

Rosa soltó a Guinda apenas, con una sonrisa que no se borraba.

-Esposo.

-¡Aún mejor!

Rosaceo se acercó flotando y les dio una palmada en el hombro a ambos.

-Vamos, vamos, tortolitos. Los demás nos esperan.

Guinda parpadeó.

-¿Los demás?

Rosaceo sonrió.

-Sí. Ven. Te van a encantar.

Empezó a flotar hacia adelante, alejándose por un pasillo que Guinda no recordaba haber visto antes. Un pasillo que no parecía hecho de metal, sino de luz tenue y niebla.

Guinda tomó la mano de Rosa. La apretó.

-¿Vamos?

Rosa le devolvió el apretón.

-Vamos.

Caminaron juntos. O flotaron. Era difícil saberlo. Pero caminaron juntos, con las manos entrelazadas, siguiendo a Rosaceo.

El pasillo se abrió a una sala. Grande. Iluminada por una luz suave que no venía de ninguna parte en particular. Y en esa sala, los esperaban.

Gris. Banana. Coral. Lila. Cielo. Ámbar. Perla. Mango. Pistacho.

Todos ellos. Los que habían muerto en Polus. Los que habían caído uno por uno. Los que Guinda recordaba con dolor y culpa.

Estaban ahí. Completos. Con sus ojos únicos brillando en sus rostros transparentes.

-Guinda -dijo Gris, con una sonrisa-. Llegaste tarde.

-Como siempre -añadió Banana, riendo.

Guinda soltó la mano de Rosa. Dio un paso adelante. O flotó. O lo que fuera.

-Ustedes... todos ustedes...

-Sí -dijo Coral, su voz suave-. Todos nosotros.

-¿Cómo? ¿Cómo es posible?

-No lo sabemos -respondió Lila, encogiéndose de hombros-. Pero estamos aquí. Y eso es lo que importa.

Guinda sintió que las lágrimas volvían. Pero esta vez no eran lágrimas de dolor.

-Les fallé -dijo, su voz temblorosa-. A todos. Les fallé. Debería haberlos protegido. Debería haber...

-Hey -lo interrumpió Cielo-. No empieces con eso.

-Pero...

-No. -Ámbar dio un paso adelante-. No te culpes. No fue tu culpa. Ninguna de esas muertes fue tu culpa.

-Pero yo podría haber...

-No. -Perla lo miró con firmeza-. No pudiste. Y nosotros lo sabemos. Y no te culpamos. Nunca lo hicimos.

Guinda abrió la boca, pero no salió ninguna palabra.

Mango se acercó y le puso una mano en el hombro.

-Bienvenido a casa, Guinda.

-...Casa -repitió Guinda, como si la palabra no encajara en su boca.

-Sí -dijo Pistacho, sonriendo-. Casa.

Guinda miró a su alrededor. Todos lo miraban con calidez. Con aceptación. Como si nunca hubiera pasado nada.

Rosaceo se acercó y lo abrazó por los hombros.

-Vamos -dijo-. Hay mucho que contar. Y tenemos toda la eternidad.

Guinda miró a Rosa. Rosa le sonrió.

-¿Listo?

Guinda tomó aire. O la sensación de tomar aire.

-Sí -dijo, y su voz ya no temblaba-. Sí, estoy listo...

Guinda se quedó flotando entre los demás, sintiendo por primera vez en años algo parecido a la paz.

Banana se apartó del grupo. Con un movimiento suave, extendió unas alas que brillaban con un tono dorado tenue, casi transparentes, y comenzó a flotar hacia una de las salidas del pasillo.

Guinda la miró, confundido.

-Oye... ¿por qué ella tiene alas?

Gris se encogió de hombros, con una sonrisa pícara.

-Ah, es ángel guardián. Al igual que tu esposo.

Guinda giró la cabeza tan rápido que casi se mareó.

-¿Mi...?

Rosa, que estaba a su lado, levantó una mano y saludó con una sonrisa amplia.

-¡Sorpresa!

-¿TÚ ERES ÁNGEL GUARDIÁN? -preguntó Guinda, su voz mezcla de incredulidad y algo parecido a la alegría.

-Sí. Y aún así te moriste -dijo Gris, con una risa burlona.

Rosa se giró hacia él con el ojo entrecerrado.

-¡OYE! -exclamó, señalándolo con un dedo acusador-. ¿SABES CUÁNTAS PERSONAS SALVÉ A LO LARGO DE ESTO? ¡TENGO TIEMPO DE RECARGA Y MI OTRO YO

ANDA MATANDO A CADA RATO! SI NO FUERA POR MÍ, LIMA SE HABRÍA MUERTO.

-Seh -respondió Gris, sin inmutarse-. Ese tipo se puede morir a cada rato.

Guinda iba a preguntar más, pero un grupo de figuras se acercó flotando desde el fondo de la sala.

Negro. Cyan. Blanco.

Los tres tenían el mismo brillo fantasmal que los demás, pero sus ojos se veían... distintos. Más tranquilos. Como si hubieran encontrado algo que los demás aún buscaban.

-¿Qué hay? -dijo Negro, con su voz grave pero amable.

Guinda los miró.

-¿Y ustedes?

Blanco sonrió.

-Ah, sí. Nos morimos.

-Nos reanimaron -añadió Cyan, con una voz suave y relajada, como si estuviera hablando del clima-. Pero nos suicidamos.

-Sí -confirmó Negro, asintiendo lentamente-. Fue rarito.

Guinda parpadeó.

-¿Se... suicidaron?

-No queríamos ser sus títeres -dijo Blanco, encogiéndose de hombros-. Preferimos esto.

Rosa soltó una risa nerviosa, frotándose la nuca.

-Sí... Los experimentos de mi yo falso. Lo siento, chicos.

Cyan se acercó un poco más, con sus alas desplegándose lentamente.

-Tranquilo, Rosa -dijo, con su voz siempre calmada-. No fue tu culpa. El otro tú es un idiota.

-Eso es cierto -murmuró Rosa.

Cyan se estiró, bostezando con elegancia, y batió sus alas una vez.

-Bueno, me voy. Tengo que cuidar a mis amigos.

-¿A quiénes? -preguntó Guinda.

-A los que todavía están vivos -respondió Cyan, con una sonrisa serena-. Les va a hacer falta ayuda.

Y sin decir más, se elevó suavemente y desapareció por el mismo pasillo por el que se había ido Banana.

Guinda se quedó mirando el lugar donde había estado.

-¿Siempre fueron así?

-Cyan siempre fue así -dijo Negro, con un tono de cariño-. Relajada. Como si nada la afectara.

-Y sin embargo -añadió Blanco-, es de las que más cuida.

Guinda apretó la mano de Rosa. La sensación era extraña, etérea, pero real. Como si el tacto fantasma tuviera su propia forma de existir.

-Solo... estoy feliz de que estoy con ustedes -dijo Rosa, su voz baja y sincera-. Más contigo.

Guinda sintió que el pecho se le calentaba. O lo que fuera que ahora tenía por pecho.

-Yo también -respondió-. Tanto que...

-No es para arruinar el momento -interrumpió Gris, con el ojo fijo en algún punto lejano-. Pero el Rosa malo está metiendo su cadáver en una cápsula.

-¿QUÉ?

Guinda se soltó de Rosa y flotó hacia el lugar que Gris señalaba. Atravesó paredes sin esfuerzo, sin pensar, como si siempre hubiera sabido hacerlo.

Llegó al laboratorio.

Los científicos se movían con precisión mecánica alrededor de su cuerpo. Lo levantaron en pedazos, lo colocaron dentro de una cápsula de vidrio. El metal brillaba bajo las luces frías.

Guinda suspiró. Un suspiro que no movía aire, pero que pesaba como una montaña.

-¿Me van a revivir?

Negro apareció a su lado. Flotaba con las manos cruzadas, su ojo tranquilo.

-Nah. Solo usarán tu cuerpo y le meterán un alien entero. Tú estarás tranquilo acá.

-...Ah.

Guinda se quedó mirando la cápsula. Su cuerpo. Sus restos. Las manos de los científicos moviéndose sin alma.

-No le pude decir a Carmesí que...

Rosa apareció detrás de él.

-¿Que embarazaste a mi otro yo?

Guinda cerró el ojo.

-...Perdón. Creí que estabas ahí en el fondo.

-Técnicamente lo poseí por un segundo -dijo Rosa, su voz más seria-. Pero es muy doloroso poseer un cuerpo. Más el suyo.

-Sí, es un pecador enorme -comentó Cielo desde atrás, con tono ligero.

Guinda soltó una risa amarga.

-No sabía que hacer. Carmesí no sabe nada. Y ahora...

Rosa lo tomó por los hombros. Lo giró hacia sí.

-Está bien -dijo, acariciando su rostro fantasma-. Todo estará bien.

-¿Cómo? Carmesí está ahí abajo, solo, con un padre que no lo quiere y otro que está muerto.

-Pero ahora lo podremos cuidar -Rosa sonrió, su ojo brillando-. Es mío también, ¿no? Es mi hijo también.

Guinda lo miró. Por un momento, el dolor se suavizó.

-...Sí. Sí, es tuyo también.

Se abrazaron. Lentamente. Como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Ámbar se había quedado en silencio desde que llegaron. Su ojo estaba fijo en una figura que se movía en la distancia.

Bronce.

Mataba sin piedad. Sus gusanos se extendían por el pasillo, arrastrando cuerpos. Su rostro no mostraba nada.

Ámbar suspiró.

-Mi hermanito está atrapado ahí...

No esperó respuesta. Flotó hacia él, atravesó el metal, y se metió dentro de su cuerpo.

El grito fue horrible.

Un sonido que no venía de ninguna garganta, sino de la misma esencia de Bronce. Su cuerpo se retorció, y Ámbar sintió el dolor de su hermano como si fuera propio.

-¡ÁMBAR! -gritó Pistacho, corriendo hacia ella.

La agarró y la sacó de Bronce con un tirón seco. Ámbar cayó al suelo flotante, temblando.

-ÁMBAR, TU SABES QUE NO SE PUEDE -dijo Pistacho, su voz entre enojada y preocupada.

-¡YA LO SÉ! -gritó ella, y su voz se quebró.

Las lágrimas comenzaron a caer.

-Pero... pero es mi hermanito. Lo vi sufrir tanto. Y no pude hacer nada. Nunca pude hacer nada.

Pistacho suspiró. Se arrodilló a su lado y la abrazó con fuerza.

-Él era mi mejor amigo -dijo, su voz baja y rota-. Yo también lo perdí.

Ámbar apoyó la cabeza en su hombro.

-¿Por qué tiene que ser así?

-No lo sé.

-¿Y ahora qué hacemos?

Pistacho la apretó más fuerte.

-Ahora lo cuidamos desde aquí. Y esperamos que algún día él también encuentre la salida.

Ámbar cerró el ojo.

-...Ojalá.

Se quedaron abrazados, flotando en el silencio.

Guinda los miró desde lejos. Sintió el peso de todo lo que había perdido. Y también el peso de todo lo que había recuperado.

Rosa le tomó la mano.

-Vamos -dijo-. Acompáñame a ver el atardecer.

-¿Hay atardecer aquí?

-Hay lo que queramos que haya.

Y por primera vez, Guinda sonrió.

-Me gusta esa idea...

Guinda tomó la mano de Rosa y la apretó. Esta vez no soltó.

-Vamos...

Caminaron juntos, flotando lentamente, mientras los demás se quedaban atrás con miradas cálidas. Rosaceo les hizo un gesto con la mano. Gris asintió en silencio. Ámbar, aún abrazada a Pistacho, levantó la mirada y sonrió.

-¡Diviértanse, tortolitos! -gritó Rosaceo.

Guinda rió. Una risa ligera, como no recordaba tener desde hacía años.

Llegaron al final del pasillo. La luz se abrió frente a ellos como un lienzo de colores que no existían en el mundo de los vivos. Naranjas suaves, púrpuras profundos, dorados que brillaban como si estuvieran vivos.

-Es hermoso -dijo Guinda.

-Lo sé -respondió Rosa.

Se sentaron en el borde de una nube que no era nube, en un suelo que no era suelo. Las piernas de Guinda colgaban, o eso le parecía. Ya no importaba.

-¿Carmesí estará bien? -preguntó Guinda.

Rosa lo miró. Su ojo era suave.

-Lo estará. Tiene buena gente a su lado.

-¿Y si no?

-Entonces lo cuidaremos desde aquí. Como siempre debimos hacerlo.

Guinda asintió. Las palabras no hacían falta.

-Te extrañé tanto -dijo, su voz apenas un susurro.

Rosa puso su mano en la mejilla de Guinda.

-Ya no más.

Chocaron sus visores. Suave. Lento. Como si el tiempo no existiera.

-Te amo -dijo Guinda.

-Yo también te amo -respondió Rosa.

La luz del atardecer los envolvió, y por primera vez en mucho tiempo, Guinda sintió que estaba en paz.

About the Author

Tudert3p